

En otras desechando la palabra *prossa* dice:

. querria fer una escriptura.

O bien:

Querria del su duelo componer una rima.

O de este otro modo:

De una Santa Virgen quiero versificar.

Es por lo tanto muy notable, que el autor del poema de Fernan Gonzalez dé principio á su obra con una invocacion enteramente igual á las que empleaba Bercéo; dice, pues, de esta manera:

En el nombre del Padre que fizo toda cosa
 El que quiso nascer de la Virgen preciosa,
 Del Spíritu Santo que es igual de la esposa,
 Del Conde de Castilla quiero fer una *prossa*.

En donde se vé que hasta las mismas palabras emplearon en sus invocaciones uno y otro poeta. Y como no es verosímil que de haber publicado mas composiciones el autor de Fernan Gonzalez, hubiera dejado de ser conocido su nombre, patria, ó cualquiera otra circunstancia que pudiese descubrirle, de aquí infiero yo que tal vez no escribió ó no publicó mas de esa, en la cual imitó de Bercío el modo de comenzar su poema; conjeturando por consiguiente que le es posterior ó cuando mas contemporáneo suyo. Sé muy bien que este no es un argumento concluyente á favor de la mayor antigüedad de Bercéo; pero agregado á lo que antes he dicho, dá bastante fuerza á una induccion que no carece absolutamente de fundamento probable.

El libro de que hablamos segun puede inferirse atendido el gusto de aquella época, participa infinitamente mas del carácter histórico que no del épico. Dá principio con la descripcion de España y su conquista por los godos, y vá enumerando cronológicamente los Reyes de esa estirpe y sus buenas ó malas cualidades, hasta la invasion de los árabes, y fin del imperio gótico en la batalla del Guadalete con la muerte del

Rey D. Rodrigo. Vuelve de nuevo á comenzar la historia de la restauracion por D. Pelayo, y llega por su orden hasta los Condes de Castilla; y desde este punto dá principio el autor á su verdadero objeto que es referir las hazañas de Fernan Gonzalez, sus guerras, ya con los árabes, ya con los Reyes de Navarra y Condes de Tolosa; hasta que por fin libre de enemigos, queda en pacífica posesion de su Condado.

Tal vez esta historia no está completa en el código único que hasta ahora conocemos; sospecha á que dá margen la conclusion ó final cerrado tan á secas con el éxito de un reto entre el Rey de Navarra y el Conde, en que este queda vencedor; cosa no usada de los autores de aquel tiempo ni aun de los posteriores. Todos ellos al concluir su obra la cierran con algunas sentencias morales y religiosas, ó con reflexiones filosóficas; y frecuentemente con declarar su nombre, su patria, y aun su estado, como se vé en Bercéo y en Juan Lorenzo.

Referido el éxito del reto ya indicado, el autor de Fernan Gonzalez concluye su obra con estos dos versos:

Quiso Dios al buen Conde esta gracia fazer
Que moros ni crystyanos non le podyan vencer.

Mas no pasa adelante; y aunque se infiere que el Conde queda tranquilo en sus estados, parece falta algo mas que decir para completar el cuadro histórico, y llenar la condicion que se imponian aquellos autores de dar razon estensa de lo consiguiente al hecho principal. Juzgo, pues, que el poema no está completo cual debió publicarle su autor; y que de la misma suerte que los copiantes mutilaron el cuerpo de la composicion, dejando olvidados cuartetos enteros, suprimiendo versos de otros, y destrozando la mayor parte de ellos; de igual suerte trastornarian el final, perderian hojas ó dejarian de copiarlas por cualquier incidente; y tal vez en ellas constaria el nombre y estado del autor que ya para nosotros es anónimo.

Sea lo que fuere de un hecho de pura erudicion, y nada fácil de aclarar, pasemos à poner de manifesto las cualidades poéticas del poema histórico de Fernan Gonzalez.

Por la breve idea que he dado del asunto, puede colegirse facilmente que la invencion poética no es la prenda que mas sobresale en esa composicion: defecto general de todas las obras de ingenio pertenecientes à tiempo tan remoto, en que la sencillez y la verdad prosáica de la historia se juzgaban indispensables hasta en las obras de pura imaginacion. Tan cierto es esto, que aun los personajes históricos en quienes se hallan caracteres relevantes y poeticos, en manos de aquellos autores aparecen revestidos del carácter, modales y language peculiar de la época del autor, esto es, sencillos, toscos, y sin belleza, como las producciones de su ingenio: prueba de ello es el poema de Alejandro, en donde el héroe es un verdadero godo.

Sin embargo de eso no deja de haber intencion poética en el plan del que examinamos, principalmente desde el momento en que el autor se ocupa de lleno en la narracion de las hazañas militares de Fernan Gonzalez; y aun cuando sigue fielmente el orden tradicional é histórico de aquellos sucesos, acierta à veces à enlazarla con algunos episodios oportunos que dejan respirar la accion sin truncarla ni debilitar el interés general de todo el cuadro.

El primer episodio que el autor introduce en la accion, consiste en que durante una tregua con los árabes el héroe se separa de sus compañeros para divertirse en la caza; vé un jabali que el autor llama puerco, nombre que igualmente le dá el de Alejandro, le sigue hasta dentro de su cueva, y el animal no hallándose allí seguro, se dirige à una ermita llamada de San Pedro, adonde entra el Conde persiguiendo à la fiera hasta el pie del altar. El respeto debido à sitio tan sagrado, detiene al Conde, y en vez de matar al jabali pide à Dios perdon de haber profanado el templo. En esto se di-

rije á él uno de los tres monges que allí hacian vida penitente, y despues de brindarle con el hospedage, le vaticina las victorias que alcanzará contra los infieles y las desgracias que acibararán su vida. El vaticinio de Pelayo, que asi se llamaba el monge, no carece de elegancia y dignidad; por lo cual me ha parecido digno de ser citado alguno de sus trozos. Dice asi:

Fágotte el buen Conde de tanto sabydor
 Que quiere la tu fazienda guiar el Criador;
 Vencerás todo el poder del moro Almoror.
 Farás grandes batallas en la gente descreyda,
 Muchas serán las gentes á quien quitarás la vida,
 Cobrarás de la tierra una buena partida,
 La sangre de los Reyes por ty será vertyda.
 Non quiero mas decirte de toda la tu andanza;
 Será por todo el mundo temida la tu lanza:
 Quanto que yo te digo tenlo por seguridad;
 Dos veces serás preso, creyme sin dudanza.
 Antes de tercero dia tendrás grave cuidado
 Ca verás el tu pueblo todo muy espantado,
 Verán un fuerte signo que nunca vió ome nado,
 El mas lozano dellos será muy mal espantado.

Mas adelante, cuando todo el poder agareno se conjura contra el Conde de Castilla, este dirige sus ruegos al cielo pidiendo la ayuda de Dios contra tantos enemigos. Despues de la oracion quédase dormido, y en sueños se le aparece el monge San Pelayo;

De paños como el sol todo venia vestydo
 Nunca mas bella cosa veyera ome nascido;

y llamando al Conde por su nombre le exorta á dar batalla á los moros con la seguridad de que él mismo y el apóstol

Santiago con multitud de ángeles, le ayudarán á conseguir la victoria, por disposicion del Altísimo. Dicho esto, el Santo Pelayo, el mismo con quien habló en la ermita, voló al Cielo en brazos de los ángeles; y antes que el héroe pudiese despertar, oyó una voz que no solamente le exortaba á la batalla, sino que le trazaba el plan de ataque; y aquel ser que hablaba así al subir al Cielo en igual forma que el Santo Pelayo, se hizo visible á los ojos del Conde declarándole que era San Millan, enviado de Jesucristo. Vuelve el héroe á reunirse con los suyos, casi sublevados por la ausencia de su gefe; refiéreles su milagroso sueño; los reanima, y los conduce de nuevo á la victoria.

Preparadas las huestes y distribuidas cual convenia para presentar batalla al día siguiente al enemigo, y cuando todos se retiraron á sus tiendas para descansar, finge el poeta que el diablo, obediente á la voz de algun moro encantador, toma la figura de una serpiente de fuego, y viene á esparcir el terror en el campo de los cristianos. He aquí de que manera el autor describe esta escena.

Vyeron aquella noche una muy fiera cosa;
 Venye por el ayre una syerpe rabyosa,
 Dando muy fuertes gruytos la fantasma astrosa;
 Toda venye sangrienta, mermeya como rosa.
 Fazia ella semblante que feryda venya
 Semejava en los gruytos que el Cielo partya,
 Todos ovyeron miedo que quemarlos venia.
 Non ovo ende ninguno asaz tan esforzado
 Que grand miedo non ovo é non fuese espantado.
 Cayeron muchos omes en tierra del espanto,
 Ovyeron muy grand miedo todo el pueblo cruzado.
 Despertaron al Conde que era ya dormido;
 Ante que él venyese el culuebro era ydo.
 Falló todo el su pueblo como desmaydo;
 Demandó del culuebro como fuera venydo;

Dyxeron se lo todo de qual quisa veyera
Como cosa feryda que muy grandes gruytos diera,
Maravillanse como la tierra no encendiera
Vuelta venia en sangre aquella vestya fyera.
Quando ge lo contaron asy como lo vyeron.
Entendió byen el Conde que grand myedo ovieron;
Questa á tal fygura que diablos la fyzyeron
A los pueblos cruzados revolverlos quisieron etc.

Al acercarse la conclusion del poema crece el interés por lo mismo que tambien crece el ingenio del autor. Valido este por una parte de la historia, y por otra de tradiciones, sin duda fabulosas, supone que la Reina de Leon, viuda de D. Sancho, muerto en un encuentro por mano del Conde, deseosa de vengarse premedita y consigue que caiga este en poder de D. Garcia, Rey de Navarra, bajo el falso pretesto de avistarse ambos para contratar el casamiento del Conde con una hermana de D. Garcia. Verificase en efecto la entrevista en la que desapercibido el Conde se ve prisionero de aquel y encerrado en un castillo. Un Conde lombardo que pasaba por España en romeria á Santiago, quiso conocer al esforzado guerrero cuya fama habia llegado con asombro á sus oídos; y sabedor de su cautiverio pidió y consiguió se le permitiese verle y hablarle. Prendado de su valor y galanteria, determinó salvar á tan buen caballero; y enderezando al sitio en que se hallaba la Infanta Doña Saacha, causa de la desgraciada suerte de Fernan Gonzalez, la reprende por haber servido de pretesto á la traicion con que su hermano se apoderó de tan ilustre y esforzado campeon; ponderó sus buenas prendas; y la excitó á lavar la mancha que mancillaba su nombre por tan negra felonía, dando mano de esposa al desgraciado Conde y salvándole de los hierros en que gemia cautivo. La Infanta sintiendose inclinada á favor del Conde, se dirigió al castillo; habló con el prisionero; concertaron su enlace; y á favor de la noche

huyeron sin que nadie los viese. Al dia siguiente un Arcipreste que andaba de caza por el monte, descubrió á los dos fugitivos; y prevaliéndose de su desgraciada situacion, solamente se allanó á dejarlos libres si el Conde se humillaba hasta el punto de consentir que la Infanta satisficiese sus impúdicos deseos. El honrado Conde desechó con indignacion tan horrible propuesta; pero la Infanta, discreta al par que hermosa, fingió acceder á los deseos del Arcipreste, á condición de que este se despojase de sus vestidos, los dejase en manos del Conde, y se apartase con ella á un sitio inmediato y oculto. El incauto Arcipreste desarmado y desnudo, siguió á la astuta doncella, la cual en el momento crítico de abalanzarse aquel á satisfacer su lascivia, le asió de las barbas, y de improviso tirando fuertemente de ellas, dió con el clérigo en tierra. En esto el Conde, aunque abrumado con el peso de los hierros que tenia en la prision, pudo acercarse á tiempo para segundar los esfuerzos de su amante, sepultando su cuchillo en el pecho del traidor. Hecho esto y tomando la mula en que cabalgaba el Arcipreste, se dirigieron en busca de las tropas castellanas. Esta escena, pintada con el language sencillo y candoroso de aquella época, creo no desagradará por su novedad. Hecha por el Arcipreste la escandalosa propuesta que ya se ha dicho, continua el autor:

Quando oyó Don Fernando cosa tan desaguisada
 Non serya mas quejado si le dieran una lanzada,
 Por Dios, dixo el Conde pydes cosa desaguisada,
 Por poco de trabaxo demandas gran soldada.
 La dueña fue bartera escontra el coronado:
 Acipreste, qué quieres que yo lo faré de grado;
 Por ende non nos perdremos amos en el Condado,
 Mas vale que ayunemos todos tres el pecado.
 Díxole luego la dueña, pensat vos de despojar
 Aver vos ha el Conde los paños de guardar
 Porque non vea á tan fuerte pesar;

Plega vos Acipreste de aquí vos apartar.
 Quando el Acipreste ovo aquesto oydo
 Ovo gran alegría é tóvose por guarydo;
 Vergüenza non aya el falso descreydo,
 Confonder coydo á otro mas él fue confondydo.
 Ovyeron se entramos ya quanto de apartar,
 Cuidara se la cosa el luego de acabar,
 Ovo el Acipreste con ella de travar,
 Con sus brazos abyertos yva se la abrazar.
 La Infanta Doña Sancha, dueña tan mesurada,
 Nunca ome hyó dueña tan esforzada,
 Tomólo por la barva dióle una gran tirada
 Dixo Don falso traidor oy de ty seré vengada.
 El Conde á la dueña non podia ayudar
 Ca tenya grandes fierros é non podia andar;
 Su cuchyllo en la mano ovo á ella allegar,
 Ovyeronle entramos al traydor de matar.
 Quando de tal manera morió el traydor,
 Nunca merced le quiera aver el Cryador,
 La mula é los paños é el mudado azor,
 Quiso Dios que lo ovyese mas onrrado Señor. etc.

No concluye aqui este episodio, el mas prolongado é interesante de todo el poema. Las huestes castellanas, entretanto, sin caudillo, discordes en pareceres, sin consejo ni plan concertado, estaban amenazadas de todos los males que acarrea la falta de unidad en las operaciones y de un gefe que las conservara bajo la severidad del órden y de la disciplina militar. En este apuro Nuño Lainez, uno de los capitanes de mas crédito entre los castellanos, imaginó un ardid ingenioso para remplazar al caudillo que lloraban perdido. Mandó labrar una estatua de piedra que representase al Conde, á la cual todos hubieron de hacer pleito homenaje, jurando no volver la cara al enemigo mientras su gefe no la volviese. Colocáronla sobre un carro, poniéndola en una ma-

no el pendon de Castilla; y con ella al frente tomó la hueste el camino de Navarra, hasta que por fin el verdadero Conde se presentó á los suyos, con estremado regocijo de todos ellos.

Los caracteres de los personajes que intervienen en la accion, son incompletos como lo eran siempre todos los que introducian aquellos poetas en sus composiciones de ingenio, mas sujetas á la narracion histórica que no á las situaciones dramáticas que admite la epopeya; por consiguiente tan solo podemos decir que el único y principal carácter sobresaliente que respecto de los demas se halla mejor delineado, es el del Conde de Castilla, constantemente piadoso, valiente y comedido: estas son sus dotes principales.

El language y estilo pueden conocerse por los trozos que deajo presentados, si bien no son estos los mas abundantes en verdadero colorido poético. Otros hay que me astengo de citar por no parecer molesto, y por haber hablado de ellos cuando traté de los prosistas de igual época: en unos y otros indudablemente se manifiesta lo que el autor hubiera sido capaz de hacer con otro gusto y otra lengua mas culta, armoniosa y poética.

No obstante su antigüedad, no carece esta composicion de riqueza poética; riqueza que en cierto modo desaparece, ó por lo menos se oculta, bajo la monotonia de una versificacion y un language sumamente pesados, que abruma y fatigan el ánimo. Por lo tanto, en su lectura solo pueden hallar deleite los que logrando prescindir por un momento de la elegancia, fluidez y armonia de nuestra bellissima lengua actual, y de los deliciosos y variados métrros modernos, consiguen trasladarse mentalmente á otro siglo y á otras costumbres, muy diversas por cierto de las del dia.

DEL

TRATADO DE COMERCIO

CON LA INGLATERRA (1).

(Artículo VI.)

Mientras que la Gran Bretaña de acuerdo con sus viles esclavos preparaba y reunía los materiales para el incendio y aniquilamiento de la industriosa y opulenta Barcelona, y lanzaba sobre ella proyectiles que fuesen como otras tantas bases de su tratado de comercio, su filantrópica cruzada mercantil desempeñaba su misión en la Corte de Portugal, y con el mismo fin, de un tratado de comercio, que se firmó en Lisboa en 3 de Julio de 1841, vaciado en la misma turquesa que cuantos ha celebrado hasta el día con potencias débiles y pusilánimes, y que en nada se diferencia del famoso é inolvidable de *Metuen*, sino en que este en solo tres artículos de muy pocas líneas aniquiló su industria, su riqueza, su poder político, su población y su porvenir.

Por lo demas, son exactamente iguales. ¿ Si habrá querido ahora encubrir con el ostentoso aparato de huecas frases,

(1) Véase el número anterior.

y de palabras sus intenciones, para no llamar tanto la atención de la Europa, ni recordarle el tan funesto de 1803?

Igualdad de bandera; beneficio de ella; importación con templados derechos de todos los productos de creación británica y de sus colonias; importación privilegiada de los que transportase de los países que lo produjeran, y donde ejerce un monopolio esclusivo; igualdad de cargos, ó de derechos y arbitrios de toneladas, ancoraje, muellage, faros y todos los demas. Véanse aquí cuales son los principios que profesa, y sobre que acostumbra hacer sus tratados de comercio y de navegación; y la máscara con que encubre toda la gravedad y trascendencia de ellos es la libertad de comercio, fecundísima en su boca en inapreciables beneficios. Los males y perjuicios que acarrea el aislamiento industrial y comercial, á que leyes fiscales que un sistema de esclusivismo condena á las naciones que rehusan caminar con la civilización del siglo y con los adelantamientos de la ciencia económica; la fraternidad que la naturaleza ordena; y la razón aconseja á pueblos dotados de distintos bienes, y que tan varios son en el suelo, en clima, en producciones, en instrucción, en génio, en leyes é instituciones, son los fundamentos de sus apolo-gías, en favor de la libertad absoluta; y aquí es donde especialmente despliega su filantrópico y ardiente amor á toda la especie humana, y á sus intereses materiales y positivos.

En vano los hombres pensadores, y los Gobiernos ilustrados y celosos de la prosperidad de los pueblos, le recuerdan su antigua legislación industrial y mercantil, infinitamente mas recelosa, mas opresiva y tiránica, que cuantos hoy merecen sus diatribas y sarcasmos, ó sus apasionadas censuras; en vano se le traen á la memoria aquellas bárbaras leyes que castigaban con severas penas, no tan solo la importación de productos estraños, por poco que fuese el daño que hiciesen á los propios, sino la esportación aun de los escedentes de sus materias brutas; en vano, sus maestrias, jurandas, largos aprendizajes, y todo el atroz sistema de su monopolio in-

terior; en vano se le designa la época en que quiso cambiar de principios y de doctrinas; combatir las que con tanto eariño y fruto habia profesado, y las causas de esta repentina metamorfosis; en vano se les demuestra con irrefragables hechos, que aun hoy mismo está desmintiendo solemnemente su filantropía, y que la libertad de comercio que quiere inculcar á todas las naciones de Europa, no es un principio fijo en su administracion interior, que favorece el mas horroroso monopolio de su alta aristocracia, ó de los grandes y exclusivos propietarios territoriales, á costa de la inmensa masa de consumidores, y lo que todavia es mas sensible, de la clase miserable y proletaria; en vano se le citan muchos artículos de sus tarifas recargados con derechos enormes equivalentes á la prohibición, y los cuales teme puedan tener alguna influencia peligrosa, no en productos idénticos de su creacion, sino en otros muy distintos, cuyo consumo pudiera tal vez disminuirse; en vano se apoyan los que hablan la verdad, ó los que piensan sinceramente, que son ciertas sus creencias económicas, en que los pueblos de Europa, cuyos errores quisiera rectificar, y sus preocupaciones corregir, no hacen mas, en cuantas medidas de fomento y represion adoptan, que seguir la doctrina que ella misma les ha enseñado por muchos siglos con su ejemplo, y que aun continua practicando en todo aquello que la juzga favorable.

A todo esto y á mucho mas que decirsele pudiera, responde: « que una triste y dolorosa esperiencia le ha hecho conocer, despues de repetidos y funestos desastres, que el camino que confiadamente seguia, la condujo á su ruina; que por no haber seguido el que la razon y la justicia universal le marcaban, habia perdido muchos años que hubieran podido ser de progreso, y que tan solo fueron de atraso y de decadencia; que condolidada de igual suerte que ya se preparaban las naciones de Europa, y con especialidad sus amigas, siguiendo aquella misma equivocada senda, se habia puesto

á la cabeza de la civilizacion para mostrarles el nuevo á que sus mismos errores la habian traído. Asi aparecia orgullosa con su ilustracion, y justa en el egercicio de su poder, y aparentaba no querer exigir ningun beneficio por la fuerza ni por la seduccion, antes mostrándose franca, leal y generosa, ofrecia por la libertad útil y aun necesaria, en su concepto, para los pueblos atrasados, ampliar compensaciones. « No recibo, dijo, sin dar y no doy sino con munificencia; pago con usura los beneficios que se me hacen, y de los cuales necesito menos que los que me los dispensan. »

Y sin embargo ¿han visto acaso un tratado de comercio de los que ha hecho de algun tiempo á esta parte en muchos Estados de Europa, que no lleve por delante la admision de cuantos jéneros produce? No amenaza á la Francia y á los países que se resisten á reconocer los beneficios de esa libertad de comercio, y de esa decantada reciprocidad, cuando elevan en sus tarifas el derecho de entrada de algunos artículos de su produccion, ó de la agena, en que su comercio se ocupa y su marina mercante transporta?

Estas consideraciones previas á la cuestion algodonera de que acaso nos ocuparemos algun dia, son tanto mas oportunas, cuanto que hace ya mucho tiempo que los agentes de Inglaterra, que no todos son ingleses, nos han estado hablando de que nuestra aliada, desinteresada y generosa, deseaba ardentemente alargar á la España, como lo ha hecho al Portugal, una mano amiga y protectora que la levantara de su postracion, y la condujese por el camino de las reformas útiles, y la mostrase que para ella no hay mas riqueza sólida y perdurable, que la de la industria agricola, á que es irresistiblemente llamada por la naturaleza, por las costumbres y génio de sus habitantes; y que para adelantar en ella le convendria echarse en sus brazos para que la abastezca de todo cuanto pueda necesitar, y promueva de este modo sus cambios, y la ayude á desenvolver la inapurable potencia de su feraz suelo, y á buscar en él las minas sin fondo, que la

ofrece, y que hasta ahora, ó no ha conocido ó ha desperdiciado. Y tambien le repiten lo de la reciprocidad: lo de los algodones, lo de la bandera, y todo lo demas que comprende su inmenso vocabulario económico y administrativo.

Naturalmente hemos venido á la gran cuestion de los tratados de comercio, que puede resolverse de un modo general y absoluto, y de un modo relativo entre dos solas naciones. El órden, pues, de nuestras ideas deberá ser; exámen general de los tratados de comercio, ó de sus ventajas é inconvenientes: exámen particular de un tratado entre Inglaterra y España, cuya principal base sea la admision, con ciertas condiciones y compensaciones, de los productos de algodon británico, ó de un ramo muy rico de industria nacional, creado y robustecido bajo la proteccion de las leyes, que infaliblemente arruinaría, sepultando otro de produccion agricola, y arrebatándonos hasta la dulce esperanza de un porvenir venturoso y de una independenciam industrial y mercantil, y de aquel poder político que lleva siempre en pos de sí. En cuanto al primer exámen, no nos proponemos, ni nos podemos proponer formar un libro, si no tan solo hacer algunas indicaciones generales. Tocante al segundo, todo lo que pudiéramos decir, seria intempestivo y poco lógico, sin examinar antes cuál es el verdadero estado de la industria algodoneira en nuestro país; ó qué capital reproductivo emplea; qué algodon en rama estrangero y nacional ha consumido y consume; cuál es la suma de los capitales fijos; cómo trabaja y con qué economía; qué séries de hilos hace, y qué tegidos; cuáles son sus precios, y si han descendido y en que clases, en beneficio del consumo; qué influencia tiene en los productos de las demas provincias, ó qué consumo procura á su produccion; cómo influye en nuestra marina mercante y en nuestros cambios con las posiciones de Ultramar, con el Brasil y otros muchos puntos estraños; qué obreros emplea; qué industrias promueve; y cuáles son las esperanzas que pudiéramos concebir de su prosperidad: y con estos conocimientos

y con el de los precios de los hilos y tegidos británicos, ya recargados con un derecho protector de 25 ó 30 por 100, el problema sería ¿si los nuestros idénticos pudieran concurrir con ellos en el mercado doméstico? porque si así no fuese, indicada quedaba la prohibición, ó el abandono de nuestra industria; de modo que la cuestión algodonera sería la preminar del tratado de comercio; porque si la importación con aquel derecho nos usurpase una industria creada, y nos sujetase á una dependencia estraña, y nos arrebatase 400 ó 500 millones, anuales y dejase sin empleo á nuestros capitales, y arrebatase el alimento á numerosas familias, é impidiese un trabajo general, y disminuyese la masa imponible; un tratado de comercio con aquella condición sería una calamidad, para la cual no pudiera ofrecer ninguna producción del país suficientes compensaciones.

COMO PUEDE ESPLICARSE

UN PENSAMIENTO

DE ALEJANDRO DUMAS.

Allá va la nave:

¿Quién sabe do va?

EL DIABLO-MUNDO.

Cuenta la historia del pueblo de Dios, que los israelitas por mano del Pontífice Aaron, fundieron con los zarcillos de sus mugeres un becerro de oro, al cual ofrecieron holocaustos y hostias pacíficas, exclamando: *estos son tus Dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto.*

Aquel pueblo idolatró, el nuestro idolatra; todos los pueblos del mundo tienen su idolatria. La del pueblo errante aparece de mas sublime especie que la del pueblo culto. Aquel adoraba la forma en la materia, este adora la materia en la forma. Aquel se postraba á un becerro, como ante un objeto sagrado.... la idea, el simbolo de la divinidad; nosotros le idolatrariamos tambien, le doblariamos la rodilla *por ser de oro.* Aquellos personificaban la divinidad, ponian sus ojos en ella bajo la forma que les plugo, tenian su mente fija en el Hacedor, en ese objeto portentoso y grande como la inmen-

sidad del espacio, como la omnipotencia de los elementos; tenían también embriagado el pecho de esa unción celestial, inocente, pura y sublime como el alma del hombre, maravilla de la creación de los seres. Nosotros clavamos los ojos en la materia, en el arena, abrigándola en el centro de nuestro corazón, como el objeto más digno de sacrificios y holocaustos. Porque la felicidad que el pueblo de Israel pedía a una estatua fantástica, la sueña el nuestro con el oro. Aquel era un incauto, un iluso, perdido en su camino; este es un fátuo, un miserable que en vano se fatiga, se arrastra por el cieno, y muere sin probar sus soñadas dulzuras, gustando por todo la amargura del desengaño, sintiendo el fuego abrasador de su demencia en la ilusión de sus sueños de oro. ¡Triste suerte que ha cabido al siglo XIX en el continuo juego de los varios sucesos del mundo! El por qué procuraremos explicar, contando con la bondad de nuestros lectores.

Un instinto preside al hombre en todas sus operaciones, el instinto de conservación, que es la ley natural de todos los seres vivientes; es la unión de los cuerpos, el sistema de atracción universal de Newton. A este principio llama el hombre el *imperio de la necesidad*, y ajusta sus acciones y repliega todas sus fuerzas y poder. El espíritu social nace de este principio.

Y ese espíritu, ese imán irresistible de la fuerza pública, esa enseña poderosa que representa la idea imperatriz del siglo, arrastra en pos de sí la sociedad entera, tanto, que de millones de individuos y voluntades hace que los hombres se conviertan como en un solo individuo, en una sola voluntad, agrupados al pedestal que han levantado á su quimera, al pensamiento de su siglo. Y esa misma quimera, ese pensamiento dominante del siglo, produce la emancipación de otros siglos, es el blason de las generaciones.... otra arruga más sobre la faz del tiempo.

Por esto no marcha la sociedad siempre uniforme y consecuente: por esto no es lo que aparece el carácter social del

hombre, no es contrario á la inmutabilidad de su esencia; que toda esa varia movilidad, esas distintas é indeterminadas fases que presenta, son consecuencia inmediata y forzosa de aquel principio que la naturaleza inoculó en todos los seres del Orbe, y sin el cual no puede concebirse la existencia del mundo.

Que el mundo puede marchar á un mismo objeto por vías diversas y elevarse en todas direcciones, esto es un hecho consignado en la historia.

En los primeros tiempos del mundo la vara del magistrado fue una esteva, y un cayado el cetro de los Reyes. Entonces hacia profesión de labrador y ganadero el sábio pueblo egipcio, maestro presuntivo de la culta Grecia. Entonces el primer astrónomo, poeta y músico del mundo, el que tuvo acaso la idea mas grande de Dios (1), el sábio Orfeo fue Rey y pastor. Pastor fue Hesiodo (2), aquel célebre poeta griego. El Rey David, filósofo y poeta, fue tambien pastor, y pastores fueron otros patriarcas del pueblo hebreo. Pues bien, el pueblo egipcio, ese pueblo pastor, tuvo una Menfis y una Tebas: el pueblo griego levantó una Atenas y una Argos... esas ciudades eternas en la memoria de los hombres, esos colosos de grandeza y de poderío, cuyo solo recuerdo nos hace olvidar que vivimos en un siglo culto, tantos siglos despues.

Una nueva raza vino despues á hacer época en el mundo social, estraña á aquellos pueblos en sus hábitos y costumbres. Unos comerciantes que la avaricia metió dentro de la tierra en busca del estaño y demas minerales, como el huron en busca de la caza. Estos hombres, que hicieron pecho á los vientos y á las distancias, y salvaron los montes y mares,

(1) En un fragmento de un himno que compuso para los misterios egipcios en que fue iniciado, dice: «marchad por el camino de la justicia: adorad al solo dueño del universo: es uno y solo por sí mismo; todos los seres existen por él; obra en ellos y para ellos; lo ve todo y jamas ha sido visto de los ojos de los mortales.»

(2) De este poeta tan solo nos han quedado tres producciones: el poema de *las obras y los días*: la *Teogonia*: y un fragmento cuyo nombre es *el Brote de Hércules*.

y estendiéndose por todo el mediodía de Europa, fueron los fenicios (1), que al modo de la abeja industriosa volvian á sus hogares gimiendo bajo el peso del tesoro europeo, cambiado por un pedazo de estaño ó visuteria. Y así levantaron las opulentas Cartago y Tiro, y fueron grandes geógrafos, y también fueron los inventores de los caracteres escritos, los que dieron materia al gran Guttemberg para levantar, según un célebre escritor (2), « aquella segunda torre de Babel del linage humano, refugio prometido á la inteligencia contra un nuevo diluvio, contra una sumersion de bárbaros. »

Andando el tiempo, vino al mundo otra raza con nuevas pretensiones. Dejó la paz y la alegría de los campos, llena de generoso esfuerzo y ardor helicoso: dejó flores por laureles, dejó cristalinos arroyos por torrentes de sangre, y sembró de terror el Orbe. Roma fue entonces á los ojos del mundo un gigante que lo abogó entre sus brazos; las demas naciones se arrastraban á sus pies, como se arrastra el enano á los pies del Señor.

Las fuerzas del cuerpo, los combates sangrientos, las armas eran el pensamiento dominante del Senado y pueblo romano. El triunfo de la fuerza material hace al hombre soberbio, tirano y ambicioso, cierra el corazon á los mas dulces sentimientos de humanidad, convierte la naturaleza humana en la de tigre. Así se veía que luchaban las fieras con los hombres, y se despedazaban mutuamente en los espectáculos públicos; se veía que derramaba el hermano la sangre del hermano, y con ella salpicaba los manteles de los régios convites, entre los báquicos cantares y las feroces carcajadas de los convidados. Hasta el paño fúnebre que oculta al ca-

(1) Desde Cádiz estos intrépidos comerciantes estendieron su navegacion por las costas occidentales de Africa, y acaso llegaron hasta el mar Rojo, haciéndose de este modo dueños de las riquezas de todo el mundo antiguo. Los españoles por el trato con ellos aprendieron las letras, la navegacion, el comercio, las artes y las ciencias, y se hicieron uno de los pueblos mas cultos de mundo. Sabau tab. cronol. pag. 55.

(2) Victor Hugo.

dáver sobre el lecho de paz, se manchaba con la sangre del fiero luchador. (1) El pueblo romano fue un hijo de Ioba. Y este pueblo á pesar de ese sentimiento brutal, de esa pasión que le arrastraba, tenía sus momentos de vida, levantaba sus ojos al cielo, y entonces derramaba sobre la tierra ese fuego divino, verdadera alquimia que arranca el secreto á la tierra, la convierte en oro, y hace las generaciones ricas y eternas. Nunca se han visto juntas en un pueblo tanta civilización ni tanta barbarie. La Roma que echaba al criminal á las fieras que le despedazase, que le precipitaba de la roca *Tarpeya* y le arrojaba al Tiber mutilado, y enterraba viva á la tierna Vestal infamada, era liberal y generosa con el vencido, guardaba el derecho de hospitalidad, como un sagrado, derramaba á manos llenas la beneficencia sobre el pobre y hacia del esclavo el liberto, y ese liberto fue muchas veces caballero romano. Roma tuvo un César que la hizo grande y rica, y un Nerón que la redujo á escombros. Ese pueblo que insultó al español vencido, sepultó á Numancia entre las llamas, y asesinó á Viriato y Sertorio; levantó sobre sus águilas á nuestras Mérida y Zaragoza, hizo á otros pueblos sus municipios, levantó soberbios palacios, puentes y acueductos. allanó montes y abrió caminos, desarrolló los talentos de Séneca, Lucano y Marcial, llamados á su seno, y acarició en fin y honró á Trajano, Teodosio y otros españoles que se ciñeron sus laureles.

En esto el mundo, abrumado y soporoso con las pompas romanas, se vió de repente asaltado por *una grande avenida de naciones ferás y bárbaras*. Las plagas de Egipto cubrieron la superficie de la tierra, *ta'ándolo todo y dejando horribles tinieblas*. Los bárbaros reprodujeron las plagas de Egipto. Este hormiguero de salvages salió de las regiones septentrionales en busca de alimento: por donde dice un historiador que *la necesidad de sustentarse forzaba á innumerables enjam-*

(1) Junio Bruto fue el primero que celebró estos juegos en las exequias de su padre. Los abolió el gran Constantino.

bres de hombres á pasearse y buscar asiento en tierras templadas y abundantes. Asi lo hicieron, corriendo á las países del mediodia, muy contentos y holgados con la Italia y la España, el paraíso del mundo. Valientes y emprendedores por el rigor del clima y por la sed de goces materiales se entraron por los mejores países de Europa. Gozaban los godos, como trasportados por ensalmo en medio de un edem. Sentian deslizarse dulces y ledas las horas de la vida, como el labrador cansado las del sueño; aun no gastados aquellos cuerpos endurecidos, aun no estragado el paladar con el nectar de los placeres. Asi satisfechas con poco sus necesidades sociales, porque son pocas las necesidades de un pueblo errante, solo tenian presente un objeto, el mas próximo á la vista de un hombre inculto, el único objeto que hiera á la par sus sentidos y el de las bestias, y en que viene á asemejarse, á confundirse, á eslabonarse el talento con el instinto, el espíritu con la materia, el pensamiento con la forma. Asi encerrados bajo la bóveda del mundo físico, no habian penetrado aun la transparencia de este inmenso fanal, no habian visto allá sobre este mundo otro mundo mas puro, mas eterno, mas grande; Señor omnipotente sobre la tierra que pretende dominar todos los globos, todos los planetas flotantes en la inmensidad del espacio, todos los seres y elementos. El mundo racional, el palacio de la mágia y de los encantos.

Los godos no habian visto aun ese mundo, porque aun no se habia cansado el cuerpo de gozar, no se habia despertado el alma; porque el pensamiento se habia enterrado con Roma, y no podia desplegar sus alas cogidas y embarazadas entre las ruinas del Capitólio.

Los godos con el hierro y el fuego sepultaron al pueblo rey, borrando sus huellas de la faz de la tierra, como el simun del desierto borra las de sus célebres viajeros, y los sepulta entre sus ardientes remolinos. Los godos pusieron el pie sobre Roma y sobre todo lo que llevaba el sello de Roma. Tal es

la condición del vencedor, cuando el enemigo es poderoso. El odio del enemigo sube de punto con la resistencia del contrario, como crece con los pantanos la fuerza del torrente.

Los ejércitos godos encontraron la tierra cercada por un fuerte muro, contra el cual se estrellaban sus fuerzas y se humillaba su altivez: el muro de la inteligencia; la enseña y el escudo romano, cuyos rayos resplandecían más que todos los aceros brillantes del ejército godo.... aquel soberbio muro que aun se elevaba, cual arca de salud, sobre las ruinas de la tierra, único resto de una espantosa inundación. Y esa fortaleza se alzaba luminosa, como la luz del faro, inmutable y fija en medio de las tinieblas de la tempestad. Era el espectro aterrador de un pueblo bárbaro, cuyos cantos de victoria convertía en fúnebres cantos: era el fantasma que le dejaba helado en el calor de los combates.

Más pronto se ocultó el fantasma entre el polvo de la multitud que corría en tropel y se arrastraba en pos de los soberbios vencedores: pronto se ocultó en la oscuridad de los claustros, aturdido con el ruido del triunfo, y el eco impío de esa fama, que la fuerza material extiende por toda la tierra, cruzando mares y montes, allanando ciudades, pisando los escalones de los Tronos, subiendo y dominando en todas las alturas, en todos los horizontes de la tierra; puestos en fin bajo sus pies la humanidad entera y el mundo. Así, dueño de todo el ejército godo, llevó hasta el corazón de sus vasallos la conquista, y así logró disipar aquel fantasma que le atajaba en su carrera, y le aterraba en medio de sus ensueños de dominación.

La Europa desde entonces volvió la espalda al pueblo vencido, dando la cara al vencedor. Esta fue siempre la conducta de la sociedad con el hombre. El mundo por remedar al pueblo godo, se arrancó la máscara romana, arrojó el brocado imperial y se vistió de pieles. El mundo ya viejo volvió á la edad del niño; porque había tocado el punto en que se confunden y resuelven las sociedades. Las fábricas, los pala-

cios se hundieron, cerráronse las escuelas, quemáronse los libros: ni quedó sobre la tierra un débil reflejo de las costumbres y civilización del Lacio. Los bárbaros del Norte aparecieron al mundo como el monstruo de cien cabezas. Dueños de los hombres y de sus destinos, creyeron imponer límites á la razón, ahogar la inteligencia y sujetar el pensamiento, *cuyo ejercicio*, siguiendo un célebre escritor, *es demasiado penoso para aquellos hijos de la naturaleza, que soportan como unos mármoles los trabajos del cuerpo, pero que tienen cual lazarónis una aversión extraordinaria á cuanto es pensar.*

De un solo pensamiento se ocupaban las cabezas del pueblo godo; del pensamiento en que se agita el conquistador. Por eso la historia nos presenta á nuestros primeros Reyes asentados sobre un Trono de calamidades y de azares, de cadáveres y de escombros. Por eso nos presenta las conspiraciones y regicidios tan frecuentes en aquel pueblo militar, siempre soberbio, siempre bárbaro, siempre ambicioso de tierra y sediento de sangre. Por eso nos presenta aquel pueblo en el estado de salvaje, sin mas ley que la fuerza, sin mas costumbres que las de un pueblo errante. Puede juzgase de la civilización de un pueblo, cuyos Reyes no sabían leer ni escribir (1).

Y estas estrañas gentes con todo el poder de sus armas y toda la osadía de su barbárie destruyeron el mundo antiguo para reedificarle, derribaron el edificio romano para levantar el edificio godo, derribaron las aras de Cristo. pasaron sobre la silla de Roma, y luego abrazaron al pueblo romano con sus sacerdotes. Leovigildo persiguió á S. Isidoro y S. Leandro, y S. Isidoro y S. Leandro fueron llamados en la muerte de Leovigildo: fueron llamados por Recaredo á ser los primeros legisladores del pueblo godo, á formar nuestros primeros có-

(1) La ignorancia, dice Mariana, se habia propagado con tal rapidez que excepto algunos monges y eclesiásticos, nadie sabia leer ni escribir.

digos en los concilios de Toledo (1), á estrechar los lazos sociales del pueblo señor y el pueblo esclavo, á recordar que era su hermano al pueblo que fue su enemigo, á asentar en fin la primer base que habia de levantar á España sobre los mas altos pueblos de la tierra; á España que estaba llamada al mas alto destino, á ser señora de dos mundos.

Así el pueblo godo lleva sobre su frente, como toda la humanidad, la marca del delito y el arrepentimiento, el pecado del primer hombre y el bautismo. Esto es, el fragil cristal con su mancha y su lavadura.

Las costumbres bárbaras, el espíritu belicoso y aventurero y el principio católico forman un grupo original. La alegoría del monstruo con el cuerpo de bestia y la cabeza de hombre. La edad media: edad contradictoria y estraña, porque ha pasado y ha tenido la fortuna ó la desgracia de ensayar el mundo.—Pugnaban entre sí dos principios que presidian á aquella sociedad naciente, improvisada y suplantada en todo el mediodía de Europa. El principio de la fuerza física y la fuerza moral, la pugna de la materia y el espíritu. La condicion del pueblo godo y el génio del pueblo romano. Los hábitos materiales de la barbarie con la accion irresistible del pensamiento. La fuerza de inercia, el impetu brutal del cuerpo, ese torpe adormecimiento y sacudida de sus fuerzas vitales contra una fuerza colosal, imperiosa, noble é imponente, contra esa fuerza arrebatadora que es la sed ardiente é insaciable del espíritu humano, ese divino suspiro que se exhala del alma del hombre, oprimida en la estrecha cárcel del mundo. Y estas dos fuerzas, como suspendidas de dos opuestos polos, mantenian en pasmoso equilibrio la balanza social. Dos sentimientos que se pintan en la faz de los tiempos feudales; tiempos que pasaron una vez por el mundo, acaso

(1) En el prólogo de las fazañas, coleccion que anda incorporada á los antiguos fueros castellanos, ordenados en las Cortes de Nájera, se dice: «en tiempo que los godos senoreaban á España, el Rey D. Sisnando fizo en Toledo el fuero que llaman el *libro juzgo*; é ordenóse en todo su Sennorio fasta que la tierra se perdió en tiempo del Rey D. Rodrigo.»

para no volver jamás (1). El escudo del feudalismo es una espada y un laud. La union, la reconciliacion entre las armas y las letras. « Que la sciencia non embota el fierro de la lanza, ni face floja la espada en la mano del caballero (2). » El feudalismo trajo al mundo los caballeros y trovadores: la fuerza del hierro y la razon. El feudalismo dividió y subdividió la sociedad en pequeñas fracciones; paralizó el movimiento de naciones enteras, aislando clases y familias, encerradas, encastilladas en las fortalezas de los Señores. Allí no conocian mas hermanos ni amigos que los habitantes del castillo, ni mas patria que las tierras de su jurisdiccion, ni mas Rey ni mas ley que su Señor con sus autojos, para el que tenian brazos y valor, para el que tenian hijos y aun esposa. Allí consagrados los ánimos y las fuerzas del cuerpo á la mas brutal servidumbre, no se sentia otra necesidad que la del perro en seguir al amo lamiendo sus pies, ó despedazando á cuantos osaran acercársele. El Señor confiado y soberbio con sus brabas y leales mesnadas salia del castillo contra su Rey ó su rival, se estendia por los campos vecinos, conquistaba palmo á palmo, y ensanchaba y dilataba sus dominios feudales haciéndose con provincias enteras y aun con reinos. De otro modo exigia de los Reyes franquicias y derechos, si no pleito homenaje. Señor de horca y cuchillo, sacrificaba á su orgullo, y asesinaba impunemente á sus vasallos en sus mismos hogares. Entonces se hollaba el derecho de propiedad y no habia seguridad en las personas: porque la ley del mas fuerte imperaba, y con ella el robo, la sorpresa, el asesinato, la traicion. Tal vez en medio de la noche se asaltaba una fortaleza para robar una doncella, quedando sus dueños tributarios ó prisioneros, sino degollados por la saña del bárbaro. Tal vez se veia al pacífico viagero sorprendido, maltratado y robado en medio del camino. Tal vez á una pala-

(1) Un événement arrivé une fois dans le monde, et qui n'arrivera peut-être jamais. Montesquieu, Esprit de Lois lib. 30. cap. I.

(2) El Marqués de Santillana en el proemio de sus proverbios.

bra indiscreta, à una mirada de una dama arrojaba el guante un caballero en medio de los festejos de una boda, ó presentábase un Rey de armas con un cartel de duelo à muerte en medio de la alegría de un banquete ó de la algazara de un torneo, que celebraba la union de dos familias, de dos comarcas enemigas por tradicion y por costumbre. Asi volvian à suscitarse los odios no bien apagados, y à correr la sangre y los desastres de castillo en castillo. Estos hombres feroces desconocian el imperio de la razon, no conociendo mas que el de la fuerza. La educacion ruda y brutal de aquella sociedad rechazaba el aspecto grave y helado del filosofo. Aquella sociedad sentia con el furor y el frenesi de un corazon jóven, palpitante, fecundo y sediento de quimeras: estaba preparada para las impresiones fuertes. Por eso creia en monstruos y en transformaciones fabulosas, creia en el arte de los encantos, en el arte divinatoria, en aquel libro del destino, horóscopo fatal que quitaba al hombre hasta el consuelo de la esperanza, que es el sueño feliz de la vida.

Poco se trabajó para que prendiese la llama del fanatismo en aquel cuerpo combustible. Y por este lado se inoculó en aquella sociedad mortal el virus saludable de la filosofia y la razon. Una luz, una voz siniestra, el aspecto de una vision en medio de la noche, helaba la sangre del mas valiente, y le atajaba en su camino de aventuras y desafueros. Asi se logró aplacar la fiebre con la fiebre; y el duelo se castigó con la bárbara prueba del duelo.

Este primer estado, esta propension de la naturaleza, esta condicion de la humanidad señalaba asimismo el punto de partida de una nueva era de civilizacion que debia fermentar de los restos aun palpitantes del cadáver romano.— El cristianismo con sus concilios salvó al mundo: la *tregua de Dios* fue en España un iris de paz contra un nuevo diluvio; la Iglesia trazó esta grande obra: los obispos la levantaron. Sí, las catedrales se levantaron con la humanidad;

las cúpulas de sus torres nos parecen la imagen del pensamiento humano en acción.

Así se vió á un pueblo nómada y salvaje, contenido en su abismo, purificar sus álmás de cieno, holgarse con los cantos sublimes de la poesía, los cantos heróicos de los trovadores, arrebatarse con el fuego de la divina inspiracion, y con la lira en una mano y la espada en la otra dar lugar á los mas nobles y generosos sentimientos, á las acciones mas heroicas. Por eso hubo caballeros de la edad media á cual mas nobles, á cual mas leales y sufridos, que volvieron su espada y sus bríos contra la impunidad, contra la opresion del mas fuerte, que hicieron pecho al rigor del clima y las distancia, que salvaron las espesuras y malezas de los montes, de los bosques y de los pantanos, por deshacer entuertos, amparando doncellas y defendiendo desvalidos, por vengar los agravios que se hacian impunemente á la virtud, á la inocencia, á la humanidad. Asimismo se afiliaron bajo el estandarte de la cruz, y derramaron su sangre y sus tesoros por rescatar el sepulcro de Cristo, rescatando la humanidad entera, materializada en el simbolo del islamismo. ¡Tan cierto es que las cruzadas trageron la civilizacion al mundo! Entonces comenzaron á estrecharse los lazos sociales, y á doblegarse el poder feudal, y á levantare el Trono.

Así vemos siempre la fuerza irresistible del pensamiento, combatida y triunfante en tantos y tan varios periodos corridos por una buena parte del mundo. En la mas desecha borrasca acaban las olas por estrellarse contra el puerto. Las olas desaparecen una tras otra, pero quedan las señales sobre la piedra. El antiguo mundo pasó, mas nos dejó ciertas señales indelebles del tiempo, ciertos rasgos sublimes del génio y del espíritu.

Nuestra generacion entra en el número de aquellas cuyos rasgos característicos son tan ténues que á pocos años se horran de la faz de la tierra, como el nombre que se escribe sobre el tronco del arbol. Es una espresion vaga y monstruosa de

todas las tradiciones, de todos los sentimientos que han agitado al mundo. Un monton informe de antiguas ruinas é inscripciones, desde los geroglificos egipcios á los caracteres de Guttemberg, *los hicinamientos que hacen los siglos, el residuo de las evaporaciones sucesivas de la sociedad humana*, como dice un célebre escritor.

Nuestro siglo ha llamado á exámen, ha querido analizar todos esos elementos de vida por combinar un pensamiento; y ha hecho la apoteosis de la materia, la magnífica apoteosis de la miseria humana sobre un monton de oro, la moraleja del grajo vestido con las plumas del pabo.—Nuestro siglo tiene en sí el gérmen de todas las sustancias creadoras, como tendria un tesoro, un ramo de industria, cualquier objeto de especulacion Asi penetra en el corazon de la sociedad con ojo mezquino y avaro: examina todas las creencias, todas las tradiciones, todas las inspiraciones humanas, y las convierte en oro y las materializa. Asi, ni el vuelo de la inteligencia le encanta, ni la fuerza de las armas le aterrera, ni el triunfo de los mares ni los descubrimientos celestes le asombran. Pasa indiferente y desapercibido por delante de las cabezas de Homero y del Ariosto, de Sakespeare y de Cervantes, de Alejandro y Napoleon, de Hernan Cortes y Newton; y no ve mas que el busto de piedra, el objeto del arte, el adorno, la imágen mas ó menos perfecta del hombre: porque de la imágen del génio tan solo le ha quedado una memoria vaga.—El espíritu es una ilusion que pasó en sus ensueños. La materia es el todo. El interés la realidad. El siglo pone precio á las obras del sábio y del artista, y comercia con ellas. Y todo el valor de esas aureolas, celestiales con toda la mágia y pureza de sus destellos, es el valor que da el joyero á la corona de oro chispeada de piedras preciosas. Es el precio que en la bolsa tiene el papel segun la alta ó baja del crédito.

Asi comprende nuestro siglo la sociedad en su estado de crecimiento y desarrollo, de vida y de ventura. Asi quiere

que las mas sublimes creaciones de la humanidad, obras que son hijas únicamente de la inspiracion, sean producto de la avaricia y de la miseria. Quiere que el interés cree por si solo acciones grandes, cuando de suyo es ruin y mezquino. Y en este concepto es exacto el pensamiento que ha dado materia á este artículo, á saber: *que el nuevo mundo todo resplandeciente de oro, sin progenitores y sin recuerdos, pertenece todo al comercio; el antiguo mundo con sus geroglíficos de piedra y sus monumentos bíblicos, son por excelencia del dominio de la poesía* (1).

Hasta ahora no se ha resuelto cual de estos dos estados es el mas útil; pero se sabe muy bien cual es el mas honroso.

Sin embargo nunca es el mundo mas feliz que cuando piensa en la inmortalidad; nunca piensa menos en la inmortalidad que cuando piensa en ser feliz. La inmortalidad y la felicidad son cosas distintas: mas la segunda es consecuencia de la primera; no puede concebirse la idea de su separacion. La inmortalidad es á la felicidad lo que la vida es á la muerte. Las generaciones cuando piensan en la inmortalidad, edifican, cuando en la felicidad, destruyen. En el entusiasmo está su existencia; en el materialismo está su ruina.

De la confusion de estas ideas nace tal vez un pensamiento que ha hecho retroceder muchas veces el curso racional del mundo, un pensamiento que flota oscilante é incierto sobre nuestras cabezas, y las agita y enloquece, cada vez mas impenetrable y misterioso.

La humanidad traza en su marcha la espiral: vá estrechando mas y mas las distancias hasta tocar en aquel punto culminante, donde no hay mas allá.... donde solo queda desvanecimiento y precipicio.

NICOLAS SICILIA.

(1) Quince días en el Sinaí, por A. Dumas.

DE UNA LUZ A OTRA.

ROMANCES A HIGIARA.

I.

Pobrecillo corazon,
si lates entre sollozos,
en vano para ti rie
la naturaleza en torno.

Magnifico hácia el ocaso,
entre celajes de oro,
el sol tiñó del Alhambra
los muros, en sangre rojos.

Las ráfagas encendidas
se apagaron poco á poco;
y descogiendo la noche
fué su manto pavoroso.

Por entre cerros de nieve
alza la luna su treno,
y arrastra con noble pompa
tras sí rutilantes globos.

Ya del arabesco alcázar
los delicados contornos
imita, de la llanura

sobre el esmaltado fondo.

Ya toda se entra crecida
por el ajimez gracioso,
y en la alcatifa se eclipsa
de los retretes del moro.

Ya descende á los jardines
y da plata á los arroyos,
ó en las estancias se duerme
de mirtos y cinamomos.

Ora sus luces vacilan
quebrándose en los tesoros
que derraman las cascadas
sobre tazones de pórvido;

miéntras el viento sacude
las verdes hojas del olmo,
y roban á la azucena
grato perfume sus soplos;

y los ramos de los cedros
se dan paz únos á otros,
columpiándose en las sombras
de los valles en lo hondo.

Ya por los bosques penetra
su destello melancólico;
y, encantada y silenciosa,
baña de un *ángel* el rostro.

Ya, espejo de los amantes,
al relumbrar en sus ojos,
tal vez suspira esa luna
por mirarlos venturoos.

¡Qué agitada, del laud
oye los ecos armónicos!
¡y cuál de amores se abrasa,
en los ardientes coloquios!

¡Oh, qué hermosa!—No codicies
otros países remotos,

blanca reina de la noche,
mi compañera, mi todo.—

Triste, oh luna, iluminabas
el alcázar suntuoso,
el fatal signo escuchando
que me dieran mis horóscopos.

Pálida y mustia en mi llanto
reflejabas; y en el colmo
de mi alegría los cielos
retrataban tu alborozo.

Ah! por piedad, *no codicies*
otros países remotos,
blanca reina de la noche,
mi compañera, mi todo.

II.

Al occidente la luna
hunde su disco de plata.
Negras sombras y misterios
por la tierra se derraman.

Brilla el lucero del día
sobre la oscura montaña;
y alguna estrella tal vez
la bóveda azul esmalta.

¿Qué de las otras lumbreras?
¿Estan al sueño entregadas?
¿ó cayeron en la mar
al apuntar la mañana?

Húmedo vaga y medroso
el viento de la alborada
por los bosques, ó se queja
entre las rocas mas altas.

Revuela el cárabo triste
sobre las grutas de acacias;

y, al dominar los sepulcros,
abate entónces sus alas.

Sobre huesos hacinados
pretende fijar su garra;
pero los huesos se ruedan,
y el cárabo se resbala.

Agitado al fin se tuvo
en una cabeza humana,
de entusiasmo y de delirio
un tiempo ardiente morada.

El pájaro se estremece,
y un débil quejido lanza,
que repitieron los ecos
de las selvas inmediatas.

Reluchan las negras sombras
con la claridad escasa;
y ante los ojos se agrupan
mil ilusiones fantásticas.

Rompe el sepulcral silencio
el murmullo de las aguas,
y el canoro ruiñeñor
que trinos de amor ensaya.

Mientras un ángel, envuelto
en indefinible gasa,
flores vierte por los prados,
que dieran vida y fragancia.

Ya asoma por el oriente
la dulce risa del alba,
y ya del nácar los rayos
por el cielo se dilatan.

III.

Despareció al fin la noche
sin lograr tregua mis ansias.

¡Cuántas horas de tormento!
 ¡de amarga soledad cuántas!
 ¿Qué para mí de la tarde
 los celajes de escarlata,
 ni en la noche la grandeza
 de esa bóveda estrellada?

¿Qué para mí los hechizos,
 el albor de la mañana;
 si otro superior encanto
 mis ilusiones no halaga?

¿Qué busco, al clavar los ojos
 en cien estudiadas páginas?
 ¿Consejo yerto y estéril
 que mi corazón no sacia?

¿Un bálsamo de consuelo?
 ¿luz dudosa? ¿ciencia vana?
 ¿gloria tal vez? — Esas letras
 mi pupila no traspasan.

Dicha, verdadera dicha,
 mi triste corazón ansia:
 un pensamiento, uno solo,
 me absorbe y mi mente inflama.

Y ese pensamiento es dulce
 como el arrullo del aura;
 y es dorado é inocente
 cual los sueños de la infancia;
 y, como hiel venenosa,
 ese pensamiento amarga:
 que es recuerdo mofador
 de felicidad pasada.

¡Cuán eternas y sombrías
 las horas de la distancia!
 Vuela en las glorias el tiempo,
 y en el infortunio para.—

Instantes de amor, venid,

venid á embriagar el alma;
y entónces serán hermosos
ese cielo y esa Alhambra.

¡Qué bello el sol cuando dore
las negras trenzas de HIGIARA,
que, á merced del viento, ondean
en la nieve de su espalda!

¡Qué bella para mí, oh luna,
será tu lumbre, cuán mágica;
y, al lado de la que adoro,
luz y oscuridad mezcladas!

HIGIARA en mi corazón
del genio infundió la llama:
gloria, laurel, ilusiones
brillaron á su palabra.

Mas ¡ah! de mi HIGIARA léjos,
llanto y dolor me acompañan.
¿Qué vale el vivir? La vida
no es el goce: es la esperanza.

Horas del amor, volved,
volved á embriagar el alma;
y entónces serán hermosos
ese cielo y esa Alhambra.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

CRONICA DE LA QUINCENA.

Pocos sucesos notables han ocurrido en los días transcurridos desde nuestra última Crónica, si se exceptúan los amañados y manejos del Gobierno y sus agentes para obtener el triunfo en las elecciones, sobre los partidos que al parecer querían coligarse, y se han coligado en algunos puntos, para vencer al enemigo común. Así es, que uno de los principales ardidés de que el partido ministerial se ha valido, ha sido el deshacer ó estorbar esa unión, y el sembrar la confusión y el desorden publicando numerosas candidaturas. Ha secundado también sus manejos, el funesto instinto de un partido, que si se dice ahora enemigo del Gobierno, no lo es seguramente de los principios generales que tan desalentadamente sustenta, hallándose solo discordes en puntos de gobernación, pero perteneciendo todos á una misma familia, á los que no reconocen oposición, ni pueden hacer sinceros avenimientos con los que no aprueben y encomien todos los desaciertos y excesos de la revolución, y de su nueva, y para ellos, gloriosa era el famoso pronunciamiento de Setiembre. Así se ha visto, que en muchos puntos se ha negado aquel partido á formar candidaturas mistas, que siendo votadas por todos, hubieran indudablemente derrotado á los enemigos, y sido en mucho superiores á todas las ilegalidades que para falsear las elecciones se están cometiendo. Separados los partidos, tienen que luchar en casi todas las provincias, con los manejos de las Diputaciones, que aumentando en unas partes á su placer el número de electores; excluyendo á los contrarios con ridículos pretestos, ó atroces persecuciones; variando á su antojo los distritos, y cometiendo en fin todas las tropelías é ilegalidades que ha denunciado la imprenta periódica, hacen muy difícil sino imposible el triunfo. Tienen que luchar con los agentes del Gobierno, que nada omiten de cuanto puede contribuir á que venciendo aquel, sigan ellos disfrutando su aprecio, ó llegue el momento de coger el premio que se les haya ofrecido. Tienen que pelear después para la aprobación de las actas de los distritos, y en último resultado con la del Congreso, para la admisión de diputados, donde ya se sabe lo que hacen los de cierto partido, para escluir de sus escaños, á los que no les acomodan. ¡Cuántos obstáculos para luchar! ¡y cuál si no fueran bastantes todavía, no han firmado los partidos la coalición que se había proyectado, y que aseguraba la victoria!

Pero si no se ha realizado la coalición, si de ello sobrevienen males y nuevas desgracias al país; si el poder intenta llevar

á cabo los proyectos criminales que se le suponen ; si vemos prolongarse el deseado momento de que rijan el Estado la augusta buerfana objeto del anhelo de todos los españoles ; si vemos sacrificada á la codicia estrangera la industria del país, y la prosperidad nacional ; si se canonizan y santifican las tropelias cometidas, los bombardeos, los incendios, los destierros y prisiones arbitrarias ; no será la culpa no, del partido moderado, que fiel como siempre á sus promesas, rígido en su cumplimiento, y tal vez demasiado cáudido en juzgar por su buena fé de la de los demas, ni ha desistido de lo que propuso, ni ha dejado de cumplirlo á pesar de la negativa y alejamiento de los otros. Véase lo que ha sucedido en Madrid y Barcelona, y júzguese despues sobre quien deberán recaer los males que semejante falta de acuerdo pueda acarrear. Hay partidos que tienen por divisa la intolerancia y el exclusivismo, para quien la libertad es un patrimonio, del cual no dejan participar á los demas ; y con tales partidos, no es posible acomodamiento ni transaccion.

Si no estamos mal informados, hasta el último momento se conservaba en Madrid la esperanza de formar una candidatura mista, que votada por ambos partidos coligados, hubiera triunfado de todas las arterias y manejos ; pero habia hombres que aparentando tal vez enemistad al poder, conservan con él intimas y antiguas relaciones, y alucinando á los incautos, que bien pudieran conocerlos por los favores y atenciones que el Gobierno les dispensa, trabajan en su favor, aparentando lo contrario, y contribuyendo poderosamente á que no se haya realizado la coalicion electoral.

Así se ha visto en Madrid, en los días que llevamos de eleccion, acudir á depositar su voto en las urnas, un reducido número de electores de los varios partidos de oposicion, haciendo de este modo fácil el triunfo que el Gobierno ha obtenido. Bien sabemos, y no se ocultarán seguramente al que reflexione sobre la situacion del país y los pasados escarmentamientos, las causas que retraen al partido moderado, de acudir á las urnas ; no las aprobamos ahora ni censuramos, porque no es de este lugar, ni tampoco si hizo bien ó mal en no presentar una candidatura exclusivamente compuesta de hombres de su comunión política, al ver que no se llevaba á efecto la coalicion ; hay grandes razones que alegar en pró y en contra, y de todos modos obrando como ha obrado, ha dado el partido monárquico una prueba mas, de su consecuencia en sus promesas, de la religiosidad en el cumplimiento de sus palabras, y sobre todo no ha querido cargar con la responsabilidad inmensa que pesaria sobre los que la coalicion han impedido, si llegasen á realizarse los males que se recelan, y que con ella se querian evitar. ¿ Pero dónde

están esas falanges del partido progresista disidente del ministerial, con que contaban sus caudillos para ganar la batalla por sí solos, y sin el auxilio de nadie? ¿Dónde esos electores decididos, tan ardientes cuando de luchar con el partido moderado se trataba, y ahora tan tibios y tan remisos? ¿Dónde esos gefes de oposicion parlamentaria, cuya oposicion es un problema, cuya conducta es un escándalo mas á tantos como hemos presenciado? El tiempo nos aclarará la conducta de ciertos hombres, y quiera Dios que el desengaño no llegue tarde para algunos.

Aunque cuando esto escribimos, el poder lleva la mejor parte en las elecciones de la Capital; aunque entonen ya cánticos de victoria los periódicos ministeriales, distamos sin embargo mucho de creer que en las provincias les dejen conseguir el triunfo tan tranquilamente como ha sucedido en Madrid. Allí hay tal vez todavía mas ilusiones y mas fé; allí hay de seguro menos arteria, y se conocen y se sienten mas los males y calamidades que pesan sobre el país, y que no pueden tener alivio mientras siga el poder en las torpes manos que ahora se halla. Pronto saldremos de la duda, y en nuestra inmediata Crónica, podremos calcular ya, si se realizarán ó no los negros presentimientos que el país abriga; si seremos ó no una colonia inglesa; si se diferirá ó no el deseado día en que un poder imparcial y fuerte por su legitimidad, dé al país la paz y el sosiego que tanto necesita y desea.

Aun no ha hecho el Gobierno el nombramiento de las personas que deben formar el Consejo últimamente creado, y esto da lugar á creer que espera saber el resultado definitivo de la lucha electoral. ¿Si fuese vencido en ella el Ministerio, apelará á nueva disolucion, querrá atrincherarse y gobernar con un cuerpo consultivo numeroso, hechura suya, para cubrir su responsabilidad, y dar así una mentida popularidad á los proyectos que medita? Tampoco podemos tardar mucho en saberlo, y en traslucir cual sea el desenlace de la crisis que se inauguró con la caída del Ministerio Gonzalez, con el bombardeo de Barcelona, y la disolucion de las últimas Cortes.

Entretanto la administracion sigue en el mas espantoso desorden; todas las obligaciones están desatendidas; solo una porcion de magnates nadan en la opulencia, al paso que perecen de necesidad cuantos del público tesoro dependen; la inmoralidad cunde mas y mas cada día; las pasiones siguen mas enconadas, cada vez se aumenta el espíritu de partido, y la nacion va recogiendo el amargo fruto de su apatía, y tocando la felicidad que le han proporcionado hasta ahora los hombres que la han gobernado, escogidos entre los *de conocido saber, honradez y patriotismo.*

1.º de Marzo de 1843.

ARCHAISMOS Y USO.

Hay un círculo dentro del cual se agita constantemente la vida intelectual del individuo: el espíritu humano, ó alcanza una idea nueva, ó la olvida, ó la modifica de cualquier modo. Y como las palabras son el reflejo puro y directo del pensamiento, ya ensanchan también su número, ya desaparecen del uso común, ya modifican simplemente su sonido (1). La completa desaparición de vocablos suele ser por su carácter pasivo la afección menos sensible para un idioma, aunque no sea en verdad la menos frecuente ni importante. Prescindiendo de los inexplicables caprichos del uso (caprichos que á veces llegan hasta el extremo de variar el sentido mismo de las voces), cualquier observador echará de ver desde luego que toda idea, toda costumbre, toda institución que cae, arrastra generalmente en pos de sí el desuso de algún sonido correlativo. La palabra, dentro de poco, queda relegada totalmente al panteón de la historia, de cuyas bóvedas no siempre sale, aun cuando esa misma idea, esa institución

(1) *Juyir*, *fijo*, *agora*, *jusepe*, se decía por ejemplo en el siglo XV, y hoy pronunciamos *huir*, *hijo*, *ahora*, *José*, mientras retrogradando en verdad y solo por hacer alarde de que poseemos conocimientos etimológicos, escribimos y leemos *obscuro*, *inaccesible*, *de ello*, *hombre*, donde nuestros abuelos pronunciaban *escuro*, *inacesible*, *dello*, *ome* etc.

ó costumbre vuelvan á parecer despues de algun tiempo en la escena social; porque como mozas livianas pretenden encubrir su edad con lo moderno de los afeites, ó probar fortuna en el mundo, bajo un nombre supuesto. Quien dude de la multitud de causas de mortalidad que han afectado, del siglo XII acá, la vida de los vocablos castellanos, medite un tanto sobre las copiosas colecciones de archaismos, anotados en las ediciones de algunos de nuestros antiguos códices, publicados por los Señores Llorente y Llaguno; y si creyese escaso el manantial, acuda á las obras, mucho mas modernas aun, de Torres y de Quevedo, donde á cada paso tropezará con palabras hoy totalmente desconocidas. El laborioso Clemencin observa en sus comentarios, que el castellano es mas rico en el género familiar que en el didáctico y sublime; y esta oportunísima reflexion (que Buffon habia estendido de antemano á todas las lenguas del universo) explica sobradamente la notoria oscuridad de muchos de nuestros escritores de costumbres. Allí donde hay mayor riqueza, se hace por lo comun gala de mayor y mas continuo desperdicio.

Razon, pues, tienen nuestros preceptistas cuando sospechan que el castellano debe de esconder en sus nomenclaturas menos usuales hoy, una fuente de provechosa y saludable imitacion, que puede fluir mas ó menos copiosa, á placer de la critica y de la filosofia. Los archaismos de una lengua, vienen á ser muchas veces un tesoro malamente dilapidado, y con mas frecuencia aun, joyas enmohecidas, que pueden recobrar todavia su transparencia y esplendor. Pero para explotar con provecho esta mina riquísima, forzoso es distinguir entre dos casos opuestos: el terreno es verdaderamente resvaladizo, y no hay que esponerse á que algun fisgon nos recuerde la fábula del retrato de Golillas de Iriarte; ó á que se nos compare malignamente con aquellos mancebos melindrosos, que por parecer sesudos se tínen de blanco la rubia cabellera, como dijo un critico español, de nuestro célebre Mariana.

Si la postergacion ó el desuso de un vocablo empobrece visiblemente el idioma, razonable parece tentar desde luego su resurreccion, cuidando solo de que aquel aparezca por primera vez en obras á propósito, cuales son generalmente las que tengan pretensiones de castizas, ó sean puramente literarias. En poesia no desdican los archaismos tanto como en prosa, y acaso debieran encargarse con preferencia de este trabajo los buenos y populares versificadores. La visible utilidad justificaria probablemente lo arriesgado de la empresa (si la voz tuviere ya algunos grados de desuso), y la pasajera ofuscacion que el sonido restaurado produgese en el ánimo de los menos eruditos, quedaria superabundantemente compensada, luego que hubiese desaparecido del idioma un rodeo lánguido y embarazoso. Las espresivas palabras *gozamiento*, *afrontamiento* v. g., con otros varios sustantivos de accion (categoria de que escasea notoriamente el castellano), pudieran volver á figurar hoy en nuestro language, á pesar de la nota de anticuados con que resultan, entre otros muchos nombres y verbos igualmente significativos, en nuestros últimos diccionarios. Con mayor conato aun parece que debiera intentarse la rehabilitacion del vocablo menos usado, si usurpaba su puesto otro que sobre ser de origen impuro no se acomodase naturalmente á las leyes de nuestra armonia. ¿Por qué han de obtener la preferencia, en estilo que presume de castizo, las voces *retardo*, *detalle* y *rango*, por ejemplo, en parangon de *por menor*, *dilacion* ó *tardanza*; y *clase*, *condicion*, *estado* ó *gerarguia*, terminos que por otro concepto conservan todavia una notoriedad indisputable? Lo contrario quizá, deberia decirse cuando el desuso hubiese escatimado simplemente la riqueza de la lengua, dejándola todavia palabras sinónimas ó suficientes para espresar sin circunloquios la idea apetecida: conveniente parece, en tal caso, consultar la reforma con mucha madurez, pues la sentencia de mortalidad asi alcanza á los hombres como á las palabras, y fuera por lo mismo impertinente y aun ridiculo erigirse á

todas horas en su resucitador. Nuestros poetas del siglo XVIII trabajon inútilmente de consuno para dar vida al adjetivo *ledo*, debiendo atribuirse quizá la ineficacia de sus esfuerzos, á que sin él aun conserva el castellano para significar la idea que envuelve, los sonidos de *alegre, plácido, gozoso y contento*. Jovellanos mismo fue archaísta poco venturoso en sus *guai!* y en sus *remembranzas*, bien que Jovellanos tenia demasiado talento, y generalmente hizo estos peligrosos ensayos en poesías que nada tenían de populares, como que eran epístolas dirigidas á los literatos sus contemporáneos. Successos tan poco felices comprueban el pulso y detenimiento con que hay que proceder cuando se trata de voces ya muy anticuadas, de puros y absolutos *archaismos* que no traigan por algun concepto ventajas sólidas y palpables. La afectacion de pureza es un vicio como otro cualquiera, y Moratin é Iriarte le pusieron diestramente en ridiculo por medio de sátiras harto crudas, siendo así que ambos presumian de hablistas celosísimos y melindrosos.

Pero los idiomas no se componen esclusivamente de palabras, parte menos noble de su mecanismo que solo sirve para expresar simples ideas: hay ademas frases destinadas á representar, ya un pensamiento entero, y aun raciocinios consumados; y en último termino descúbrense todavía las relaciones indefinidas de aquellas mismas ideas entre sí, relaciones que han dado vida a ese artificio escolástico de preceptos y prohibiciones, conocido por los gramáticos con el nombre de *Sintaxis*. Tales son en resúmen las facciones preminentes de un idioma filosóficamente examinado: échese ahora una rápida ojeada sobre cada una de ellas con la debida separacion.

Las frases (1) de la lengua castellana (en su mas lato sentido consideradas), antes parecen asunto de la competencia de

(1) *Frases* (anticuando *frasis*) el conjunto de voces que forma una proposicion; y en este sentido se entiende la palabra *frase* cuando de ella se dice que es correcta ó viciosa, natural ó figurada—*frasis—locucion enérgica*, y por lo co-

los retóricos, que casos sometidos á la jurisdiccion de los gramáticos. Muchas y muy hondas cuestiones preliminares; muchas y muy graves reflexiones se agolpan en este momento al ánimo. Una frase viene á reducirse á un pensamiento aislado, envuelto en figuras oratorias mas ó menos rebozadas. Al orador, pues, toca comparar los tiempos con los tiempos, medir el gusto y los adelantos de la época, y ver en fin si aun llevan consigo las antiguas esa suma de perspicuidad, nobleza y lozania en sus ideas, que debe distinguirlas de las locuciones llanas y comunes. Para auxiliarle en este trabajo, oportuno seria decir aquí algo acerca del origen y vicisitudes de las mismas frases castellanas, hablando de ellas como meros gramáticos, y sin levantar apenas los ojos para mirarlas á mayor altura que á la de conjunto de palabras y de régimen, capaz por sí mismo de transmitir el pensamiento. Dado el primer paso para traspasar este limite, nos hallariamos inopinadamente engolfados en el mar de la historia y de la elocuencia, siendo así que solo debemos costear las humildes playas de la gramática.

Las frases primitivas del castellano han debido de sufrir la misma suerte que las palabras, aumentándose unas veces, cayendo en desuso otras, y modificándose por último en determinadas ocasiones. Una frase, mayormente si es proverbial, equivale á la expresion convenida de un pensamiento notorio, y dominante á la sazón en el pueblo donde corre de boca en boca. Repárense sino las centurias de nuestros proverbios, y se verá cuan cierto es que casi todos son con harta frecuencia el mero y fiel tránsito de la época en que tuvieron vida. *A moro muerto gran lanzada; no se ganó Zamora en una hora; y aun las frases y simples modos adverbiales poner una pica en Flandes; estar con la lanza en ristre; hubo la de San Quintín; tomó las de Villadiego etc.*, son oraciones que revelan por sí mismas el siglo en que aparecieron. Nues-

una metafórica con la que se significa mas de lo que se expresa, ó otra cosa de lo que indica la letra —Emphaticè dictum: (Diccionario de la Academia).

tra inquisición, nuestra monarquía, nuestras conquistas, nuestros hidalgos, nuestros canónigos, nuestras dueñas del siglo XVI, fueron origen fecundo de multitud de locuciones comparativas, vulgares, que poco á poco han ido desapareciendo, para dar lugar á otras sacadas de los tipos de la vida moderna social y política.—Las frases y aun los modismos de una lengua (1), (que en esto son muy parecidos unos y otras) tienen sin embargo mayor longevidad que las palabras: nótese que el uso respeta su popularidad, y que el oído las tolera, aun cuando entre en su composición algun archaísmo, sin duda porque con las restantes voces le basta al ánimo para percibir el pensamiento. Los verbos *tañer*, *yantar* y *placer* anticuados por notoriedad, suministran otros tantos ejemplos de esa importante y visible anomalía. *A campana tañida*, es modo adverbial corriente, y *la traición aplace, mas no el que la hace*; *el Abad de lo que canta yanta*, son, entre otras muchas, dos espresiones proverbiales que aun conservan vida en nuestros días.

No porque se haya notado que las frases propiamente dichas, y generalmente toda clase de locuciones peculiares á una lengua, están menos espuestas al desuso, vaya á creerse que unas y otras tienen realmente á su favor una exención cumplida y manifiesta. Son, si, mas duraderas por cuanto suelen personificar los consejos de la esperiencia, las costumbres ó las inmóviles creencias de la multitud, pero de ningun modo inmortales. *El cuento de cuentos* de Quevedo, y los sueños de Torres, que así las prodigan en el género burlesco, comprueban cuantas y cuantas caducaron ya, siendo para nosotros simples ó insignificantes sonidos, ó asunto cuando mas de las vigiliás del literato.

Pero cualesquiera que sean las variaciones ocurridas en esta parte interesantísima del castellano, ello es que se pue-

(1) *Modismo*: modo particular de hablar propio y privativo de una lengua, que se suele apartar en algo de las reglas generales de la gramática. (Diccionario de id.).

den subordinar muy facilmente en manos del gramático, á las mismas reglas de imitacion establecidas hace poco para las palabras. No se descubre reparo alguno fundado que oponer al uso de nuevas frases enfáticas ó metafóricas, introducidas ya de hecho en nuestra lengua, si su composicion fuere castiza y hubiesen venido á ocupar un hueco, ó á dar soltura y brio á locuciones humildes y tortuosas, juicio que esclusivamente pertenece á los oradores: tampoco hay que comprobar, porque se cae de su propio peso, que las antiguas frases castellanas vigentes hoy, y aun aquellas poco usadas pero perceptibles todavia á gran parte de los lectores, merecen y reclaman una preferencia justisima, por quanto son las gracias naturales de la lengua, los rasgos, por decirlo así, mas sobresalientes de su fisonomia. A veces convendrá que las menos conocidas salgan de nuestra pluma con su propio traje para parecer mas vistosas; á veces habrá que castigar levemente sus vocablos segun las inspiraciones del buen gusto. Pero obsérvese, por lo que concierne á la resurreccion de las frases totalmente anticuadas ya, que aun debe procederse con mayor pulso en esta materia que si se tratase de simples palabras. Una voz ininteligible es solo una idea no percibida: una frase absolutamente peregrina, puede ser muy bien una proposicion, y acaso un racionio lastimosamente mal gastado.

La sintáxis es la parte de la gramática que regula y da á conocer las relaciones sucesivas de las palabras. ¿Son acaso movibles con el transcurso de los siglos estas relaciones abstractas, al menos de una manera tan sensible como las ideas representadas por los sonidos? Seguramente que hay mucha disparidad entre las unas y las otras en quanto á esa necesidad ó conveniencia de un movimiento continuo é indefinido. La lengua que llega á determinada altura, como le sucedió á la española en el siglo XVI, posee ya su sintáxis peculiar, sino perfecta, muy cerca al menos de ser completa ó suficiente. Ni las inútiles particulas llamadas de adorno entre

los italianos, ni los embarazosos y continuos relativos del francés, ni los estemporáneos verbos y vocativos de algunas de las lenguas del Norte, afeaban ya en aquella época la diccion pura y fluida de nuestros buenos prosadores. Hállanse, es cierto, en muchos de ellos concordancias en que hoy no conviene el comun de los hablistas. *Retirarse en su Aldea; hombre soy que no ángel; es la mi voluntad; ay me etc.*, son oraciones que nosotros retocamos levemente, así como el género de algunos sustantivos, diciendo por un uso constante, *retirarse á su Aldea; hombre soy no ángel; es mi voluntad; ay de mí etc.* Pero medítense bien todas y cada una de estas variaciones, y se observará que las reglas esenciales de la construccion y concordancia, quedan por punto general á salvo, desapareciendo solo con el transcurso del tiempo escrescencias, que visiblemente eran innecesarias. Verdad es que el uso puede haber introducido algun nuevo idiotismo ó preferido entre otros un régimen determinado; mas fuera de los casos en que la prudencia aconseje someterse á sus caprichos ¿por qué se han de vulnerar impunemente los fueros de nuestra sintáxis? ¿Qué razon hay para decir, v. g. *celo por el bien público; el papel faltándome no te escribo etc.* en lugar de *celo del bien público, y faltándome papel no te escribo*? ¿Cuál para resolver intempestivamente nuestros verbos con un gerundio gálico y disonante, como *remito á V. ese cofre conteniendo mi ropa*, en vez de decir *que contiene mi ropa*? ¿Cuál, en fin para ajustar nuestros adverbios y participios á las raquíticas leyes de una construccion estraña, cuando la libertad de las trasposiciones es una de las mas ricas galas del castellano? Deber es de todo literato estudiar su lengua, conocer sus giros peculiares, y aun respetar tambien sus idiotismos, porque tan vergonzoso es, aunque así no lo parezca, ignorar las leyes especiales de la sintáxis, como desconocer los primeros rudimentos de la prosódia ó de la ortografía. Caigan, pues, el anatema de la critica, y la hiel de la sátira sobre esos politicos menguados, sobre esos asalaria-

dos traductores, que no contentos con violar las rotundas desinencias del idioma de Cervantes, inoculan en su construcción espantables galicismos, diciendo con todo el descaro de la ignorancia:

« Y rabie Garcilaso en hora buena,
Que sí el hablaba lengua castellana
Yo hablo la lengua que me da la gana. »

La superficialísima escursión, practicada, ya sobre el terreno de las ideas, ya sobre el de los pensamientos, y ya por último sobre el de las relaciones que los enlazan, ha dado á conocer que las antiguas voces y frases castellanas se prestan realmente en el día á una imitación prudente y conciliadora, que en nada menoscaba la claridad de la expresión principal, ó mejor dicho, único servicio que las palabras deben prestar á ese mismo pensamiento, cuyas concepciones están encargadas de materializar por medio de los sonidos. La sintaxis en especial, no solamente presenta hoy multitud de modelos y preceptos, aceptables todavía á los ojos de los literatos, sino que reclama incesantemente de ellos un respeto inviolable y hasta supersticioso. Solo un uso legítimo y universalmente acatado puede regular las innovaciones admisibles en el día, en esta parte principalísima de la gramática. Pero ¿dónde existe (preguntarán algunos con muy justa impaciencia), dónde existe y cómo ha de medirse la legitimidad de ese uso tantas veces invocado, tantas veces anómalo y multiforme? ¿Será posible conocer más de cerca á este agente invisible, que ya retrograda, ya adetanta prodigiosamente, ya crea, ya aniquila, ya modifica las leyes de los idiomas? No es cosa por cierto muy fácil haber de contentar este deseo naturalísimo, porque el uso es como los rayos del sol que se sienten, pero no se palpan. Vario aparece en los escritores, vario con más frecuencia en las provincias; y tal hay cuyos labradores emplean diariamente en los mercados

voces y concordancias de todo punto inusitadas en las limítrofes. Los pueblos que fueron cuna de los idiomas, intentan abrogarse el derecho de dirimir esta clase de contiendas, aspirando á una supremacía que no todos se muestran propensos á concederles. Madrid, Burgos y Valladolid han tenido siempre semejantes pretensiones acerca del castellano, en tanto que hay quien afirma que la cátedra debe establecerse definitivamente en Toledo, anatematizando como heterodoxos los rescriptos de cualquiera otra potestad (1). Por el contrario, Mr. Chopin en sus trabajos sobre la Rusia, atribuye la pureza de pronunciaci3n que distingue á los nobles de aquel Imperio, á que sus maestros son generalmente estrangeros; y si esta observacion fuera exacta, los catalanes, vizcainos y valencianos, que se hallan entre nosotros en un caso muy parecido, serian los que hubieran de obtener la preferencia (al menos en cuanto á las dudas de pros3dia) sobre los rancios y castizos castellanos. Algo hay en verdad de exacto en una y otra doctrina; pero baste con apuntarlas para que el erudito dé á cada cual la importancia que mejor le cumpla.— El uso en el lenguaje culto y literario debe buscarse exclusivamente en las obras de los escritores que tengan mayor fama de puros y elocuentes. Cuales sean estos, entre aquellos de quienes podemos hoy juzgar con libertad, es suscitar una cuesti3n gravisima. Si hay quien sostiene que Jovellanos adolece alguna vez de achaque de galicismos (2), ¿á dónde hemos de volver los ojos para descubrir hablistas que puedan ser presentados como modelos? Iriarte, Isla, Melendez, Gonzalez, Moratin, Reinoso, Hermosilla, el mismo Jovellanos sobre todo, pasan hoy generalmente por escritores correctos y castizos. A falta de estos ú otros oráculos literarios, búsquese todavía el uso en los autores didácticos ó

(1) Así lo dice el Dr. Pisa citado por Clemencin en sus comentarios al Quijote. El Dr. Pisa era natural de Toledo.

(2) El Sr. Alcalá Galiano en su artículo sobre la historia del Conde de Torreno. Revista de Madrid, n. 14, t. III.

científicos mas célebres, cuidando solo de que sean los menos tachados de estrangerismo. Donde aquel se presente vario, preferanse las condiciones de sonoridad: los poetas deben consultar á los poetas; los prosistas á los prosistas.

A la luz que prestan las anteriores reflexiones, y siempre bajo la direccion suprema de la filosofia y del buen gusto, podrá tal vez encontrarse en las partes principales del castellano, el punto matemático donde deba concluir la imitacion material, digámoslo asi, del language de nuestros clásicos. No avanzan á mas las presentes investigaciones: la indole de una lengua, es el conjunto que resulta de las condiciones predominantes en su construccion y en sus voces: es rica ó estéril por el número de sus palabras, armoniosa ó desapacible por la combinacion de sus sonidos, lánguida ó rotunda, lacónica ó perezosa, segun la mayor ó menor flexibilidad de su sintáxis. La gala es la abundancia, la pompa la sonoridad, la pureza una simple condicion relativa, que asi puede hallarse en el griego y en el árabe, como en el language antiguo de los celtas, y en los modernos de los isleños del mar del Sur. A la conservacion y aun al aumento de todas estas prendas sobresalientes en el castellano, proveen de consuno los preceptos para cada caso establecidos. Buen golpe de ellos se encamina á poner coto á las imitaciones indiscretas, vicio ridiculo y pedantesco, criticado ya por el mismo Cervantes en su Quijote, y excusable solamente considerado como antitesis de otro todavia mas pernicioso y repugnante. Riámonos en buen hora con Iriarte siempre que *chochea con ancianas frases un novel autor*; pero, vicio por vicio, mas vergoso es quizá, merecer el apóstrofe de Lope de Vega. « Habla cristiano, perro.—Soy polaco.»

¿Bastará por ventura la puntual observancia de las máximas precedentes (sometidas con muy justa desconfianza, por cierto, al criterio de nuestros hablistas) para obtener á mas de un language suficiente, fluido y castizo, un estilo elocuente y florido como el de Fr. Luis de Granada, rápido y

sentencioso como el de Mendoza, rudo y filosófico como el de Mariana? Para que así sucediera, preciso sería que hirviesen también en nuestra cabeza el genio y los pensamientos de aquellos famosos escritores. Esas no son condiciones de la dición, son dotes de las ideas; y aquí se presentan ya á cuerpo descubierto las mismas cuestiones que asomaron á nuestro paso, cuando fue necesario hablar de las frases en calidad de rasgos oratorios. Entre aquellas sobresale una utilísima y vital apenas desflorada entre nosotros, á saber « hasta qué punto sea posible y conveniente la imitación de la » elocuencia antigua en las modernas sociedades. » Mas levantemos aquí la pluma y demos de mano á estos borrones: el colorido del Ticiano es cosa muy distinta de la invención de Rafael, y el orador y el gramático parten naturalísimamente términos, allí donde se pierde el rastro de las locuciones, y se columbra ya el artificio de los pensamientos.

JOSE DE CASTRO Y OROZCO.

DEL

TRATADO DE COMERCIO

CON LA INGLATERRA (1).

(Artículos VII, VIII y IX.)

Admitida la teoría de *Adam Smith* y de sus fieles discípulos por todas las naciones, consiguiente sería la que profesan sobre tratados de comercio; pero hoy no está admitida la teoría de la libertad en la práctica, separados, como se encuentran unos países de otros por las murallas de bronce de sus respectivas aduanas y tarifas. En efecto, inútiles son los tratados de comercio bajo un sistema enteramente libre, á no ser que una nación quisiese alterar en favor de otra, y acaso contra sus propios intereses, su general sistema; pero esta desigualdad sería una injusticia notoria, cuando no fuese un acto de pusilanimidad ó de estupidez.

El aislamiento (si esta palabra es propia, ó significa todo lo que ella dice) en que se han colocado las naciones por sus aranceles y ley de aduanas, ha debido hacer provechosos

(1) Véanse los números anteriores.

aquellos tratados en ciertos casos y hasta cierto punto, suponiendo que descansasen en determinadas bases de reciproca conveniencia; y aun esto, tan solo desde que el comercio y la industria han venido á ser en la Europa los dos grandes motores de la riqueza y poder político. Ocupados por aquellos dos manantiales de producción los distintos pueblos diseminados sobre la faz de la tierra, comenzaron á ajustar tratados amistosos de comercio y navegación, con el fin loable de afianzar cuanto posible fuese su seguridad respectiva y el bien general y particular de sus Estados. Fueron como el derecho escrito de la seguridad política, industrial y mercantil, y una vez celebrados, todas las naciones debieron tener interés en su religiosa observancia, y á todas debía ofender su violación; porque en este caso todas, consideradas por el lado del derecho de gentes, forman una sola república que tiene títulos y derechos comunes. El *abate Mabley* definió exactamente estos tratados, y les señaló sus límites, porque siempre se remontó á su origen. « El comercio, dijo, á escepcion de las convenciones que derechamente miran al derecho de gentes, no debe ser objeto de otras negociaciones, debiendo estas estenderse únicamente á concesiones generales para asegurar la libertad de los mares y de la navegación; en lo demas no debe depender sino de si mismo. Si una potencia no favoreciese mas á sus súbditos que al extranjero, su sofocada industria destruiría necesariamente su comercio; y el Estado, en lugar de comerciantes, no tendría mas que comisionistas. »

« No es menos evidente el que todo privilegio particular que una nación conceda á comerciantes extranjeros, perjudica á sus propias especulaciones, porque las preferencias le abaten la industria, el comercio favorecido abusa de sus privilegios para hacer un funesto monopolio, otros, que no son ellos, aspiran á las mismas ventajas, y ó se hacen temer para conseguir las, ó las compran por medio de algun beneficio. Y luego que una gracia particular llega á constituir

un derecho, si bien el monopolio desaparece, no es ya dueño el Estado de sus leyes, que deberían regir á su industria y comercio, y se encuentra, acaso sin advertirlo, en la vergonzosa y humillante situacion de ser tributario de la industria, de la actividad, de la codicia y ambicion de sus vecinos, cuya emulacion ha vivificado á la par que estinguido la de sus súbditos. » Verdad es que son otras muy distintas las necesidades de los pueblos industriales y comerciantes de Europa, desde que la industria, auxiliada de un modo maravilloso por el servicio casi gratuito de los agentes naturales, ha hecho milagros en algunos de aquellos paises. Y esto puede modificar algun tanto la severa doctrina de aquel ilustrado político, y hacer convenientes los tratados en determinadas circunstancias y bajo ciertas condiciones. Por esto nosotros, sin desviarnos mucho de su filantrópico espíritu establecemos así el problema.

¿Cuáles serán ó deberán ser las bases generales de los tratados de comercio en el estado actual de la Europa, esto es, cuando las naciones que la pueblan son tan desiguales en comercio, industria y navegacion, y han alcanzado por consiguiente grados muy distintos de fuerza y de poder?

El inconveniente inseparable y siempre muy lastimoso de todo tratado de comercio, es la esclusiva que una nacion da á otra para que la abastezca de artículos determinados de su propia creacion; porque aunque se reserve el derecho de recibir los idénticos ó los semejantes de otros paises, aquellos tendrán la esclusiva, si la tarifa los recibiese con derechos mas templados, si bien este inconveniente, de suyo muy grave, pudiéralo neutralizar una amplia compensacion en los derechos con que la nacion privilegiada se obligase á recibir algunos artículos de la produccion de la otra.

Deducimos de aqui, que una de las bases de todo tratado de la especie de los que vamos hablando, deberá ser la admision de un artículo hasta entonces prohibido, ó la moderacion y templanza de sus derechos de importacion, porque

entonces es la nacion la que cede y la que es compensada; pero nunca podrá ser base el sacrificio de un derecho protector suficiente y eficaz para el objeto que el tratado debe proponerse. La destruccion de una industria, el aniquilamiento de una gran riqueza, el sacrificio de la independancia nacional, pocas ó ningunas compensaciones pudieran tener, como tampoco las tendria la supresion ó moderacion de un derecho que no protegiese á aquella industria. Tampoco hay un poder en la tierra, si ha de ser justo y no ha de atentar á los intereses nacionales, que alcance á sacrificarlos sin una compensacion, ¡que la balanza de la justicia pesa por lo menos tanto como aquellos pesan!

No nos oponemos á aquellos tratados entre dos paises iguales, con tal que se limiten á la admision con templados derechos de los productos exclusivos de entrambos, porque entonces el beneficio es positivo y reciproco, sin el peligro de que ninguno de ellos pueda abusar de él con daño del otro. Y aun el derecho de bandera ó el de pabellon le temeriamos, si en la navegacion de las naciones respectivas no hubiese una diferencia tan sensible como la que realmente hay entre la marina mercante de España y la de otras naciones industriales y comerciantes de Europa.

¿Ni cómo es posible, dice un moderno publicista, que sean sólidas y estables las convenciones mas firmes y amistosas entre pueblos ricos y pobres, poderosos y flacos? ¿Y quién dudará que las ventajas de ellas son para los que las solicitan, unas veces comprándolas con el oro, otras con promesas, otras con amenazas, y alguna vez tambien con sangre? Nunca he podido apartar de mi memoria las estipulaciones hechas en Africa, Asia, en América y en Europa. Mientras que se observan, prueba irrefragable es que son beneficiosas á aquel de los dos contratantes que tiene mas influencia y mayor poder. Y cuando dejan de serlo, ¿de qué sirven si pueden con impunidad violarlas? ¿qué ha sido de los tratados de la Inglaterra con España? ¿cómo se han auxiliado

ambas naciones para protegerse reciprocamente, y poder caminar con libertad é independencia por la ancha senda de la industria y del comercio? ¿Para quién será favorable un tratado que viene precedido de un cambio de Gobierno, del ostracismo de una hija de cien Reyes, de la nieta de *Carlos III*, de la madre de nuestra *Isabel*, del bombardeo de una ciudad opulenta é industriosa, y de la destrucción de cuatro provincias enteras?

No son, pues, las ventajas del comercio ni tampoco las de la industria las que pudieran inclinarnos á celebrar un tratado con Francia, ni con ninguna otra nacion grande, industriosa y fuerte del continente europeo, por el cual le ofreciésemos en holocausto un ramo vastisimo de trabajo, de riqueza y de poder nacional; y mucho menos con la Gran Bretaña, en demostracion de esta gratitud por los insultos, las violencias y las perfidias que nos ha hecho y nos está haciendo; ni en compensacion de la pobre, ineficaz y mentirosa reduccion de los derechos de entrada á algunos artículos de produccion de nuestro suelo, que nos ofrece con la misma generosidad que á otros muchos pueblos productores de ellos. No; no es posible con esta nacion ningún tratado bajo las bases de justicia y de reciprocidad; y si posible fuese, y se lo propusieramos, ó nos escucharían con piedad, ó nos responderían, si menos débiles de lo que somos, formásemos empeño en su aceptacion, con cañonazos y cohetes incendiarios, que son las habituales armas de su humanidad y filantropía.

El principio general es «antes de ser la industria y el comercio las dos grandes palancas de la tierra, los tratados de comercio que debieron ser de amistad, y de franca y leal correspondencia, se concibieron por la seguridad que reciprocamente buscaban unas naciones poco ambiciosas, familiarizadas con la buena fé, é ignorantes de la feroz política de una isla, que condenada por la naturaleza á ser patria de simples pescadores, aspira á dominar el mundo á fuerza de enga-

ños y de crímenes, debieron concebirse, y se concibieron en términos vagos y generales, y por el solo principio de la mas absoluta reciprocidad. »

¿Quién hubiera podido desconocer entonces y no apreciar los beneficios inocentes de estos tratados, únicamente sugeridos por la necesidad y conveniencia de estrechar todas las naciones de la tierra entre si los lazos con que la naturaleza ha querido ligarlas? Pero nuestros tiempos no son ya aquellos: las bases de nuestros tratados son otras muy distintas, como distintos son sus objetos. Decrétales la política y el sórdido interés, y los sostiene la fuerza, y la misma fuerza los quebranta y rompe; y siempre es por consiguiente la nación débil la que recibe la ley de la poderosa. ¿Qué significan, pues, entonces esos tratados que pueden observarse ó dejarse de observar por las naciones fuertes, y que son siempre para las flacas y pobres una cadena á que no les es lícito tocar? ¿Qué son esos tratados, que aunque fuesen religiosamente cumplidos por las partes que los celebran, les impiden seguir el rápido movimiento de la industria, del comercio y navegacion, y las condenan á detenerse en aquel mismo punto en que se encontraban cuando los hicieron, y les arrebatan hasta la esperanza de poder acercarse á las que ningun impedimento hallan en el camino de las mejoras y del progreso? ¿Qué son esos tratados, casi siempre elaborados por la mala fe y la perfidia, que no permiten á las naciones ignorantes y sojuzgadas á quienes se les obliga con puñal en mano á aceptarlos, corregir los abusos que con el tiempo se hubiesen introducido y autorizado, enmendar los errores, y desterrar los vicios que pervierten la mejor administracion? ¿Dónde está aquel Gobierno previsor y cuerdo que por un tratado de comercio, que si no hoy, mañana pudiera serle ruinoso, quiera comprometer los intereses mas preciosos de su pueblo, y sujetarse á vivir siempre en un mismo día, á no poder correr libre y desembarazadamente los periodos de la civilizacion, y á no aprovechar sus bene-

ñicos, ni las lecciones de su propia observacion y esperiencia? ¡Cuán delicada no deberá ser siempre esta grande obra! ¡Cuál no deberá ser el estudio necesario para poderla concluir felizmente por medio de unas bases bien combinadas, y de justas y eficaces compensaciones! Lo que estos tratados son, los beneficios que pueden producir, los inconvenientes que de ellos se siguen, y lo que de ellos han pensado los hombres mas eminentes y experimentados del siglo, de una de las naciones mas sábias y poderosas, lo demostraremos con un ejemplo muy reciente, aunque para hacerlo nos sea preciso detenernos en algunas pequeñas circunstancias.

VIII.

La ley francesa de 22 de agosto de 1791 mandaba que los capitanes de buques que entrasen en un puerto de la Francia, con destino á otros franceses, presentaran á los empleados que á su bordo fuesen el manifiesto de sus cargas dentro del término de veinte y cuatro horas, y ademas una declaracion que comprendiese el pormenor de aquellas, con las cartas de fletamento y los conocimientos, designando el puerto de su último destino, bajo la pena de 500 francos y detencion de buque y cargamento hasta su pago.

El art. 1.º de la misma ley mandaba que en los casos de arribada forzosa, justificasen dentro de las mismas veinte y cuatro horas la naturaleza de sus arribadas, por medio de una relacion del diario de mar.

Mas esplicito está, porque tiene mas estension, el art. 23 de la ley de 9 de febrero de 1832, que mandaba que el capitán de un buque de menos de 100 toneladas que entrase en un puerto francés con mercaderias prohibidas, escepto el caso de arribada forzosa, sufriese la pena de 1,000 francos.

El art. 17 de la misma ley autoriza el depósito (en el caso de arribada forzosa) de las mercaderias prohibidas en los puertos de Bayona, Marsella, Burdeos, Nantes y Dunkerque,

después que el comercio hubiese dispuesto de ellas á satisfacción de la aduana en el *depósito real*.

El art. 4.º de la citada ley dice así: « Cualquiera que sea el número de toneladas que un buque mida, y la declaración que se hubiese hecho de las mercaderías prohibidas que condujera, deberá darse inmediatamente á la vela, sin permitirsele hacer operación alguna, si aquella excediese de la décima de su cargamento. »

La ley, pues, de la Nación francesa es: « Todo buque mercante de cualquier pabellon de menos de 100 toneladas, que entrare en un puerto francés por arribada forzosa, está obligado á justificar las causas de esta arribada, ó hacer ver en la aduana que no es voluntaria, por medio de la relacion del diario de mar, bajo la multa de 1,000 francos, para cuyo pago quedarán detenidos buque y cargamento; y está obligado asimismo á darse á la vela inmediatamente que hubieren desaparecido las causas de la arribada, » si bien la administracion ha suavizado aquella prescripcion, contentándose con que se afiance con la parte de mercaderías que bastare á cubrir los 1,000 francos.

Ahora bien: supongamos que en un puerto de la Francia se le hubiese exigido á un buque nuestro de menos de 100 toneladas el cumplimiento de aquella formalidad, y que por no haberlo hecho el capitán hubiese sido multado en 1,000 francos: ¿qué hubiera podido decir nuestro Gobierno si los tratados debiesen ser observados religiosa y perpetuamente?

« Esa formalidad no está determinada por el art. 15 de la convencion de 27 de diciembre de 1774, ni por el 10 de 24 de diciembre de 1786, que solo exigen la declaración del capitán, la entrega del manifiesto, el recibo de los dependientes de la aduana á bordo del buque, el desembarco de los efectos prohibidos, y sin imposición de ninguna pena, ni tampoco la convencion de 1814, que las refundió todas. »

Y no pudiera contestar el Gobierno francés que es una

precaucion necesaria para impedir el contrabando, porque todas la precauciones quedaron estipuladas en 1774. Previéronse los sucesos que podrian acarrear las arribadas forzosas, ya procediesen los buques del estrangero, ya de los puertos de Francia, puesto que con el fin de evitar el contrabando de las costas de Cataluña y Rosellon, que era el que entonces se hacia con mas frecuencia y daño, se estipularon todas las precauciones en la citada convencion, como complemento de la de 2 enero de 1765, pero sin hacerse mencion de la formalidad que ahora se exige. Y estuvieron tan prudentes las partes contratantes, que no se olvidaron de ningun medio legítimo é inocente, capaz de contener aquellos abusos, sin daño del comercio de buena fé, y sin menoscabo del decoro y dignidad de ambas naciones.

El art. 6º. del tratado de 1768 prevenia que el buque que echase ancla fuera de los puertos habilitados, fuese reconocido y confiscadas las mercaderias prohibidas, juzgándose al capitan y tripulacion sin distincion de bandera; y lo mismo el buque que intentase hacer el contrabando en las costas, aunque el buque no estuviese al ancla.

El art. 10 manda « que los capitanes franceses y españoles que por arribada forzosa entraren en un puerto francés ó español diferente del de su destino, estarán obligados á declarar sus cargamentos y á recibir á su bordo tres empleados (hasta que se diere el buque á la vela) que no pasarán del entrepuente, y tan solo vigilarán para que no se estraigan otras mercaderias que las que fuere preciso vender para mantener la tripulacion y reparar el buque, las cuales serán reconocidas y pagarán el derecho de tarifa.

Cierto que la formalidad del diario de mar no está espresamente designada en las convenciones; pero el Gobierno francés pudiera decir: « pues ese mismo silencio sujeta á los buques españoles á nuestra legislacion. » Se quivocaria, porque esta formalidad es puramente administrativa, muy posterior á las convenciones que ya previeron todas las formalidades

que deberían cumplir los capitanes españoles al entrar en puertos franceses.

De aquí nace la inmemorial posesion en que han estado nuestros buques de no hacer aquella declaracion de mar: y aunque el Gobierno francés pueda decir « que no quebranta el pacto de familia ni las convenciones posteriores, » nosotros le replicariamos; « esa formalidad no está consentida, y es violar los tratados, ó desnaturalizarlos, el introducir en ellos una formalidad que tanto puede afectar á los intereses del comercio y navegacion. »

Este hecho que hemos tomado por ejemplo, puso al gobierno francés en la necesidad de hacer pública su profesion de fé sobre tratados de comercio, y precisamente estamos muy conformes con él. Si cuando se suscitó la controversia nos hubiera pedido el Gobierno nuestro humilde dictámen, le hubieramos dicho: « Las convenciones desde el pacto de familia han caducado y no existen realmente, ni de hecho, ni de derecho, ya porque no pueden concebirse tratados de comercio ventajosos, hechos en épocas tan lejanas; ya porque ningun Gobierno tiene derecho á hacerlos sin compensaciones suficientes y con daño del pueblo, y menos aquellas que le imponen obligaciones perpetuas; ya porque se han quebrantado, como se quebrantan siempre por las partes contratantes mas poderosas; ya porque si no han consentido, deben consentir las mismas las infracciones de que dan ejemplo; ya porque variando incesantemente las necesidades políticas, industriales y mercantiles de las naciones, deben tambien variar los medios de satisfacerlas; ya porque el desnivel natural en que el tiempo, la civilizacion, los progresos de las ciencias y de las artes colocan á dos pueblos, que cuando estipularon, no eran tan desiguales, hacen preciso un cambio entero de sistema, cuando el uno prospera tanto como el otro decae, ó cuanto mas lento es su progreso. »

¿Serán estas las mismas ideas del Gobierno francés? ¿Se habrán fundado en ellas para alterar sus leyes, y aplicar las

comunes á los buques mercantes, así españoles como de cualquiera otra nacion en los casos de arribada forzosa? ¿Reconocerá en la nacion española el mismo derecho para modificar ó alterar su administracion económica y sus aranceles, según lo exijan las necesidades, sin sujecion á ningun tratado ó convencion antigua, que el transcurso de los años y el nuevo y portentoso desarrollo de la industria y del comercio hubiesen derogado? ¿Le habrá enseñado la esperiencia que la obra mas grande y difícil que puede acometerse en los presentes dias, es la celebracion de un tratado de comercio con una nacion pujante, industriosa, comerciante, opulenta y señora de los mares? ¿No deberá estar muy penetrada de la absoluta necesidad de compensaciones tan latas que puedan neutralizar sus funestos efectos? Las consideraciones á que estas cuestiones dan márgen las esplanaremos en nuestro siguiente artículo.

IX.

El Gobierno francés ha reconocido este principio: « Los tratados de comercio con naciones débiles y atrasadas son siempre ventajosos, así porque es el poder el que los dicta, como porque este poder puede impunemente quebrantarlos. » Por eso los ha quebrantado cuando lo ha juzgado conveniente á sus miras, y por eso los quebranta hoy con arrogancia la Inglaterra.

Cuando se quiso obligar moralmente á la Francia á hacer con la Gran Bretaña un tratado de comercio, semejante al que esta Nacion pretende hacer con la nuestra á viva fuerza, dijosele al Ministro de Hacienda lo que nosotros repetimos á nuestro Gobierno. « ¿Y sería posible que no temblase vuestra mano al firmar este padron de ignominia? ¿Sería posible, que no viérais sus inmensas consecuencias? » Y nosotros añadiremos: ¿Sería posible, que por la mezquina utilidad de un derecho rebajado á nuestras frutas verdes y secas, y á los

vinos de Jerez, ó por la garantía de un empréstito de 500 millones, os cegáseis, ¡oh gobernantes españoles! acerca de los funestos resultados de un tratado con la Inglaterra?

En efecto, volviendo á nuestro asunto, el Gobierno francés pudo decir, y dijo: «Determinadas estan en las convenciones de 1774 y 1786 las formalidades á que deben sujetarse los capitanes de buques mercantes; pero ellas no pueden impedir el que se adopten otras que no se opongan á su espíritu, y la Francia no ha hecho otra cosa por la legislación sancionada en las leyes de 1791 y 1792, que establecer otra formalidad, no de circunstancias, ni tampoco arbitraria y caprichosa, sino aconsejada por la necesidad; y aunque otra cosa se hubiese pactado, toda Nación tiene derecho á reprimir los abusos y á *alterar los aranceles* en todo cuanto se oponga á su prosperidad. Las arribadas forzosas cubrían ya operaciones ilícitas, que no pueden consentir dos Gobiernos al hacer sus tratados, puesto que estos se celebran siempre ó deben celebrarse para proteger sus intereses, no para aniquilarlos.

«Bien sabido es que las arribadas forzosas de los buques procedentes de Génova con cargamentos de tabacos, tegidos y mercaderías, que dicen que llevan para Gibraltar, no tienen mas objeto que desembarcarlas fuera de su aparente destino; y que si arriban á puertos franceses es para ponerse allí en relacion con los agentes del contrabando. Y si algun obstáculo les impide alijar en las costas, se refugian á los puertos, pretestando venir huyendo de corsarios españoles.

«Si solo los buques que hacen un comercio legal fuesen los que arribasen forzosamente á los puertos de Francia, ¿quién no calificaria de ingrata, opresiva y aun superflua aquella disposicion, que ha venido á ser tan indispensable como todas las demas, dictadas para poner orden en la administracion y contener los abusos que la perjudican? Y la prueba de esta tolerancia es el desuso á que habia traído la legislación de 1791, que solo un escandaloso contrabando ha sido capaz de reproducir.

« Tolerar estas arribadas y prolongarlas indefinidamente sería autorizar el vicio y cooperar á él.

« El mal es ya conocido , y el Gobierno que no le aplicase pronto remedio , no solo daría una prueba positiva de que miraba con indiferencia y aun con punible abandono los intereses nacionales , sino también los de las naciones amigas , porque el contrabando es una calamidad contagiosa , y de especie tan funesta , que así alcanza á las demás naciones como á la nuestra. »

« ¿Cuál es , por otra parte , el tratado de comercio que limita el poder de los Gobiernos á lo que está espresamente estipulado , sin dejarles facultad ni aun para tomar disposiciones de circunstancias? »

Esta doctrina es la nuestra. Todas las naciones tienen derechos , y nunca deben perderlos , digan cuanto quieran los antiguos tratados : y estos derechos son para alterar sus tarifas , sus reglamentos de aduanas , sus leyes administrativas , según lo reclame la conveniencia pública. Mas bien que la letra , debe estudiarse su espíritu ; y para comprenderle bien , preciso es ponerse en lugar de las partes contratantes , que si hubieran podido prever algún abuso ó algún notable daño , de otro modo hubieran estipulado suponiendo que obraban amistosamente y de buena fé.

A la doctrina que hemos puesto en boca de la Francia , y que es de uno de sus primeros hombres , contesta nuestro Gobierno , que si las formalidades del diario de mar las juzgaba necesarias la Francia para defender su industria y comercio de toda agresion estraña , fuera estaba de censura , así como debe estarlo la invalidacion del privilegio de la mejora de manifiestos , que cuando la estipularon las altas partes contratantes , no pudieron prever que habia de ser con el tiempo un medio de hacer el contrabando.

La necesidad es la suprema ley de los Estados , y no conocemos Gobierno alguno que tenga derecho á sujetar los intereses del pueblo á una legislacion sempiterna. La Francia

puede alejar de sus puertos á los buques procedentes de Génova y de Italia, que conduzcan el tabaco y el hilo y el tejido de algodón. Celosa se ha mostrado, y con razon, del comercio de sus Colonias; y por eso se ha lamentado tanto del funesto tratado de 1785, y avisa á los pueblos débiles y atrasados de Europa para que no caigan en esta red: recela de todo buque de poca cabida. La España tambien necesita precaverse del contrabando que los buques pequeños hacen en los depósitos de Europa. ¿Quién le negará el derecho de gobernarse con independencia, de adoptar el sistema administrativo que mas le conviniere, de corregir los abusos, y de estirpar los escándalos, que á la sombra de privilegios ruinosos y de antiguos pactos, que nadie ya respeta ni debe respetar, se han introducido?

Este ejemplo, en que nos hemos detenido, demuestra cuán peligrosos son y al mismo tiempo cuán inútiles los tratados de comercio con naciones industriales y fuertes, con quienes nada puede estipularse que compense los males que ellos acarreen. No quisieramos por esto que nuestra nacion quedase encadenada para no poder moverse ni introducir en su administracion económica las mejoras que la observacion y esperiencia aconsejasen.

Tratemos en horabuena á las naciones indistintamente como amigas y hermanas, sin espíritu de hostilidad ni de agresion; purguemos nuestros aranceles de todo recargo superfluo, y que pueda resentirse del funesto espíritu de fiscalidad; modérense los artículos que no necesitan de proteccion especial, y suprimanse las prohibiciones desacordadas é injustas; y si pensásemos en algun tratado de comercio, sea únicamente con aquellas naciones que estuvieren á nuestra misma altura, y tan solo para el cambio de los productos inofensivos de entrambas.

La esperiencia, una dolorosa esperiencia debe hacernos ya muy cautos. En siglos de debilidad, ó de ignorancia celebramos algunos tratados ó nos obligaron á celebrar-

los, especialmente la Inglaterra. ¿Y qué ventajas nos han traído? ¿Qué de males no nos han ocasionado? ¿Quiénes son los que los han infringido, al mismo tiempo que querian hacernos esclavos de su espiru y de su letra? Si nos hemos quejado de aquellas infracciones, han contestado burlándose de nosotros: si hemos querido imitarlas, nos han amenazado. ¿Y nos espondremos otra vez al mismo baldon?

Antes de ahora no habia administracion, no ya para los buques mercantes ingleses, pero ni aun para los españoles que izaban su pabellon aunque fuesen conocidos por contrabandistas. Con el privilegio de mejora, alijaban las marcaderias de contrabando en los mismos puertos; y si no les era posible, fingian ir de tránsito para Génova, y volvian á correr el mismo círculo. Si sus cargamentos se depositaban en los almacenes de las aduanas hasta darse á la vela, no podian ni aun tocarse aunque hubiese fundadas sospechas; y si alguna vez se han abierto los fardos que las contenian, y denunciado por contener mercaderias prohibidas, se ha visto el Gobierno obligado á restituirlas, ó el producto de sus ventas, so pena de incurrir en la indignacion británica; porque esta nacion tan orgullosa, como contrabandista y monopolizadora, declara la guerra por un fardo de algodón. Despues han sido suyos nuestros mercados, y han sacado las mejores presas de los mismos puertos, insultado y maltratado á los guardianes de nuestra hacienda, y amarrado á sus buques los guardacostas, sorprendidos y arrebatados traidoramente por la noche. ¡Y todavia les sacrificaremos lo mas precioso, que es nuestra industria y todo nuestro porvenir! ¡Asi entendeis, dominadores del dia, lo que significa la palabra independencia nacional!

No; el tratado de comercio con la Gran Bretaña no es ya una cuestion simplemente económica: es tambien política: es cuestion de decoro nacional. No se trata solamente de incendiar nuestras fábricas y de acabar con la produccion de Motril, sino tambien de intervenir en nuestros asuntos domésti-

cos, darnos la forma de Gobierno que al inglés plazca, sostener la bandería que á su sombra impere contra la voluntad del pueblo, hollar los derechos de este, conculcar la Constitución del Estado, enemistarnos con la Europa entera.

Hasta aquí hemos hablado de los tratados de comercio en general, y dicho que aunque fuese el que solicita la Gran Bretaña para introducir sus algodones ventajoso al país, el país no quiere tratar con el Gobierno inglés sobre materias de industria, comercio y navegacion, porque quiere amigos y no tiranos; quiere protectores, y no incendiarios; quiere gobernarse por sí misma, y no recibir las leyes del extranjero; quiere, en fin, ser España independiente, y no Portugal abatido y sojuzgado. Algun dia nos ocuparemos de la cuestion algodónera, y resaltará mas la codicia y la perfidia de un Gobierno de mercaderes y de agiotistas.

EL RETRATO DEL POETA.

A D. F. M.

La muerte! con la rueda de su carro,
que sordo avanza cual reptil dañino,
quebranta al hombre, fábrica de barro,
como á un tiesto arrojado en el camino.

Y sus restos, herencia del gusano
que en continuo banquete oculto medra,
se transforman en cieno de pantano,
se reducen al polvo de una piedra.

¿Quién entonces en los áridos fragmentos,
que como los de un bruto el sol blanquea,
la armazon reconoce y los cimientos
del noble ser que al mundo señorea?

¿Quién entonces llamára por su nombre
al esqueleto incógnito que pisa?
Tal vez la fama estiende su renombre,
mas los huesos no llevan su divisa.

Y el hombre en su ambicion siglos sin cuento
de existir en la tierra sueña en vano:
inmensa vida abarca el pensamiento,
y el coto del vivir toca la mano.

Grabado un nombre en piedra funeraria
á quien con él se honraba sobrevive;

nombre feliz si escita una plegaria
ò un tributo de lágrimas recibe.

Mas aunque lamentado en su comienzo
pronto enigma será no comprendido,
mientras un nombre igual escrito en lienzo
no esplique como clave su sentido.

Cual palabra será de estraño idioma
en mármóreo catálogo esculpida,
y solo destruccion muerte y carcoma
revelára su frase traducida.

Mañana, si hay alguno que la lea,
sonará tan oscura como el eco
de una piedra arrojada que golpea
la losa de sepulcro que está hueco.

Oh! si al cruzar de noche un cementerio
pronunciando los nombres allí espesos
de Ezequiel yo tuviese el alto imperio
para hacer revivir quebrados huesos!

Y hacer pudiera allí de antiguos siglos
por un momento alzarse los varones,
y verlos no cual pálidos vestiglos,
si con su ardiente brio y sus facciones;

Y ver las damas no entre opacas nieblas,
si radiantes de amor y gallardia,
en medio del silencio y las tinieblas
su hermosura ostentado todavia!

Mas la mente del hombre que imagina
de hechuras fabulosas el contorno,
de insepulto esqueleto no adivina
las facciones que tuvo por adorno.

Cojed un cráneo por su edad luciente
que ceñido hallareis quizá de abrojos,
y decidme si lisa era su frente,
si de negro azabache eran sus ojos:

Si adornaba fantástica cimera

las sienes que acribilla la carcoma,
 si las cubria hondosa cabellera
 de bucles empapados en aroma;

O si las manos del amor inmundo
 arrancarla pudieron á deshora,
 mancillando el semblante rubicundo
 amarillez de muerte precursora;

O si fue el huracan del pensamiento
 que de la vida apresuró el otoño,
 despojando á la sien de su ornamento
 cual de sus verdes hojas al retoño.

Mas todo lo sabreis si del difunto
 el nombre halla en la piedra vuestro anhelo,
 y si trazado al pie de fiel trasunto
 encontrais otro nombre su gemelo.

Los trabajos del diestro lapidario
 escarnece la muerte con su saña;
 mas el pintor bien puede temerario
 sus pinceles cruzar con la guadaña.

Que en este portentoso desafio
 la saña de la muerte hace ilusoria,
 el mella á su aguijon el filo impio,
 el roba la mitad de su victoria.

El pueblo de hoy quizás olvida ingrato
 al amigo que duerme so la yerba;
 buscará el de mañana su retrato
 que de morir dos veces le preserva.

Y cual si le tuviese alli delante
 gravará en su memoria las facciones,
 divisa intransmisible del semblante
 que callado preside en los salones.

Mas, habla la mirada de sus ojos
 y de sus labios habla la sonrisa,
 que no es tan mudo, no, cual los despojos
 que riendo por ventura el hombre pisa.

Dénme, pintor, mas vida tus pinceles
que cercena la mia el tiempo apriesa,
y no me basta, no, que amigos fieles
mi pobre nombre esculpan en la huesa.

Que fuera allí bien pronto oscuro testo,
y solo es el retrato comentario
que descifra lacónico y modesto
los viejos cronicones del hosario.

Mas ¿qué vale de un retrato
ver la faz risueña ó triste,
si quizá máscara viste
su triste ó risueña faz?
Gravedad quizá aparenta
el que nada en las orgías,
y vela sus alegrías
de la vergüenza el disfraz.

Tal vez la mejilla luce
de colores contrahechos
y oculta de sus despechos
las heces el corazón:
ó es su risa pasagera
el ensayo de un arrullo
con que el hombre por orgullo
adormece su pasión.

Ni bastara todavia
si en el rostro siempre vieres
de las penas ó placeres
reflejándose el color;
porque hasta los llantos tienen
mil diferentes sabores,
ya son esencia de flores
ya ponzoñoso licor.

¿Decirme sabreis si dulces
ó si amargos son los míos?
¿son como agua de los rios
ó como el agua del mar?

Correr sin duda habeis visto
mis lágrimas sin recato,
y vereis en mi retrato
las huellas de mi pesar.
Mas este nunca llegara
á la gente venidera
si gemido yo no hubiera
al compás de mi laud:
si no ciñeran mis sienes
corona de flores mustias:
si de escuchar mis angustias
no holgase la multitud.

Oh! bien haya el Trovador
porque es música su llanto;
triste ó sublime su canto
roba siempre la atención;
y cautiva y embelasa
aun con su propia agonía
si del harpa la armonía
eco es fiel del corazón.

Su cántico no arrebatan
del tiempo los torbellinos,
cual las plumas y los trinos
de hechicero ruiñeñor.
Bien que de otros siglos sea
ó suene allende los mares,
resuena en nuestros hogares
con dulcísimo rumor.

Y si conserva un retrato
su veraz fisonomía,
da vida la fantasía
al lienzo que el rostro da.
Y los que nunca le vieron
cuando moraba en el suelo,
como ángel le ven del cielo
que entre ellos cantando está.

Ohi bien haya el Trovador!
para él sus alas despacio
mueve el tiempo, y el espacio
sus límites quebrantó.
Eterno huesped revive
con la gente venidera,
que le vé cual se le viera,
y le oye cual se le oyó.

Los pinceles bien conservan
la tersura de la frente
ó el risueño continente
del que naciera feliz,
ó los vestigios del llanto
que corria en triste calma,
si de las llagas del alma
es el rostro cicatriz.

Mas, de una lira añadidle
el melodioso conuento
vereis hasta el pensamiento
bajo la frente rodar,
vereis quizá los transportes
que dieron brillo á sus ojos,
ó vereis un haz de abrojos
su laurel entrelazar.

Vereis del amor la llama,
terrestre ó pura centella,
fulgor de nítida estrella
ó ascua de negro carbon.

Los ensueños de la gloria,
del destierro las tristezas,
los recuerdos de proezas
orgullo de su nacion.

Los fantasmas gigantescos
de que la mente se puebla
cuando envueltos con la niebla
les aborta en rudo afan.
Las graciosas ilusiones,
solaz de nuestras miserias,
que al par de ninfas aereas
sin cesar cruzando van.

Asi es que te conocemos
cual á un amigo, o Torcuato,
tu rostro por el retrato
que nos legara un pintor:
mas por tu armónica lira
tu alma ardiente conocemos,
y el funesto amor sabemos
que te inspiró Leonor.

Y tus angustias nos duelen
cual si del mar en la orilla,
y mientras la luna brilla
las vinieses á contar.
Que escucharlas nos placiera
y oir su tierno lamento
confundido con el viento
y el murmullo de la mar:

Un nombre retiene el mármol,
conserva el lienzo un aspecto
mas solo será perfecto
si de un harpa vibra el son.
Del cuerpo la muda historia
dan el retrato y el nombre,
solo el poeta da al hombre
la historia del corazon.

TOMAS AGUILO.

BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

EL ESPIRITU DEL SIGLO—POR D. Francisco Martinez de la Rosa.—PERSONAJES CELEBRES DEL SIGLO XIX—POR UNO QUE NO LO ES.—CONOCIMIENTO HISTORICO Y ESTADISTICO DE LA HACIENDA PUBLICA DE FRANCIA—POR D. Pio Pita Pizarro.

EL ESPIRITU DEL SIGLO (1). Acaba de publicarse el tomo VI de esta obra que comprende desde la coronacion de Bonaparte en 1808, hasta las conferencias de Erfurth á fines de 1808, y en breve verá la luz pública el tomo VII, que alcanzará hasta la restauracion de los Borbones en 1814. En el tomo que anunciamos, lo mismo que en los que le preceden, ha puesto su ilustrado autor gran copia de notas y citas, sumamente curiosas, tanto mas cuando el periodo que recorre, abraza los sucesos que precedieron á la invasion de los franceses en España, y los acontecimientos del Escorial, Aranjuez y Bayona, lo que da á dicho tomo un interés mucho mayor. El Sr. *Martinez de la Rosa*, lejos de su patria por efecto de las vicisitudes políticas, se ocupa incesantemente en añadir á su bien adquirida reputacion literaria, nuevos titulos al agradecimiento de sus compatriotas, continuando la publicacion de una obra, que no dudamos adquirirá cada dia

(1) Se halla de venta con las demas obras del autor en la libreria de Sojó, calle de Carretas.

mayor interés, cuando el autor deduzca las consecuencias y los resultados de todos los sucesos que tan diestramente ha recorrido, en conformidad á su título.

PERSONAJES CELEBRES DEL SIGLO XIX (1). Precisamente con la biografía del ilustre personaje de quien acabamos de hablar, concluye el tomo II de esta importante publicación, en cuanto se la considere como una reunion de los hechos mas notables de las personas que han tenido una marcada influencia en los principales acontecimientos de este siglo, y una historia compendiada de todos ellos.

Dos tomos van ya publicados, comprendiendo el primero las Biografías de *Jove Llanos*, *Wellington*, *Thiers*, *Mohamed Aly*, *Ibrahim-Bajá*, *Floridablanca*, *Balzac*, *Alvarez*, *Metternich*, *Orfila*, *O'Connell*, y *Leon*; y el segundo las de *Gizot*, *Mahamud II*, *Silvio Pellico*, *Palmerston*, *el Archiduque Carlos*, *Gravina*, *Calomarde*, *Bonaparte*, *Napoleon*, *el Empecinado*, *Morillo*, y *Martinez de la Rosa*. El tomo III principiará por *Fernaud VII*, y seguirá con otros personajes no menos interesantes.

Esta coleccion ha sido acogida del público, con el favor á que la hace acreedora la hermosura de la impresion y de los retratos, la baratura de su precio, y su regular publicacion cada domingo; y no dudamos asegurar que escede en mucho en la parte tipográfica, en los retratos y en baratura, á las obras que de esta misma clase se han publicado en el extranjero.

CONOCIMIENTO HISTORICO Y ESTADISTICO DE LA HACIENDA PÚBLICA DE FRANCIA. El autor de esta obra, ha recopilado no sin algun mérito, lo espuesto sobre el asunto que trata por

(1) Se suscribe en Madrid en las librerías de Jordan y Cuesta, donde se hallan tambien de venta los tomos, á razon de 12 rs. por cada cuatro entremas, y de 10 para los suscritores á la *Revista*.

En las Provincias, á 12 y 14 rs. respectivamente, en las administraciones de correos y principales librerías, en los puntos donde se verifica al *Semanao Pintoresco*, ó mediante el envio al Director de la *Revista de Madrid* del importe de la suscripcion en un libramiento sobre correos.

varios modernos escritores, que no son generalmente conocidos en España, donde por desgracia se estudian poco las materias relativas al importante y vital negocio de la hacienda pública, y en ello por lo tanto ha hecho un servicio al país.

No convenimos sin embargo en lo que el autor dice en su prólogo, de que hay en España un partido que quiere asimilarlo todo á lo establecido en Francia, en oposicion á otro que por el contrario solo encuentra bueno lo de Inglaterra. Es indudable que entre Francia y España existe una mayor semejanza en las costumbres, en los hábitos, y hasta en los vicios, que entre España é Inglaterra; y nada tiene de particular que para conformarse con los unos y corregir los otros, se procure asimilar nuestro sistema al de la administracion francesa, mas regular, mas en armonia, y sin disputa mejor en muchos puntos que la inglesa. El mismo autor lo reconoce tácitamente, cuando ha trabajado sobre la administracion francesa, y no sobre la inglesa, cuya esplicacion le hubiera sido muy difícil hacer; y en esto da una prueba de que el partido á quien acusa de francesismo, está por los mejores principios en administracion, y reconoce por tales los que rigen en el vecino Reino. Creemos que el autor ha equivocado las diversas opiniones que existen en politica, con las económicas y administrativas, pues en estas pocas serán los que esten por la administracion inglesa; bastando comparar lo publicado acerca de ella por Mr. A. Bailly, y la obra sobre la de Francia del Marqués D'Audiffret, para conocer las ventajas de esta.

CRONICA DE LA QUINCENA.

En el momento en que esta Crónica escribimos, no se sabe aun el resultado general de las elecciones de Diputados para las Córtes que deben reunirse el día 3 del próximo mes. Aun no puede formarse cabal juicio, por las noticias parciales que se han recibido, de cual será la mayoría que domine en el próximo Congreso, pues al paso que los periódicos ministeriales entonan cánticos de triunfo, los de las diversas oposiciones suponen tambien que el Gobierno no podrá contar con una mayoría compacta y decidida á sostener su desatentada administracion: de todos modos hay que proceder á segundas elecciones en muchas provincias. Pero en medio de esta duda, resulta de las actuales elecciones un hecho visible, que no podemos menos de notar. Se ha dicho hasta ahora, y con razon, que el Gobierno representativo, es el Gobierno de las mayorías, y es inútil decir que esto mismo supone que los que hayan de representarla, sean los mas capaces del país en saber, los mas notables por su capacidad y sus servicios. Pues para que nada quede ya del sistema representativo verdad, que debía dar por resultado el pronunciamiento de Setiembre, en lo general, las personas elegidas ahora para Diputados, son las mas oscuras, y sus nombres apenas son conocidos en los mismos puntos donde los han elegido. Asi prospera el país, asi conocen los pueblos las ventajas de un Gobierno que se les pintaba como el reparador de sus males, y el que había de labrar su venturoso porvenir. ¡Qué decepcion! Asi carecen del prestigio necesasio las instituciones, asi se ven despues á hombres famélicos que no piensan mas que en adelantarse, á costa de los que les dieron sus sufragios, y sin co-

nocimiento ninguno de las necesidades políticas que hay que remediar, se curan solo de sus adelantos y provechos.

Otra cosa resulta además evidentemente de las actuales elecciones, y es que con la defectuosa ley electoral que rige, formadas las listas por las Diputaciones Provinciales, y señalados por ellas los distritos electorales, está en su mano falsear las elecciones, ya escluyendo ó incluyendo electores, ya señalando para colegios los puntos que consideren mas favorables el partido que traten de proteger. Así ha sucedido ahora en muchas Provincias, y en muchas también han trabajado los Diputados Provinciales para obtener para ellos los sufragios de los electores, valiéndose del influjo que les da su destino. ¡En la candidatura que ha triunfado en la Provincia de Madrid, figuran nada menos que seis Diputados Provinciales! El Gobierno ha conocido la ventaja que podía sacar del auxilio de estas corporaciones, y no lo ha desperdiciado; y seguramente el resultado será que se reanun unas Córtes que estén en armonía con la capacidad del Ministerio actual. Cuando debían aparecer en el Parlamento las personas mas notables de todos los partidos, pocas de entre ellas se presentarán en aquellos bancos; y en un Gobierno de discusión, bien puede asegurarse que los debates serán insignificantes, aunque todo hace creer que serán también tempestuosos, en especial si siguen en el poder los actuales ministros, que no sabemos como han de contestar á los cargos que se les dirijan.

En estos últimos dias se ha hablado de un cambio ó modificación ministerial; y en verdad que ya va acortándose el plazo que media hasta la reunion de las Cortes para que puedan los nuevos enterarse un poco de los negocios, en el caso de que se verifique el mencionado cambio. Gentes candorosas ha habido, que creen posible una mudanza de política en las altas regiones del poder: no participamos nosotros de semejante creencia; los hombres de la revolución no pueden ni quieren cambiar de principios; han creado una situación de fuerza, que solo podrá acabar cuando empuñando el cetro la

augusta Isabel, con energia y decision trate de poner término á los males que acosan á esta desgraciada nacion, creando no un gobierno de partido, sino uno que sea superior á todos, y con fuerza bastante para volver al poder y á sus agentes el prestigio necesario para mandar, y que han destruido del todo la revolucion, y los hombres que ella ha encumbrado. Cómo habian de variar de sistema, los que con solo el apoyo de la fuerza ascendieron al poder; cuando para sus sostenedores, todas las cuestiones se resuelven con la misma razon? Barcelona acaba de presenciar nuevos escándalos y excesos, causados por los que no cuentan con otros medios de triunfo que la violencia. Anuladas allí por dos veces por la Diputacion Provincial las elecciones de Ayuntamiento, porque los elegidos no eran á gusto del partido dominante, se procedía por tercera vez á verificarlas, y previendo igual resultado que en las anteriores, los revolucionarios apelaron á su recurso ordinario, y se vertió sangre en los templos donde se hacia la eleccion, empleando como armas ofensivas los objetos mas sagrados del culto, que encontraban á mano. Parece que se forma causa sobre aquellos sucesos, y mucho será que no queden impunes como hasta ahora, ó mas bien que no se achaquen á los párias de la época actual, excesos que solo estan en la indole, y son solo usados por sus detractores.

Aun no se ha hecho el nombramiento de los individuos que deben componer el Consejo de Gobierno mandado crear tanto tiempo há; y no deja de ser extraño que asunto que se suponía de tanto interes, se difiera de este modo. ¿Será tal vez que no pueda encontrar el Ministerio gente bastante de su devocion, ó que se tema de las Córtes un nuevo cargo por los nombramientos? Sea como quiera, resulta de todos modos hasta ridiculez, en haber publicado tan apresuradamente el decreto de creacion del Consejo, que ni tiempo hubo para ponerle un considerando, y la tardanza que se advierte en la eleccion de personas que deben componerlo.

Se ha dicho en los círculos políticos de la capital, que la Inglaterra desistía de su proyecto de tratado, y que el gobierno británico había dado orden á su embajador en esta Corte, de dejar dormir el asunto. No vacilamos en creerlo, y si fuese cierto, no será seguramente muy agradable á los hombres del día, pues pronto conocerán el desinterés de su generosa aliada, luego que su gobierno pierda enteramente la confianza de concluir el tratado de comercio. La prensa francesa ha indicado que en Inglaterra se espera que estalle un movimiento insurreccional en España, para inundar á su sombra el país de géneros de ilícito comercio, reunidos en los muchos buques que se hallan cargados de ellos en los puertos españoles. No vemos por ahora sintoma alguno que anuncie esta nueva calamidad, si bien todo puede creerse de quien de iguales medios se ha valido para este y otros objetos, en diversas ocasiones.

También se ha dicho por los periódicos diarios, que para principios de Abril, y so color de un campo de instrucción, debía reunirse á las inmediaciones de la capital un cuerpo de tropas de treinta mil hombres. No vemos disposición alguna que confirme estos rumores, si bien creemos que en los pueblos inmediatos hay fuerzas de bastante consideración.

El mal estado de la Isla de Cuba, inspira grandes recelos á los que temen, y no sin razón, que aquella rica parte del territorio español, se pierda por la mala administración de los que la gobiernan, y los manejos de los constantes enemigos de nuestra prosperidad. Si esto sucediese, eso mas tendría que agradecer el país á los hombres que actualmente la gobiernan. Se ha hablado de mudanza del Capitan General, pero no sabemos que hasta ahora haya nada resuelto, y parece mas probable que el General Rodil, á quien se designaba como sucesor de Valdés, pase á ocupar la Dirección general de Ingenieros, que se halla sin proveer, cuando deje el Ministerio.

DON PEDRO EL CRUEL

Y

DON ENRIQUE II.

La historia de estos Reyes de Castilla es interesante bajo mas de un aspecto, y da motivo al sesudo y detenido lector para hacer sobre ella sérias y profundas reflexiones. La historia del Rey D. Pedro está escrita con sangre, y si hemos de creer á los historiadores, su reinado fue una cadena no interrumpida de horrendos crímenes, y de atrocidades las mas inauditas; el período de su bárbara y tiránica dominacion, una de las calamidades mas terribles que sufrió Castilla, y su nombre capaz de figurar entre los mas fieros verdugos y los mayores mónstruos de la especie humana. D. Enrique por el contrario fue, segun ellos, un Principe dotado de las mejores prendas, de carácter dulce y apacible, amante de sus pueblos y celoso promovedor de la felicidad social, religioso sin fanatismo, honrado y buen padre de familias, muy cumplido y galante caballero, siendo agradecido y dadivoso ademas hasta el punto de rayar en lujosa prodigalidad. Si no tuviéramos otros datos para juzgar de estos Reyes, que por estos cuadros pintados con tan diversos colores, que pasando de una generacion á otra han llegado hasta nosotros, tendríamos que deferir ciegamente al juicio que los contemporáneos hubiesen formado, y no nos seria licito retocar ni alterar en lo mas minimo los rasgos y fisonomias con que nos los retra-

laron. Pero la historia, como todas las ciencias y conocimientos humanos, está hoy sujeta al dominio de la inteligencia, del exámen y de la investigacion mas minuciosa, y no es bastante para este siglo suspicaz y aun estremadamente desconfiado, que tales ó cuales hechos hayan tenido desde muy antiguo el asentimiento universal, si carecen al mismo tiempo de las notas y caracteres de certeza y autenticidad. No es la historia tampoco la simple enumeracion de hechos aislados é inco-nexos, sino el juicio al mismo tiempo que de ellos haya formado el historiador, mas ó menos exacto y acomodado á los principios de justicia universal; por eso no basta que sea indisputable la verdad de un hecho ó la certeza de un principio, si las aplicaciones ó consecuencias que de ellos se deduzcan son diametralmente opuestas. Nadie pone en duda el hecho de que los Numantinos quisieron mas bien perecer entre las llamas de la ciudad, que ellos mismos habian incendiado, que no sufrir la humillacion despues de tantos rasgos de heróico valor de entregarse á los orgullosos Romanos sus mortales enemigos; el juicio no obstante de los hombres no será uno mismo en todos tiempos y circunstancias, y para unos será un prodigio admirable de civismo digno de eterno renombre, y para otros una muestra de desesperacion y fiereza brutal.

Aquel suceso eternamente célebre acaecido en los primeros dias de la República romana, tampoco es disputado por nadie. Bruto en efecto condenó á muerte á sus dos hijos que habian sido sorprendidos en la conspiracion para restituir al trono á Tarquinio, y presenció su ejecucion sin derramar una lágrima con una estúpida tranquilidad que hace estremecer. ¡Y bien! ¿Qué juicio deberemos formar de la accion individual mas heróica que se refiere en los anales del mundo? Aquí entra la diversidad de opiniones, consiguiente á la diversidad de principios que cada uno profese; las eternas leyes que rigen al mundo moral, están en oposicion con esas otras leyes secundarias, por decirlo así, y de orden social sobre las que se disputará eternamente, segun se dé, pues la prefe-

rencia á unas ó á otras, así será diverso y aun contrario el juicio de los hombres; por lo mismo la accion de Bruto será para unos el bello ideal del patriotismo, y para otros no será mas que un desapiadado verdugo sin entrañas, y sin esos dulces sentimientos que jamás deben abandonar el corazon paterno. Pero todavía no hemos fijado la cuestion en sus verdaderos términos, ó por mejor decir, en el caso que nos ocupa, no hay esa pugna entre el amor á la patria y el amor paternal, y únicamente esto tendria lugar, cuando Bruto se hubiera encontrado en la dura alternativa de condenar á sus hijos ó de ver perecer la naciente República. Pero no fue el trance tan apurado; sus hijos pudieran salvarse y salvarse tambien la libertad romana, porque la conspiracion habia sido descubierta, y los conspiradores estaban asegurados; y si se consideró de todo punto necesario sacrificar algunas victimas en aras de la patria, pudo Bruto abandonar por un momento aquel terrible lugar de la justicia, seguro de que no hubieran faltado para sus desgraciados hijos ni jueces ni verdugos. Mas humano Colatino, se enterneció y lloró, y tentó varios medios para salvar á sus sobrinos los Aquilios; por cierto que esta muestra de ternura y de lenidad bien disculpable, mediando los sagrados vinculos de la sangre, fue motivo para que se le considerase como enemigo de la República, que se le depusiese del Consulado, y que se le desterrase de Roma. ¡Qué bárbara crueldad! Aquel pueblo inquieto y turbulento, ébrio entonces de libertad y entusiasmo revolucionario, se olvidó en los mismos momentos del triunfo, que Colatino era el desgraciado esposo de Lucrecia, y que habia sido uno de sus libertadores, y vió salir por las puertas de aquella ingrata ciudad al honrado y valiente republicano, sin mas motivo que porque no rendia tambien en sacrificio á los pies de aquel fantasma que se acababa de levantar, hasta los dulces y tiernos sentimientos que inspira la naturaleza.

Una observacion importante nos ocurre hacer sobre este mismo asunto, que podrá como todas las demas, tener aplica-

cion mas adelante cuando desenvolvamos la historia de Don Pedro y D. Enrique. Ciertos objetos y en circunstancias dadas, influyen de una manera directa y con gran fuerza sobre la imaginacion, inflamándola y dándola una energia extraordinaria; el entendimiento entonces queda postergado y sin accion, y el hombre es guiado por una falsa aunque brillante luz que desaparecerá al mas ligero soplo. Tal es el individuo cuando es dominado por pasiones violentas, tal es la tumultuosa muchedumbre en lo mas fuerte de un motin ó de una revolucion. Un estado semejante no puede ser duradero, porque no puede ser duradero nada de lo que es violento y acaba con las fuerzas del individuo; pero corta como es su duracion, no por eso son menos ciertas é indelebles las huellas que deja detras de sí. Entonces es cuando suelen cometerse los grandes crímenes y las acciones heróicas, crímenes reconocidos por tales en todos tiempos y por todos los hombres, y acciones heróicas que no lo son, ó no lo son en el grado que quiere suponerse, cuando se examinan desapasionadamente y con filosófica rigidez. Decimos esto al acordarnos de Bruto, no aquel de quien acabamos de hablar que condenó á muerte á sus hijos, y se gozó ademas en verlos morir con estúpida tranquilidad, sino de aquel otro Bruto su descendiente, que mas de 500 años despues, fue en el mismo Senado uno de los matadores de César. Esta accion tan celebrada y que á sus autores ha dado eterno renombre, puede considerarse de dos maneras muy distintas; bajo el aspecto politico, y bajo el aspecto moral y religioso. En el primer sentido Bruto aparece ser un gran patriota, en él vemos un austero y entusiasta republicano, que en medio de la decadencia y abatimiento de su patria, todavia conservaba en su pecho el amor á la libertad, él recordaba con orgullo los tiempos pasados y las glorias de la República, y veia con amargo dolor que se preparaban cadenas y que se iba entronizando la tirania en medio del silencio y postracion de un pueblo degradado y envilecido. César efectivamente prevalido de sus

brillantes triunfos, confiado en un ejército asalariado, que todo estaba á su devocion, mas confiado todavia en la apatia y nulidad de un pueblo sin virtudes de ningun género, sin religion, corrompido por el lujo y los placeres; César, repetimos, aspiraba al supremo poder, ó por mejor decir, ya no quedaba del antiguo régimen republicano mas que un vano simulacro, que acabaria de caer cuando lo tuviese por conveniente este afortunado y entendido guerrero. Tal era el estado de las cosas en Roma, cuando Bruto y Casio y otros conjurados idearon y llevaron á cabo el proyecto de asesinar á César en el mismo Senado. Esta accion que mirada asi superficialmente tiene algo de grande y sorprendente, y que ha sido elevada al rango de las acciones heroicas, si se analiza sin pasion por principios de mas alto origen, pierde desde luego todo su brillo, y viene á quedar reducida á una de las acciones mas ruines y mas indignas de las almas grandes y generosas. Por de pronto este acontecimiento acabó de decidir de la ruina de la República, *porque los vestidos ensangrentados del César presentados al pueblo, le volvieron á poner en la servidumbre.* El elogio fúnebre que despues pronunció su sobrino Octavio, la accion de los soldados veteranos, llorosos y arrojando sus armas y sus coronas á la hoguera de su ilustre general, las lágrimas de las damas romanas que tambien arrojaban alli sus joyas, todo este aparato transportó á la multitud hasta el punto de correr presurosa á incendiar las casas de los conjurados.

Pero no es por los resultados precisamente por los que hemos de juzgar de los hechos, sino que deben tenerse en cuenta otras circunstancias muy atendibles, que pueden dar grande luz sobre el punto que se trata de ilustrar. Ocurre en primer lugar la duda de si Julio César era ó no un tirano, duda cuya resolucion ofrece algunas dificultades, respetando como respetaba las formas republicanas: porque si bien es cierto que aspiraba al supremo poder, ni lo hacia por la fuerza de las armas, ni se valia de otros medios de que podia

disponer, atendido su gran prestigio y elevada posición. Nosotros creemos, en una palabra, que la República no podía subsistir por más tiempo envejecida por los años, perdido el amor á la libertad, entregada á todos los vicios, y reinando por todas partes el lujo, la disipación y el más espantoso desorden. La fuerza de las cosas y la insubsistencia de las humanas instituciones, había traído por una larga cadena de acontecimientos una situación semejante, y la misma fuerza de las cosas elevaba al César á ocupar el sitial de la magestad, sin casi pretenderlo, y sin poner otra cosa de su parte que sus brillantes triunfos. Pero demos en efecto por un momento que fuese un usurpador intrigante, que oculta ó descubiertamente conspirase contra la República; concedamos que además de usurpador fuese un déspota perverso y abominable, como algunos de que nos habla la historia de las naciones, no por eso la acción de Bruto y Casio dejaría de ser infame y altamente criminal, porque á los usurpadores se les juzga y se les castiga según las leyes, pero no se les asesina, y á los déspotas y tiranos incorregibles, sin virtudes y sin el freno de la religión, para los que no hay ni leyes ni tribunales, se les niega la obediencia si se quiere, se conspira contra ellos y se les hace la guerra, pero asesinarlos.... ¡nunca! El asesinato es un crimen horrendo que prohíbe la moral y la religión y todas las leyes divinas y humanas; es un crimen para cuya perpetración es necesario un grado de perversidad tal, que solo se encuentra en los corazones depravados de hombres ruines, cobardes y traidores; y por más que se invoque el nombre de libertad, y se quiera tener siempre cubierto el crimen con su denso velo, si una mano atrevida se atreve á descorrerlo, no verá allí más que miseria, pasiones y todas las debilidades humanas. Decimos esto al considerar que Bruto que estaba á la cabeza de la conjuración, era una de las personas más queridas del César, que de él había recibido muy señalados beneficios y distinciones, que en su testamento le dejaba cuantiosos legados, como á al-

gunos otros de los asesinos, y sobre todo que á él le debia la vida, porque despues de la batalla de Farsalia debió morir y hubiera muerto indudablemente, sino se hubiera salvado su constante favorecedor. Cualquiera diria que tantos motivos de gratitud habian sido bastantes para ablandar el corazon y desarmar la cólera de aquel verdugo, siquiera se llamase republicano; pero no fue así: Julio César se defendia todavia de sus asesinos que le tenian rodeado por todas partes, con el corage y bravura de un valiente, cuando vió entre ellos á Bruto que con puñal en mano le iba á asestar un golpe; entonces considerándose ya perdido dejó de defenderse, y mirándole con firmeza le dirigió aquellas elocuentes y sentidas palabras que enternecen el corazon.—*Tu quoque fili mei.* El desdichado cayó por tierra lleno de heridas á los pies de la estatua de Pompeyo, y se cubrió el rostro con sus mismas vestiduras horrorizado sin duda de tanta perversidad, y temiendo acaso ver entre aquellos desalmados algun otro que como Bruto debiera estarle obligado por beneficios especiales, que tampoco debieran olvidarse jamás. Era así en efecto, porque entre los principales de ellos se encontraba Casio, que tambien le era deudor nada menos que de la vida, el fiero y orgulloso Casio que aborrecia la persona del César mucho mas que su causa, y que por motivos y resentimientos personales, cuya causa ignoramos, mas que por consideraciones de utilidad pública, meditaba hacia tiempo aquel bárbaro asesinato.

Nos ha parecido conveniente detenernos un poco sobre estos hechos tan célebres de la historia romana, seguros de que nuestras observaciones no serán perdidas para la ilustracion del punto histórico de que vamos á ocuparnos. Desde luego aparece una verdad muy sencilla y de la mayor importancia, á saber: que no es la historia la simple enumeracion de hechos, y que nada importa que todo el mundo convenga en su certeza ó realidad, si de su análisis ó exámen filosófico se deducen muy distintas consecuencias, conformes á los dis-

tintos principios de que se parte. Además la historia de los pueblos es la historia de su legislación, de sus costumbres, de su religión, de su cultura, y de todo cuanto tiene relación con la vida social y con la vida del individuo; y se rozan de tal manera los principios fundamentales de todas las ciencias, y es tan difícil establecer las verdaderas teorías sobre puntos tan intrincados, que no es de extrañar á veces la poca conformidad de opiniones, cuando se trata de examinar filosóficamente ciertos hechos históricos, ó ciertos periodos de la historia.

Volviendo al Rey D. Pedro el Cruel, la historia nos habla de él como del mas fiero verdugo; pero á pesar de cuanto nos digan los historiadores, no faltan motivos para dudar de cuanto se nos dice, y aun puede asegurarse con fundamento que la historia ha sido adulterada, y que ha habido empeño y muy grande interés en retratarle con tan negros colores. Es verdad que su reinado fue sangriento y tumultuoso, y que en cierto sentido fue un cruel azote para Castilla; pero resta examinar si fue por culpa suya, y si sobre él solo ha de pesar la responsabilidad de todas las desgracias y calamidades consiguientes á una guerra intestina, casi no interrumpida por espacio de 19 años. El P. Fr. Juan de Mariana en su Historia de España, se hace cargo de esta cuestion al principiar el reinado de D. Pedro, si bien falto de crítica, como le sucede en muchas otras ocasiones, se deja despues arrastrar por la opinion general, que le consideraba como un Príncipe cruel y sanguinario. « Siguiéronse, dice, en Castilla bravos torbellinos, furiosas tempestades, varios acaecimientos crueles, y sangrientas guerras, engaños, traiciones, destierros, muertes sin número y sin cuento, muchos grandes Señores violentamente muertos, muchas guerras civiles, ningun cuidado de las cosas sagradas y profanas: todos estos desórdenes si por culpa del nuevo Rey, si de los Grandes no se averigua. La comun opinion carga al Rey tanto que el vulgo le dió nombre de *Cruel*. Buenos autores gran parte de estos

desórdenes la atribuyen á la destemplanza de los Grandes que en todas las cosas buenas y malas sin respeto de lo justo seguian su apetito, codicia y ambicion tan desenfrenada, que obligó al Rey á no dejar sus excesos sin castigo. » Una rápida ojeada por la historia de aquellos tiempos nos dará toda la luz necesaria para encontrar la verdad, y poder salir por medio de ciertas señales de tan oscuro é intrincado laberinto.

Don Alonso el Onceno murió el año 1350 atacado de la peste, que acometió á todo su ejército estando en el cerco de Gibraltar contra los moros. En los mismos reales se levantaron pendones para proclamar Rey á su hijo D. Pedro, que tenia á la sazón solo 15 años, hijo de legitimo matrimonio habido de su muger Doña Maria. Es de advertir que su padre incontinente y dado por demas á los vicios de la lascivia, habia tenido fuera de matrimonio hasta diez hijos, de los cuales todavia vivian ocho, entre ellos D. Enrique Conde de Trastamara, D. Fadrique, Maestre de Santiago, D. Fernando, Señor de Ledesma, y D. Tello, Señor de Aguilar, habidos de Doña Leonor de Guzman. Esta Señora, sus hijos y todos sus parientes habian sido colmados de riquezas y títulos, y distinguidos de mil maneras durante el reinado de D. Alonso, con mengua de la dignidad real, y escandaloso olvido de los sagrados deberes del matrimonio. La honrada y virtuosa Doña Maria sufría entre tanto todos los sinsabores y amarguras consiguientes á su triste situacion; y aunque prudente y resignada, sentía no obstante dentro de su pecho el continuo y devorador tormento de los celos. Ella no podia olvidar que era hija de Reyes, y esposa de un Rey de Castilla, ni podia ver con indiferencia que pasase un año y otro, entregado su marido en los brazos de una manceba orgullosa, mientras que ella en medio de la desgracia vivía humilde y desgraciada. Muerto D. Alonso y proclamado Rey su hijo D. Pedro, cambió enteramente el estado de las cosas: la familia que debia su grandeza y poderio á los amores impu-

ros de Doña Leonor cayó de su privanza, y la Reina viuda al lado de su hijo y legítimo Rey, volvió á gozar del prestigio y consideracion á que por tantos títulos era acreedora. Bien se deja conocer que D. Pedro, aunque jóven, tambien habria sufrido desaires y malos tratamientos, y que ademas de los ultrages de su madre tendria resentimientos personales que vengar, contra una familia que le era hostil y que hacia sombra al Trono. Tan cierto es esto, que Doña Leonor, sus hijos y todos los demas parientes y allegados se mostraron desde luego desconfiados y recelosos del nuevo Rey, y estuvieron tan lejos de reconocerle con sinceridad y buena fê, y de manifestarle ningun género de afectuosa sumision, que por el contrario desde luego se pusieron en salvo y marchó cada uno á sus respectivos castillos y fortalezas. No llegó el caso de venir á las manos, porque D. Pedro fue acometido inmediatamente de una maligna enfermedad que le puso á los bordes del sepulcro; pero bien pudo entonces conocer, si no lo supiera ya de antemano, que tenia muchos y muy temibles enemigos, y que persuadidos estos que el restablecimiento de su salud era cosa desesperada, habian entrado gozosos en planes, negociaciones é intrigas para la sucesion al Trono. No es nuestro ánimo entrar en detalles y presentar uno tras otro todos los acontecimientos que tuvieron lugar durante este reinado, porque ni lo permite la naturaleza de este escrito, ni es de interés tampoco para el objeto que nos hemos propuesto; baste presentar estos antecedentes á la consideracion de nuestros lectores, para que puedan servirles de guia, y estar prevenidos para juzgar en adelante con alguna exactitud.

Varios chispazos de guerra se levantaron por una y otra parte por espacio de siete años, pero chispazos que tan pronto se encendian como se apagaban; eran movimientos aislados y nada temibles, que solian durar únicamente hasta que se presentaba el ejército del Rey. Los Maestros de las Ordenes, los Grandes, los Señores y cualquiera otro descontento, mar-

chaban á sus castillos y pueblos fortificados, levantaban sus pequeñas legiones, se encerraban ó hacían correrías por los pueblos de la Corona, hasta que eran derrotados si llegaban á las manos con las tropas del Rey, ó capitulaban antes que llegase este caso; á esto se reducían todas aquellas campañas. El Rey entonces ó los perdonaba, ó les quitaba sus estados, ó tal vez los castigaba con la pena de los traidores, si antes no se salvaban con la huida acogiéndose á los vecinos Reinos. Estas deslealtades de los Señores, y parciales insurrecciones por levantarse una ú otra ciudad, este ó el otro pueblo de sus dominios, fueron muy frecuentes en el primer período del reinado de D. Pedro, ya por los muchos y poderosos enemigos que tenía aun antes de ocupar el Trono, ya por los que sucesivamente se le fueron declarando, acaso porque no toleraba sus demasías, ó porque no las toleraba hasta el punto que ellos quisieran. Siete años duraron estas alteraciones sin resultado alguno ni aun peligro del Trono, porque el Rey enérgico y activo por demás, á todas partes acudía con prontitud, logrando con su presencia ó por la fuerza de las armas, que los rebeldes entrasen en su deber, y que obedeciesen y acatasen á su legítimo Soberano.

A los siete años cambió enteramente el aspecto de las cosas y dió principio el que llamaremos segundo período, que terminó con el destronamiento y alevosa muerte de D. Pedro. Hasta esta época, D. Enrique Conde de Trastámara, que después se llamó D. Enrique II de Castilla, no se dió á conocer por ningún hecho notable; fue nada más que uno de tantos Señores revoltosos que lleno de orgullo y recordando los días de privanza y alto poderío de su madre Doña Leonor, no podía sufrir con resignación el cambio de la fortuna, ni conformarse con el título de súbdito, aunque de los más elevados y distinguidos. Jamás miró á D. Pedro ni con el afecto de hermano, ni con el respeto debido á su Rey; ocultamente ó con las armas en la mano, siempre le estuvo haciendo la guerra; también estuvo algún tiempo fugitivo en Francia y

Portugal, cuyo Rey se interesó para que le perdonase el de Castilla y le devolviese sus estados; pero siempre traidor y desconfiado, manifestaba reconocimiento y una aparente sumision hija del cálculo y de la necesidad, mientras que respirando venganza meditaba planes y anhelaba el momento de revelarse, sin esponerse tal fácilmente á los contratiempos de una derrota. Logróronse sus deseos cuando á los siete años del reinado de D. Pedro se encendió entre Castilla y Aragon una obstinada y sangrienta guerra, que costó á este el cetro y la vida, y fue causa de la elevacion de D. Enrique al Trono. En Francia se hallaba este á la sazón cuando se rompieron las hostilidades, y de allí partió inmediatamente para presentarse al Rey de Aragon y servir bajo sus banderas; recibióle este con grande afecto y muestras de contento, como que conocia cuan ventajosa podia serle semejante alianza, la cual para que fuese duradera la aseguraron con un tratado, reducido á que D. Enrique se desnaturalizase de Castilla é hiciese pleito-homenaje de ser perpetuamente vasallo y amigo del Rey de Aragon; que fuesen suyas todas las ciudades y villas escepto Albarracin que tuvo el Infante Don Fernando de Aragon, y que el Rey le diese sueldo para 600 hombres de á caballo y otros tantos infantes, que anduviesen debajo de su pendon y bandera (1). Juzgamos por demas el seguir el curso y vicisitudes de esta guerra, y entrar en la enumeracion de las correrias, encuentros y batallas que durante ella tuvieron lugar, porque ademas de ser esto pesado y enojoso, para nada conduciria á nuestro propósito; no obstante no queremos pasar en silencio ciertos sucesos notables y de la mayor importancia entre todos los demas acontecimientos. Fue uno de ellos la escomunion fulminada contra el Rey D. Pedro, y el entredicho que se puso á toda Castilla. El Papa que veia con la mas grande afliccion á dos Principes católicos empeñados en una sangrienta guer-

(1) Mariana, Historia de España.

ra, cuyo término no era tan pronto de esperar, guiados por sus propios consejos é instigados por reciprocos resentimientos, envió un legado para que avistándose ya con uno ya con otro, procurarse temprarlos, recibiese proposiciones, y los fuese preparando poco á poco para establecer las bases de un tratado de paz. No llegó esta á verificarse por entonces, á pesar de todos sus esfuerzos y de no haber omitido medio alguno de cuantos estuvieron á su alcance; pero consiguió no sin gran dificultad una tregua por un año y tres meses, durante la cual deberían continuar las negociaciones para una paz definitiva; se entregaron por una y otra parte al tenor de las capitulaciones, las villas y ciudades que reciprocamente habian ganado, en lo cual fue muy ventajoso el de Aragon; pero D. Pedro se negó con firmeza á desalojar enteramente la ciudad de Calatayud, por cuya causa incómodo el legado y creyendo que se le desairaba, escomulgó á D. Pedro y puso entredicho á toda Castilla; ligereza poco disculpable que desagradó sobremanera al Papa, lo cual dió á entender sobradamente mandándole salir de España. «Todas eran tretas y mañas del Rey de Aragon (dice el P. Mariana) por hacer odioso al de Castilla y que le tuviesen por un mal hombre, sacrilego y descomulgado, que pretendia con esta infamia y mala opinion que los de su reino le desamparasen: maña en que ponía mas confianza que en su valor y fuerzas.»

Rompió las treguas el Rey de Aragon, permitiendo á Don Enrique entrar por las tierras de Soria y Almazan, antes que se cumpliese el plazo por el cual se habian concertado, causa por la cual se volvió á encender de nuevo la guerra acaso con mas furor que antes. El legado del Papa volvió nuevamente á interponer sus buenos servicios cerca de los dos Principes beligerantes, estimulándoles y aun rogándoles á que entrasen otra vez en negociaciones de paz, la cual, decia, deseaba con tanto ardor el Santo Padre, que si no fuera por su mucha edad y otros gravísimos negocios de la Iglesia, él

mismo vendria en persona á establecerla entre los dos reinos, y hacer amigos á sus Reyes. Todo fue en vano; la guerra continuó á pesar de los esfuerzos del legado, los cuales volvió á repetir pasados algunos meses tambien sin resultado alguno. Se hizo por fin al cabo de cinco años de haberse roto por primera vez las hostilidades; pero paz tan poco sólida, que apenas habia pasado uno, ya habian vuelto otra vez á las manos. El Rey de Castilla que durante la paz se habia aprovechado para hacer la guerra á los moros de Granada, en paz ya con estos, penetró por Aragon con un brillante ejército tomando muchas ciudades y villas importantes, tanto que el Rey se llegó ya á ver bastante apurado, sobre todo cuando el de Castilla se presentó delante de Valencia y le puso cerco. En tal apuro, D. Enrique que estaba fugitivo en Francia se presentó con 2,000 lanceros, y obligó á su hermano D. Pedro á levantar los Reales, y retirarse á Murviedro. Dos sucesos muy importantes hay en este que podemos llamar tercer periodo: el uno el tratado que hizo D. Enrique con los Reyes de Navarra y Aragon, el otro la llegada de Beltran Claquin, y Hugo Carvolay con otros aventureros que vinieron en su socorro.

Hasta esta época D. Enrique casi no habia tenido otro carácter que el de un caballero de los mas principales, hijo aunque bastardo del Rey D. Alonso, que habiéndose revelado contra su legítimo soberano tuvo que desnaturalizarse de Castilla, hacer pleito-homenage á un Principe extraño y servir bajo sus banderas contra su misma patria. Ahora ya se presenta con otros títulos, que si bien ilegítimos y de mal origen, no por eso dejaban de tener su valor; el Rey de Aragon por odio que tenia á D. Pedro, acaso porque le temia demasiado, y porque en las pasadas contiendas casi siempre habia salido mal parado, hizo con él un tratado cuya base era su reconocimiento; otro tanto hizo el Rey de Francia, y un tercero que fue el Papa vino tambien con su inmenso prestigio é influencia á sancionar una injusta y ma-

nifesta usurpacion. Todo esto era muy insignificante y aun tenia algo de ridiculo, porque ademas de no tener D. Enrique derecho alguno á la Corona de Castilla, ni aun poseia en ella un solo palmo de terreno; pero ya era pie con otros tratados é injusticias por el estilo, para llegar hasta el Trono. Uno de estos tratados fue el que recien venido de Francia con los 2,000 lanceros, celebró con los Reyes de Navarra y Aragon. Don Enrique que con tal de ser Rey, no reparaba en los medios por despreciables y vergonzosos que fuesen, consintió en el escandaloso y ruin proyecto de desmembrar los reinos de Castilla y de Leon para repartirlos en su dia como presa de buena guerra, entre las partes contratantes; tocóle al de Navarra á Vizcaya y á Castilla la Vieja, Murcia, y Toledo al de Aragon, y el resto al rebelde y vengonzante pretendiente, sobre lo cual llamamos la atencion de nuestros lectores.

Fue el otro suceso notable la llegada de Beltran Claquin, de nacion francés, aguerrido capitan que al frente de 12,000 aventureros (1) venia á ayudar á D. Enrique y al Rey de Aragon en la campaña que acababa de empezar. Fue el motivo de la venida de esta turba compuesta de franceses, alemanes, ingleses, bretones, navarros y de otras naciones, que la Francia y la Inglaterra que habian estado en guerra los años anteriores, acababan de hacer las paces, y habian quedado desmandados y vagamundos una porcion considerable de soldados, que no tenian otra ocupacion que la guerra, y servir en ella á quien mejor les pagase. Mandólos llamar D. Enrique que ya era conocido entre ellos, porque se habia encontrado tambien en las guerras de Francia, á cuyo llamamiento no tardaron en acudir, ya acosados de la necesidad, ya movidos de la esperanza del pillage y el botin, para lo cual se les presentaba muy vasto campo, y ya por fin porque el Rey de Francia se daria prisa tambien á reu-

(1) Frozarde, historiador francés, hace subir el número hasta 30,000.

nirlos y echarlos de su reino, parte porque era enemigo de D. Pedro, y parte por librarse de una caudilla que no hacia mas que robar. Pasaremos en silencio las alternativas y vicisitudes de esta guerra, las alianzas por una y otra parte del Rey de Navarra, del de Inglaterra, del Principe de Gales, con mil otros sucesos que tuvieron lugar durante tan obstinada lucha, y vamos desde luego al desenlace de este horrible y sangriento drama. D. Enrique despues que derrotado en la batalla de Nájera, se vió en la precision de huir precipitadamente á Francia, volvió á presentarse de nuevo, y tomando algunas ciudades en Castilla la Vieja, marchó hácia adelante y puso sitio á Toledo, bien persuadido que á viva fuerza jamás la podría tomar. En efecto, la ciudad estaba bien fortificada y guarnecida, y aunque dentro de sus muros habia bastantes que le eran adictos, no podía prometerse de manera alguna hacerse dueño de ella, hasta que fuesen rendidos por el hambre y el cansancio; así es que cuando sus parciales trataron en dos ocasiones de darle entrada por la torre de los Abades y el puente de San Martin, los que lo eran de D. Pedro, vinieron con ellos á las manos y los acuchillaron y dispersaron. En Sevilla se encontraba este á la sazón cuando tuvo noticia de estas parcialidades, de que el sitio se continuaba con tesón, y que de una manera ú otra la ciudad corría riesgo sino era socorrida; en tal situacion se puso al frente de 3,000 caballos, y partió inmediatamente para Toledo. Noticioso D. Enrique de esta novedad, se decidió á salirle al encuentro con la idea de sorprenderle; en la villa de Orgaz se le reunieron los Maestres de Santiago y Calatrava con otros Señores principales, entre ellos el famoso Beltran Clauquin, que con 600 caballos acababa de llegar de Francia; con este socorro y otros 2,000 que llevaba D. Enrique, partieron de aquel punto, y andando precipitadamente toda la noche se encontraron á la madrugada en los campos de Montiel. En esta villa y sus alrededores estaba bien descuidado el Rey D. Pedro con su ejército, sin tener noticia segura de que los

enemigos hubiesen salido siquiera de Toledo , cuando vieron arrojarse sobre ellos aquella turba; en tal conflicto reunió sus huestes precipitadamente y de mala manera , dieron principio á la batalla , y sucedió lo que no podia menos de suceder en medio de aquella confusion y sobresalto , á saber : que fue arrollado , y que para no acabar de perecer con todos los suyos , le fue preciso replegarse hácia el castillo y encerrarse en él. Allí llevaba ya algunos dias estrechamente asediado por el ejército enemigo , cuando principiando á escasear el pan y el agua sin esperanza por otra parte de ser socorrido , ni poderse libertar de manera alguna , le ocurrió la idea de enviar un mensajero que con el mayor sigilo y precaucion hablase á Beltran Claquin , y le prometiese de su parte villas y lugares , y 200,000 doblas castellanas si le prometia ponerle en salvo; ofreciólo asi bajo la fe de caballero , y convinieron al efecto en la noche y hora en que D. Pedro se habia de presentar en su tienda para desde allí partir , traspasar los reales y libertarse á merced de la oscuridad. Pero el perverso Claquin lejos de preparar las cosas para obrar segun la solemne palabra dada á un desgraciado , se apresuró á dar cuenta á D. Enrique de cuanto pasaba , para acabar entre los dos de tenderle las redes y cerrarle todos los caminos; asi es que apenas habia llegado D. Pedro á la tienda para ponerse , lleno de buena fè , en las manos de aquel infame traidor , cuando entró gritando Don Enrique y preguntando por *el hi de puta , judio , que se llamaba Rey de Castilla ; el hi de puta judio* , contestó D. Pedro todavia con firmeza , *eres tú , que yo hijo soy del Rey Don Alonso* ; en esto sacó D. Enrique una daga y le hirió con ella en el rostro. D. Pedro lleno de cólera al ver tal ultraje y tan infame alevosia no pudo contenerse , se agarró á él y principiaron á luchar cuerpo á cuerpo , cayendo aquel debajo : allí continuaron forcegeando por algun tiempo todavia , debajo Don Enrique , cuando aquel estrangero villano sin entrañas ni pundonor le ayudó á ponerse encima , y agarrando entonces su daga principió á darle puñaladas hasta que el des-

graciado D. Pedro quedó yerto y anegado en su propia sangre.

Tal fue el desastroso fin á los 34 años de edad de aquel D. Pedro de Castilla, de fatal memoria todavía, á quien sus contemporáneos apellidaron *Cruel*, y cuyo ominoso título le han conservado las siguientes generaciones. Causa ciertamente horror leer su historia, porque continuamente se ven muertes, asesinatos y atrocidades horrendas; pero nosotros volvemos á repetir lo que ya hemos dicho antes en el cuerpo de este artículo, á saber que no faltan razones para dudar de cuanto se nos dice, y que aun puede asegurarse con fundamento que ha habido empeño y muy grande interés en retratarle con tan negros colores. Basta que el lector medite un poco sobre el breve resúmen que acabamos de hacer de su reinado, para que se incline su ánimo á formar juicio en el sentido que acabamos de espresar. En efecto, D. Pedro, hijo único, nacido del legítimo matrimonio de D. Alonso Onceno y de Doña Maria, fue proclamado y jurado Rey; D. Pedro por consiguiente fue elevado al Trono de Castilla por la ley de sucesion de la Monarquía, y por la voluntad nacional manifestada del modo posible en el acto de la proclamacion; cualquiera pues que atentase contra un derecho tan legítimo y sagrado, fue un traidor digno de las penas mas severas. Tal fue D. Enrique, Conde de Trastamara, que despues de repetidos crímenes, se llamó D. Enrique II de Castilla. El fue fruto impuro de los deshonestos y escandalosos amores de Don Alonso y Doña Leonor de Guzman; él fue un súbdito rebelde que jamás reconoció con sinceridad y buena fé á su legítimo Rey y Señor que ademas era su hermano; él ocultamente ó con las armas en la mano le fue siempre contrario; aun despues de haber sido perdonado una vez por mediacion del Rey de Portugal; él partió inmediatamente para Aragon en cuanto se comenzó la guerra entre este reino y el de Castilla, se desnaturalizó de su patria é hizo pleito-homenaje de ser constantemente súbdito de un Principe extraño y enemigo; él

principió despues á trabajar por su cuenta en la conquista de Castilla, contando entre otros medios con una porción de aventureros que no tenían otra ocupacion que la guerra, y que en la vecina Francia, en paz ya con la Inglaterra, no se ocupaban mas que en robar; él para proporcionarse aliados y favorecedores hizo un vergonzoso tratado con los Reyes de Navarra y Aragon, en virtud del cual les cedia provincias enteras de la Corona de Castilla; y por fin él subió al Trono salpicado con la sangre de su hermano y de su Rey, asesinado traidoramente y de una manera tan infame y alevé, que apenas se verá cosa igual en la historia de los mayores criminales. Nosotros queremos ahora que se nos diga con sinceridad y buena fé ¿con qué derecho se ciñe D. Enrique una Corona arrancada de las sienes de su legitimo Rey, asesinado por sus propias manos todavia palpitante y anegado en su propia sangre? ¿Cómo se justifica una usurpacion tan sacrilega, y un crimen tan horrible? De ninguna manera; pero sus parciales y los que contribuyeron á elevarle al Trono, creyeron que era bastante desacreditar al desgraciado D. Pedro, presentarle á la posteridad como un perverso y sanguinario, como un mónstruo del cual era preciso deshacerse á cualquiera costa para dar la libertad á Castilla y evitar los males y calamidades que eran consiguientes á un reinado tan abominable; esto dicen las historias, y bien se deja conocer que la nueva dinastia algo habia de decir para justificar de la manera posible su intrusion; pero en esto no vemos nosotros mas que exageracion, parcialidad, mala fé, y un interés muy manifesto en hacer odiosa la memoria del Rey legitimo, para presentar al mismo tiempo como amable y bienhechora, la linea bastarda que se acababa de encumbrar.

Ademas una contradiccion muy chocante salta á la vista, nada favorable por por cierto á los que se esplican en semejante sentido. En efecto ¿cómo se concilia el derecho divino de los Reyes que era la doctrina generalmente recibida en el

siglo XIV con el regicidio que en este caso proclaman para legitimar á D. Enrique? Si hubiesen visto la luz pública el *Contrato social* de Rousseau y ciertas teorías de derecho público constitucional, que no calificamos, en virtud de las cuales se han destronado Reyes, y se han llevado otros al patíbulo con ignominia despues de una solemne y aparatosa condenacion, entonces no habria de que admirarnos, porque buenos ó malos, verdaderos ó falsos, bien ó mal aplicados tales eran los principios recibidos, y los hechos estarán entonces en armonia con las convicciones; pero proclamar el derecho divino de los Reyes, y destronar asesinandolo á Don Pedro de Castilla, legitimando al mismo tiempo la intrusion del asesino y bastardo D. Enrique, nos parece un anacronismo repugnante, en el que se ven manifestamente las miras interesadas de los parciales de la nueva dinastia.

Hay todavia otra circunstancia que acaba de agravar si es posible el crimen del asesino y de sus cómplices, y es, que D. Pedro tenia hijas, y por la ley de la Monarquia no se les podia disputar el derecho de sucesion á la Corona. Si su padre por motivos que estamos muy lejos de reconocer por verdaderos y legitimos, se hizo indigno de reinar ¿por qué á sus hijas Doña Constanza y Doña Isabel se las despojó de un derecho tan reconocido y sagrado? Pero esto es muy sencillo. D. Enrique se habia propuesto reinar á todo trance, y el que desde el principio habia sido súbdito rebelde, y despues habia manchado sus manos en la sangre del padre, bien se deja conocer que se cuidaria muy poco de la suerte de las hijas. En vista de esto ¿quién estrañará ya que á D. Pedro se le caracterizase de cruel y sanguinario, y que su nombre haya pasado á la posteridad como un nombre de terror y espanto? Si desde la edad de 15 años que empuñó las riendas del Gobierno principiaron sus hermanos bastardos á hacerle la guerra de mil maneras; si entre ellos D. Enrique, Conde de Trastamara, lo asesinó del modo tan bárbaro é inhumano, que acabamos de referir ¿es de presumir que despues de su

muerte fuese tratado con mas consideracion , y que las paginas de su historia no se escribiesen tambien con sangre y hiel? Esta observacion sube de punto si se reflexiona un poco sobre la circunstancia de que la Crónica del Rey D. Pedro fue escrita por D. Pedro Lopez de Ayala, uno de los apasionados y mas fieles y constantes servidores de D. Enrique, tanto que mereció la honra de llevar su pendoa en la famosa batalla de Nájera , en la que fue por cierto derrotado completamente y precisado á refugiarse en Francia con muy pocos de los suyos. Es de advertir , que las Crónicas eran en aquellos tiempos los únicos documentos en que se consignaban los hechos de cada reinado , y que escrita la de D. Pedro en el del intruso D. Enrique y por uno de sus mas encarnizados enemigos , es bien seguro que seria muy poco fiel y que se resentiria de un origen tan sospechoso ; las historias que se escribieron posteriormente , como basadas sobre tan poco sólidos fundamentos , deben adolecer del mismo vicio , y es preciso que apercibido el lector y sin perder de vista cuantas observaciones acabamos de hacer , las lea con aquella justa y prudente desconfianza que aconseja la razon y el buen sentido.

No se juzgue por esto , que nosotros defendemos todos y cada uno de los actos de su reinado ; estamos muy lejos de ello ; y aun creemos que en medio de tantas contradicciones y amarguras como tuvo que sufrir de parte de aquellos súbditos revoltosos y desleales , un Principe jóven como D. Pedro , es probable que alguna vez se dejase arrastrar por los primeros movimientos de su carácter fuerte y violento ; pero entre estas debilidades de la naturaleza humana , disculpables en parte por la fuerza de las circunstancias , y la fiereza y perversidad de corazon que tan injustamente se le atribuye , hay esa grande distancia que el sesudo y detenido lector sabrá medir ó por lo menos calcular. Volveremos á repetir aquí lo que digimos al principio de este artículo , á saber : que no es la historia la simple enumeracion de hechos aislados é incone-

nos, sino el juicio al mismo tiempo que de ellos haya formado el historiador mas ó menos exacto y acomodado á los principios de la justicia universal; por eso no basta que sea indisputable la verdad de un hecho ó la certeza de un principio, si las aplicaciones ó consecuencias que de ellos se deducan, son diametralmente opuestas, como probamos con varios hechos de la historia antigua. Así por ejemplo, contrayéndonos á la de D. Pedro, todos convienen en que D. Fadrique, Maestre de Santiago, fue muerto por su orden en el Alcázar de Sevilla, pero no todos mirarán de la misma manera esta ejecucion, diciendo unos que fue un bárbaro y feroz atentado, mientras que con mas verdad puede asegurarse que fue el justo castigo impuesto á un súbdito rebelde y conspirador. Lozano en su *Historia de los Reyes nuevos de Toledo* dice hablando de este caso con aquella candidez ó parcialidad (1), por mejor decir, que se observa en todas sus páginas, que *D. Fadrique murió de confiado regando con su sangre el Alcázar de Sevilla: muerte la mas trágica que vieron las edades, y espectáculo el mas horrendo que vió la crueldad.* » Pues véase lo que dice el P. Mariana, nada sospechoso en esta materia, porque tambien se dejó arrastrar sobremanera por la opinion general tan contraria al Rey Don Pedro; despues de referir el hecho añade « bien es verdad que se sabe de cierto no andaba muy sosegado y que trataba de pasarse á Aragon: sospecho que este trato debió de venir á noticia del Rey, y que por esta causa le aceleró la muerte. » Véase á que viene á quedar ya reducido el que se llama con tan poca crítica un horrendo crimen, y cuanta prudencia y detenimiento se necesita para juzgar de las cosas con exactitud, sobre todo cuando la pluma del escritor ha

(1) Es de advertir que el Doctor D. Cristóbal Lozano fue capellan de S. M. en su Real capilla de los Reyes nuevos de Toledo, capilla sita en el ámbito de la Santa Iglesia primada, fundada y dotada lujosamente por D. Enrique II, con el número de 25 capellanes y con el objeto de que sirviese para su enterramiento y el de sus sucesores.

podido ser guiada por la ignorancia , las pasiones ò el interés.

No queremos concluir este artículo , sin decir cuatro palabras sobre los medios de que se valiò D. Enrique para asegurarse sobre un Trono que parece debiera haberse hundido, en cuanto puso sobre él su planta ; pero lejos de ser así , él vivió respetado y querido por espacio de trece años desde que fue proclamado Rey en Calahorra hasta su muerte acaecida en 1379 , y sobre aquel mismo Trono amasado con sangre subieron despues su hijo D. Juan I y su nieto D. Enrique III. Hasta el matrimonio de este , celebrado con Doña Catalina , nieta del Rey D. Pedro , no volvió á encadenarse la legítima sucesion de los Reyes que estaba interrumpida , por cuyo matrimonio « fue paz é concordia puesta para siempre (1). »

Apenas se supo el trágico fin de D. Pedro , cuando el Rey de Portugal y los hermanos del Principe de Gales , Duque de Alencastre y Conde Cantabrigense casados con las Princesas Doña Constanza y Doña Isabel , principiaron á llamarse Reyes de Castilla y de Leon , haciendo al mismo tiempo sus preparativos para sostener por la fuerza de las armas sus respectivos derechos á la Corona. El portugués , como mas inmediato , se apoderó desde luego de algunas de las plazas fronterizas , y los Reyes de Navarra y Aragon con un pretesto ú otro y

(1) En la capilla de los Reyes nuevos de Toledo sobre el sepulcro de Doña Catalina , casada con D. Enrique III , se lee el epitáfio siguiente. Aquí yace la muy católica é esclarecida Reina Doña Catalina de Castilla é Leon : muger del muy temido Rey D. Enrique , madre del muy poderoso Rey D. Juan , Tutora é Regidora de sus reinos ; hija del muy noble Principe D. Juan , primogénito del reino de Inglaterra , Duque de Guiana , é Alencastre , é de la Infanta Doña Constanza , *primogénita y heredera de los reinos de Castilla* , Duquesa de Alencastre : nieta de los *justicieros* Reyes , el Rey Aduarde de Inglaterra y el Rey D. Pedro de Castilla , por la cual es paz é concordia puesta para siempre. Observe el lector como en el pitaño de la nieta de D. Pedro no se llama á este cruel , sino *justiciero* , porque la línea legítima habia vuelto á ocupar el Trono , y no hubiera consentido esta semejante ultrage ; pero la crónica de D. Pedro Lopez de Ayala estaba ya escrita y con ella se habían entendido ya suficientemente los errores y fabulas que iban llegando hasta nosotros calumniando á D. Pedro de Castilla.

al ver el desorden que se preparaba, hicieron otro tanto con las que estaban fronterizas á sus Estados. Alarmado D. Enrique con tan fatales nuevas, sabiendo por otra parte que la falta de su nacimiento le era un grande obstáculo para la sucesion, y temiendo que acaso no podria pasar de las gradas del Trono adonde habia llegado por un fratricidio y un regicidio, se decidió, resuelto como estaba á reinar, á conjurar á toda costa la tormenta que se preparaba. Para ello recurrió á un medio pronto y eficaz, pero al mismo tiempo el mas perjudicial y gravoso que pudiera imaginarse para la Monarquía; principiò á repartir gracias é inmunidades, á mostrarse espléndido y generoso con todo el mundo, y á llamar al rededor de sí, prestándoles el cebo del interés, á todos los que por una consideracion ú otra pudieran ayudarle á salir de aquel apuro. El creó Duques, Marqueses y Condes, no hubo caballero aun de los de menos cuenta á quien no diese el Señorío de alguna ciudad, villa ó castillo; dejó exhaustas las arcas reales para pagar á Beltran Claquin las 200,000 doblas castellanas, que fue el precio de su ruin traicion, igual al que el desgraciado D. Pedro le habia ofrecido por su rescate; agotó todas las riquezas y rentas del Estado, y por fin llegó á tanto el despilfarro y escandaloso número de sus mercedes, que para recompensar los servicios de los simples soldados extranjeros y tenerlos á todo dispuestos, hizo labrar unas monedas de baja ley, cuya ruinosa y mal meditada determinacion produjo todos los males que eran inevitables.

Llamamos la atencion de los lectores sobre estas gracias, las enriqueñas, mas perjudiciales á la Monarquía de lo que á primera vista pudiera pensarse. En efecto, jamas sufrió Castilla una calamidad semejante, porque las guerras civiles y cualquiera otro género de males pasan luego, y un pueblo bien gobernado muy pronto se repone de tales pérdidas; pero estas gracias se arraigaron de tal manera y produjeron un trastorno tal en las instituciones, en la legislacion y hasta en las costumbres, que puede asegurarse haber sido una de

las causas de los males y trastornos de la época. No se tenga esto por una paradoja, porque los Señoríos han sido una de las principales cuestiones que la revolución ha tomado por su cuenta, y que ha resuelto á su manera; y es imposible hablar de Señoríos sin hablar al mismo tiempo de D. Enrique II. Efectivamente hasta esta época eran enteramente desconocidos, porque aunque habia Señores y ricos homes, dueños de un inmenso territorio y con ciertos privilegios y prerrogativas, pero mas bien que verdaderos Señores, eran unos grandes propietarios que generalmente habian adquirido aquellos Estados por las leyes comunes de sucesion, sin egercer la jurisdiccion civil y criminal y otros atributos de la soberanía. Por las gracias enriqueñas cambiaron las cosas enteramente en menoscabo de la autoridad real; él creó por de pronto los títulos de Duques, Marqueses, y Condes que eran dignidades desconocidas hasta entonces en los reinos de Castilla y Leon, desmembró al mismo tiempo de la Monarquía un sin número de ciudades, villas y lugares, las cuales concedió á los titulados ó á simples Señores que titularon mas adelante para sí y sus descendientes perpetuamente (1) con el egercicio de las dos jurisdicciones, con el derecho de cobrar ciertos impuestos, y con otros privilegios de la mayor importancia; en una palabra él creó con sus escandalosas prodigalidades un sin número de pequeños soberanos, y dejó abierta la puerta á sus sucesores para acabar de hacer trizas la Monarquía. El Gobierno feudal tal cual se conoció en España, que no fue seguramente una sombra del de Francia y de los Estados de Alemania, puede decirse que principió en el reina-

(1) El primer Duque que se conoció en Castilla fue Beltran Claquin que lo fue de Soria y Molina. En tiempo de los godos hubo algunos Condes, pero eran gracias personales que hacian los Reyes á algunos súbditos beneméritos, y que no pasaban á sus sucesores; tampoco egercian jurisdiccion sino en caso como delegados de la corona y con título temporal. Bajo este mismo aspecto deben considerarse los Grandes Señores, y ricos homes antes de D. Enrique II.

do de D. Enrique; pero no son materias estas para tratarlas al final de un artículo, mucho mas habiendo cumplido en cuanto nos ha sido posible con nuestro propósito, que fue dar á conocer á nuestros lectores á D. Pedro el Cruel y Don Enrique II, bien célebres respectivamente entre los Reyes de Castilla.

PEDRO BENITO GOLMAYO.

Toledo marzo de 1843.

JULIANO APOSTATA.

(Artículo I.)

Una de las causas que mas poderosamente influyeron en las turbaciones, en la postracion, y finalmente en la completa ruina del inmenso imperio de los Césares, fue la ambicion que el ciudadano de mas como de menor valia, podia abrigar en solicitud de un trono que rara vez recaia en los herederos del Emperador difunto. ¡Tan de antiguo viene confirmada la sancion moral del principio hereditario, justo y provechoso en las monarquias como en las familias!

La guardia pretoriana de los primeros siglos, protegida, mimada y aun temida de los Emperadores y del Senado mismo, no solo por la calidad de los hombres que la formaban y por los privilegios que se les habian concedido, sino tambien porque se componia de una fuerza considerable, siempre presente en la capital del mundo, era la primera palanca de que acostumbraban á servirse con resultado feliz los descontentos y los ambiciosos, para destronar muchas veces á los tiranos mas aborrecibles, no pocas á los mas recomendables padres de sus pueblos, y colocar en su lugar á un atrevido soldado ó algun afortunado aventurero.

Tan incesante série de ambiciones nunca pudo ser reprimida por el influjo y autoridad del Senado que cada dia iban á menos, ni por la resistencia del pueblo que solo veia una justa

espiacion, ó una esquisita venganza de su abyecta situacion en la muerte ó caída del Monarca que el día antes jugaba con sus vidas y su fortuna ; sin columbrar en la embriaguez brutal de su contento, que de esta manera ahondaba la síma de su esclavitud y su miseria. Los pueblos son como los niños que enjagan su llanto y acallan sus lamentos á trueque de un juguete que ha de rompérseles entre las manos, sin advertir que este juguete es un mezquino precio de su silencio y su obediencia.

Entonces, como ahora, y como sucederá siempre, porque es una ley natural é indeclinable, superior á la ley escrita y á las modificaciones de los tiempos, y al influjo de la civilización ; el que abarcaba un cetro con las manos húmedas de la sangre ó culpables de la ruina de su antiguo posesor, antes que á velar por el bienestar de sus pueblos, antes que á contener y castigar las invasiones de naciones estrañas, antes que á proteger la propiedad, la vida y la prosperidad de sus súbditos, solo dedicaba sus afanes á asegurar un poder amenazado por elementos semejantes á los que ilo habian establecido. El destierro, la confiscacion de bienes, la muerte, las penas mas dolorosas é infamantes, impuestas sin ley ni piedad, eran los medios mas comunes de que solian valerse los usurpadores para quitarse de enmedio los amigos y parientes de sus antecesores, y ofrecer con ello una terrible leccion á los mismos que á su elevacion habian contribuido. Estos primeros pasos del usurpador inauguraban un sistema de persecuciones y venganzas, de que dificilmente podia separarse, cuando por mas que en una parte arrancase la raiz del resentimiento, retoñaba fecunda en otra la semilla de la ambicion y de la envidia. ¡ Cuál si celosa é indignada la Providencia misma de haber dejado vencer y fructificar impunemente al crimen, llevase al culpable como por la mano, á cometer otros nuevos, donde encontrase su ruina y escarmiento !

En aquella monarquia electiva con apagadas formas republicanas el ejército mandaba : el Senado obedecia : el Senado

que de altiva y omnipotente autoridad del mundo, habia descendido á ser un mero refrendatario de los caprichos y mandatos de una bulliciosa soldadesca. ¡ Misera y vergonzosa situacion á que vienen á parar necesariamente todas las asambleas populares, todos los poderes públicos, cuando se dejan fácilmente arrebatarse una vez los derechos que les corresponden !

Natural era por consiguiente, que impopularizado el Senado é impotente, de nada sirviese su influencia en las contiendas civiles; que falto de libertad y proteccion el pueblo y sobrado el ejército de licencia y arrogancia, anduviese por todas partes triunfante la voluntad de la fuerza y no el voto popular; y que siempre amenazado el cetro, siempre débil é inseguro el Monarca, mientras mas por asegurarse pugnaba, tuvieron que ser sus sucesores dignos productos de tan atroz sistema. Asi fue, que con escasas escepciones, desde el tiempo feliz de los Antoninos, los Emperadores romanos fueron socavando los cimientos del colossal poder de la ciudad eterna, y acrecentando la audacia de los bárbaros, que comenzaron por amenazar, siguieron por invadir y acabaron por conquistar una á una casi todas las ciudades del Imperio.

Tarea inmensa, en varias partes ya reproducida, é impropia de un artículo biográfico, seria la de estendernos en apuntar siquiera las diversas faces porque tuvo que pasar el Imperio romano desde el comienzo de su prepotencia hasta el punto de su total desquiciamiento y ruina; pero hemos creído necesarias estas y otras observaciones análogas, como conducentes al mejor conocimiento de la conducta de un Emperador, que debia guardar relacion con la época en que vivia y con la situacion que ocupaba.

Conforme las destructoras causas que hemos indicado, seguian prolongándose, mas arreciaban en aquel vastísimo Imperio los vientos implacables de la discordia intestina, y mas violento saltaba por sus fronteras el invasor torrente de la

ambicion estraña. El inmenso poderio de la nacion que mas territorio ha comprendido y mas riquezas ha acumulado, apenas podia ya sostenerse un momento en los carcomidos y debilísimos hombros de sus antiguos y recientes poderes, amenazando destruir en su caída à sus propios hijos, y dividirse despues y entregarse para siempre à merced de estraños conquistadores. Esta definitiva caída, esta division completa, acaso habria tenido lugar muchos siglos antes de cuando acaeciò, si el Eperador Constantino, grande en su juventud, como el hombre mas grande de todas las edades, no hubiese arrancado de las incapaces manos de varios tiranos que ya se habian repartido el gran Imperio, el poder que solo podia ser fuerte y duradero en las de un solo hombre entendido y valiente. Constantino volvió à Roma el lustre y esplendor antiguos; Constantino derribó los altares mohosos de la supersticion y el paganismo; Constantino puede decirse que civilizó al mundo. Y tanto fue el poder de su voluntad, tanto el influjo de su prestigio, que si no hubiera una ley natural, invariable, eterna, que dá la debilidad tras de la fuerza, la pobreza tras la opulencia, la muerte despues de la vida, acaso el brazo de Constantino habria bastado para asegurar à Roma la eternidad de su mando, como plantó en los confines del Asia y de la Europa la gran capital de Oriente, vivo testimonio aun de un gran poder y de un gran entendimiento.

Pero ni el génio se lega, ni la continua obra de largos años y terribles revueltas puede ser completamente desbaratada por la accion de un hombre, cuya fuerza debilita la edad y traga el sepulcro. Los génios que viven mucho, muestran siempre hombres comunes, y gracias à las maravillas de su juventud, sino viene el ridiculo à deslustrar su gloria y descabalar sus merecimientos.

A la muerte de Constantino, renováronse las ambiciones y crueldades que tan mal parado habian traído por largo tiempo al Imperio. Constancio, su hijo mayor que heredó primero solamente una parte de los estados de su padre, y

fue despues su único Monarca, sacrificó ó dejó que sus parciales sacrificasen impunemente á la mayor parte de sus parientes, para dejar mas libre al Trono de zelos y de envidia. Horrible fue la matanza en que el puñal asesino privó de la vida á sus dos tíos y siete de sus primos, varios de ellos personas notables en valor y probidad. Salváronse únicamente de suerte tan espantosa los dos hijos menores de Julio Constancio, hermano del Emperador Constantino. Galo el mayor, debió la vida á su condicion valetudinaria que prometia á Constancio verse libre de este presunto enemigo, sin necesidad de verter su sangre. Marco, Obispo de Aretusa libertó á Juliano, que era el menor, del hierro homicida, escondiéndolo en el santuario de una iglesia. Tenia el primero entonces doce años y seis el segundo. Mas adelante, pasado el primer furor de sus enemigos, ó temerosos estos de reproducir un atentado que podia recaer sobre sus cabezas, Galo y Juliano pudieron conservar sus vidas, aunque á costa de su libertad.

Ambos hermanos fueron educados en un todo conforme á la voluntad de Constancio, cuya vigilancia y dureza para con los huérfanos desterrados, ibase aumentando segun crecian estos en edad. Dirigian su educacion Eusebio, obispo de Nicomedia, celoso partidario del cristianismo, y el eunuco Mardonio algun tanto aficionado á la religion antigua. Juliano se aplicó estraordinariamente al estudio de las letras y la filosofia, aunque siempre al parecer con sujecion á los principios de la religion de Jesucristo. El carácter de este principe se presentaba en sus primeros años como un modelo de dulzura y de juicio, y mas distante por consiguiente que ningun otro de los ridiculos absurdos del politeismo. Sobrio, casto entregado al estudio, pensador y reservado, Juliano se captaba siempre en su destierro el afecto de cuantos le rodeaban, porque la elevacion de su clase no le servia tampoco de estorbo para hombrearse con sus discipulos y amigos. Todo al contrario, abandonado en el vestir, descuidado en la limpieza, vulgar en sus maneras, su único afan, su esclusivo empeño

era singularizarse en las escuelas públicas y en el concepto general. Si Juliano hubiera sido un hombre del pueblo, sin pretensiones de sabio, tal vez habría sido más zeloso de su afeitado y más esmerado en su compostura. Pero en su elevada clase, el desprecio del lujo y de los atavíos, y el estremado descuido de su persona debían dar realce y nombre al desterrado de sangre real, cuyas cínicas virtudes y estudiosas vigiliás, tan notable contraste formaban con la arrogante opulencia y la común ignorancia de los de su esfera. De esta manera, al paso que redundaba en favor de Juliano el resultado de este contraste, que el tiempo debía ir insensiblemente graduando, el Emperador Constancio podía cobrar ánimo y tranquilidad, viendo á uno de sus próximos parientes cuya rivalidad podía ser temible, dedicar exclusivamente su vida y sus trabajos á continuas filosóficas tareas. Por eso es muy de notar, que mientras más vigilancia ejercía el Emperador, mientras más espías agrupaba en derredor de su prisionero, más se apartaba este de la ambición de mando y de los asuntos públicos, simulando su afición al paganismo y ostentando su natural amor á las letras. En los largos años de su destierro, en Jonia, en Cesarea, en Atenas, en todas partes, dominado por la adversidad, aleccionado por una precoz esperiencia, y conducido acaso por ese instinto que determina la suerte de los hombres, Juliano adquirió una cualidad que le libró tal vez de la muerte, que tal vez le llevó al trono, y que cegando más adelante en su corazón la fuente del entusiasmo y la generosidad, arrojó tantos horrones en los últimos años de su escasa vida. Era esta cualidad el disimulo, la hipocresía.

Como hemos indicado, el Obispo de Nicomedia fue el principal encargado de la educación de Juliano, quien no se resistió á aprender la doctrina y ejercer las prácticas que enseña la religión cristiana, demostrando en un principio la mayor docilidad y fe aparente. Pero Juliano no estudiaba creyendo, sino para creer y determinar lo que más convenia á su ra-

zon y á su interés. Además, las religiones nuevas nunca se arraigan en el corazón del hombre, sino por el entusiasmo y el principio teológico de la revelación. La tradición y el hábito las confirman y las sostienen; el interés de los pueblos las eterniza; solo así viene luego á santificarlas para siempre la obediencia pasiva que prestan los creyentes á sus ministros. La triste situación de Juliano que veía en los cristianos á los asesinos de su familia y á sus carceleros, y su temperamento frío y calculador cerraban su corazón al entusiasmo; y su carácter, que iba ya desarrollándose terco y altivo, le avenía muy mal con los absolutos preceptos del cristianismo. Contribuían muy poderosamente también á afirmarle en esta resistencia oculta las escandalosas reyertas de algunos Obispos, en las que tomaba como vicios de la nueva religión los excesos de algunos de sus defensores. El pasado lustre y poderío del Imperio romano presentábanse luego á su imaginación pobres y marchitos á acuña de la revolución religiosa, tras la que los vencedores más ocupados en eternizar sus doctrinas y desacreditar las contrarias, que en mantener la tranquilidad interior y poner coto á las ambiciones de fuera, destruían sin piedad los magníficos monumentos del paganismo, sin cuidarse como debieran de atajar el atrevido paso de extraños invasores.

Por otra parte, como dice muy bien un escritor notable, que más tarde olvida lo que en esta ocasión asienta, á los ojos de Juliano iban siempre juntos los nombres de Cristo y de Constancio, de esclavitud y cristianismo. Su razón apasionada y fuerte notaba muy bien las contradicciones de las disputas de Oriente, que le obstruían el camino del convencimiento, y le daban fácil apoyo para su falta de creencia. Juliano, al través de la docilidad y fanatismo ajenos y de las palpitantes huellas de la religión vencida, no vió más que el medio de procurarse un día poder bastante para regenerar un Imperio en su concepto enfermo y moribundo por la opresión en que yacía un bando, y por la soltura y arrogancia

con que dominaba el otro. Su plan en nuestra opinion, porque á nuestro entender su cabeza concibió y maduró un plan, fue dar valor y aliento diestra y calladamente á los partidarios descontentos del paganismo, para llegar á ocupar el Trono, y ocupar el Trono, para restablecer la religion antigua y reorganizar á susombra fuertemente el Imperio. Este plan combinado por la razon y el resentimiento juntos, falló como era consiguiente en una de sus partes: falló en la principal, falló en la última. La religion cristiana habia brotado de un manantial fecundo, habia costado una gran parte de la tierra, y habia salido de madre ocupando regiones inmensas, para no volver mas á su cauce. El paganismo era ya un pantano inmenso, absorvido por las entrañas de la tierra. Ni era entonces conveniente ni posible renovarlo. Lo que ha destruido el poder de la razon y del tiempo, no es dado á la mano de un hombre reconstruirlo.

Mientras Juliano, exclusivamente ocupado en sus tareas filosóficas, y de su empeño en popularizarse, pasaba una vida bien desemejante en verdad de la que á un jóven principe de sangre real en aquellos tiempos convenia, Galo su hermano mayor fue revestido por Constancio del titulo y dignidad de César: (1) y la causa de esta repentina mudanza en las intenciones del Emperador, fue segun unos un instinto de propio interés y conservacion que los embarazos, de que estaba rodeado, le sugerian; y segun otros un repentino movimiento de ternura y compasion hácia los dos huérfanos, promovido por los remordimientos de su conciencia. Sea de esto lo que se quiera, porque no es la biografía de Galo ni de Constancio la que vamos escribiendo, Galo con una autoridad en gran manera dependiente del Emperador, gobernó por algun tiempo las cinco grandes diócesis de la prefectura oriental, hasta que su mal comportamiento en ellas, y la política de

(1) Desde el tiempo de Adriano, se dio este titulo al presunto heredero de la Corona.

Constancio produjeron la repentina caída y muerte violenta del sobrino mayor de Constantino.

Así como la elevacion de Galo habia valido a Juliano la recuperacion de los honores de su rango, un amplio patrimonio, y libertad mucho mayor de la que hasta entonces habia disfrutado, así tambien á pesar de la oscuridad de su vida le hicieron gran daño los vicios y el desastroso fin de su hermano: pues tanto los pérfidos eunucos que hormigueaban poderosos en el palacio del Emperador, como el Emperador mismo trataron por lo pronto de guarecerse de las consecuencias que podia arrojar el justo resentimiento de Juliano por la muerte de Galo, condenando á aquel á mas estrecho encierro y mas ásperas privaciones. Siete meses estuvo duramente guardado en Milan, en la triste y casi segura expectativa de una suerte igual á la que á casi todos los descendientes de Constantino habia cabido; hasta que movido el Emperador por los ruegos de su muger Eusebia, fuerte y piadosa matrona, de quien era muy querido Juliano, fue este llamado á su presencia, donde abogó por su causa con la razon y destreza que en todas sus acciones iba ya manifestando. Triunfaron en estas entrevistas los ruegos de la Emperatriz Eusebia y los esfuerzos de Juliano, hasta el punto de que aliviase Constantino su prision de Milan, confinándole honrosamente en Atenas.

En la misera situacion en que se encontraba, arrojado de las gradas del Trono á que tan de cerca le llamaba su nacimiento, y siempre amenazado de males mayores que los que á la sazón padecia, no pudo recibir Juliano órden mas conveniente á su posicion y á sus deseos, que la de residir en Atenas. Allí fue sin duda donde en continuas y estrechas relaciones con los mas notables filósofos de su siglo, consumó su educacion, y se afirmó en sus propósitos, elevando sordamente el pedestal de su popularidad y su fortuna con la afebilidad de su trato, y el objeto y brillantez de sus estudios. Allí sin duda tambien renunció completamente en sus aden-

tros á la religion cristiana, como á una incómoda y áspera madrastra, teniendo muy en cuenta, que una ley de Constantino, suprimiendo absolutamente el culto del paganismo, traia aun disgustada á una gran parte del Imperio que se encontraba sin religion pública y sin amparo individual. Así fue, que sus amistades mas íntimas alejándole de los pocos que en aquel país sostenian la causa del cristianismo, le unian profunda y fuertemente con los filósofos apegados á la religion proscrita. Y es muy de concebir, como en aquel tiempo en que el principio religioso era uno de los mas poderosos resortes para mover la voluntad de los pueblos, Juliano sin íntimo convencimiento por religion ninguna, y viendo la una personificada en sus enemigos, abrazó la otra como medio de atraerse gran número de partidarios, é instrumentos de su elevacion. Bien advirtió Juliano que el espíritu nacional que á grandes pasos iba decayendo en el Imperio, no podia substituirse sino con el espíritu religioso; pero no se hizo cargo de que no eran por cierto las religiones viejas y desacreditadas las que habian de producir el entusiasmo popular, ávido siempre de nuevas y violentas emociones.

Imbuido en tales principios, aguijoneado por la ambicion, y movido al fin por una coyuntura favorable á su posicion, Juliano dió rienda suelta á lo que pudo ser primero una bizarra ocurrencia, ó una concepcion instintiva, y que no era ya en nuestro sentir, sino un proyecto en que se ventilaba nada menos que el porvenir de la Iglesia y del Imperio. Como indicamos arriba, cuando su hermano Galo fue elevado á la dignidad de César, aljó el Emperador la dura sujecion y vigilancia que lastimaban á Juliano, pudiendo este dedicarse entonces con mas anchura y empeño á sus estudios filosóficos y religiosos.

Para dar alguna razon á su propio juicio y entendimiento, necesitaba Juliano hallar en ambas religiones, siquiera tambien para no aparecer fútil y desatentado á los ojos de la

parte ilustrada de aquella época, los motivos que le desviaban de la nueva religion y le aficionaban á la antigua. La escuela de Platon el divino, el Cisne de la Academia, el famoso discipulo de Aristóteles, ofreció á Juliano un sistema teológico que lo avenia maravillosamente con su interés y su posicion, y rebajaba de algunos puntos los absurdos ridiculos de la mitologia griega, tal como se encuentra en los inspirados cantos del poeta de Smirna.

No desaprovecharon tan favorables disposiciones los sofistas de aquel tiempo, viendo en ellas un medio poderoso de dar importancia y vuelo á sus doctrinas. Afanábanse tambien calladamente para no ser burlados y entorpecidos, los demas partidarios del paganismo, por afirmar á Juliano en sus propósitos religiosos, fuente, cuando menos posible, de otros mas positivos y provechosos. Rodeáronle por consiguiente los mas célebres maestros que se encontraban por entonces, siendo los que mas inmediatamente perfeccionaron la enseñanza del Principe el viejo y vagabundo Edesio, el diestro Máximo, y el divino Jamblique todos discipulos y admiradores de la escuela platónica.

Hacia tiempo, que aunque no muy públicamente se enseñaba en Atenas la doctrina de Platon, doctrina mas que verdadera, ingeniosa, mas que convincente entretenida; de tantos extremos y combinaciones compuesta, que segun algunos discipulos del filósofo aseguran, treinta años de continuo estudio no eran bastantes para comprenderla perfectamente; Trabajo inmenso en que se agotan las fuerzas del hombre y se estravía su entendimiento, cuando faltan la brújula de la revelacion y el norte de la fé!

Platon quiso deber á su talento y á sus meditaciones el descubrimiento de la misteriosa naturaleza de la divinidad; y vagando de uno á otro inconveniente, de una á otra contradiccion, sin tener en cuenta la alteza inconmensurable del objeto y la humanal pequeñez de sus fuerzas, vino á dar en tan sutiles y poéticas abstracciones, que mas que juicios de-

tenidos y profundos debían producir al ánimo solaz y distracción, ó pueriles supersticiones. Reconocía el filósofo ateniense una trinidad, cuyos individuos eran gradualmente mas ó menos poderosos segun su procedencia y sus atribuciones, considerando en la naturaleza divina la causa primaria, la razon ó el *logos*, y el alma ó espíritu de la creacion. Con estos tres principios originarios, representantes de tres divinidades estrechamente unidas entre sí, aunque en diversa escala, esplicaba la creacion y movimiento del Universo. Al discurrir de esta manera, tocaba sin advertirlo ó sin poderse dar cuenta de ello, el inmenso escollo en que se estrellará siempre la naturaleza humana, cuando abandonada á sus propias fuerzas, quiera lanzarse al enredado laberinto del misterio, para columbrar lo que ciega sus ojos, ó abruma su razon; ó cuando trate de juzgar y comprender á la divinidad con relacion á la naturaleza y á los atributos de la misera humanidad. En este último círculo, tomando al mundo visible como ejemplo del invisible, buscó Platon sino la esencia, los atributos al menos del Ser Supremo, lisongeándose orgullosamente de haberlos encontrado. ¡ Como si recorriendo alguno una y otra y millares de veces un reducidísimo espacio, creyera tener á su vista y al alcance de sus manos la inmensidad del Horizonte! De esta manera, segun la doctrina platónica el Supremo Hacedor había *engendrado* una série gradual de espíritus que obtenian su existencia inmediatamente de la primera causa; que estaban dotados de la inmortalidad; que entendian de la reproduccion y armonia de los seres humanos; y que por su contacto con ellos, aunque inmortales y divinos, participaban en alguna manera de los errores y miserias de la humanidad.

Instruido Juliano en los misterios de la secta, é iniciado especial y solemnemente en los de Eleusis, formó con esta doctrina el sistema teológico con que debía llevar á cabo sus proyectos religiosos. Y su conducta en este punto vuelve á darnos doble motivo para creer, que no la supersticion, no

el fanatismo, no el error ni el desvario absolutamente apartaron á Juliano de la senda que su primera educacion, le habia trazado. Sin duda conoció, que no era liviana empresa restablecer el antiguo culto, tal como habia existido, sin hacer caso en manera alguna del efecto que el nacimiento y dominacion del nuevo habia ya producido en el Imperio y en el mundo entero; cuando decidido á combatir la religion de Cristo, á cuya sombra se guarecian sus enemigos, y cuyos mandatos absolutos disgustaban á su carácter desdeñoso é independiente, no se atrevió á levantar sin remiendos una bandera desgarrada por el uso y la polilla. Asi es, que buscando fuera de estos extremos un medio que no tuviera en su opinion los inconvenientes de aquellos, encontró en la doctrina de Platon lugar bastante para cimentar las fábulas y alegorías del paganismo en los grandes principios de la religion natural, base tambien por otra parte del cristianismo.

Valiéndose pues de los escritos de Platon, y de la enseñanza de los filósofos de la escuela alejandrina, y modificando las opiniones ajenas, segun el conocimiento de aquella época se lo aconsejaba, Juliano reconocia la causa primaria del Universo, concediéndole todos los atributos que á tan alta divinidad convienen. He aquí la concesion que hacia á la razon y á la religion natural. Los dioses del Olimpo, divinidades intermedias, lugar-tenientes, digámoslo así, del Ser supremo, gobernaban en su opinion, con dependencia de la primera causa, las diversas partes del Universo. He aquí la concesion inmensa que hacia al politeísmo. Y los hombres que en el mundo se distinguen por su sabiduria ó su valor, estaban segun él mas ó menos próximos en gerarquía y dignidad á estas divinidades, segun los quilates de sus merecimientos. Hé aquí la concesion hecha á su política y á su vanidad.

De esta manera, Juliano, creyendo en el principio religioso, contemplaba en su conciencia con la indiferencia ma-

por las modificaciones del dogma, como peculiares de las diversas épocas y situaciones del mundo, y solo detestaba al cristianismo y solo amaba al paganismo, como instrumentos favorables ó adversos de su suerte y la del Imperio.

MANUEL MORENO LOPEZ.

LIBERTAD, LEYES.

ODA.

Libertad, leyes, poderosos nombres,
árbol del bien y el mal, ecos oscuros!

A ese acento los hombres
presentes y futuros,
deberán á la par placeres, penas,
poder y esclavitud, oro y cadenas.

Leyes y libertad: el sol y el día
asi adunados para siempre fueron:
crímenes y anarquía
á su frente se vieron
nacer y revestir su mismo manto,
fingir su faz, tomar su nombre santo:

Y ser, y dominar el ancho mundo,
y engañar, y arrastrar la raza humana,
y con aliento inmundo
y frente osada y vana,
hacer temblar los tronos y los reyes
ahogar la *libertad*, violar las *leyes*:

Y desbordar el popular torrente
sobre los diques que la *ley* le diera,
levantando insolente
sanguinaria bandera,

erigiendo la bárbara anarquía
en cruda y tumultuosa tiranía.

Clamando *libertad*, forjar cadenas;
invocando la *ley*, vibrar puñales;
mostrar de sangre llenas
las manos criminales,
y gozarse en las ansias y agonía
del infelice en quien su hierro hundía.

Y en pos de cruda muerte, hediondo insulto
tributar al cadáver mutilado;
y dar horrible culto
al hierro ensangrentado;
y beber sangre tibia, vaporosa,
que del convulso corazón rebosa.

Y el sacrosanto templo, roto el muro,
y derrocadas ya las puertas bronceas,
turbar con lábio impuro
y torpes voces roncadas,
resonando en las bóvedas sombrías
palabras de sacrilegos impías.

Y *ley* y *libertad* con voz perjura
proclamar el carnívoro asesino,
mientras en la cueba oscura
lamentan su destino
la afligida virtud y la inocencia
perseguidas con bárbara insolencia.

O *ley*, ó *libertad*! hijas del cielo!
el *ser sin fin* os concedió á los hombres,
y en el inmundo suelo
al oír vuestros nombres,
cual en un tiempo, adoran sin decoro,
vuestro idolo fatal, *becerro de oro*.

CRONICA DE LA QUINCENA.

Cuando esta Crónica vea la luz pública, se habrá celebrado ya la apertura de las Cortes, y se podrá inferir por las palabras del discurso del gefe temporal del Estado, cuál sea la marcha que se propone seguir su Gobierno, y conocerse también lo que el pais podrá esperar y prometerse de estas Cortes, y del sistema seguido desde el Pronunciamento de Setiembre. Tres años se cumplirán pronto desde aquel funesto trastorno, y el pais ha podido desengañarse y conocer por una dolorosa esperiencia, el fruto que pueden dar las insurrecciones y la destruccion de todos los poderes públicos. Tres años há que manda el poder actual, teniendo suyos todos los elementos del Gobierno, á su favor la fuerza pública, en su apoyo las Cortes, las corporaciones populares, y en fin todos los que tuvieron parte en aquel trastorno; y sin embargo en tres años nada ha hecho, nada ha organizado; antes por el contrario han seguido en aumento las públicas desgracias, la administracion se ha desordenado mas, los odios se han exacerbado mas y mas entre los partidos, en vez de calmarse, la moral pública se ha ido relajando, y todas las obligaciones están mas desatendidas que cuando ardía la guerra civil, y por efecto de ella carecia el Gobierno de los recursos necesarios. Ahora se halla el ejercito en la mayor miseria; júzguese qué sucederá á las demas clases; y el que cuando General decia que sacrificaba y comprometia su fortuna particular para atenderle, ahora que es Gefe del Estado, vé tranquilamente la suerte desgraciada de sus compañeros de fatigas, sin conocer que todo es debido al tórpe sistema que siguió

desde su eleccion á Regente, y del cual no puede ya apartarse, porque no habiéndose sabido hacer superior á todos los partidos, y borrar ó hacer olvidar asi por lo menos su pasada conducta, tiene que seguir al frente de uno, el mas inepto y perjudicial de cuantos militan en las banderas progresistas. Pareceria imposible tanta imprevision y torpeza, si esa misma conducta no hiciera sospechar siniestros proyectos para mas adelante, sugeridos por la desmesurada y nunca satisfecha ambicion. Pronto ha de salir la Nacion de la ansiedad en que se halla, por conocer las ultimas miras del Gobierno, y ver desvanecidos los recelos de que se intente prolongar la menor edad de la Reina, y vender la industria y el porvenir del pais, al oro y á las influencias de una nacion estrangera.

Las Córtes van á reunirse, y aunque en ellas figurarán pocas personas pertenecientes al partido moderado, pues ya manifestamos antes lo sucedido en las elecciones, no creemos sin embargo que á pesar de todos los amaños é intrigas puestas en juego en ellas, á pesar de todos los medios de seduccion que el Gobierno tiene en su mano y no dejará de emplear; no creemos que pueda contar con una mayoria decidida á su favor, y dispuesta á sencundar sus miras. Pero al paso que de esto estamos persuadidos, lo estamos tambien de que las próximas Córtes, como las que han precedido, están destinadas á no hacer nada, pues no hay en ellas los elementos necesarios para legislar, y mucho menos para reconstruir y reorganizar la administracion, y ordenar la sociedad, ambas tan trastornadas y disueltas. Si lo contrario sucediese, seria faltar á las invariables leyes de la naturaleza, pues jamás el desorden puede producir el orden; pero servirán estas Cortes sin embargo para impedir crímenes cual los que hemos indicado, si se intentasen, porque no podemos creer que muchos de los representantes olviden sus deberes hasta el punto de frustrar las esperanzas que el pueblo español tiene en la mayor edad de la Reina, ni de sacrificar la pros-

peridad nacional à las intrigas de un Gobierno extranjero.

El Gobierno presentará à las Córtes, no lo dudamos, leyes y arreglos administrativos; pero las Córtes no los discutirán; las primeras serán tal vez mas restrictivas que las presentadas en otras épocas, y suscitarán una fuerte oposicion y acalorados debates. ¡ Tal es la suerte à que está condenado un Gobierno revolucionario! Para gobernar tiene que renegar de las teorías que sostuvo antes de ser Gobierno, y haciéndolo se separa y pierde el apoyo de los que le ayudaron à encumbrarse. Asi le vemos en continua contradiccion, incapaz de hacer el bien, y vacilante siempre entre los instintos de Gobierno, y las inclinaciones y compromisos de revolucionario.

Mucho se ha hablado estos últimos dias de nueva organizacion ministerial, suponiendo unos que se trataba de un cambio total, y otros de una reorganizacion, quedando algunos de los actuales Ministros. Hasta el dia el actual Gobierno se presentará al parecer ante las Córtes; y en verdad, solo conociendo el atrevimiento de la ignorancia, podemos comprender cómo puede hacerlo, y soportar los tremendos cargos que se le han de dirigir por su conducta ilegal y sus actos anticonstitucionales durante el tiempo que ha mediado desde la anterior à la actual legislatura. El bombardeo de una ciudad importante; el someter provincias enteras à un estado escepcional, sin mas ley ni garantías para sus habitantes que el despótico capricho de los generales; las exacciones ilegales, y mil y mil atropellos cometidos por el Gobierno y sus agentes, son otros tantos cargos tremendos, à que no sabemos cómo ha de contestar el Ministerio Rodil. Tampoco comprendemos cómo puedan quedarse en una nueva combinacion, individuos cuya responsabilidad es solidaria con todos los demas que formaron el Ministerio; y mucho menos comprendemos cómo pueda verificarse lo que se ha anunciado, que el Sr. Infante sea el núcleo del nuevo Ministerio, siendo tenido como uno de los gefes principales del partido aya-

cucho, que tanta animadversion ha suscitado, y que con tan pocas simpatias cuenta, entre los partidarios de la oposicion, cuyos gefes principales, al menos alguno de ellos, indicado tambien como futuro Presidente de un nuevo Gabinete, es su enemigo político irreconciliable. Pronto hemos de ver lo que suceda, y tanto el discurso de apertura, como las primeras sesiones, aun las insignificantes de aprobacion de actas, han de dar á conocer, como digimos al principio, la nueva faz revolucionaria que vamos á recorrer.

El Infante D. Francisco de Paula que se hallaba en Zaragoza, y á quien segun se decia no se permitia venir á la capital, se ha trasladado á ella con toda su familia á consecuencia de haber sido elegido diputado por aquella provincia. Mucho sentimos que S. A. se haya decidido á tomar una parte tan activa en las contiendas políticas; su elevada posicion, y otras mil consideraciones que no creemos necesario indicar, ni le permitian sufrir unas cosas, ni hacian compatibles su cargo de Diputado con la situacion actual del pais, y de su Augusta sobrina y Reina. Nada favorable á S. A. auguramos de su eleccion y presentacion en el Congreso, y deseamos que su ilustracion le preserve de los muchos compromisos en que puede envolverle su cargo de Diputado, como tal y como Infante de España.

El Gobierno ha subastado el producto de los azogues de las minas de Almaden, y obtenido el subido precio de 81 y medio duros el quintal; precio que tal vez hubiera sido todavia mayor, si no hubiese estado enlazada con la operacion del arriendo, la otra del anticipo de 50 millones. Con este recurso, si no lo tiene ya consumido de antemano, como es de temer, podrá el Gobierno atender á algunas de las obligaciones mas urgentes; pero es muy insignificante para salir de apuros, que nacen de la situacion creada por la revolucion, y del desorden y de las manos á que la administracion ha venido á parar. El remate de los azogues quedó por el precio indicado en favor del Sr. Salamanca, el cual se-

gun se ha dicho, cedió inmediatamente el negocio al Señor Weisweiller representante de la casa Rotschild, que es la que antes lo tenia, y á la cual indudablemente se debe el aumento del valor de este rico y precioso mineral. Se ha dicho que algunos Diputados habian acudido al Gobierno pidiendo que se demorase el remate, puesto que estaba tan inmediata la reunion de las Cortes; nosotros creemos que anunciado ya, no era dable ni decoroso el suspenderlo; pero su anuncio y celebracion podrá ser un nuevo cargo de que se valga la oposicion contra el Gobierno, y en especial contra el Sr. Ministro de Hacienda.

Durante esta Cuaresma, ha habido en varias iglesias de esta capital escándalos y atentados que el Gobierno debe procurar reprimir y castigar con mano fuerte; ellos son una prueba patente de la desmoralizacion que desgraciadamente cunde por la sociedad, y hasta cierto punto una consecuencia lógica de las profanaciones y atentados que se han visto cometer. Cuando la imprevision de la autoridad da lugar á que se profanen, y pisoteen, y sirvan de juego á los hombres y de alimento á los perros, los huesos venerables de los difuntos, como ha sucedido en el derribo de los conventos, en especial en el reciente de San Felipe; cuando no solo las sepulturas de los particulares, sino los sepulcros de los antiguos Reyes de Aragon se destruyen, y sus venerandos cadáveres se mutilan y manosean, como ha sucedido con los sepulcros del Monasterio de Poblet, y los restos de los Reyes enterrados en ellos; ¿qué extraño es que la juventud que ve tales excesos cometidos impunemente, ó consentidos por la autoridad, pierda el respeto á las templos, y haga burla de sus ministros? Repetimos que es un deber imperioso del Gobierno el reprimir y castigar semejantes atentados. Deber suyo fuera tambien el dar una nueva direccion á las ideas, y cambiar el espíritu revolucionario y destructor; pero no es esa la mision de los hombres del día, y está reservado para otros el consolidar el impulso que en la parte sana de la na-

ción se advierte, contra tales excesos, siendo de ello una prueba el general sentimiento de indignación que han causado en la capital las tropelías á que nos referimos. Deseamos que no se repitan, y si los excesos de las revoluciones son su mejor correctivo, la revolución española ha causado ya bastantes, para no necesitar de estos nuevos escándalos. El pueblo español va conociendo ya y desengañándose de la revolución y de los revolucionarios, y si estos no lo conocen, día puede llegar en que les sea fatal su ceguedad.

1.º de Abril de 1843.

JULIANO APOSTATA.

(Artículo II.)

Mientras que Juliano continuaba en Atenas su tranquila y estudiosa vida, aumentando el número de sus parciales y admiradores, era de nuevo el Imperio romano invadido en las fronteras de las Galias, y hacia las orillas del Danubio por gruesas y atrevidas incursiones de bárbaros. Moviáse al mismo tiempo amenazador el Rey de Persia, en cuya nacion el odio contra los romanos pudo estar alguna que otra vez adormecido ó sujetado, pero nunca muerto. Grandes angustias sufrió el débil corazón del pusilánime Constancio al sentir entonces sobre sus hombros la inmensa carga del poder, bella y sabrosa cuando de ninguna parte se vé amenazada, é intolerable y amarga, cuando mermada y combatida no la sabemos defender, y amaga sepultarnos en su ruina. Aprovechó tan oportuna ocasion su esposa Eusebia, perspicaz como muger, como muger piadosa, y magnánima como deben serlo las testas coronadas, para ejercer su influjo en favor del desterrado Juliano, no solo por el cariño que siempre habia profesado á este Principe, sino tambien por desbaratar las intrigas de los eunucos palaciegos, que á la sazón hacian sombra á todas las influencias allegadas al Trono.

Sabida cosa es, que junto á los Monarcas débiles y temerosos los parásitos aduladores que les contemplan, y que

de su jugo se nutren y medran, espian toda otra planta que á su lado puede crecer alta y frondosa, para arrancarla de cuajo, ó irla destruyendo poco á poco, falta de riego y de cuidado. Por eso los enucos recelosos de que Juliano, cuyo carácter iba ya despuntando en la lejanía de su confinamiento como severo y fuerte, llegase á menoscabar su autoridad, mediante la proteccion del Emperador, y acaso á pedirles algun dia terrible cuenta de la sangre de sus parientes por causa de ellos vertida, emplearon cuantos medios les fue posible emplear, para combatir é inutilizar el empeño que la Emperatriz mostraba por traer á Juliano en ayuda de Constancio. Comenzaron pues su tarea, como suele siempre comenzar esta clase de gentil servil y mentirosa, haciendo presente al Monarca, que su valor y su poder eran por sí solos bastantes para hacer frente y escarmentar á los enemigos que avanzaban contra el Imperio, y que sobaban su experiencia y discernimiento para dirigir acertadamente los negocios interiores del Estado. Recordáronle tambien, como ejemplo de lo que en igual caso debia infaliblemente esperar, los actos de ingratitude y perfidia con que Galo, el hermano de Juliano, habia correspondido á sus inmensos favores, introduciendo la turbacion y el desorden en las provincias, cuyo Gobierno se le encomendó, y desconociendo y socavando la autoridad del Emperador. Y concluyeron por fin haciéndole la observacion importante de que jamás llegaria Juliano á dar al olvido y perdonar el asesinato de su hermano, y el de casi su toda familia, y que su rencor comprimido por la impotencia, iria naturalmente despertándose y aprestándose á la venganza, conforme fuese creciendo en poder y valimiento.

Combatia con todas sus fuerzas, aunque secretamente, tan cruda oposicion la Emperatriz Eusebia con razones sin duda mas nobles y piadosas que las espuestas por los enucos, pero que debian hacer menos mella que estas en el ánimo de un Principe acostumbrado á la adulacion, y de tan graves faltas

manchado. Un instinto providencial sin duda inclinó la balanza á favor de Eusebia, á cuyos ruegos y observaciones se persuadió el Emperador de que solo Juliano podía ayudarle á salir airoso de la comprometida crisis en que le colocaban la guerra exterior y el disgusto público; y de que el agradecimiento le aseguraria su fidelidad en adelante. Vencido por fin Constancio, determinó llamar á Juliano de su destierro, concediéndole el título de César, dándole por muger á la Princesa Elena, su hermana y poniendo á su cuidado el Gobierno de las Gálias recientemente destrozadas por los bárbaros.

Llamaron pues á Juliano á la Corte, indicándole su próxima elevacion. Pero sea que no creyese en la sinceridad de esta oferta, sea que no fuera este el camino que se habia propuesto emprender para su engrandecimiento, sea que efectivamente, como aseguran algunos panegiristas de este Príncipe, sus triunfos literarios de entonces y su tranquilidad filosófica presentasen sobrados encantos á su imaginacion, lo cierto es, que salió ó se demostró pesaroso de salir de Atenas, dande tan gratos recuerdos y amistades tan íntimas dejaba. En nuestro concepto todas estas consideraciones debieron tener parte en el sentimiento que manifestó al abandonar la cuna de la filosofía, á juzgar por su conducta posterior, y al tener presentes las palabras de los escritores, que ora en elogio, ora en vituperio de Juliano han ejercitado sus plumas.

Dirigiose Juliano á la Corte, en donde correspondió con la mayor efusion á las señaladas pruebas de afecto con que le recibió la Emperatriz; pero no sabemos á punto fijo lo que pasaria en su alma al acercarse al que si efectivamente era entonces su protector, habia sido antes el infame y voluntario autor de los grandes infortunios de su familia. La obligacion de Juliano para Constancio, era la misma que debe el viajero al facineroso, cuando despues de haber sido robado y cruelmente maltratado, recibe de sus manos la libertad y

la parte de sus despojos que le es inútil. La historia solo nos dice que al acercarse al palacio de Milán, cuyo pavimento destilaba aun sangre de sus parientes, no pudo menos de dar algunas muestras de indignacion. Nosotros creemos que los obsequios y distinciones que le tributó Constancio, y la esperanza que mas viva que nunca comenzó á alimentar su corazon, fueron bastante poderosos para que simulase su ódio y su resentimiento bajo el placentero velo de la gratitud. Injurias de aquella especie nunca se olvidan, nunca se perdonan, y solo un interés propio y bastardo puede contenerlas por algun tiempo en el secreto de la paciencia y del disimulo.

La manera con que Juliano fue confirmado en la dignidad de César, que el Emperador le habia conferido, muestra bien á las claras el lugar que ocupaban los antiguos y los nuevos poderes de la república. Para nada habia consultado Constancio al Senado sobre la eleccion de un nuevo colega, y para nada tampoco tuvo en cuenta su autoridad, cuando se trató de su confirmacion. El ejército, cuadrilla feroz é indisciplinada desde que en un mismo territorio habia militado esclusivamente á las órdenes de diferentes gefes y Señores, que rara vez dejaban de hacerse continua guerra, era el alma de las altas disposiciones de los Emperadores, como era tambien el arbitrio caprichoso de su poder y su existencia. En la solemnidad de la confirmacion de Juliano, como partcipe del poder supremo, desplegó todo el aparato de una República militar que se complacia en hollar los antiguos fueros de un poder mas venerando, y en atestiguar decorosa pero enérgicamente su omnipotencia sobre el poder mismo, formado de su carne y de su sangre, que era entonces su gefe. Tan indudable es, que el poder material que no titubea en someterse liviana y puerilmente, y en todas las ocasiones al ascendiente de un poder moral que le sojuzga y manda, domina á impone su voluntad á las mas antiguas y saludables instituciones, cuando las encuentra trémulas y complacientes. La autoridad, el prestigio, la santidad humana únicamente (y

basta que se comprenda el sentido de esta frase), pueden contener en los justos límites de la dependencia á los numerosos y secundarios instrumentos del gobernador de un Imperio. Cuando el pueblo aspira á hombrarse con el Monarca comete un atentado, un sacrilegio. Cuando el Monarca descende á confundirse entre la plebe, abdica su corona. Los Reyes por lo mismo que tienen mas fueros, y mas poderio y mas gozes que los súbditos, deben parecer con mejores dotes, con mayores merecimientos que el comun de los hombres; ficcion que es necesaria para no soliviantar la envidia y provocar la insurreccion. Y como al tiempo de fundar y sostener la institucion de la Monarquía, no fuese dado al poder humano hacer al Rey mas virtuoso ni mas valiente, ni mas capaz que al hombre; por eso es menester que la altura y la distancia, que el misterio y la adoracion mantengan muy elevada á la persona á que han de respetar y obedecer tantos millares de personas.

Por eso las dinastías legítimas nunca pierden en dignidad, lo que pierden en poder, y sin mando y sin coronas conservan un lustre que no les dan siempre su virtud ni su genio, sino la autoridad de su origen y la santidad de su institucion. Por eso tambien cuando los soldados romanos veian en sus filas á un hombre de mas temple que el ordinario, no titubeaban en arrojar del Trono á un advenedizo para sentar en él á su héroe; y este héroe despues, aunque Monarca y poderoso, venia á presentarse á sus ojos como un antiguo compañero de armas, hechura suya, cuya elevacion les incomodaba y cuya ruina les ofrecia grandes motivos de codicia y ambicion.

No por otra causa halagaban los Emperadores al ejército, como al árbitro supremo de su suerte, cuando les faltaban los sagrados lazos de la legitimidad y del prestigio. Así fue, que para darle una prueba notable de su deferencia y sumision, el Emperador Constancio reunió en Milán todos los cuerpos ó legiones que residian en su centro y á sus alrededores, con el fin de

cometer á su aprobacion el nombramiento de un nuevo César. Cumplia Juliano el mismo dia de la ceremonia veinte y cinco años, y habiendo trocado su modesto filosófico traje por el uniforme militar de un Principe romano, y sin la espesa y descuidada barba que antes casi le cubria el rostro, se presentó á los ojos del ejército, como si estuviera desde luego dispuesto á dirigirlo animosamente por el camino mas áspero de las privaciones y la muerte. Constancio subido en una especie de tribunal, y teniendo por la mano á Juliano, espuso en un estudiado discurso los motivos que le habian movido á concederle la púrpura, si el ejército lo aprobaba, y á encomendarle el gobierno y la defensa del Oriente por tantas partes amenazado. El Emperador, despues de haber oido las confusas voces con que las tropas aprobaban su determinacion, exortó gravemente á Juliano para que se hiciese digno de esta distincion por su conducta, y terminó la ceremonia, golpeando los soldados sus rodillas con los escudos como era costumbre en aquel tiempo, en señal de aprobacion y aplauso.

En tres partes se dividen naturalmente la vida y la conducta de Juliano, y aqui empieza la segunda. Libertado con su hermano de la muerte que tan de cerca llegó á amagarle, sus primeros años solo ofrecen un ligero bosquejo del carácter de este Principe, comprimido por la necesidad de proteger su vida, y animado con la esperanza de salir un dia de aquel miserable abatimiento. Desde un principio se advierte en todos los pasos de Juliano un admirable instinto, que le conducia á señalarse en los únicos puntos, en la única senda que no le ofrecia peligro alguno; y mientras ponla cuanto de su parte estaba por ganarse amigos y engrandecer su reputacion, ni una accion, ni una queja, ni un indicio dejó escapar, que pudiera poner en duda su sumision al Emperador y su desden por las grandezas de su clase. Siempre la voluntad fue mas poderosa en el corazón de Juliano que las pasiones. Su talento discutidor y filosófico, le daba esa calma apa-

rente que sin quitar consistencia y brio á las opiniones una vez adoptadas, contiene los arranques de la irreflexion, y solo puede comprometer á la conciencia. Los enemigos de Juliano, el Emperador, los eunucos, los palaciegos, todos ansiaban ciertamente la muerte de este Principe; pero en el estado inseguro y crítico á que las cosas públicas y particulares habian venido en el Imperio, no podian cometer impunemente semejante atentado, sin una causa, sin un pretexto siquiera que lo escusase. Pocos hombres en lugar de Juliano habrian dejado de ofrecer este pretexto, mediando el asesinato de los mas allegados individuos de su familia, y la dura opresion con que un pariente desleal le lastimaba. Una justificable ligereza, una indignacion generosa mueve muchas veces el corazon del hombre contra su interés y aun contra sus inclinaciones, y en la juventud cabalmente es, cuando la voz de la indiscrecion y el entusiasmo habla siempre mas alta que la del egoismo y la prudencia.

En esta lucha interior en que el consejo y la conveniencia del cálculo calmaba siempre el ardor de la sangre, pasó la vida Juliano, hasta que fue llamado repentinamente á ocupar el puesto que á su nacimiento correspondia. Pocos dias despues de la ceremonia que hemos referido, marchó á las Gálias en donde por orden del Emperador encontró señaladas las escasas atribuciones que le dejaban ejercer en el Gobierno de aquellas provincias, y hasta arreglado el mecanismo y servidumbre de su casa. De sus antiguos y fieles servidores únicamente le permitieron conservar dos pages, su médico y su bibliotecario; los demas en gran número si, pero desconocidos y sospechosos para el jóven Principe, fueron nombrados por el Emperador con el encargo especial de vigilar su conducta y espiar sus acciones. Una acusacion gravísima levantan por este tiempo algunos historiadores contra el Emperador Constancio, y mas directamente contra su muger Eusebia, la que de tantos beneficios habia colmado á Juliano. Acúsala de haber hecho dar á la esposa de Juliano un bre-

vaje, mediante el cual abortaba en todos sus embarazos! Delito infame, que empañaría todas las buenas prendas de la Emperatriz, si no nos fuera permitido dudar de su autenticidad! Hay que tener en cuenta que Elena se casó en edad no muy temprana con Juliano, y que por consiguiente sus abortos pudieron muy bien provenir de causas naturales y no de tan horrendo crimen. Por otro lado, en ninguna parte aparece que el afecto de Elena á Juliano pasase los límites de la decencia y la pureza, en cuyo caso todo puede temerse para con sus rivales de las mugeres mas dulces y apacibles. Pero de todas maneras es muy cierto, que por el pronto mas bien debió Juliano asustarse que embriagarse con su nueva grandeza, pues cercenándosele facultades inmensas, eran cometidas á inhóviles ó malvados cortesanos, que mas de una vez pusieron en grave riesgo la reputacion y la vida del Principe.

Eran tambien por demas difíciles y peligrosas las circunstancias en que se encomendó á Juliano el Gobierno de las Gálias, como si únicamente hubiera intentado el Emperador dar tan grave encargo á un Principe sobradamente jóven y extraño al Gobierno y á la guerra, con el fin de procurar su descrédito ó su ruina. Por aquel tiempo, mientras el Emperador acudia á rechazar en varias provincias las continuas invasiones de los bárbaros y trataba de hacer frente al Rey de Persia, Juliano el jóven, el inesperto, el filósofo, combatia valerosamente á la cabeza de un puñado de soldados contra los francos y los alemanes, que faltando á los jurados pactos, hacia tiempo que destruían á su sabor las Gálias. Los infelices habitantes acosados y perseguidos constantemente por las numerosas bandadas de bárbaros que arraucaban desde las orillas Rin, ó del Mosela, se veían en la necesidad de guarecerse y encerrarse en las plazas fuertes, abandonando la cosecha de las mieses y el cultivo de los campos. Las tropas que defendían el pais, escasas en número, débiles en fuerzas, sin vestuario, sin

págas , casi sin alimento , poco ó ningu auxilio podian prestar á los afligidos pueblos . Y no se contentaban los bárbaros con hacer conquistas del territorio romano , sino que invadían y destrozaban lo que no podían ó no querían conquistar , entrando á mano armada , y sedientos de sangre , de oro y de desórden hasta en los sitios mas apartados del hogar doméstico .

En tan apurados momentos Juliano llevó á las Gálias una voluntad firme y un corazon dispuesto á merecer en el gabinete y en los campamentos tan alto concepto , como en otro género habia conseguido en los jardines de Atenas . El filósofo quería ser guerrero ; el sofista aspirada á ser legislador . Su alma no era entusiasta , pero sí enérgica : meditaba , discutía , conocia al fin lo que debia y podia hacer , y eso hacia . Los primeros meses que despues de su elevacion estuvo en Viena enmedio de los emisarios de Constantio , pasólos triste y violento , como se pasan los últimos años de un menor sujeto á los caprichos de un tutor áspero y severo en demasia .

Deseoso de sacudir aquel estrechísimo yugo , sin que pudiesen atribuirselo á impaciencia ó rebelion , aprovechó la primera coyuntura que se le presentó para hacer rápida y espontáneamente un ensayo de sus fuerzas y de sus talentos guerreros . Habia sido sitiada Autun por los bárbaros , quienes tuvieron que retirarse vencidos por la heroica resistencia de unos pocos veteranos , que faltos de recursos materiales , pero sobrados de heroismo defendieron y salvaron sus hogares . Encaminose Juliano á Autun y desde allí quiso dirigirse á Reims , donde debian rennirse sus tropas , atravesando las Gálias por el camino mas corto , pero el mas espuesto , porque de todas partes se veia amenazado por los enemigos . Tales fueron en este su primer paso en la guerra , su diligencia y su cautela que ora burlando , ora castigando á los bárbaros con un pequeño cuerpo de soldados , llegó á Reims sin pérdida alguna . Mas en su primer ensayo solo podia revelar su génio , y no su práctica . Satislecho de su primer triunfo y ansioso de pelear

y vencer, salió de Reims con sus tropas entusiasmadas en busca del enemigo, sin tomar las precauciones que eran de tener con un enemigo experimentado en la guerra y práctico en el país. Los alemanes irritados por su derrota, reunieron cuanta gente pudieron en aquellos momentos juntar, y cayeron de repente en una oscurísima noche sobre la retaguardia romana. Por diligente que anduvo Juliano, por acertadas que fueron las disposiciones que tomó en el imprevisto instante de la batalla, ni pudo contener la violencia terrible de los alemanes, ni ordenar convenientemente sus sorprendidos batallones, y fue vencido, aunque no derrotado. Dura fue esta lección, mas provechosa. Juliano buscó y obtuvo otro encuentro con los enemigos, y recobró la posición que había perdido, sin poderlos tampoco derrotar completamente, porque los alemanes sumamente ágiles y conocedores del terreno, huyeron en cuanto se vieron vencidos, sin que los romanos les pudieran dar alcance. Disgustado el nuevo César de sus incompletos sucesos, como quien se siente capaz de conseguir y merecer triunfos mayores, se retiró á Sens, donde no tardó en ser sitiado por un numeroso enjambre de bárbaros, que á los treinta dias tuvieron que levantar el cerco, obligados por las prudentes y animosas medidas de Juliano, cuyo valor y talento solo podia contrapesar la debilidad de la plaza que ocupaba y de la guarnición que la defendía.

Grandes contradicciones y entorpecimientos tuvo que sufrir Juliano, cuando emprendió las últimas operaciones que debían coronar aquella importantísima campaña. Marcelo, Maestro general de la caballería, que tomando al pie de la letra las instrucciones de la Corte, había negado á Juliano toda clase de auxilio para salvar á Sens, ofrecía con su conducta motivo bastante para que debiese aquel temer todavía las siniestras intenciones del Emperador ó de los ministros que lo dirigian. Gracias á la mediación de la Emperatriz Eusebia, Marcelo fue depuesto y nombrado en su lugar Severo, general valiente y entendido. El plan de campaña fue enton-

ces sabiamente combinado. Juliano por una parte penetró en las moradas de los germanos y restableció las fortificaciones de Saverna, con el objeto de contener sus incursiones y evitar su retirada. Por otra parte, Brabation, general de la infantería, venía desde Milán en su ayuda á la cabeza de treinta mil hombres, con el fin de unirse á Juliano y forzar á los alemanes á que evacuasen las provincias de la Gália, por acudir á la defensa de su país natal. Todavía esta vez, la traicion de un general estuvo á punto de arrancar el triunfo de manos del Cesar, y puso su reputacion y su vida en gravísimo aprieto. Brabation dejó pasar casi á su vista una y otra vez varias porciones de enemigos, sin tratar siquiera de incomodarlos, é inutilizó gran número de barcas y todas las provisiones que por el pronto no necesitaba, sin tener en cuenta que el ejército de las Galias tenia gran necesidad de ellas. Despues de estos actos que mas que su incapacidad demuestran su mala voluntad ó su obediencia ciega á péfidas órdenes de la Côte, se retiró vergonzosamente delante del enemigo, dejando á Juliano desprovisto de tropas y de recursos, y á merced de un enemigo irritado, ante el cual eran casi imposibles la fuga ni la victoria.

En esta ocasion fue, cuando el nuevo Cesar, á pesar de su inesperienza y de las traiciones que por todas partes le rodeaban, mostró que era tan gran capitán como filósofo profundo.

Como á veinte millas de Strasburgo ocupaba Juliano una posicion debilisima, defendida por un reducido ejército de trece mil hombres. Fieros los alemanes con la retirada de Brabation, y confiados en la superioridad de sus fuerzas, pasaron el Rin, y se encaminaron hácia donde estaba Juliano, con el objeto de presentarle la batalla. El valiente, feroz y entendido Chonodomar mandaba la vanguardia, y le seguian otros seis Reyes, diez Principes y treinta y cinco mil soldados escogidos. Sabedor Juliano de este movimiento, se puso desde luego en marcha para encontrar al enemigo, supliendo de

esta manera con su osadía lo desfavorable de su posición. El día en que ambos ejércitos se avistaron, estaba muy adelantado, y Juliano, enlazando el valor con la prudencia, trató de procurar á sus soldados algun descanso, tras del cual pudieran mejor al día siguiente sostener el combate. Pero el ejército mas que nunca entusiasmado con la presencia y buen temple de su augusto gefe, pidió á una voz y decididamente la señal de acometer, sin que pudiese Juliano resistirse mas á tanto ardimiento. Mandaba Juliano el ala derecha, sobre la cual muy al principio de la refriega cayó tan poderoso enjambre de bárbaros que tuvo que cejar y desordenarse, apelando torpemente á la fuga mas de seiscientos coraceros. Sin un gran ejemplo, sin un desesperado arrojo, la derrota, era segura, irreparable, afrentosa. En estos momentos de apuro, cuando la razon y la necesidad aconsejan lo que en otros inspira el génio y el entusiasmo, Juliano era un héroe. Apenas vió la precipitada fuga de sus soldados, les fue animosamente al alcance, los detuvo, los arengó en elocuentes y breves frases, y recordándoles lo que debían á sus antiguas glorias, y lo que debían esperar de su cobarde atolondramiento, los volvió al combate, haciendo un héroe de cada fugitivo. Larga y sangrienta fue la jornada que tuvieron mucho tiempo indecisa el número y poderío de los bárbaros. Pero al fin triunfaron el valor y la disciplina; triunfaron el denredo y sabiduría de Juliano. Seis mil hombres dejaron los alemanes en el campo, además de los que se ahogaron y fueron muertos al pasar el Rin. La pérdida de los romanos no llegó á trescientos. Chonodomar cayó prisionero, y fue enviado á Constancio por Juliano como el mas importante homenaje de su victoria.

Quedábale aun por batir á los francos, como habia batido á los alemanes, y sin tregua ni descanso los buscó en los confines de las Galias y la Germania; y despues de algunos encuentros parciales de que siempre salió vencedor, acampó junto á Tongres con asombro de los enemigos que le creían

muy lejos. La oportunidad de sus disposiciones correspondió á la secreta rapidez de sus marchas, y cuando menos podian pensarlo, se vieron los Francos cercados desde Colonia hasta el Oceano, y obligados á formar un tratado de paz con grandes ventajas del Imperio romano. Tan felices sucesos animaban el ardor de Juliano, conforme su experiencia y su confianza se iban acrecentando, y despues de un escaso intervalo en cuyos ocios escribió sus comentarios de la guerra gálica, proyectó y llevó á cabo una expedicion allende del Rin con el objeto de castigar á los dos Reyes Surmar y Hortario, que andaban en torpes amaños para eludir el cumplimiento de las condiciones á que se habian comprometido de resultas de la batalla de Strasburgo. Habian reunido entre tanto los germanos todas sus fuerzas, y cubriendo las orillas del rio trataban de oponerse al paso de Juliano, cuyas fuerzas eran muy inferiores en número á las suyas y venian en extremo fatigadas. Juliano sin titubear, comprendió lo crítico de su situacion, y frustró su proyecto por un medio tan hábil como animoso. Trescientos soldados romanos ligeramente armados y distribuidos en cuarenta botes desembarcaron silenciosamente cerca del lugar que ocupaban los enemigos, quienes fueron efectivamente sorprendidos y horriblemente acuchillados. Juliano venció por tercera vez á los bárbaros, dictando las condiciones de paz á seis de sus mas poderosos Monarcas.

Inútiles hubieran indudablemente sido á Juliano sus triunfos para su gloria, para su seguridad y para su porvenir, si arrojados los bárbaros de las provincias de su mando, no hubiese cuidado de reparar las pérdidas que en tantas invasiones habian sufrido, reedificando las ciudades destruidas y cultiyando los arrasados campos. La administracion de Juliano fue tanto mas notable y digna de alabanza, cuanto que su poder estaba sumamente limitado por la ojeriza de la Côte. Pero en su nueva dignidad como en su antiguo destierro, la conducta de Juliano lleva siempre el sello de un plan diestramente combinado y de una singular perseverancia. Sin de-

mostrar celos ni envidia, y antes bien aparentando indiferencia, antipatía por el poder supremo, el jóven César se esmeraba en aliviar los males causados por la anterior administracion y por el abandono de la Côte, y en proporcionar á las Gálias precisamente aquellas mejoras de que carecian las demas provincias del Imperio. Sirva de ejemplo la siguiente carta que escribió á uno de sus amigos con motivo de haberse opuesto á una contribucion que el Ministro ó encargado de hacienda por el Emperador, quiso imponer á aquellos empobrecidos pueblos. Despues de haberle referido el caso, dice asi: «¿Podia obrar de otra manera un discipulo de Aristóteles y de Platon? ¿Podia yo abandonar á los infelices súbditos confiados á mi cuidado? ¿No tenia la obligacion de defenderlos contra esos ladrones implacables? Un tribuno que abandona las filas, es castigado de muerte y privado de los honores de la sepultura. ¿Cómo me atreveria á pronunciar su sentencia, si abandonase yo en el momento del peligro un deber mas sagrado y mas importante? Dios me ha colocado en este elevado puesto; su Providencia me guiará y me sostendrá. Si estoy condenado á padecer, la pureza de mi conciencia me servirá de consuelo. ¡Ojalá tuviese todavia un consejero como Salustio! Si juzgan oportuno darme un sucesor, me resignaré á ello sin sentimiento; porque mas bien quiero hacer el bien algunos instantes por mi cuenta y riesgo, que ser culpable largo tiempo impunemente.»

Mientras que de esta manera ejercia y realizaba él propio sus buenas obras, ponía tambien el mayor esmero en que el ejército, compañero de sus triunfos y participe de su gloria, hallase en su solicitud cuanto le negaba la avaricia de la Côte para su manutencion y decencia. La administracion de justicia no fue el último objeto de afan. Al mismo tiempo que procuraba que ningun crimen se librase de la inspeccion de los tribunales, examinaba la conducta de los jueces para que nunca el crimen fuese confundido con la inocencia. Un dia

que un abogado, acalorado mas acaso por razon de su oficio, que por causa de su convencimiento, acusaba á un alto empleado como concusionario sin pruebas suficientes, diciendole: « Si basta con negar, ¿quien será nunca declarado culpable? » Le respondió dignamente Juliano. « Y si bastase con afirmar, quien jamás llegaría á ser absuelto? »

Esta es la época mas bella de la vida de Juliano, y no obstante acaso la menos inocente. Sus victorias, sus disposiciones administrativas, y su ejemplar justicia lo presentaban á sus pueblos como un padre amantísimo de su bienestar y su independendencia. Los males mismos que no enmendaba y que le arrancaban las mas sentidas pruebas de pesar, servían para aumentar su crédito, porque eran males aquellos cuya correccion no entraba en el círculo de sus atribuciones. Lo que hacia un Principe sin libertad bastante para obrar, anunciaba lo que podría hacer con voluntad propia y sin ajenas restricciones. La intencion de Juliano debió ser, hacer bien por los desgraciados pueblos de la Gália, indicándoles indirectamente el autor de sus males; presentarse como su único salvador posible, y fiar lo demas al porvenir. ¡Semillas arrojadas á la ventura, que donde menos se piensa arraigan y fructifican! Las consecuencias de su conducta nos confirman en esta opinion. Juliano á nuestro entender conspiraba, pero conspiraba como filósofo valiente y entendido. ¡Rara mezcla de cualidades tan opuestas en un jóven de aquel tiempo! Conspiraba, esperando el fruto de su trabajo mas de la accion del tiempo y de la fuerza de la necesidad que del loco empeño de algunos parciales, ó de intrigas ridiculas y pueriles. ¡O cuán importante leccion debieran sacar de este ejemplo los modernos é impacientes conspiradores!

El terror que Juliano inspiraba á los euemigos exteriores del Imperio, y el afecto y admiracion que le tributaban los pueblos que gobernaba, removieron mas amenazadora que nunca la mala voluntad de la Côte; que siempre incomoda al poder ignorante y débil los progresos del valor y la sabi-

duria. El Emperador y sus favoritos temieron de tanto prestigio. El primer medio de que se valieron para conjurarlo, fue propio de las almas pobres que nunca saben calcular el verdadero influjo de los hombres superiores. Quiso Constancio presentarse á los pueblos como el héroe de las Gálias, y para ello en las cartas que en ocasiones semejantes era costumbre circular á las provincias, omitió el nombre de Juliano, dando claramente á entender que el Emperador había combatido y triunfado personalmente en aquella gloriosa campaña. Como tales amaños, mas que inútiles llegaban á ser perjudiciales á los mismos que los forjaban, porque la verdad rompía mas pura y acrisolada las groseras redes que contra ella se undian, recurrieron por fin á otro medio de mas seguras consecuencias, si ningun accidente extraordinario venia á imposibilitarlo. Estaba Juliano en Paris, entonces Leucetia, su residencia favorita en tiempos de paz, cuando un enviado del Emperador le presentó una orden disponiendo se pusiesen en marcha inmediatamente para las fronteras de Persia con el objeto de sostener una nueva guerra, cuatro legiones completas, y ademas trescientos soldados escogidos de cada una de las restantes.

La intencion del Emperador era manifiesta. Juliano le hacia sombra; era menester arrancarle los instrumentos que podian ayudarle á mas alta empresa. La conducta del César en tan critica situacion correspondió á su conducta anterior, y mas diestra, pero no mas inocentemente fue muy parecida á la del Monarca. Mas la situacion de Constancio era una situacion inesperada y violenta, y la de Juliano una situacion natural y calculada, preparada con hipocresia, sostenida hipócritamente é hipócritamente resuelta.

Una gran parte de los soldados de su ejército á quien la orden del Emperador obligaba á marchar, se habia voluntariamente alistado bajo la condicion de no tener que pasar los Alpes. Estos y los otros, todos eran afectos y entusiastas del jóven Principe que tantas veces los habia conducido á la vic-

toria, participando de sus males, y satisfaciendo sus necesidades. Pronto conocieron ó les hicieron conocer el golpe que con aquella medida se trataba, de descargar contra su jefe. Las mas amargas murmuraciones corrieron de boca en boca, y hasta los pacíficos habitantes proferian sin guardarse de nadie las mas sentidas quejas, lamentándose del peligro que iban á correr de nuevo aquellas provincias, desguarnecidas de tropas y espuestas á la audacia y ferocidad de los bárbaros. En tan angustiosa situacion, Juliano siempre dueño de sí mismo y penetrante observador de los elementos que le rodeaban, declaró públicamente que su deber le obligaba á cumplir las órdenes del Emperador, y su conciencia á renunciar el alto puesto que ocupaba, y para cuyo buen desempeño le dejaban sin fuerzas ni medios suficientes. Paso tan popular produjo su efecto, como era consiguiente. La hoguera de las pasiones no podia menos de crecer con tan poderoso combustible. La orden de marcha se dió en aquellos momentos. Los soldados se disponian de mala gana á cumplirla; y sus mugeres, sus hijos, el pueblo entero no lanzaba ya quejas, sino amenazas. En un instante circuló de mano en mano un libelo que los escitaba á la resistencia, sin que la voz de la autoridad se dejase oír para calmar tanta efervescencia, y castigar á los culpables: y cuando mas acalorados estaban los ánimos, Juliano se presentó á las puertas de Paris con el aparente objeto de pasar revista á las tropas que debian salir de las Galias. En coyuntura tan favorable, se dirigió á las tropas en general y á muchos de sus individuos en particular, dando escesivas alabanzas á su valor, á su disciplina y á su adhesión por su persona: de esta manera les hacia sentir mejor el bien que perdian. En aquellos tiempos el paisanage estaba estrechamente ligado con el ejército, como que en él tenia sus mas caros afectos. A él tambien se dirigió Juliano en un estudiado discurso que pronunció con notable calor é intencion visible, lamentando la mala fortuna que arrancaba á sus bravos camaradas del seno de sus fami-

lias y del abrigo de su hogar. Terminada aquella escena que quedó profundamente grabada en el irritado corazón de los asistentes, empezó la insurrección que debía estar ya decidida y combinada de antemano. A media noche numerosos grupos armados, calientes de vino y llenos de entusiasmo, rodearon el palacio del César, saludándole bulliciosamente con el título de Augusto. Juliano era ambicioso, pero friamente calculador. La intención de sus soldados era irrevocable, bien lo sabía; pero era menester triunfar, sin parecer cómplice ni jefe de la insurrección, y pensar en el porvenir, si por desgracia se le escapaba el triunfo de las manos. Así fue, que trató de guarecerse de la fuerza que al parecer querían hacerle sus tropas, lo bastante para animarlas en su empeño, y aparecer ageno á aquel movimiento. En aquellos instantes bien podía Juliano hacerse el desdeñoso, sin espouer el resultado de la trama, y salvando las apariencias de su inculpabilidad. Las protestas y la resistencia que por algunos momentos opuso á su elevación, solo nos prueban su prudencia, no su virtud. El descontento había germinado á su vista y paciencia; sus palabras habían soplado el fuego de las pasiones populares; sus alabanzas habían recaído sobre los conspiradores mismos; su corazón pues debía alegrarse de la espriación que preparaba la suerte á las atroces injurias que él y su familia habían recibido del poder reinante. Por otra parte un jóven, ilustrado, valiente, ansioso de fama, que ya ha probado el sabroso manjar de la victoria, y cuyo nombre ha comenzado á sonar glorioso alrededor del mundo, nunca jamás desdeña el poder que la fortuna le pone entre las manos, siquiera para asegurarlo en ellas, tenga que arrostrar todavia graves y peligrosos inconvenientes. Juliano cedió. A las tres de la mañana le elevaron en un escudo como en semejantes casos se acostumbraba, ciñéronle la frente con un magnífico collar en vez de diadema, y el jóven filósofo se encontró un paso no mas del absoluto Imperio de Roma.

Cuando se levantó por la mañana manifestó tranquilo y radiante de alegría á sus amigos, que aquella noche despues de su coronacion se le habian aparecido los dioses en un sueño, confirmándole en su nuevo puesto, y reconviniéndole por la resistencia que habia opuesto. Sumamente improbable es, que pudiese apoderarse el sueño en el escaso resto de aquella noche de un hombre agitado, como debia estarlo Juliano por tan violentas emociones: muy posible, que aun cuando asi hubiera sucedido, fuese un cuento lo de la aparicion; y muy natural, que si efectivamente su imaginacion acalorada le habia presentado en un momento de somnolencia las escenas de aquella noche, y á los dioses aprobando su conducta, fuese esto hijo de la satisfaccion que el mismo Juliano experimentaba, y del deseo que tenia de ver asegurado su poder. Las apariciones de los ensueños, como los movimientos y palabras del sonambulismo suelen ser no mas que la esplosion de comprimidos y ocultos sentimientos.

El destino de Juliano comenzaba no mas á cumplirse. El primer paso habia sido acertado; era menester no tropezar en el segundo. En una carta modesta y cautamente escrita dió cuenta al Emperador de la violencia que le habian hecho las tropas, reclamando no obstante la confirmacion del nuevo poder de que contra su voluntad se hallaba ilegalmente revestido; y entretanto, con el pretexto de contener á los bárbaros, aumentaba considerablemente su ejército, como enérgico apéndice de su respetuosa carta. Leyó esta Constancio con desprecio, y le contestó con otra altiva y amenazadora. Eso era natural: el Emperador podia temer, que quien débil le habia arrebatado una gran parte de su poder, llegase mas fuerte á arrojarle del trono. Pero Juliano á quien una amenaza mas ó menos no podia retraer del camino en que una vez se habia comprometido, se decidió á emprender una guerra civil. Para inaugurarla con toda seguridad, comenzó por concitar al pueblo para leerle los denuestos que en su carta le prodigaba Constancio, declarando en seguida de esta

lectura, que estaba pronto á dejar la púrpura y el mando, si así lo estimaban conveniente los que le habían concedido uno y otra. ¡Protesta hipócrita tantas veces y en tan opuestos tiempos reproducida por todos los usurpadores!

Para dar mas razon al concepto que de Juliano hemos formado, no nos parece inútil referir la siguiente circunstancia. Al leer este Príncipe públicamente la carta en que le reconvenia ágricamente el Emperador por su ingratitud, llamándole huérfano miserable, interrumpió su lectura, diciendo: «¡Cómo! Él » asesino de mi padre, de mi hermano, de mi familia entera, » se atreve á echarme en cara mi horfandad! Con eso me re- » cuerda sus crímenes, y me obliga á vengar las injurias » que he procurado olvidar hace mucho tiempo. » Estas palabras proferidas en una ocasion tan hábilmente preparada, pudieron tal vez parecer naturales, é hijas de una repentina y noble indignacion, á los que llenos entonces de passion y de entusiasmo, no estaban para dedicarse á juzgarlas friamente con relacion á la conducta pasada de Juliano y á su situacion presente. Pero la esplosion de estas muestras de enemistad precisamente en el momento, en que arrojado el guante de guerra entre los dos Principes, no ofrecia peligro alguno el soltarles el freno, demuestra bien claramente que eran efecto de un profundo rencor largo tiempo comprimido; Ni cómo podria razonablemente creerse, que una reconvencion dura, durisima en efecto, pero no completamente injusta respecto al hecho aislado que la promovia, habia de causar en el corazon de Juliano mas irritacion y escándalo, que los que anteriormente le habían producido el esesinato de su padre y sus hermanos, y los acerbos males que á él mismo le habían aquejado en sus primeros años? Juliano, como todos los hombres de cálculo y de energia en semejantes casos, habia estado por conveniencia propia conteniendo y alimentando en silencio sus verdaderos sentimientos, hasta que la misma razon que los había guardado en su seno, llegó á desgarrar el velo de la paciencia y del misterio.

Desde aquel momento comenzó Juliano á obrar descubiertamente, cual á su situacion y á sus planes convenia. Fallida la esperanza, ó terminado el tiempo de ir ganando terreno poco á poco y sin peligro, y apoyado en su ambiciosa demanda por un pueblo adicto y un ejército aguerrido, soltó para siempre la máscara del disimulo, y dirigió al Emperador un mensaje de guerra que debia sin una circunstancia extraordinaria apresurar la ruina del Imperio por sus propios hijos combatido. Ambos rivales, cada cual por su parte, se presentaron para la guerra civil. Juliano especialmente, mas entendido y mas valiente que su competidor, y aguijoneado por la codicia de un poder, cuyo fruto aun no habia enteramente gustado, hizo esfuerzos sobre humanos, que fueron siendo coronados por la suerte y por la aprobacion popular. En breve tiempo reunió sus tropas, las equipó, las entusiasmó y combinó un acertadísimo plan para pasar el Danubio, y apoderarse de las provincias de Yliria, antes acaso de que sus enemigos pudiesen tener noticia de su partida de las Galias. La conveniencia de sus disposiciones, la celeridad de sus movimientos, y el secreto y fidelidad que en ellas le aseguraban los instrumentos que le servian, le hicieron llegar á Sirmio triunfante y reconocido como Emperador por todas las ciudades que iba dejando á sus espaldas sin la menor resistencia. Juliano no abandonó en el campo mismo de batalla el principio de su anterior conducta. Su afan era vencer y persuadir. Por eso dirigió al senado romano y al de Atenas una respetuosa carta en que les sometia el juicio de su causa. Bien se les alcanzaba que este paso de deferencia habia de halagar á unas asambleas, cuya misma débil y humillante posicion las hacia codiciar semejantes muestras de respeto. Siempre ha sido leve empresa conquistar el sufragio de los poderes débiles con vanas y pueriles ovaciones.

Entretanto y cuando la guerra de Persia ofrecia alguna tregua al Imperio, Constancio oyó con desdeñosa sonrisa los triunfos de Juliano, y se dispuso á castigarlo, considerándolo mas que como un enemigo temible y fuerte, como un niño

indocil é impotente. Aunque este concepto estuviera muy lejos de ser exacto, no obstante la campaña ofrecía graves riesgos al insurrecto César. Las tropas del Emperador eran mas numerosas que las suyas y tan aguerridas cuando menos, y el influjo que ejerce la legitimidad, y el poder que dá la posesion, contrabalanceaban el mérito y prestigio de Juliano. En aquellos momentos dos legiones en que no tenia este la mayor confianza, desertaron de sus banderas, pasándose á Constancio, su antiguo Señor, y la plaza de Aquilea, cuyo sitio emprendió el ejército rebelde, le opuso una tenacisima resistencia, adquiriendo por ello el concepto de inespugnable. En grave apuro llegó á verse á la sazón Juliano, á quien por otra parte amenazaba la Italia con impedir su retirada, cuando tuviese que levantar el cerco.

Difícil es calcular de quién hubiera sido el triunfo definitivo en ocasion tan crítica, si la Providencia ó la casualidad no hubiese interpuesto su accion, siempre mas oportuna y poderosa que la de todos los ejércitos del mundo. El Emperador Constancio, á quien le parecia estrecho el mas vasto Imperio de la tierra, rodeado de una inmensa muchedumbre dispuesta á sacrificar millares de vidas por la suya, jóven, robusto, orgulloso, omnipotente, murió en la ciudad de Mopsuerena de resultas de una leve calentura que fueron aumentando las incomodidades del camino y la agitacion de su espíritu.

Desde este punto el ejército y los pueblos proclamaron Emperador á Juliano, sin mas oposicion que la de los pérfidos ennuocos que no hallaron eco en parte alguna. Constantinopla lo recibió en medio de las mas entusiastas aclamaciones, sin ver por entonces en él mas que al héroe de las Galias y al modesto sucesor de un tirano débil y orgulloso. Pocos dias despues, llegaron los restos de Constancio, que fueron solemnemente depositados en la Iglesia de los Santos Apóstoles. Juliano á pie, sin diadema, vestido de luto y con aire compungido, presidió la fúnebre ceremonia; y aun se asegura, que derramó lágrimas bastantes en ella por la memoria del

difunto. Autor hay, y á fé no despreciable, que despues de la tan manifiesta ojeriza de Juliano contra Constancio, y á pesar de las injurias que ya muerto le prodigó en algunos de sus opúsculos, cree en la sinceridad de este llanto, arranca- do en su opinion por la gratitud y el afecto. Esto es un er- ror. El llanto de Juliano, esta muestra aparente de sentimien- to solo sirve para confirmarnos en la idea, de que las grandes cualidades de este Principe tenian al reverso otras cualidades vulgares y escolásticas, que formaban con aquellas un carácter de bien diferentes condiciones.

MANUEL MORENO LOPEZ.

(Se concluirá).

HISTORIA LITERARIA.

¿TOME DE BURGUILLOS Y LOPE DE VEGA, SON UNA MISMA

PERSONA?

He aquí una cuestión que muchos creerán escusada : las célebres poesías de Tomé de Burguillos, y sobre todo su tan afamada *Gatomaquia*, nadie las cita ya sino como obras de Lope de Vega que se dá por supuesto y averiguado, que las publicó bajo aquel nombre, y pasa por lo mismo como cosa recibida sin género alguno de contradicción, el que Burguillos no existió jamás sino en la imaginación de Lope. Yo sin embargo tengo respecto de esto mis dudas y dificultades : y como es un punto curioso, las voy á proponer por si alguno las puede resolver ó aclarar.

Las razones que hay para creer que Burguillos y Lope fueron una sola persona, son las siguientes:

1.^a En el año de 1620 se celebró en Madrid la Justa Poética de San Isidro, y en ella aparece ya haberse leído varias composiciones del *Maestro Burguillos*; pero en la Relación impresa de dicha Justa redactada por Lope de Vega, se lee la cláusula siguiente: *advierta el lector, que los versos del Maestro Burguillos debieron de ser supuestos, porque él no pareció en la Justa y todo lo que escribe es ridiculo que hizo*

sazonadisima la fiesta, y como no pareció para premiarle, fue general opinion que fue persona introducida del mismo Lope (1): en cuya cláusula han visto los mas una confesion explicita de Lope de Vega de ser él y Burguillos una sola y única persona.

2.^a En el año de 1634 el mismo Lope dió á la imprenta las *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos*, no sacadas de biblioteca ninguna (que en castellano se llama librería) sino de papeles de amigos y borradores suyos. Tanto en el prólogo como en la dedicatoria de estas *Rimas* supone Lope que Burguillos es un poeta conocido, y no una persona supuesta como muchos, dice, presumen; pero al mismo tiempo imprime al frente de dichas *Rimas* los siguientes versos de D. Garcia Salcedo Coronel, que claramente manifiestan lo contrario y suponen que Lope y Burguillos son una sola persona.—Los versos dicen asi.

Al lector.

Estos números, que estraña
 Tu cuidado en breve suma,
 Rasgos son de alguna pluma
 Del noble Fenix de España:
 Mentido el nombre te engaña
 No su culta luz, que en vano
 Podrá artificiosa mano
 Sepultar el sol ardiente,
 De quien es aun poco oriente
 Todo el orbe castellano.

Agradecido procura
 Venerar en esta lira,
 Tan discreta una mentira
 Que la verdad asegura:

(1) *Justa poética de San Isidro*, p. 401, t. II, de la edicion de Sancha.

Si escrupulosa murmura
 La envidia y su aplauso niega,
 Muda elocuencia, no ciega
 Prestará la admiracion
 Si es lengua en esta ocasion
 La menor flor de una Vega.

3.^a D. Francisco Quevedo que aprobó de órden del Consejo las espresadas *Rimas* para su impresion, da en cierto modo á entender lo mismo que D. García Salcedo, cuando dice en su aprobacion, que el estilo de los versos *es bien parecido al que solamente ha florecido sin espinas en los escritos de Frey Lope Felix de Vega Carpio, cuyo nombre ha sido universalmente proverbio de todo lo bueno.*

4.^a Montalvan en la *Fama póstuma* de Lope de Vega, refiriendo las obras escritas por Lope, incluye entre ellas, *El Burquillos.*

5.^a Don Antonio de Leon en el *Fénix Mantuano*, compuesto en elogio de Lope de Vega dice: (1)

Y porque en Vega tan florida cabe
 Lo jocoso tal vez con lo suave,
 Si Homero dió la Batracomiomaquia
 Lope la Gatomaquia,
 Que con versos agudos y sencillos
 Cantó su musa y publicó Burquillos.

6.^a Y finalmente no deja de ser una prueba de bastante robustez en favor de la identidad de Lope y de Burquillos la tradicion casi constante, consignada en los libros y bibliotecas como la de D. Nicolás Antonio, y en las colecciones de las obras de Lope de Vega en que se han incluido casi siempre como suyas las atribuidas á Burquillos.

(1) Obras de Lope, t. 20, p. 302.

Supuestos estos antecedentes, fácilmente se daba salida á los argumentos que en contrario se alegaban, para probar la existencia de un poeta Burguillos, diferente y distinto de Lope de Vega. Si el maestro Valdivielso decia en su aprobacion de las *Rimas* de Burguillos, que *su autor era muy conocido en los certámenes públicos donde se habia merecido los aplausos y los laureles*, se contestaba que esto lo habia dicho para autorizar de algun modo la ficcion de Lope de Vega; y á la misma intencion se achacaba lo que el mismo Lope dice en el prólogo respecto de la persona del autor, á pesar de lo explícito y terminante que está en reconocer la existencia de Burguillos.

En efecto, en el citado prólogo dice entre otras cosas lo siguiente, que hace principalmente á mi propósito: *cuando se fue á Italia el Licenciado Tomé Burguillos, le rogué é importuné que me dejase alguna cosa de las muchas que habia escrito en este género de poesia faceciosa y solo pude persuadirle á que me diese la Gatomaquia...* prosigue hablando de esta y demas obras, que compara oportunamente á las tablas, en que el *Bosco* encubria con figuras ridiculas é imperfectas las moralidades filosóficas de sus celebradas pinturas, como se verá, dice, leyendo dichas obras, y se sabrá tambien (prosigue) que no es persona supuesta, como muchos presumen, pues tantos aqui le conocieron y trataron particularmente en los premios de las justas, aunque él se recataba de que le viesen, mas por el deslucimiento de vestido, us que por los defectos de su persona; y asimismo en Salamanca donde yo le conocí y tuve por condiscípulo, siéndolo entrambos del Doctor Pichardo (1) el año que llevó la cátedra el Doctor Vera.... Habla en seguida con elogio de sus estudios, y en cuanto á sus cualidades morales dice: *parecia filósofo antiguo,*

(1) El Doctor Antonio Pichardo Vinuesa, bien conocido por sus *Instituciones*, nació en 1565, y murió en 1631. En 1594 enseñaba en Salamanca *Instituciones*, y en 1612 regentaba la cátedra de prima de leyes. Cuando Lope de Vega escribía este prólogo, habia unos tres años que el Doctor Pichardo habia muerto en Valladolid, en cuya chancilleria era oidor. *Nic Anton.*

en el desprecio de las cosas que el mundo estima; humilde y de buena intención; tanto que preguntándole yo un día, que en que lugar le parecía que estaba su ingenio con los que en España habían escrito y escribían, me respondió.—Haced una lista de todos y ponedme el último. Dice en seguida que le favoreció la fortuna, que tuvo émulos que le perjudicaron, que era naturalmente triste, y que respecto de su fisonomía dirá el retrato que se copió de un lienzo, en que le trasladó al vivo el catalán Ribalta, pintor famoso entre españoles de primera clase, etc. Todo esto se supone generalmente que lo dijo y escribió Lope para dar un colorido á su ficción; y que por la misma causa hizo que varios sonetos de Burguillos apareciesen dedicados al mismo Lope de Vega. En efecto hallamos uno titulado así:

Discúlpase con Lope de Vega de su estilo.

Lope, yo quiero hablar con vos de veras
Y escribiros en verso numeroso,
Que me dicen que estais de mí quejoso
Porque doy en seguir musas rateras, etc.

A este soneto siguese otro con el epigrafe: *Prosigue la misma disculpa*; y comienza:

Señor Lope, este mundo todo es temas, etc.

Y finalmente, hallamos otro soneto que es el conocido y alabado de la pulga, que tiene este encabezamiento:

La Pulga, falsamente atribuida á Lope.

Picó atrevido un átomo viviente
Los blancos pechos de Leonor hermosa, etc.

Ahora bien, si todo esto no eran mas que esfuerzos que hacia Lope para acreditar su ficción, ¿por qué al mismo tiem-

po admitia é imprimia al frente de las obras de Burguillos los versos de Salcedo, que la echaban por tierra y calificaban de *mentira* la existencia de un Burguillos diferente de Lope? ¿No se podria tambien suponer que Salcedo era uno de los *muchos que presumian* erradamente segun nos dice Lope, que Burguillos era persona supuesta, y que quizá para contradecirle entró el mismo Lope en tantos pormenores en su Prólogo?—Yo no hago mas que apuntar esta reflexion, porque francamente confieso, que nunca le di el menor valor, y siempre creí que Lope era Burguillos y Burguillos Lope, hasta que otras nuevas noticias me vinieron á poner en confusion y en duda, como creo sucederá á los demas.

Estas noticias nuevas (á lo menos para mí) son dos: una manuscrita y la otra impresa. La manuscrita (1) se halla en una coleccion de poesias del tiempo de Lope entre las cuales hay un epigrama, que se dice hecho con el motivo que se expresa en el epigrafe, reducido á decir: que hallándose Quedo y Lope de Vega bebiendo juntos en celebridad de haberse concertado en ciertas desavenencias que entre sí traian, acertó á pasar por allí Tomé de Burguillos, y les compuso la siguiente redondilla.

Hoy hacen amistad nueva,
Mas por Baco que por Febo,
Don Francisco de Que-bebo
Con con el gran Lope de Beba.

En esta redondilla no nos queda siquiera el recurso de decir, que la pudo haber compuesto Lope, tomando como de costumbre el nombre de Burguillos, porque en ese caso no es probable que se hubiera dado á sí mismo el dictado de

(1) Despues de escrito esto, se me ha asegurado que esta anecdota se halla impresa en uno de nuestros libros antiguos, cuyo nombre ni autor no recordaba el que me aseguró haberla el mismo visto y leído.

grande, que ya á boca llena le daban sus contemporáneos. Es pues de creer que hubo efectivamente un Burguillos diferente de Lope y que compuso el anterior epigrama.

Pero la existencia de este poeta Burguillos queda á mi ver completamente demostrada con la otra prueba de que he hablado arriba. Hállase esta en el rarísimo libro titulado: *Las seiscientas Apotegmas de Juan Rufo, y otras obras en verso dirigidas al Príncipe nuestro Señor*, impreso en Toledo en 1596. Este Juan Rufo es el Jurado de Córdoba, autor del poema de la *Austriada* de que habla Cervantes en el famoso escrutinio de la librería de D. Quijote. En el citado libro de las *Apotegmas*, á la foja 63 se halla el pasage siguiente:

« Cenando una noche con D. Alonso de Guzman, caba-
 » llero natural de Córdoba, y criado del Rey, el (Juan Ru-
 » fo) y *Burguillos*, el decidor de repente (que fue la prime-
 » ra vez que se vieron) le dijo Burguillos. Si vos me glosais
 » un verso que os daré, me obligo á reconoceros ventaja,
 » aunque ha cincuenta años (1) que metrifico de repente y
 » de pensado, sin conocer igual en lo uno, ni superior
 » en lo otro. Sabido pues el verso difícil, fue este: *tan sin*
 » *él, que es mejor medio*. Y le glosó de esta manera » etc.

Estos dos textos ponen á mi ver fuera de toda duda la existencia de un poeta Burguillos diferente de Lope, y dan una gran fuerza á otros ya conocidos y citados que hablan igualmente de Burguillos. Tal es el pasage en que el Ilustrísimo Caramuel dice que *Burguillos se ocupaba siempre de asuntos tribiales y festivos*; y los siguientes versos de Juan de la

(1) Si fuera del todo exacta esta indicacion cronológica, resultaría que Burguillos hacia ya versos por lo menos, cincuenta años antes de 1596, en que se imprimieron las apotegmas, es decir en 1546, y que por lo mismo habia nacido por los años de 1530 poco mas ó menos; en cuyo caso no se podría muy bien arreglar el que hubiese sido condiscipulo del Doctor Pichardo (que nació en 1565) ni de Lope (que nació en 1562) segun este último asegura en el prólogo citado. Advierto esta dificultad, aunque bien se me alcanza que no es difícil hallarle bastante razonable salida.

Cueva en su *Ejemplar poético*, publicado por el Colector del *Parnaso Español*.

Si á fábulas quisieres aplicarte,
 A cartas, epitafios, y á otras cosas,
 D. Diego en él nos ha enseñado el arte.
Baltasar del Alcázar en graciosas
 Epigramas lo usó, y el numeroso
Burguillos en sus dulces y altas glosas.

Y cuenta que no cabe aquí el decir, que quizá estos escritores usarian del sendónimo de Lope de Vega, por ser ya conocido y corriente á la manera quo hoy usamos del de *Fíguro*, ó el del *Curioso Parlante*, por ejemplo, cuando queremos hablar de los *Sres. Larra ó Mesonero*, pues ademas de resistirlo abiertamente los textos citados, algunos de ellos son anteriores á la *Justa poética* del año de 1620, en que se supone que Lope introdujo por primera vez en los certámenes la supuesta persona de Burguillos. Las *Apoteqmas* de Rufo, se imprimieron en 1596, y el *Ejemplar poético* de Juan de la Cueva, estaba escrito mucho antes del año de 1606, segun las noticias que de él nos ha dado *Sedano* al publicarle en el *Parnaso*.

Está pues en mi opinion fuera de toda controversia que por los tiempos de Lope de Vega (que nació en 1562 y murió en 1635) hubo un poeta llamado Burguillos, célebre y afamado por sus glosas y poesías festivas y gran metrificador de repente y de pensado.

Pero este poeta Burguillos ¿es el autor de la *Gatomaquia*, y de las demas poesías publicadas en 1634 por Lope de Vega?.. Hé aquí lo que aseguró su último editor al publicarlas en la coleccion de D. Ramon Fernandez en 1795 y lo que se ofreció aprobar en una disertacion que aseguró tener ya escrita, pero que no llegó, que yo sepa, á publicarse (1). Yo no me atrevo á tanto: y aun francamente digo que hasta ahora me inclino mas á la opinion comun que atribuye aquellos poemas á Lope de Vega. Sus amigos y contemporáneos lo creyeron

(1) Para hacer ver (dice aquel editor) á los que no creen que el Licenciado Bur-

asi, á pesar de que él, como hemos visto, sostenia lo contrario en el prólogo ya citado; y desde entonces acá está en una posesion de que no hay todavía en mi concepto, razones suficientes para despojarle. ¿Pero las hay á lo menos para dudar? A mi me parece que si; pero el lector que tiene ya presentes todas las piezas del proceso, podrá en vista de ellas decidir hasta qué punto puede ser fundada esta duda.

Tal vez, y sin tal vez, pudiera ser un gran dato para resolver la cuestion el cotejo de las obras indubitables de Lope con las atribuidas á Burguillos; pero de propósito me he querido abstener de entrar en este exámen, ya porque el lector puede hacerle por sí mismo fácilmente, y ya porque en estas materias el empeño de sostener una opinion, nos lleva involuntariamente á ver semejanzas grandes donde no hay quizás la mas pequeña, como le sucedió á D. Luis Velazquez al cotejar las poesias de Francisco de la Torre con las de Quevedo. Solo diré para concluir, que el Sr. Quintana, que cree y sostiene que Lope es el verdadero autor de las poesias de Burguillos, asegura (1) no obstante que *la Gatomaquia, los sonetos y demas obrillas que la siguen, aunque juguetes de ingenio, hechos como burlándose, vencen y se aventajan en diction, en estilo, en composicion, en seso, y en gusto á las demas obras de Lope de Vega*, lo que siendo exacto, como en mi concepto lo es, no deja de prestar alguna fuerza á las razones favorables, á la opinion que supone ser aquellas obras verdaderas composiciones de Burguillos.

Pero hagamos alto ya en una investigacion que á muchos parecerá frivola y de ningun momento.

P. J. PIDAL.

guillos fue hombre real y no fingido, y que sus obras no son de Frey Lope Felix de Vega Carpio, se ha trabajado una disertacion en que se demuestra con bastante evidencia la vida de este autor y el mérito de sus obras, etc. Añade que por demasiado voluminosa, se dará al público por separado con el retrato de Burguillos.

(1) Poesias selectas castellanas. T. II. pág. 564.

SOBRE EL ESTADO

LITERARIO Y POLITICO DE LA ITALIA,

DESDE 1800 HASTA NUESTROS DIAS.

I

Queriendo dar á conocer en este artículo el estado literario y político de la Italia desde 1800 hasta nuestros días, juzgamos oportuno, para conseguir cumplidamente nuestro objeto, pasar ligeramente la vista por la situación, tanto intelectual como política de aquel país en el último siglo, porque casi siempre que hayan de examinarse los hombres y las cosas de nuestro tiempo, tendremos que buscar su origen ó una íntima relación con los acontecimientos que tuvieron lugar en la mitad última del siglo XVIII, en el cual sobresalió la Italia notablemente en todos los ramos del saber, á causa de los muchos hombres ilustrados que la ennoblecieron.

En esta época, César Beccaría, dando á luz su tratado de penas y delitos, se constituyó en celoso defensor de la oprimida humanidad; atacó las preocupaciones de su siglo; arrastró severamente la persecución que los hipócritas religiosos le movieron, y levantó su voz contra la pena de muerte, contra la tortura y contra los procedimientos secretos en las causas cri-

minales. En su obra de economía civil, dió á conocer las verdaderas fuentes de la riqueza; esplicó clara y circunstanciadamente el gran fenómeno de la produccion, é indicó con bastante perspicuidad la suma ventaja de la division de trabajo, doctrina importante, algunos años despues mas ámpliamente desenvuelta por Adan Smith. Redactaban Beccaria y Verri un periódico popular, titulado el *Cafè*, que tuvo tanta influencia en Italia, como el *Espectador* de Addison en Inglaterra, y en el cual se propusieron por objeto reformar la educacion literaria, ridiculizar los vicios de la sociedad y combatir ciertas doctrinas abstractas y fantásticas.

Cayetano Filangieri en la misma época y en los años de 1777, comenzó á publicar su obra de la ciencia de la legislacion, y asombró á los políticos mas profundos. La historia, la filosofia, una inmensa erudicion y los mas brillantes rasgos de elocuencia campean en aquella obra maestra. En ella descubre los males que ciertas trabas causan á la propiedad; se declara contra los fideicomisos y los mayorazgos y contra las causas que impiden el aumento de poblacion, fomentando las malas costumbres y aconsejando el celibato; propone nuevas reglas, reformas y leyes que deberian introducirse en el foro é indica los medios que pueden conducir á mejorar la educacion, base primera que sostiene al cuerpo social. Habiendo muerto Filangieri en la flor de su edad, no pudo concluir su trabajo, pero lo que de él nos dejó, fue mas que suficiente para perpetuar su memoria y prestar materiales en gran copia, á las obras de Juan Domingo Romagnosi, de Carmignani de Pelegrino Rossi (1) y otros notables publicistas que han ilustrado en estos tiempos á la Italia.

Mario Pagano en sus ensayos politicos, siguiendo un camino diferente del de Filangieri, su compatriota, trató de in-

(1) Pelegrino Rossi es tenido comunmente por francés, y él mismo se dá á conocer como tal; mas bueno es manifestar que es italiano, nacido en el ducado de Masa y Carrara para prueba de lo cual puede leerse un largo artículo inserto en el *Omnibus* de Nápoles por los años de 1836.

vestigar los principios de la organizacion del cuerpo social procuró descubrir el origen primario de las leyes; y penetró en los secretos de la antigua sabiduría oriental, pasando una revista política, civil y religiosa á los Judios, á los Egipcios, á los Griegos y á los demas pueblos antiguos que en nuestro tiempo, han dado materia á los filósofos ingleses y alemanes para estudios profundos.

A hombres tan eminentes en la ciencia social, deben agregarse el Abate Antonio Genovesi, el Abate Fernando Galiani y Verri, á quien ya hemos nombrado.

Genovesi dotado de un gran talento analítico, despojando á las ciencias ideológicas del farrago escolástico y especulativo, ofreció un buen modelo de filosofía ecléctica, la cual alimentada en Alejandria, y estendida por Jamblico, Porfirio, Proclo y toda la secta neoplatónica, fue por el Genovesi profesada en Italia antes que llegase á estar en boga en la escuela escocesa y alemana. Nuestro autor en otra obra que lleva por título *Diocesina*, es decir, *tratado de lo justo y de lo honesto*, desarrolla los principios de la mas sana moral, contra los absurdos de algunos filósofos que, á pesar de su vasta y sólida doctrina, incurrieron en el error de negar el principio de una justicia universal, considerando el bien y el mal como relativos á los tiempos y circunstancias de cada sociedad. Finalmente en sus lecciones de comercio contenidas en dos volúmenes, esplica los fenómenos de la produccion y circulacion de la riqueza con tanta facilidad de lenguaje ó solidez de doctrinas, que bien puede competir con Say, Sismondi, Blanqui, Malthus, Ricardo y todos los demas economistas modernos franceses é ingleses que tanto han llamado la atencion en este siglo.

Galiani, feliz escritor, diplomático y erudito, esclareció las confusas teorías sobre la moneda; enumeró los oficios á que se destina en el comercio; esplicó las buenas reglas de la acuñacion, y mostró la justicia con que puede exigirse un interés de la moneda, que debe considerarse en el comercio igual

á cualquiera otra mercancia. Habiendo Galiani recorrido en su carrera diplomática la Italia y la Francia, se hizo cargo de los males que producian las trabas del comercio de granos, y por lo tanto escribió en francés sus diálogos sobre los granos, poniendo á la vista la necesidad y utilidad inmensa de un libre tráfico en los cereales. Apenas estos vieron la luz pública, por la amenidad con que trataban la árida doctrina de un punto económico y comercial, fueron comparados en el *Journal des Savants* en Francia á los preciosísimos diálogos de Fontenelle sobre la pluralidad de los mundos.

Verri, en un libro de pocas páginas pero de muchas y buenas ideas, esplicó y desenvolvió con precision y sumo tino las verdades cardinales de la Economía Civil que andan esparcidas en la coleccion de las obras de los economistas italianos publicados en 1804, en 26 volúmenes, por el Barón Custodi.

De esta manera y á tan alto punto florecian las ciencias políticas y económicas en toda Italia y especialmente en Nápoles, cuando la caída de los jesuitas que habian antes paralizado la educacion literaria de la juventud, estraviándola en los estudios escolásticos, hizo introducir nuevas reformas y atrajo los talentos al estudio de las ciencias físicas y naturales que de día en día iban adelantando sin obstáculo ninguno, para verse libres de la persecucion estúpida y supersticiosa que acostumbraba suscitar contra ellas la inquisicion que ya habia desaparecido de algunos puntos de Italia, en que por largo tiempo habia ondeado su sanguinario estandarte.

En esta época Alejandro Volta adquiria celebridad con sus experimentos físicos, y particularmente con la invencion de la pila eléctrica, la cual comunmente se llama por el nombre del autor *pila de Volta*. Merece tambien ser mencionado Galvani, el cual aunque se engañó, suponiendo en el cuerpo humano una especie de electricidad animal, diferente de la de los demas cuerpos, sin embargo, con sus experimentos hizo progresar no poco la física y abrió el camino á nuevos descubrimientos y á la propagacion de la doctrina electro-mag-

nética, cuyos principios encierran algo de verdad pero muchas de fantástico é ideal. En fin, Lázaro Spallanzani, ilustró eminentemente la historia natural y recorrió la Sicilia para examinar los estupendos fenómenos del monte Etna, y también para conocer los grandes hombres que en todos tiempos han dado gloria á aquella tierra clásica.

En la época que estamos describiendo, florecia en Sicilia un príncipe de Biscari, un príncipe de Torremuza y un Marqués de Villabianca, eruditos de gran mérito. El primero fue académico de Burdeos por la muerte de Voltaire, y dejó un precioso viaje por la Sicilia en que se describen todas las antigüedades griegas y romanas; el segundo publicó algunos trabajos de numismática que han merecido los mayores encomios de los eruditos de Europa; y el último escribió una obra histórico-diplomática, titulada *Sicilia noble*. Indaga Villabianca en ella el principio de las primeras familias patricias que se establecieron en la isla, y de sus feudos adquiridos por concesión ó conquista. En aquella obra colosal está descrito el origen de no pocas familias españolas, y principalmente catalanas que pasaron á Sicilia y se domiciliaron en ella, cuando el advenimiento de Pedro de Aragon á aquel trono por testamento de Corradino, á quien dió muerte Carlos de Anjon.

También es digno de honorífica mención en esta reseña de hombres eruditos el abate Rosario Gregorio, en el cual se nos presenta el historiador, el filósofo, el diplomático, el anticuario, según lo muestran sus consideraciones sobre la historia de Sicilia que comprende desde la época normanda hasta el tiempo de Carlos II, último monarca de la casa de Austria en España, quien como descendiente del emperador Carlos V poseía la isla de Sicilia.

En la última mitad del siglo pasado no resintiéndose ya la poesía italiana de la ampulosidad del siglo XVI ni de la monotonía arcaica, comenzó á adquirir formas elegantes y robustas bajo el modelo de Dante, y abrió el camino de una nueva escuela, conducida á mas auge, como luego veremos por Mon-

ti, Pindemonti, Foscolo, Borghi, Manzoni y otros muchos, de quienes haremos mencion en su tiempo y lugar.

El primero, que empezó en el pasado siglo á seguir el ejemplo de Dante, fué el Varano en *sus Visiones*, y algun tanto Mascheroni en su apreciada *invito a Lesbia*. Otro de los poetas de este tiempo es Fantoni, quien aunque imitador y casi traductor de Horacio, puede decirse no obstante, que supo reproducir al poeta latino bajo tales formas toscanas, que hizo un trabajo propio y original. Algarotti, Frugoni y Bettinelli son otros tantos poetas que merecen buen lugar, aunque muchas veces pecan de lánguidos en sus composiciones; pero en medio de los que produjo el último siglo aparecía ya un literato gigante, un gefe de escuela, Melchor Cesarotti, cuyas obras examinaremos mas despacio por perténer este autor mas bien al presente siglo que al anterior.

A fines del siglo XVIII floreció Parini, poeta bajo todos conceptos eminente, el cual dió una forma nueva y acaso original á la sátira con su poemita *El Matino*. En esta obra hace el poeta la mas viva pintura de los vicios, los desvarios, la molicie y la mezquindad de la nobleza lombarda. Este poema salpicado por todas partes de sales áticas, causó tanto ruido apenas se publicó, que hizo olvidar todas las composiciones satíricas de los mejores poetas italianos.

La poesía dramática de Italia hasta mediados de 1800 se reducía á una pálida imitacion de los dramáticos griegos ó á una mezcla de sucesos fabulosos y fantásticos, cuando Metastasio, Goldoni y Alfieri la elevaron á la mayor altura á que puede llegar el arte y el talento: el primero por haber perfeccionado el drama músico, llevándolo á su apogeo; el segundo por haber dado el tipo de una comedia nacional, y el último por haber desmentido las reconvenções de los extranjeros que echaban en cara á la Italia su incapacidad para calzar el coturno.

Pero pasemos ahora á examinar el estado político de Italia á fines del siglo XVIII.

Agitada la Italia por continuas guerras desde los tiempos del emperador Carlos V, hasta mediados del siglo XVIII, comenzaba por fin á gozar de algun reposo y á respirar un benéfico ambiente de progreso y de cultura bajo el régimen de los príncipes justamente celebrados en la historia, como hombres verdaderamente ilustrados y filantrópicos. Si fuesen comunes en el mundo los hombres de esta especie, no se confundiria el nombre de Rey con el de déspota y tirano; no veriamos á la Italia ansiosa de revoluciones y siempre pronta á revelarse con el objeto de reconquistar sus conculcados derechos, y de constituir una forma de gobierno que ofreciese justas garantías y libertad individual.

En la segunda mitad del siglo último estaba la Italia bajo el dominio de unos príncipes que procuraban difundir á la sazón las mas útiles doctrinas, introduciendo reformas que pudiesen acabar con los antiguos abusos y hacer completamente feliz al pueblo, encaminándolo á un verdadero progreso.

Era el emperador José II, Señor de Lombardia, amante de las letras, hombre de talento y sabiduría, enérgico á causa de sus pocos años, y aconsejado por buenos ministros, de manera que miraba á la parte de Italia que poseia, no como á un pais de ilotas ó esclavos, como la miró el último emperador Francisco I, y como siempre la ha considerado el principe de Metternich, el cual ha empleado de un modo especial sus grandes talentos en esclavizar á aquella misera península.

Tuvo José II por objeto hacer una gran reforma en las leyes civiles y económicas de Lombardia, se dedicó con el mayor empeño á reprimir las usurpaciones del Papa sobre el poder temporal, y finalmente, trató de proteger las letras y las ciencias. La mayor parte de los hombres ilustres así historiadores como políticos, naturalistas, poetas etc., etc. de que ya hemos hecho mencion, fueron lisonjeramente tratados por este emperador. Restableció José la universidad de Pavia, que hacia algun tiempo habia decaido de su antiguo lustre y de

aquella grandeza que la habia hecho notable entre las primeras de Italia. El emperador autorizó con su presencia la primera abertura, y en un discurso tan lleno de ciencia como de ideas liberales, arengó á los profesores de cada facultad; pero al dirigirse al claustro de los teólogos, sus palabras fueron mucho mas de notar, porque revelaban clarísimamente los progresivos adelantos del siglo. Muy fuera de propósito sería referir entera toda esta parte de su arenga, mas no nos parece del todo inoportuno dar á conocer el sentido de ella, que poco mas ó menos viene á ser el siguiente: «Señores, augusta es la religion que profesamos, santos son sus preceptos; los hombres y especialmente los ministros del culto la han desfigurado torpemente, pero de estos es la culpa y no de la religion; yo adoraré siempre el dogma y respetaré la disciplina, mas no permitiré que el sacerdocio bajo pretextos religiosos y guiado únicamente por miras ambiciosas, se arrogue los derechos que Dios me ha concedido, como monarca.» Confirmó José con sus obras estas palabras, porque algun tiempo despues habiéndose suscitado entre él y el Papa una competencia de jurisdiccion, el emperador se negó á las pretensiones del Vaticano, y á pesar de que el Papa se trasladó á Viena, donde fue recibido con la mayor cortesania, tampoco consiguió nada.

Entretanto no queremos dejar de decir ahora en prueba de nuestra imparcialidad, que el gobierno papal de aquella época contribuía, aunque lentamente, al progreso de las letras y de la cultura, y que sus ministros evitando, mejor que antes, los escándalos públicos, se mostraban dispuestos á cultivar el estudio de las lenguas orientales, de la historia sagrada y de los santos padres. Roma precisamente á la mitad misma del siglo XVIII tuvo la fortuna de tener por papa á Benedicto XIV, cuyo solo nombre basta para su elogio; y á este sucedieron Clemente XIII y Clemente XIV, ambos hombres de gran prudencia y sabiduría, de tal manera que estaban al alcance de cuanto reclamaban las ideas del siglo, y hacian cuanto estaba

de su parte en provecho de la civilizacion. Desde aquel tiempo han ido desapareciendo las exorbitantes pretensiones de la tierra sobre el Imperio; y no se vuelven á ver los papas jactarse impudentemente, como antes de tener hijos y quererlos hacer principes en Italia, sino únicamente litigar y siempre con moderacion para conservar algunos privilegios.

Estinguida la familia de Médicis con la muerte de Gastón, sucedió al gran ducado de Toscana Leopoldo de Lorena, hermano del emperador José. Este gran Duque que era muy instruido y filántropo, trató de dar aplicacion á aquella sentencia del conde de Ségur, el cual despues de haber referido todas las virtudes de Marco Aurelio, concluye así: «Y ahora los pueblos serán felices, cuando los reyes sean filósofos ó los filósofos reyes.» Dió Leopoldo á la Toscana un nuevo código, reformó todos los abusos judiciales y administrativos, y abolió la pena de muerte, pena contraria á toda justicia y propia solamente para mostrar la ferocidad de los hombres, y no para producir el escarmiento. Hizo tambien reimprimir una coleccion de los clásicos italianos mas famosos en cada ramo del saber, y permitió á los tipógrafos que incluyesen en ella cualquiera obra ya sancionada por el tiempo como clásica, aunque estuviese reprobada por Roma y puesta en el indice de los libros prohibidos.

De esta manera progresaban la Lombardia y la Toscana, siguiendo hasta cierto punto Roma el espíritu del siglo, cuando una hermana de José y Leopoldo, esto es, Maria Carolina Archiduquesa de Austria se casó con Fernando de Nápoles, hijo de nuestro Carlos III, y fue Reina de las dos Sicilias.

Era Maria Carolina una muger de gran talento, mas que medianamente instruida, dominada por un grande orgullo: ambiciosa de mando, celosa del trono, cruel en el fondo de su corazon, lasciva y sin fé, pues era guiada mas por un espíritu de cálculo que de capricho. Al subir al trono de Nápoles se halló con un marido que era monarca mas bien de nombre que de hecho, porque estando desmedidamente entregado á la ca-

za, á la pesca, á las mugeres y á toda especie de disipaciones, confiaba el cuidado de su reino al primer advenedizo; pero á las descompuestas costumbres de Fernando acompañaban una alma benéfica, una generosidad verdaderamente real y bastante perspicacia, de modo que era negligente en el gobierno, pero no cruel, y no podía decirse que el reino de las Dos Sicilias fuese oprimido por la tiranía de un rey malvado. Maria Carolina, conociendo bien el carácter de su marido, dió pábulo á sus inclinaciones por los placeres, y de esta manera se hizo dueña de los negocios del Estado. Mostróse grande en un principio hasta que no vinieron á presentarse obstáculos á su ambicion, y trató de seguir en su reinado el ejemplo de sus hermanos, protegiendo las letras y las ciencias, y yendo al par de los adelantos del siglo. Así fue que tambien el reino de las Dos Sicilias se vió enriquecido con un gran número de sábios.

La república de Venecia y de Génova se veían entonces oprimidas por la nobleza, y aunque no puede negarse que su gobierno era una pura oligarquía, mas bien que una salvaguardia de la libertad del ciudadano; no obstante debe tenerse en cuenta, que el solo nombre de gobierno republicano alimentaba aun en los corazones de los italianos un cierto entusiasmo, y los mantenía en la firme creencia de que todavía no estaba para ellos completamente perdida la libertad; y es tan cierto esto que vamos diciendo, cuanto que los antiguos venecianos y genoveses que se acuerdan de la república, no niegan que se habían introducido algunos abusos; pero comparándola con la presente esclavitud y con el abatimiento en que se encuentran de nuevo, hablan de ella casi con las lágrimas en los ojos, y al referir con gran entusiasmo algun hecho particular de aquel tiempo, dicen « esto sucedió en tiempo de la serenísima República. » Venecia y Génova merecían una gran reforma, puesto que estas dos repúblicas tenían necesidad de renovar en parte sus leyes democráticas y sofocar la oligarquía. Pero la Italia con grave daño suyo las vió

perecer, miserable é impudentemente vendidas, siendo entre-gada Venecia por la Francia al Austria, y Génova por los ingleses al tirano del Piamonte. Este pais que es la parte última de Italia confinante con la Francia, y el cual era únicamente reputado como una patria de guerreros, comenzaba tambien en el pasado siglo á engrandecerse por los muchos escritores que florecian en él, y entre los cuales descuella Alfieri; y porque los Duques de Saboya se mostraban inclinados á conducir al pueblo por la senda del progreso y de las reformas útiles. Siendo este el estado de Italia por aquel tiempo; siendo tales la bondad de los principes que la gobernaban y los adelantos de las ciencias y de las letras; fermentando con tanta fuerza el deseo de las reformas, pareceme no fuera de propósito presentar la cuestion de si la revolucion francesa produjo ventajas á la Italia y apresuró su progreso, ó si por el contrario la sumergió en un piélago de calamidades que todavia la lastiman, y cuyo término no es fácil profetizar.

Llegado Napoleon á Italia como ciudadano y general, estableció por todas partes la república; gritó libertad al pueblo; proclamó una era nueva de regeneracion; y por otra parte, (*quizá por hacer mas amable la libertad á los italianos*) les despojó á viva fuerza de los mas preciosos monumentos de la pintura y escultura, de los códices mas raros y de todo lo mas bello que fue encontrando, y los envió á Paris. Reinaba entre tanto en Italia, como era consiguiente, un caos, una torre de Babel, una verdadera confusion. Abandonóse la idea de las pacíficas y útiles reformas comenzadas ya á plantear por José, Leopoldo y otros principes italianos, siendo reemplazadas por las instrucciones venidas de Paris que inundaron á la Italia de leyes, modas, términos y personajes franceses. En el momento en que casi todos los italianos se habian comprometido por este orden de cosas, desapareció la república: las tropas rusas y tudescas entraron en Milán; los Borbones recobraron á Nápoles, y casi todo el resto de Italia volvió á

poder de sus antiguos príncipes: ¿mas qué sucedió entonces? Los príncipes italianos llenos de desconfianza hácia sus pueblos, que ya habian mostrado afecto á la república, y en gran manera temerosos de que viniese una nueva tempestad á destronarlos, abandonaron los principios de filantropia que antes habian adoptado, paralizaron las reformas emprendidas, y algunas veces tocaron el extremo opuesto de la tiranía, del rigor, de la sospecha y de la policia secreta. El luto fue general en toda Italia. En Roma se ejerció la mayor crueldad; en Lombardía se cometieron grandes atrocidades; y finalmente, Nápoles vió perecer en la horca á los hombres mas ilustrados que ennoblecian á la Italia. Pero antes de venir á parar al siglo presente, vamos á reasumir lo que hemos espuesto, de manera que lo pueda tener el lector mas á la vista.

A mediados del siglo XVIII la Italia, antes agitada por continuas guerras, comenzaba á gozar de algun descanso en el seno de la paz: hombres ilustrados escribian contra los abusos, contra las preocupaciones y contra las malas leyes, y sus obras eran acogidas con benevolencia de los príncipes italianos; las ciencias políticas y administrativas progresaban y se perfeccionaban de dia en dia: la fisica, la historia natural, las matemáticas, la medicina, etc., etc. estaban en su apogeo; las bellas letras y la poesia deleitaban é instruian; la comedia iba adquiriendo formas enteramente nacionales; el drama para la música iba mejorando; y la tragedia aparecia gigante aun en su nacimiento mismo. José II, Leopoldo de Toscana, Fernando de Nápoles, Victor Emanuel de Saboya, hasta los papas y todos los demas príncipes italianos marchaban delante de semejante progreso; Venecia y Génova gemian efectivamente bajo una oligarquía, pero con el ejemplo de estos países tenian que acceder á las reformas que reclamaba el siglo, si antes no perecian. Tal era la situacion de Italia á fin de 1800, cuando la revolucion francesa hizo de ella un país de conquista, como mas estensamente esplicaremos.

SALVADOR COSTANZO.

SALMO.

Cum invocarem , exaudivit
me Deus justitiae meae.....

Cuando invoqué la proteccion del cielo
oiste, oh Dios, mi fervoroso anhelo
y mi voz atendiste:

y hoy te demanda el alma atribulada
que oigas de nuevo al arpa no cansada
las quejas que ya oiste.

¿Por qué del hombre los perversos hijos
causan al mundo duelos tan prolijos
sin que su vida enmienden?

¿Por qué falaces buscan la mentira,
para encubrir la vanidosa ira
con que su orgullo encienden?

Hombres temblad el poderio santo
que Dios me presta, porque el triste canto
eleve á su morada;

y no pequeis, ó al cabo estremecidos
mostrad á Dios que estais arrepentidos
de la culpa pasada.

No ejecuteis con pérfido arrebato
la iniquidad que el corazon ingrato
en su furia os inspira;

calmad el pecho, y la razon serena
os mostrará de vuestro error la pena,
y que mi Dios os mira.

Dad al Señor de la justicia muestra,
y os tenderá su poderosa diestra,
y os prestará constancia:
y no digais: «el bien es un engaño
y nos reimos de su falso amaño.»
con pérfida jactancia.

Sellada está, Señor, sobre mi frente
de tu mirada el rayo omnipotente,
que alegra el pecho mio;
ya no me asusta que la fértil tierra
no niegue el jugo que en su seno encierra,
á mi enemigo impio.

Ya el dulce sueño me dará reposo,
aunque me cerque el bando rencoroso
que agita tu venganza:
pues hoy, Señor, á tu David ungido
con tu bondad de nuevo has infundido
el bien de la esperanza.

JOSE DE GRIJALBA.

CRONICA DE LA QUINCENA.

Como estaba anunciado, verificóse el día 3 la apertura de las Córtes en el salon de Doña Maria de Aragon, asistiendo á tan solémne acto S. M. la Reina y su augusta Hermana. Las carrozas en que iban las Reales huérfanas, y las de la comitiva, ostentaban la suntuosidad y brillantez que siempre ha acompañado á los Monarcas de España, en tales ceremonias, y el público numeroso que se agolpó á las avenidas del salon y que victoreó á S. M. con una efusion que descubria el anhelo con que espera el pueblo español que su Reina ejerza las soberanas funciones que le corresponden, vió no sin disgusto sentado al lado de S. M. en su misma carroza, al general Espartero, que aunque gobierne actualmente el Reino, no creemos debiese ocupar un lugar que ni los mismos príncipes de la sangre han ocupado nunca, y que no ocupaba tampoco, la hermana de S. M., la inmediata sucesora al trono.

Con ansia se aguardaba el discurso de apertura, para ver qué ponian en boca del Duque de la Victoria sus ministros, despues de los sucesos, de las ilegalidades y atropellos cometidos desde que se cerraron las anteriores Córtes; pero aquel documento es uno de los mas insignificantes que jamás se hayan publicado.

Despues de resultar presidente del Congreso por su mayor edad el Sr. Giraldo, y de nombradas las comisiones para el exámen de las actas de los electos diputados, procediese á la discusion de las de los individuos que formaban dichas comisiones, y ocurrió en las de Badajoz un incidente notable, que puede tener muy grandes consecuencias, porque manifiesta el espíritu del Congreso con respecto á ciertas personas influyentes en el ánimo del encargado del poder, y que han tenido no corta parte en la triste situacion á que el pais se ve reducido. En Badajoz, como en otras provincias, como en casi todas, se habian cometido en las elecciones ilegalidades y desafueros manifiestos, pero en ninguna tanto como en la capital de Estremadura, donde habian sido declarados electores los oficiales del ejército, y los carabineros de la Hacienda pública. La minoría de la diputacion provincial habia protestado de tan arbitraria ó ilegal admision; pero esto seguramente nada hubiera importado, si en aquella eleccion no hu-

hieran estado comprendidos los principales del partido llamado ayacucho, y entre ellos el Sr. Gonzalez, pues otras actas se aprobarán sin discusion de las que no resulten menos escándalos. La oposicion trataba de inutilizar á aquellos elegidos, y para esto les sirvió ademas la presentacion de una carta del gefe político Cardero dirigida al Sr. Infante, que probaba la influencia de aquella autoridad en las elecciones. La imprenta periódica ha publicado este célebre documento, y nosotros nos abstenemos de reproducirlo. Dúelenos que haya sucedido este hecho, porque de cualquier modo que se mire, cualquiera que sea el colorido que quiera dársele, siempre resultará una accion ilícita, y un proceder poco noble. Solo en épocas como la actual pueden suceder tales cosas, y encontrarse personas que las aplaudan; si bien los perjudicados por la publicacion de la carta, no son seguramente los que pueden quejarse con mas razon, pues otras cosas semejantes se les han achacado cuando gobernaban. Las actas de Badajoz fueron desaprobadas por una gran mayoría y separados en consecuencia del Congreso los Sres. Calatrava (don José) Gonzalez, Lujan y otros. Veremos tal vez la anomalía de que el Senado apruebe las actas, y admita como senadores á los que son producto de una eleccion declarada, nula en el otro Cuerpo. Esto se ha verificado ya otras veces, pero no por eso deja de chocar hasta con el sentido comun, ni de redundar en perjuicio del gobierno representativo, dando lugar á que lo califiquen sus enemigos de ridicula farsa.

Es probable que triunfante la coalicion, trate de aprobar aprisa las actas para constituirse cuanto antes, y dar la batalla que no dejará de ser terrible, si el actual ministerio continúa, lo que no creemos. Háblase ya de nueva crisis ministerial, de concesiones reciprocas, de deseos y aun ofrecimientos de parte del poder de entrar francamente en las vias parlamentarias, y aun se han designado personas que han sido llamadas para la nueva combinacion ministerial; pronto deberemos saber lo que resulte, pero mucho dudamos que el general Espartero entregando el mando á la oposicion, quiera esponerse á ver frustrados los planes que para lo sucesivo pueda haber concebido él, ó los hombres que le rodean. De lo que si estamos persuadidos, y la experiencia lo demostrará, es de que la situacion actual no puede crear gobierno, ni organizarlo. Ya hemos tenido dos muestras de lo que son los hombres de conocido *saber, honradez y patriotismo*; la tercera no esperamos que sea mejor.

JULIANO APOSTATA.

(Artículo III.)

Treinta y dos años tenía Juliano cuando subió al trono; edad en que la razón y la fuerza se han desarrollado completamente, y reclaman del hombre objetos hácia donde moverse y ocasiones en que ejercitarse. Pocos han llegado al poder con mas seguridad en sus fuerzas, con mas confianza en su fortuna, que Juliano. Pocos, como Juliano, han abrigado tan firmes propósitos de procurar la fortaleza del Estado y la prosperidad de los pueblos. Pocos han abarcado en sus planes mas vastas reformas, mas importantes variaciones. Pero muy pocos tambien han tropezado con obstáculos mas insuperables para llevar á buen término las empresas que le imponian su situacion, su interés y sus compromisos. Ninguno se ha hallado en posicion mas difícil que este principe. Colocado primero por una necesidad de conveniencia, y elevado despues por una necesidad mayor en un terreno, enemigo por una parte de las creencias é intereses, que á mas andar se iban viniendo encima y desligado por otra cuando menos de los intereses y creencias que tantas revoluciones iban profundamente minando, en vano pedia armas á la sociedad pasada que decrepita é inerte retrocedia espantada, para combatir á la sociedad naciente que llena de entusiasmo y brio dominaba ya dentro y fuera del Imperio.

A tres puntos muy importantes se dirigieron las primeras

reformas de Juliano. Al palacio, que era entonces un mundo pequeño dentro del gran mundo del Imperio, á la administracion pública, y á la religion. Una de las mayores cargas que habian pesado largos años sobre los infelices pueblos, era la vana opulencia de la Casa Real, en la cual el gasto mas reducido era el que servia para mantener la conveniente dignidad de la Corona. Espanto causan el lujo y despilfarro que los Emperadores habian estado sosteniendo á pesar de la progresiva escasez, de que se resentia el tesoro publico hacia mucho tiempo. Ademas de los grandes empleados de Palacio, cuyos cargos eran mas ó menos útiles, pero siempre estremadamente dispendiosos para el Estado, se contaban ¡parece fabuloso! mil barberos, mil cocineros, y otras cantidades semejantes en los demas oficios mecánicos, cuya mayor parte no hacia, sino mandaba hacer á numerosos criados y para su servicio lo que segun la denominacion debiera haber practicado en servicio del Monarca. Asi es, que habiendo pedido Juliano un barbero, pocos dias despues de su entrada en Constantinopla, vino á presentársele un hombre magníficamente vestido: «Un barbero es lo que pido», dijo el Principe con aparente admiracion, y no un general.» Y como preguntase al barbero, segun lo grandemente que éste se portaba, cuáles eran su sueldo ó sus provechos, supo con sorpresa que los tenia muy crecidos, y ademas veinte criados y otros tantos caballos á su disposicion y sostenidos por el Palacio mismo. A ejemplo de esto pasaba lo demas en aquel recinto; y era tanto el lujo de derrochar, que ya no se compraba para el uso del Emperador y sus allegados siempre lo mejor, sino lo que mas costaba y mas dificultades habia en proporcionar. Indignado Juliano de tamaño escándalo, lo cortó inmediatamente y demasiado ya por la raiz, pues no solo arrojó de Palacio á la inmensa turba de criados y eunucos que lo infestaban, sino á muchos dependientes pobres, fieles y necesarios. Siempre as buenas dotes de este principe llegaron á servicios en la

sociedad, y mucho mas en el trono. Tras de lo supérfluo fue arrojando lo útil, tras del lujo desterró el aseo, y tras del aseo la dignidad personal. En vez de salir como sus antecesores en magníficos carruages, iba siempre á pie, sin comitiva y rozándose con la plebe, la cual sin duda se admiraria algunas veces de encontrar en su Emperador, un hombre de la misma catadura que los de su ralea: que los pueblos juzgan tambien por su exterior á los monarcas, y no siempre es este el juicio menos sólido de que son capaces. Su vestido lejos de ser suntuoso, era pobre y sucio; jamás se cortaba ni se limpiaba las uñas, y siempre llevaba las manos manchadas de tinta. «No le faltaba mas que el báculo y las alforjas, dice la Bletterie, para asemejarse enteramente á Diógenes.»

Entretanto, al mismo tiempo que salia del Palacio tanta gente inútil y costosa, entraba con no menos favor é influencia otra, si menos cara, mas perjudicial é impropia del santuario de la monarquía. Los filósofos, ó por mejor decir, los sofistas y astrólogos de aquella época, encontraban benévola acogida en Juliano, y, como es de presumir, ninguno de ellos desdeñaba ocasion tan propicia, para satisfacer su vanidad y acrecentar su fortuna. Gustaba el Emperador de conversar y disputar con ellos sobre las ciencias abstractas y las ciencias ocultas, y no siempre en estas discusiones conservaba el carácter y dignidad, que debieran acompañar á la alteza de su persona. No podia Juliano resistir al pueril deseo de ostentar su sabiduria, acaso porque de esta manera pensaba demostrar públicamente los méritos y capacidad que le asistían para regir tan vasto Imperio. Acaso llevaba á mas alto punto su pretension vanidosa, porque siendo opinion de Platon que asi como el cuidado de nuestros ganados está encomendado á seres de mayor inteligencia, tambien el gobierno de los hombres debiera confiarse á dioses ó á génius, es muy posible que Juliano aspirase á colocarse en esta última clase, seguro, como estaba, de valer mas que sus semejantes. Pero de cualquiera manera que esto sea, Juliano practicó una gran

reforma reduciendo muy considerablemente el gasto de su casa, tan gravoso para el pueblo, cuanto que era fama que costaba mas la manutencion de los criados de Palacio, que la de las legiones. De este modo tambien dió un provechoso ejemplo á sus vasallos, porque estos suelen indagar casi siempre, cuáles son los vicios ó las virtudes de sus monarcas, para ver de imitarlos.

La administracion pública fué, como hemos indicado, otro de los ramos cuya reforma emprendió, no solo tratando de la correccion de los males existentes, sino tambien del castigo de sus autores. Un tribunal extraordinario, establecido en Calcedonia y compuesto de seis miembros, cuatro de ellos gefes del ejército, debía conocer ejecutivamente de estos delitos, y llevar á efecto sus sentencias sin apelacion. Semejante tribunal habria grandemente contenido el torrente de desnaturalizacion pública que anegaba al Imperio, si hubiese presidido á su constitucion toda la imparcialidad y acierto que son la única garantia de medidas tan importantes. Pero la mayoría de sus individuos se formaba de hombres feroces, y alguno de ellos merecia por su anterior conducta las calificaciones mas duras y las mas severas penas. Agréguese á esto, que á las sesiones del tribunal acudian armados los cabecillas de los bandos enemigos de los acusados, para azuzar la justicia ó impiedad de los jueces, si alguna vez en concepto de aquellos se mostraban indulgentes. Muchos culpables, es verdad, escaparon sus crímenes ante el inflexible rigor de la ley, porque era grande el número de los delincuentes en tiempo del Emperador Constancio; pero tambien cayeron mezclados con los criminales no pocos hombres dignos por sus obras de alabanza y recompensa, mas que de infamia y de castigo. Hé aqui los ordinarios efectos de la arbitrariedad judicial aun en tiempos en que debiera contenerse á los ojos de un príncipe fuerte é ilustrado: júzguese de cuánto serán capaces el rencor y la venganza, si se entrega la justicia á completa merced de corazones sanguinarios y miserables.

Como las ejecuciones de este tribunal sin freno y sin conciencia comenzaban por inaugurar un sistema de terror, que podia arrebatár á Juliano el concepto que de antemano habia merecido, se apresuró á abolirlo y á conceder en seguida una amnistía general que borrara sus sangrientas huellas. Pero aun en este caso en que tenia la política gran parte, tuvo cabida tambien esa falsa hipocresía, que nunca abandonó el corazón de aquel monarca, y con la cual deslustraba á cada momento sus mas preciadas cualidades. Juliano para quitarse de encima una muchedumbre importuna, compuesta casi enteramente de egipcios, que clamaban ansiosamente por la recuperacion de sus bienes, les ofreció ir á Calcedonia para escuchar y dirimir allí sus pretensiones. Y cuando los interesados esperaban en Calcedonia la venida del Emperador, supieron que no solamente no trataba de ir á juzgar sus demandas, sino tambien que habia prohibido á los buques que volvieresen á conducir á Constantinopla á ningun egipcio, obligándolos de esta manera á volverse á su país burlados por el Emperador mismo, sin los bienes que solicitaban y sin los que habian consumido en tan larga y vana espera.

No obstante, mientras que Juliano, cometia estas faltas que mas que de otra cosa eran hijas de una política equivocada y no muy digna, siempre que se trataba esclusivamente de su persona, solia mostrarse noble y generosa. Descubierta una conspiracion que habian fraguado contra su vida diez de sus guardias, solamente con el destierro castigó á los dos principales cómplices. Hasta los tiempos de mas ferocidad y despotismo nos dan magnánimos ejemplos de piedad.

La degradacion política del Senado era en concepto de aquel príncipe una de las esenciales causas de la degradacion de Roma. Así fué que no tardó en dar á esta asamblea cuanto lustre podia ofrecerle la mano del monarca, lustre ficticio y pasajero, cuando á su lado habia para eclipsarlo otro poder mas temible y poderoso. El Senado no era mas que una sombra, á quien no se podia tocar impunemente: el mas leve

impulso en vez de procurarle vida la desvanecía: en aquellos tiempos había llegado á ser un anacronismo. De nada sirvió á Juliano y menos al Imperio prodigar al Senado romano las más señaladas muestras de respeto, ni conceder al de Constantinopla los privilegios mismos que el de Roma había disfrutado. Miraba el pueblo con la indiferencia mayor estas demostraciones, y acaso no gustaba de ver al Emperador en ciertas solemnidades marchar modestamente y á pie al lado de las literas en que iban los Senadores. Los Reyes solo ante Dios deben ser humildes,

— Entretanto las provincias todas del Imperio iban renaciendo de su postracion antigua á beneficio de las útiles reformas del nuevo gobierno; arregláronse inmediatamente el señalamiento y distribucion de los impuestos, la agricultura y la industria hallaron protección y amparo, encomendáronse los cargos públicos por lo general á hombres puros y entendidos, y vinieron sin contemplacion abajo casi todos los odiosos privilegios que estaban dañando hacia muchos siglos á la prosperidad pública y particular. A todas partes alcanzó el brazo protector de Juliano, y especialmente á Atenas su cara patria adoptiva y otras ciudades de la Grecia.

— Tras las enormes faltas cometidas por el tribunal de Calcedonia, temblaba Juliano al figurarse que nunca las leyes y la inocencia tendrían suficientes garantías contra las pasiones de la magistratura; y no pareciéndole bastante, hacer el nombramiento de los jueces con la mayor dotacion é imparcialidad, solía al principio asistir á los juicios y tomar en ellos no siempre con la mayor dignidad una parte activa, ora en favor, ora en contra de los reos. De esta manera venía el monarca á inmiscuirse en los apasionados debates, que al propio tiempo que podían ser un medio de ejercer mejor la justicia, eran de seguro un espectáculo público en que el principio santo de la monarquía perdía en lustre y consideracion lo que ganaba el príncipe en aparente popularidad. Sin embargo, es preciso confesar, que aparte de estas consideracio-

nes, que no eran muy de ocurrir en aquellos tiempos, la intencion de Juliano era recomendable, y su presencia contenia muchas veces á los abogados y á los jueces dentro de los limites de la imparcialidad y del respeto. El mismo, recelando que el calor del debate le estraviase alguna vez, quiso imponerse la misma sujecion que á los demas jueces imponia, y para ello encargó á sus amigos y ministros que le advirtiesen en el acto de cometerlas, sus faltas de reflexion é impetuosidad. Ejerciendo de este modo el oficio de juez y el de orador, sus afectos y pasiones tenian que mezclarse con los afectos y pasiones de la multitud, y el monarca perdia ese carácter de injusticiable que en toda clase de gobierno deben gozar las testas coronadas, ya esté consignado en las leyes escritas, ó en la tácita conformidad de los pueblos.

Pero Juliano queria serlo todo, y no estaba el mal en que no supiera serlo, sino en que los diversos cargos que se atribuia, solian muchas veces no estar conformes entre si ni con la augusta dignidad de que estaba revestido. El monarca no debe ser juez; el juez no puede ser legislador; y es ademas una locura, siquiera sea una accion laudable, intentar sanar, como lo intentó Juliano por si mismo y en tiempo muy escaso, las hondisimas llagas que tantos siglos de desventura habian causado al Imperio. Gracias á su voluntad y á su talento, si no destruyó enteramente el mal, no solo no lo empeoró en la parte que hemos ido tocando, sino que lo corrigió en gran manera. Mientras que sus juicios y sus fallos iban sujetos al derecho existente en prueba de su respeto á la legalidad, ni él ni sus ministros perdieron tiempo en reformar una legislacion que iba por si misma caducando; y para prueba de quanto acierto emplearon en trabajo tan improbo y delicado, baste decir que cincuenta y cuatro de las leyes promulgadas en el corto tiempo que reinó este Emperador, fueron respetadas y confirmadas en los códigos de Teodosio y Justiniano. Una de las cualidades que mas sobresalian en estas leyes, casi todas redactadas por

el mismo Juliano, eran el esmero y concision de su estilo.

A tan manifiestas disposiciones en favor de la administracion pública, à tan constante laboriosidad y celo por el bien general, añadia Juliano una virtud, mucho mas rara y apreciable en los hombres poderosos y de tan alta dignidad, que en el comun de sus semejantes. La vida privada de Juliano como particular primero, luego como César y como Emperador despues, fué un modelo de suave moderacion y ascetismo. Los negocios públicos de toda especie ocupaban una gran parte de su tiempo, y dedicaba el resto à la continuacion de sus estudios, creyendo, como es verdad incontestable, que nunca la vida de un hombre es bastante para agotar, ni aun siquiera para remover la vasta superficie de los conocimientos humanos. No calificaremos ahora la buena ò mala eleccion de sus trabajos literarios y científicos, pues ya hemos hecho indicaciones de su aficion en este punto; pero sí aseguraremos que nadie en el mundo fue mas perseverante y tenaz en la investigacion de la verdad filosófica, ò en el ensanche del entendimiento. Sus costurabres eran puras y ejemplares; y ya se atribuya ese mérito à la templanza de sus pasiones ò al exceso de su vanidad, no por eso deja de ser una virtud. Su sobriedad en la mesa era palpable, su alejamiento de los pasatiempos y de las fiestas conocido, y su castidad proverbial. Sus palabras estaban en esta parte conformes con sus obras, y no hay mas sincera y provechosa leccion que el ejemplo. Otro fuera el renombre de este Emperador, otra fuera su gloria, si la parte mas esencial de su conducta no le hubiera merecido el epíteto de Apóstata: si la fatalidad que algunas veces se hace dueña de la voluntad y árbitra de la razon mas profunda, no hubiera colocado à este Príncipe en continuo y violentísimo choque con las justas exigencias de la época, y el incontrastable imperio de la verdad.

Antes que Juliano pudiera seriamente pensar y discutir consigo mismo sobre su situacion y su porvenir, cuando apenas su educacion y su vida comenzaban, cuando al vaiven

de los grandes infortunios que agitaron su infancia no podían aparecer á su entendimiento mas que escenas indefinibles y sensaciones incompletas, solo un hecho tuvo que presentarse á sus ojos desnudo, palpable, incontrovertible; un crimen atroz y con él la calidad del culpable y la calidad de las víctimas. No obstante, fuera de su alcance el criminal, y tanto mas digno de aborrecimiento cuanto que había atropellado los vínculos de la humanidad y de la sangre juntos, Juliano supo desde luego mantener oculto un ódio justificable y santo, cuya manifestacion le habria acarreado su ruina. Pero esta sugesion, este violento ahogo de un sentimiento natural tomó otro rumbo; que no es fácil ni aun posible cerrar toda salida al volcan de las pasiones, cuando las produce la justicia y la juventud las alimenta. Enemigo oculto del Emperador Constancio, lo fue descubiertamente de los amigos y parciales de este, lo cual no hacia mas que alargarle con mas seguridad el camino, por donde debia llegar al fin de sus deseos. Así fué, que por una razon fácil de comprender, su animadversion á la religion de Jesucristo, naciente en el imperio, tuvo origen en su ojeriza contra los favorecidos en la corte de entonces, que eran precisamente los reformistas cristianos y los primeros misioneros de la fé. Natural era que quien se declaraba enemigo de las personas, lo fuese tambien de los principios. Colocado por esta causa en la falange del politeísmo, que mas que en ninguna otra parte bullia en Atenas, y satisfecho con hacer una guerra literaria y religiosa á los filósofos cristianos, ya que no podia hacerla directamente y en otra forma contra el Emperador, sus esperanzas, sus triunfos en estas lides, y el inmenso vacío que presentaba á su juicio una religion que aun no se habia cimentado, acabaron por afirmarle en el paganismo.

En cuanto los años y la esperiencia fueron madurando el entendimiento de Juliano, siguió con admirable sagacidad el comportamiento que un instinto precoz le habia sugerido, y mientras por no aparecer sospechoso á sus tiranos, cumplía

exáctamente los deberes públicos de la religion cristiana en que habia sido bautizado, se retiraba despues á protestar en secreto de esta conducta, ofreciendo mas sincero homenaje en las aras de Júpiter y de Mercurio. Diez años enteros pasó en este continuo disimulo, con tal destreza y perseverancia, que adquiriéndose el apoyo de los partidarios de la religion vencida, no llegó á provocar la ira y persecucion de la triunfante.

El secreto de su apostasia no lo fue en sus primeros años para una porcion de amigos que esperaban de esta circunstancia una reaccion politica y religiosa, y dejó de serlo para todos en el momento en que el ejército de las Gálias se declaró contra el Emperador. Desde entonces Juliano soltó el dique á su comprimida voluntad, rindiendo público culto y adoracion á los dioses del Olimpo, y declarándose enemigo irreconciliable de Jesucristo. Descaban los paganos, cuando subió aquel al trono; que echase por tierra de un golpe, cuantos monumentos atestiguaban la religion vencedora, y persiguiese de muerte á cuantos la profesaban; porque siempre los partidos y mas particularmente las facciones religiosas, son implacables; los primeros porque tienen que vengar agravios personales, y las segundas porque agregan á esta clase de agravios las injurias hechas á la divinidad. Pero Juliano que tanto como ellos ó mas que ellos ansiaba la completa estincion del cristianismo, siguió otra senda para llegar al mismo fin, conceptuando infalible en religion como en politica esa conducta hipócrita y blanda al parecer, que va apoderándose poco á poco hasta de las circunstancias menos importantes. Por muy asegurado que conceptuase su poder, el número de sus adversarios era crecidísimo, y si á este número se añadía la irritacion y la violencia, Juliano temia, y temia con razon, llegar á perder por un exceso de impaciencia el fruto que estaba seguro de alcanzar á fuerza de maña y de constancia.

Comenzó pues Juliano su obra de regeneracion, concediendo una tolerancia universal en materias de religion á to-

dos los habitantes del Imperio, y abriendo solemne y opulentamente los templos del paganismo; como quien queria mostrarse igualmente protector de las ideas procomunales, pero con el visible objeto de ver hasta dónde podia llegar con esta primera reforma, sin escitar la insurreccion ni la venganza.

Esta medida, en la comprometida situacion en que Juliano se encontraba, nos daria una prueba notable de su profunda política y tal vez de su buena intencion, si francamente se hubiera llevado en ello la mira de no cohibir la voluntad agena en materias de religion, bien para sostenerlas á todas con mútua independencian, ó para que gozando cada una de ellas de igual proteccion, viniese la razon y el tiempo á acreditar, cual al fin debia ceder el puesto á la otra. Pero las disposiciones sucesivas fueron demostrando, sin que hoy pueda caber género alguno de duda, que la intencion del Emperador era mas hipócrita y siniestra de lo que al pronto parecia. Desde muy temprano no pudo menos de advertir Juliano, con cuánta facilidad, y algunas veces con cuánto escándalo habian germinado en la Iglesia cristiana las semillas de division, arrojadas en su seno por el orgullo y la codicia de algunos Obispos y Eclesiásticos mal avenidos con ciertos principios. Con este motivo habianse formado varias sectas de nombres y banderas harto profanas, que turbaban lastimosamente el acuerdo comun de la cristiandad, y que hubieran destruido el reciente edificio de la Religion, si este edificio no hubiera sido mas poderoso de suyo que los rudos ataques que podian asestársele. Todas estas sectas que desprendidas de la unidad de la Iglesia, habian sido en todo ó en parte desterradas por los Monarcas anteriores para evitar un peligroso contagio entre los fieles, fueron llamadas con aparente benevolencia por Juliano, mas bien que por generosidad ó por justicia, con el maquiavélico objeto de producir nuevas disensiones entre los partidarios de la Religion que aborrecia. Pensaba aquel Principe con sobrada malicia, que no hay peor carcoma para una religion naciente, que la

enenidad interna, y las luchas continuas entre sus mismos defensores, que empiezan por no entenderse y acaban por odiarse. Así fue que, firme siempre en el propósito de encargarse á brazos extraños las obras que resistía llevar á cabo por sí propio, no solo levantó el destierro á los teólogos cristianos descarriados, sino que les abrió las puertas de su Palacio, los sentó á su lado, y provocó y exasperó sus pasiones de manera, que cada vez mas tuvieron que aflojarse los lazos que aun los unian á la Iglesia. Gozábase Juliano en estas acaloradas disputas, creyendo que bastaba soplar el fuego de la discordia bastante crecido por desgracia, para su propósito de acabar sin visos de violencia con la religion de Cristo.

Entretanto solo á muy torpes ojos podía ocultarse la doblez con que procedía un Monarca, que desde el punto en que subió al Trono, se revistió de la dignidad de supremo Pontífice del paganismo, remendando su edicto de tolerancia universal, con una proteccion disimulada á los gentiles. Atribuian generalmente á fanatismo no mas las muestras de fervorosa piedad, de que hacia alarde en los sacrificios que por la mañana y por la noche, y á diferentes horas del dia ofrecia al sol, á la luna y á las estrellas y á otras muchas divinidades de su devocion, lo mismo que las inmensas sumas que invertia en el culto exterior de sus dioses; pero Juliano, decidido á restablecer la antigua Religion del Imperio, comprendia muy bien, que mientras mas sorprendente y magnifico fuese el ejemplo que diese el Soberano, mas pronta y eficaz debia ser la imitacion de sus pueblos. Es tambien de notar, que á la vez que aparentaba tolerar á los cristianos, lanzaba contra ellos de palabra y por escrito miserables acusaciones, mientras que por otra parte recomendaba á sus súbditos precisamente las virtudes cuya predicacion y cuya práctica solamente á los cristianos se debian. Juliano predicando contra la caridad y beneficencia que tan noble realzaban á la religion contraria, habria desmoralizado completa-

mente el Imperio y apresurado su caída: pero Juliano recomendando estas preciadas dotes de que hacian justa y piadosa gala sus adversarios, daba con sus propias manos concepto y fortaleza al edificio que intentaba destruir. Asi pues, por un efecto maravilloso de la contradiccion misma, siempre la religion de Jesucristo ha caminado igualmente poderosa en medio de sus triunfos, como en medio de sus persecuciones.

No perdonaba Juliano medio alguno para procurarse instrumentos que le ayudasen á su obra; asi es, que no tardó en llamar á su lado á su antiguo maestro el filósofo Máximo, á quien recibió con la mayor consideracion y deferencia, como si tratase de manifestar con esto, de cuánto era deudor al que lo habia desviado en sus primeros años del sendero pernicioso del cristianismo; pero el filósofo discípulo de Platon, hinchado de vanidad, y seducido con el favor de que gozaba, lejos de hacer buena con su ejemplo la religion que profesaba, escandalizó con su avaricia y prostitucion al Imperio, hasta el punto de llegar á verse vergonzosamente acriminado y juzgado por sus escandalosos excesos. Poco mas ó menos, esta fue tambien la conducta de casi todos los demas filósofos protegidos por el Emperador; que no hay virtud constante y pura en corazones dirigidos por la vanidad y abandonados de la fé.

Comenzó entonces á creer Juliano que ni la mal simulada proteccion que dispensaba á los paganos, ni la cizaña que de mala manera procuraba sembrar entre los defensores del cristianismo, eran capaces por sí solas de asegurarle un triunfo que le habia parecido en un principio fácil y lijero. Y como por otra parte tampoco era este temor bastante para quebrantar una voluntad que no se fundaba en el convencimiento de la verdad, sino en un plan irrevocablemente resuelto, la vanidad ajada y el poder irritado le aconsejaron redoblar y encrudecer sus ataques, llevándolos sin piedad, si era necesario, hasta el mas cruel extremo. En caso tan árduo, y en

el cual se necesitaba ya contar con recursos mas positivos que los que pueden ofrecer la filosofía y el desprecio, volvió el Emperador los ojos, como era consiguiente, al poderoso elemento que ya una vez le había librado de un apuro de semejante gravedad, aunque de naturaleza diferente. Volvió los ojos al ejército: que para las obras que reprueban la razon y la justicia, no hay mejor instrumento que la fuerza. Y halagando á unos con alabanzas seductoras, comprando á otros con dádivas y promesas desmedidas, é intimidando á muchos con terribles amenazas, llegó á contar con todos sus soldados no solo para que no aumentasen el influjo de sus adversarios, sino para que le ayudasen á él mismo en sus proyectos religiosos. Seguro de este apoyo, con el cual aisladamente á todo puede aspirar el hombre, menos á la virtud y á la gloria, manifestó ya paladinamente Juliano sus intenciones, escitando á sus súbditos á que abandonasen la religion de Cristo, ofreciéndoles largas recompensas en pago de su apostasia, y declarando que no tendria un momento de sosiego y de ventura hasta acabar con los enemigos de los dioses. No satisfecho con tan escandalosas y públicas demostraciones, ni con atizar secretamente el zelo de los magistrados de las provincias contra los desvalidos cristianos, los despojó hasta de los derechos que como súbditos pacíficos y obedientes les correspondían. Entre los implacables edictos que espidió el apóstata Monarca, existe uno prohibiendo á los cristianos la enseñanza de las bellas letras; y decia el hipócrita Emperador, como razon de tan arbitrario é irregular mandato, que puesto que aquellos no querian adorar á los dioses de Demóstenes y de Homero, esplicasen, si les acomodaba el Evangelio y no otra cosa. No puede llegar á mas alto punto la parcialidad, la infame burla, la impudente mala fé, con que el Monarca que se jactaba de ser juez severo é imparcial, zaheria y maltrataba ahora á los mismos á quienes poco antes ofrecia amparo y tolerancia. Bien es verdad, que en ningunas materias como en las religiosas se encuentran

pretestos para dar á una personal venganza el colorido de una satisfaccion á la divinidad. Faltas de esta especie cometidas por el fanatismo con todo el horror de una santa indignacion han manchado no escasos periodos de la historia; pero atentados friamente calculados, sin aras ni religion en que sinceramente ofrecerlos, cometidos en tono de chanza y con el corazon tranquilo solamente se encuentran en la vida del Principe, cuyo carácter vamos bosquejando.

Estendióse la prohibicion de que hemos acabado de hablar, á todos los ramos de la enseñanza primaria y de las artes liberales, de manera que estaban los cristianos condenados á embrutecerse ó á beber sus primeras inspiraciones en las cenagosas fuentes de la idolatria. Siguió adelante este sistema atroz, porque los defensores de la fé despues de haber perdido la natural proteccion de su Rey, despues de verse privados de educar á sus hijos públicamente bajo sus principios y creencias, perdieron tambien todas las gracias temporales de que antes disfrutaban, y fueron arrojados de los empleos civiles y militares, y brutalmente escarnecidos por los mismos que hubieran debido respetarlos, siquiera como ciudadanos que eran de un mismo Imperio. Pero en medio de estas saucedidas, la Iglesia apurada y combatida, se mantenía inmóvil y arrogante, como plantada por la mano de Dios al abrigo de las tempestades: y aunque sus hijos se encontraban perseguidos y maltratados, el principio religioso se depuraba mas puro y mas brillante en el crisol de la desgracia. En estos momentos, cuando la mano del hombre se esmeraba en cometer semejantes crímenes, y los crímenes pasaban sin alcanzar su objeto, emprendió Juliano una obra, cuyo maravilloso resultado ha venido siempre por espacio de quince siglos robusteciendo la fé y espantando á la incredulidad.

El templo de Jerusalem, edificado por Salomon, habia sido completamente destruido por los Emperadores Tito y Adriano. Los cristianos poseian en tiempo de Juliano aquellos santos lugares, testigos monumentales de la pasion y muerte del

Salvador del mundo. Una inmensa multitud de peregrinos venían desde todos los ángulos de la tierra á adorar el sepulcro del Redentor, y á purificar y enaltecer el alma con el misterioso aliento de la divinidad. Los cristianos dóciles siempre á la revelación y á las profecías, estaban profundamente convencidos de la irrevocable y eterna ruina de la religión judaica, y los judíos pobres y dispersos veían con irritada humillación el predominio y arrogante confianza de los cristianos. Comprendió el Emperador con admirable sagacidad el campo que estas circunstancias le ofrecían, para sacar á la persecución religiosa del círculo estéril y odioso de la personalidad, y elevarla á la alta cumbre de los principios, entrando en batalla no ya con el débil corazón del hombre, sino con el mismo Dios que daba fuerzas sobrenaturales á la combatida debilidad humana. Poco afecto Juliano á la Sinagoga, comenzó no obstante á acariciar á los judíos, con el solo fin de allegarse amigos é instrumentos contra el objeto predilecto de su ojeriza, y les prometió reconstruir un templo nuevo sobre la misma colina de Moriah, donde existía el antiguo; imaginándose con la ejecución de empeño tan ligero al parecer para un monarca poderoso, dar un solemne mentís á las profecías, á la revelación y á las creencias de la iglesia. Su plan era mas vasto aun. No le bastaba dar á entender á sus enemigos que su poder era mas fuerte que el del Dios que veneraban; no era una lección únicamente lo que de esta manera pretendía ofrecerles, sino un combate, una guerra á muerte sin tregua ni piedad: que los caprichos no satisfechos se truecan en pasiones volcánicas que solamente apaga la venganza. Además de levantar un monumento de tanta riqueza y magnificencia que eclipsase el templo que habían edificado los cristianos en el monte Calvario, pensaba Juliano dotarlo de sacerdotes apasionados que no dejasen respirar en sosiego á los que él llamaba por desprecio galileos, y establecer allí una colonia de judíos que los hostilizase sin cesar. Engreído con pensamiento á su vez tan eficaz y realizable, la ejecución siguió

inmediatamente al proyecto, y dió el encargo de llevarlo á cabo á Alipio, uno de sus mas estimados y entendidos empleados, concediéndolo las mas amplias facultades y recursos. Los judios por su parte viendo en este paso el primer escalon de su fortuna, contribuyeron con su dinero, sus alhajas y sus mas ricas preseas á la construccion del templo. No habia pasion, no habia poder entre paganos y judios que no fuesen de consuno á edificar este gigante ariete contra la religion de Cristo. Pero cuando tantos elementos amenazaban á esta religion, cuando tantos hombres, tantos magnates, tantas riquezas y un Emperador humanamente omnipotente se reunian para decir no mas, *hágase un templo*, una mano invisible los rechazó á todos del trabajo impio, resolviendo calladamente que sucediese lo que estaba decretado por el Eterno.

Cuando los delegados del Emperador contemplaban con sonrisa y vanidad la mezquina obra que tan inmenso poder se habia propuesto, y cuando los operarios ponian mano en el lugar proscrito, se estremeci6 la tierra en sus entrañas, y arroj6 por cien bocas espantosos globos de fuego que asustaron ó devoraron á los trabajadores, repitiéndose este portentoso cada vez que intentaron continuar su empeño, y apareciendo siempre de manera que no podia atribuirse á causas naturales. Amedrentados cuantos presenciaron y cuantos supieron esta maravilla, tuyo que abandonarse la empresa, y la tradicion cristiana adquirió por consecuencia nuevo peso y autoridad.

Los milagros acreditaron y estendieron la religion de Jesucristo, y los milagros la confirmaron. El que acabamos de referir viene ratificado por toda clase de personas de aquel tiempo y posteriores á aquel tiempo, amigos y enemigos de la religion cristiana, y sin que una sola voz se haya levantado para desmentirlo. San Ambrosio, San Juan Crisóstomo, San Gregorio Nacianzeno, el imparcial historiador que floreció en aquella época, Amiano Marcelino y los judios mismos en sus anales, dan un irrecusable testimonio de su autenticidad. A tan palpables demostraciones la incredulidad y la mala fé no

han tenido otro recurso que sellar el labio y humillar la frente.

Irritado Juliano al ver estrellarse su voluntad y su poder, cuando menos podia imaginárselo, volvió contra los cristianos, único blanco posible de sus iras, toda la irritacion que tantas contrariedades habia producido en su corazon; y ya desde entonces la persecucion se dirigió no á humillar su arrogancia, no á castigar sus pasadas faltas, sino á atormentar á todos los que llevasen aquel nombre, sin distincion de clases ni conducta, y á hacerlos por último desaparecer de la faz de la tierra. Juliano se sentia afrentado desde la abortada empresa de la construccion del templo, y era natural en su carácter que tratase de vengarse, siendo vano y poderoso. Mas la venganza fue horrible. Espidió primero una ley, disponiendo que corriesen á cargo de los cristianos cuantos gastos se hiciesen para reparar los edificios del paganismo que habian sido destruidos en el anterior reinado; y esta ley fue cruelmente cumplida, porque los que no tenian bienes para sufrir esta pena, solian ser martirizados, y presentados en sacrificios en las aras de los dioses. En seguida promulgó varios edictos de semejante indole, todos respirando ira, y que los magistrados se apresuraban á cumplir, dándoles una horrible estension que nunca fue reprobada por el Emperador. La persecucion se hizo general, y hubo ciudades en que se permitió que los hombres y las mugeres y hasta los niños, ébrios de furor y de venganza, martirizasen y despedazasen á los miseros que cayesen en sus manos, sin que una sola vez se castigasen tamaños atentados. Una de las primeras víctimas de la impía ojeriza de Juliano contra el cristianismo fue Marco, Obispo de Aretusa, el mismo que segun referimos en el primero de estos artículos, lo habia libertado de la muerte en los primeros años de su vida. Los delegados del Emperador exigian del infeliz anciano el valor de un templo del paganismo anteriormente destruido, y no permitiéndole su pobreza obedecer á este mandato implacable, lo desnudaron, lo azotaron inicuamente, y cubriendo con miel su lacerado cuerpo, lo col-

garon al aire, para que sufriese lentamente los rayos del sol las mordeduras de los insectos, y las soeces burlas é insultos del populacho. El pueblo, mas compasivo que la autoridad, lo arrancó de aquel dolorosísimo tormento, volviéndole á la vida que por fin le concedieron, como una gracia inmerecida y generosa.

Antioquia y Alejandria fueron testigos tambien de escenas espantosas. Habia ido Juliano á la primera para adorar á Apolo, uno de sus dioses favoritos, cuyo templo estaba á poca distancia de la ciudad; pero como en aquel mismo lugar habian los cristianos celebrado sus ritos y enterrado sus muertos, quiso el Emperador purificar aquel recinto, comenzando por remover las cenizas del Obispo San Babilas que yacian en aquel sitio, y hacerlas trasplantar á Antioquia. Condujeron los cristianos el cuerpo de su difunto pastor en medio de una inmensa muchedumbre que iba respondiendo á los insultos de su Monarca con los salmos de David, y con la mas humilde resignacion. La mansedumbre y paciencia de los cristianos daban pábulo á la irritacion de Juliano. Sucedió tambien que la noche siguiente á la traslacion de San Babilas, un fuego cuyo origen nunca se pudo averiguar, consumiò el templo, y la estatua con él. Mas Juliano, sin meterse en averiguaciones de este suceso ó sin poderlas adquirir, mandó cerrar en venganza la catedral de Antioquia, y confiscar sus bienes, y aplicar la tortura á muchos eclesiásticos en averiguacion de su complicidad en el incendio. Nada pudo descubrirse, y no obstante un sacerdote fue conducido al pátibulo, sin duda porque por su virtud ó por su prestigio irritaba mas que otros el resentimiento de los paganos.

El primado de Egipto, Jorge de Capadocia, y dos de sus mas allegados ministros, fueron en Alejandria violentamente arrancados de su hogar, y conducidos á un calabozo de donde no salieron sino asesinados por una turba desenfrenada, que forzó la prision donde estaban, y paseò despues sus cadáveres por toda la poblacion, arrojándolos al mar con el ma-

por júbilo y algazara. En ningún punto del Imperio habia ya para los cristianos razon, ni justicia; ni ley, ni aún fórmulas que las simulasen. En varias ciudades sus bienes eran confiscados en favor por lo general del ejército; su sangre corría abundantemente por manos aléves derramada, y en ninguna parte hallaban proteccion ni auxilio; y cuando estos y otros desafueros llegaban á noticia de Juliano, sin que asomasen á su rostro otros síntomas que los de la aprobacion y la complacencia, solia responder con un descaro y una impudencia inconcebibles. « De esta manera verá el *Gabileo*, que soy su mejor amigo; su admirable ley ha prometido el reino de los Cielos á los pobres y á los perseguidos; con eso les abro el camino de la bienaventuranza. » Y luego culpándolos en tono mas sério por los desórdenes mismos de que eran víctimas, aprobaba ó disculpaba el comportamiento de los verdaderos criminales que tan horriblemente secundaban sus proyectos. Por este tiempo fue tambien, cuando volvi6 al primado de Alejandría por la muerte de Jorge de Capadocia, el Grande San Atanasio, cuyas eminentes virtudes y universal prestigio le valieron del Emperador la mas violenta persecucion de cuantas sufrió aquel hombre notable en el dilatado curso de su agitada vida; hasta que para evitar la muerte con que le amenazaba Juliano, tuvo que retirarse al desierto lejos del comercio de los hombres y del furor de su enemigo.

Hemos lijeramente bosquejado los planes politicamente religiosos de Juliano, sin temor de haber faltado en un ápice á la imparcialidad y buena fé que deben presidir á las narraciones históricas; y si se tienen en cuenta la educacion, la vanidad y el carácter de este principe que no toleraba superioridad ni resistencia, se comprenderá facilmente cómo un hombre que irrevocablemente se habia propuesto la destruccion del cristianismo, y cuya irritacion acrecentaban los obstáculos, no temia despues de verse burlado en sus hipócritas maquinaciones, apelar en último resultado á los únicos me-

dios que le quedaban por emplear; la persecucion y la muerte. Pero en medio de estos excesos el filósofo, el solista, el hombre de letras solia aparecer de vez en cuando.

Habia determinado Juliano residir algun tiempo en Antioquia, con el objeto de atraerse la voluntad del pueblo, sin considerar que no es fácil obtener el perdón sincero de ciertos excesos, á poco de haber sido cometidos. Desgraciadamente aquel año las escasas cosechas de la Siria produjeron una hambre espantosa que arrancaba las mas acerbas quejas á los habitantes de Antioquia. Disgustado el Emperador del desvío que le manifestaba aquel país, no hizo caso por el pronto de aquellas demostraciones, y al cabo tomó una disposicion que agravó el mal, fijando al trigo para su venta un precio mucho más bajo que el que habia tenido en los años mas abundantes, y haciendo traer al mercadò público gran cantidad de granos de los acopios de otras provincias. Los resultados de esta operacion fueron desastrosos: que entonces como ahora, siempre ha habido monopolistas que jueguen con el bienestar de los pueblos. La mayor parte de aquel trigo fue comprado por ricos especuladores, que lo vendian despues, òculta ó publicamente, á precio mucho mas alto. Intentó Juliano castigar este manejo infame, y para ello hizo prender al Senado entero que se componia de doscientas personas notables; y aunque muy á poco les volvió la libertad, miraron esta medida los antioquenses mas como un acto de persecucion, que como un rasgo de justicia. Para desahogar la animadversión que abrigaban contra el Emperador, aprovecharon los de Antioquia el tiempo de las saturnales en que gozaban los ciudadanos entonces la mas amplia libertad, para dirigirle las mas punzantes sátiras en las conversaciones públicas y en los cantos populares propios de aquellas fiestas, poniendo en ridículo sus leyes, su conducta, su persona y sobre todo su barba. Esto fue origen del *Misopogon*, obra notable de Juliano, en que respondió á aquellas burlas con otra arma semejante, con una sátira. El *Misopogon* especie de folleto en

que el Emperador hacia una confesion irónica de las faltas que acababan de reprenderle sus súbditos, y en que atacaba las relajadas costumbres de Antioquia, se publicó por orden suya ha llegado hasta nuestros días, como uno de los mas notables escritos de Juliano. Al fin parecióle mezquina como lo era en efecto esta venganza, y al salir de Antioquia, tomó á sabiendas la de nombrar para que la gobernasen ó por mejor decir, para que la perdiese, un prefecto cruel, inepto y prostituido. Ninguna pasion como la vanidad ajada, es susceptible de miseros errores y vergonzosos extravios.

Hacia tiempo que tenia Juliano resuelto levantar un numeroso ejército, para hacer una guerra cruel y definitiva á la Persia, sin cuya dominacion el Imperio romano no podia vivir seguro ni tranquilo. Con este proyecto que le alejaba por algun tiempo de las funestas disensiones en que tanto se habia agriado su carácter y empañado su prestigio, se removieron las inclinaciones guerreras del Emperador, y su corazon recobró todo el fuego que le habia animado en sus primeras campañas. Ademas, habiéndosele frustrando su favorito plan político religioso, un hombre como Juliano tenia necesidad de acometer otra empresa, cuyo grande y feliz éxito le desquitase del mal resultado de la primera, y le asegurase heroica y duradera fama durante su reinado y para la posteridad. Tal vez un instintivo remordimiento le desviaba del teatro donde tantos excesos se habian cometido en su nombre ó por su mandato, y acaso la verguenza de ver todo su poder burlado por la resistencia noble y pasiva de unos cuantos hombres, que no tenian mas armas por entonces que las de la caridad y de la fé. De cualquiera manera, la marcha de Juliano en los momentos mismos en que mas agravios tenian que vengar su vanidad y su resentimiento, dan una prueba mas de la misteriosa autoridad de una religion que en su nacimiento luchaba y vencía inerme y silenciosa á todos los poderes de la tierra. La persecucion, los tormentos, y la muerte fueron tan poderosos para la consolidacion del cristia-

nismo como los milagros. Aun puede decirse que el edificio de la religion cristiana se mantiene firme sobre los indestructibles cimientos amasados con la sangre de sus mártires.

Cansado pues, Juliano de combatir á un poder mas que humano, buscó un enemigo mas al alcance de sus tiros. Seguido de sesenta y cinco mil combatientes, y despues de admirables operaciones que debian ocultar sus intentos todo el tiempo posible, llegó á Chaboras limite por aquella parte de ambos Imperios, é inutilizó el puente por donde atravesó este rio, como para dar á entender que solo vencedor habia de volver á pasarle. Una porcion de Scitas, y árabes aventureros aumentó algun tanto su ejército, á quien tambien secundaba una flota considerable, y provista de cuanto puede hacer necesario una larga y peligrosa campaña. Las tropas marchaban con un aliento indecible, pues no hay soldado cobarde junto á un gefe valeroso; y el recuerdo de las recompensas pasadas y la esperanza de otras mayores á que daba lugar la conquista de un pais populoso y rico, llevaban al ejército en mil sabrosos pensamientos entretenido; que hasta para las empresas mas nobles y apuradas es el mayor aliciente el oro.

Apenas puso el pie Juliano en territorio ageno, dividió su ejército en tres columnas que vigilasen en mas ancho espacio las intenciones y movimientos de un enemigo que estaba ya en alarma. Iba el Emperador en la columna de enmedio con la vista fija en las otras dos, animando al soldado con su ejemplo y dirijiendo las operaciones como general prudente y animoso. Trescientas millas habia andado ya de la Persia, y todos los pueblos que iba dejando á sus espaldas quedaban sometidos á su dominio, escepto la fortaleza de Thiluta, cuya ocupacion le importaba poco y podia haberle costado mucha Perisabor, ciudad importante situada á cincuenta millas de la residencia real de Ctesifon, fue el primer punto que confiado en su importante fortificacion y en las numerosas tropas que le guarnecian, hizo frente al poder romano. Tenaces estuvieron los sitiadores en sus asaltos, y los sitiados en

rechazarlos, hasta que tuvieron que retirarse estos á la ciudadela, cuando vieron que los enemigos habían abierto una brecha que les dejaba el paso abierto. Los vencedores penetraron en la ciudad, comenzando por incendiarla y acometer á la ciudadela, que tuvo que rendirse inmediatamente á los dos dias de habérselo presentado Juliano ante las murallas de Perisabor. A este triunfo siguió otro mayor. La fortaleza de Maogamalcha defendía el camino que conducia á la capital de Persia, y para emprenderlo era preciso tomarla á toda costa. Juliano conociendo esta necesidad, puso manos á la obra; y mientras demostraba grande empeño en el cerco y asalto de la plaza, se dedicó á abrir un conducto subterráneo que desembocase dentro de ella. Terminado que fue ocultamente este peligroso trabajo, llamó la atención de los sitiados hácia una parte donde fingió un desesperado ataque. Entre tanto una gran parte del ejército penetraba sin ser sentida en el fuerte, y viéndose ya muros adentro, atacó por la espalda á los sitiados, los cuales viéndose perdidos huyeron desavoridos ó se rindieron aterrados. Lo demás fue obra de un momento. Incendiar, robar, destruir, violar, fue la ocupacion única de los vencedores en aquellos instantes, y Juliano que hacia algun tiempo se habia acostumbrado á la ferocidad, dejó impasiblemente que la ejercieran sus soldados. La ciudad fue destruida hasta los cimientos, sin respetar ~~el~~ ^{el} templo ni palacio, y sus moradores impiamente sacrificados, sin que perdonasen ni al debil ni al inocente. No pensaba Juliano entonces que la victoria sin la generosidad y la nobleza en vez de admirar, irrita y exaspera: embriagado con sus triunfos y embebido en sus esperanzas solo veia el crecimiento de su poder y la gloria de su nombre; así es que cuando Maogamalcha acababa de rendirse, no pudiendo contener su orgullo, dijo el filósofo conquistador á los que le rodeaban con vana lijereza: «Algunos materiales hemos recogido ya para el sofista de Antioquia.» (1)

Ctesifon, capital de la Persia, estaba situada sobre la orilla

(1) Este sofista era Libanio, amigo y panegirista de Juliano.

oriental del Tigris á veinte millas de Bagdad, y defendida hacia todos lados por este rio. El ejército romano acampó con asombro general junto á sus puertas, despues de esquisitas maniobras que dirigió el Emperador, burlando siempre los esfuerzos del enemigo á cuyo frente vinieron á encontrarse. Pero el rio era ancho y profundo, y no era posible fabricar un puente, cuando los persas le amenazaban desde la orilla opuesta. La situación era critica, y difícil el remedio. Juliano concibió el único arbitrio que le quedaba en semejante apuro, y hasta el momento de ejecutarlo, lo mantuvo oculto para librarse de dudas y entorpecimientos en una cosa que tenia irrevocablemente resuelta. En vano al tener conocimiento de ella, la desaprobaron los capitanes mas experimentados; el Emperador no cedió. A media noche, favorecidos por la oscuridad, ocupó un escaso número de legionarios cinco buques, y atravesaron silenciosamente el rio, hasta que al llegar cerca de la orilla, enterados los enemigos del atrevido intento, les acometieron tratando de incendiar las embarcaciones. Cuando las llamas del incendio alumbraban el campo romano, Juliano cuya prevision contaba con este accidente, exclamó lleno de entusiasmo, «Esa es la señal convenida, nuestros camaradas son dueños de la orilla opuesta, unámonos á ellos.» Y una gran parte de sus soldados, arrastrados por la voz de su caudillo, se arrojó á los buques que estaban preparados á este fin, llegando á tiempo de socorrer á sus hermanos y de trabar con los enemigos un reñido combate. Doce horas duró la batalla, hasta que derrotados los persas huyeron y se encerraron en Ctesifon, donde por poco penetran los romanos, sin calcular el riesgo ni la ventaja de semejante arrojío. Rebosaba de gozo el corazón de Juliano al contemplar que la victoria seguía á sus tropas donde quiera que su voz y su ejemplo llevase la parte principal. ¡Quién le habia de decir entonces, que tras de aquella victoria le aguardaban la derrota y la muerte!

Al dia siguiente de triunfo tan importante, el ejército pasó

el Tigris sin oposicion alguna, y aunque la toma de Ctesifon no era ligero empeño, no obstante el monarca persa estaba aterrado con los fáciles y gloriosos sucesos de Juliano, y demandó la paz que éste no le concedió; resuelto á buscar el grueso del ejército enemigo, y librar una batalla que decidiese para siempre la suerte de aquel Imperio, determinó penetrar en el interior del Reino, guiado por un persa que con algunos soldados se habia refugiado al campo romano, huyendo, segun decian, de los malos tratamientos de su Rey. Sobradamente confiado Juliano y ansioso de proseguir una empresa que bajo tan buenos auspicios se le habia presentado, quemó sus buques é inutilizó la mayor parte de sus provisiones, con el objeto de facilitar su marcha, sin calcular, que en algun contratiempo solo estos recursos podian salvarle. Apenas fué penetrando en el pais, la guerra cambió de aspecto; los habitantes le hicieron una resistencia á la cual no hay poder humano que resista. A la aproximacion del enemigo abandonaban las poblaciones, llevándose cuanto podian sustraer á la codicia y necesidades del invasor, é incendiando las mieses y los efectos que tenian que abandonar; de manera que los romanos á pesar de caminar llenos de oro, perecian de hambre y de miseria. Los viveres iban faltando, y para colmo de desventuras, el guia persa que los conducia, acababa de desaparecer, despues de haberlos extraviado por senderos desconocidos y peligrosos. En tan angustiada situacion, sin alimentos, sin direccion y hasta sin enemigos á quienes poder combatir y vencer en aquel momento desesperado, no tuvo Juliano otro recurso para escapar de una destruccion completa, que abandonar un campo donde no podian sus tropas vivir ni pelear, y procurarse la salvacion dentro de sus estados. Dióse por fin la orden de retirada, y aquel numeroso ejército valiente y aguerrido que daba por fácil y aun segura la conquista de un Imperio con solo intentarla, únicamente buscaba ya un sendero que lo llevase al abrigo de su hogar: aunque para decir verdad, fugitivos y estenuados,

su valor escitado por una vergüenza generosa, codiciaba un encuentro, una batalla, y la muerte quizá. Los persas por su parte los seguian sin perderlos de vista, picándoles de cuando en cuando la retaguardia y espíando el momento mas oportuno para caer en masa sobre ellos, y derrotarlos á su placer. Llegado que hubo á su parecer esta ocasion, los atacaron decididamente en Maranga con mas confianza que prudencia; y en asuntos de esta clase toda reflexion es poca, cuando no apura demasiado la inminencia del peligro. Por otra parte las mismas causas que habian producido el desaliento del ejército romano, le dieron por un momento un heroico valor. La irritacion moral consiguiente á la frustracion de sus atrevidos proyectos, el calor ardiente del estio, el próximo riesgo de perder la vida lejos de su patria y el honor con ella, todo esto y otras causas parecidas le infundieron un ardor galvanico y desesperado, que dió la victoria á la debilidad y á la impotencia. Despues de un sangriento combate, fueron vencidos los persas; pero los romanos que habian agotado su poder con aquel esfuerzo, fatigados de antemano por las continuas marchas, y abrumados por la pesada armadura que vestian, no pudieron alcanzar persiguiéndoles todo el fruto posible de esta victoria; y mientras el enemigo tenia tiempo bastante para rehacerse, doblaba el vencedor el cuello á la consiguiente postracion de sus fuerzas, y á su progresiva escasez de víveres. Aun estaban muy lejos de las fronteras, y ya la escasez habia llegado al extremo de que Juliano, no solo por virtud, sino por necesidad tambien tenia que usar los mismos alimentos que el soldado, y la muerte, la muerte del hambre amenazaba á un ejército entero, tal vez para atajarle el paso en el momento mismo en que divisase las fértiles campiñas de su patria.

Entretanto Juliano padecia horriblemente. Sus dos grandes empresas se habian estrellado contra obstáculos insuperables. Atroz perspectiva se presentaba á su pensamiento. Sus amigos le esperaban acaso para abandonarlo y sus enemigos para es-

carnecerlo. Su imaginacion no veia en todas partes, despierto, en sueños, entregado al estudio ó á las fatigas militares, sino agüeros fatales y diabólicas visiones, que le presagiaban males sin medida. En vano para tranquilizarse consultó á los agóreros toscanos que le acompañaban: sus respuestas fueron tristes, y sobre todo le aconsejaban que evitase el pelear: pero Juliano irritado con los dioses y consigo mismo, se aprestó al último combate. Los persas ocupaban una porcion de colinas inmediatas, y los romanos les presentaron la batalla en tan ventajosas posiciones. Iba el Emperador al frente de la vanguardia, conduciéndola en orden, como quien fiaba en este trance toda su fortuna. Su corazon y su cabeza se entendian esta vez perfectamente, contrapesando la prudencia y el arrojo, el valor y la ciencia. Dada la señal de acometer, Juliano en todas partes se hallaba, á todo proveía, y no parecia sino el génio de la guerra revoloteando al rededor de cada soldado para infundirles su propio aliento. Los bárbaros comenzaban á cejar por el lugar mas importante, y Juliano que los vió ceder, los obligó á la fuga con una operacion rápidamente concebida y admirablemente ejecutada. Habíase Juliano empeñado en la refriega en el momento en que fatigado de calor se había quitado su armadura, y solo guardaba su cuerpo con un escudo que tomó de manos de un soldado. Sin cuidarse de sí propio estuvo combatiendo así largo tiempo, y cuando los enemigos comenzaron á abandonar el campo, se presentó en el sitio mas peligroso para dar el último golpe á tan gloriosa jornada. En vano sus soldados le manifestaban el peligro que allí corría, y cuando los escuadrones persas segun su costumbre arrojaban en su fuga un diluvio de flechas contra los que le perseguian, Juliano fué herido mortalmente de una javalina, que rozándole el brazo, se le clavó en la parte inferior del higado. Quiso Juliano arrancarse el mortifero hierro; pero el filo que lo guarnecía, le hirió la mano, y cayó al suelo sin conocimiento. Mientras conducian al Emperador á una tienda inmediata, se renovó el combate que duró hasta

el fin del día, sin que ninguno de los dos ejércitos alcanzase un triunfo completo.

Entretanto recobraba Juliano sus sentidos, y al volver en sí débil y moribundo, pidió sus armas y su caballo para lanzarse de nuevo al combate. Indudablemente había en aquella alma algo de grande. Pero faltaban muy pocos momentos, para que todo concluyese en este mundo para el jóven monarca. Desde que él se apercibió de ello, la mayor tranquilidad reinó en su frente, como quien iba de una vez á aligerarse de la inmensa carga que agobiaba su corazón. Admirábase de que no comprendiesen los que le rodeaban la causa de su conformidad ó su alegría, cuando tantos sinsabores habian acompañado á la época de su abyeccion como á la de su grandeza. En aquellos instantes en que no hay pasiones sino sentimientos, en que la conciencia del hombre le dice sin disimulo si ha sido culpable ó virtuoso, y si sus faltas y sus virtudes han sido efectos de una voluntad dañada, ó de una fatalidad poderosísima, en aquellos momentos Juliano recorria rápidamente el leve curso de su afanosa vida, y sus labios vertian copiosos raudales de virtud y filosofía. Su calma se revelaba en sus miradas como en sus palabras; y no es posible dejar de recogerse y meditar profundamente en la vida y muerte de este hombre notable, cuando despues de los estravios de su reinado, leemos la sentida despedida que dirigió poco antes de morir á los contristados amigos que le rodeaban. « Amigos y camaradas míos, » les dijo, la naturaleza me reclama la vida que me habia prestado; yo se la devuelvo con la alegría de un deudor que paga su deuda, y no con el dolor y los remordimientos que la mayor parte de los hombres juzga inseparables del estado en que me encuentro. La filosofía me ha convencido de que solo es verdaderamente feliz el alma, cuando se vé libre de la prision del cuerpo, y de que no es motivo de tristeza sino de alborozo el que la mas noble parte de nuestro ser se separe de la que la degrada y envilece. Tambien considero

» que los dioses han enviado frecuentemente la muerte á los
» buenos, como la recompensa mayor que puede concederse á
» la virtud. Yo la recibo como un don: de esta manera me es-
» cusan dificultades, que sin duda me harian sucumbir ó co-
» meter alguna accion indigna de mí. Muero sin remordimien-
» tos, porque he vivido sin crimen, tanto en los tiempos des-
» graciados en que lejos de la corte vivia confinado en oscuros
» y retirados destierros, como desde el momento en que fui
» elevado al poder supremo. He mirado el poder de que esta-
» ba revestido, como una emanacion de la divinidad, y creo
» haberlo conservado puro é inmaculado, gobernando con
» dulzura los pueblos encomendados á mi cuidado, y no de-
» clarando ni sosteniendo la guerra sino por justas causas. Si
» no he acertado, es porque los sucesos en último resultado
» dependen de la voluntad de los Dioses. Persuadido de que la
» felicidad de los súbditos, debe ser el único objeto de un
» gobierno equitativo, he aborrecido la arbitrariedad como fa-
» tal origen de la corrupcion de las costumbres y de los Esta-
» dos. Siempre he tenido miras pacíficas, bien lo sabeis; pero
» cuando la patria alzando la voz me ha ordenado correr á los
» riesgos, he obedecido como un hijo dócil y sumiso á los
» mandatos absolutos de una madre. He contemplado el peli-
» gro con ojos serenos y lo he arrostrado con placer. No os
» ocultaré que hace tiempo me habian predicho que moriria
» de muerte violenta. Por tanto doy gracias al Dios eterno,
» porque no ha permitido que perezca victima de una conspi-
» racion, ni entre los dolores de una larga enfermedad, ni
» por la crueldad de un tirano. Yo adoro su bondad para
» conmigo, porque me arrebató del mundo con una muerte
» gloriosa y en medio de una carrera tambien gloriosa; pues-
» to que bien considerado, es una cobardía igual desear la
» muerte cuando conviene vivir, y echar de menos la vida
» cuando solo es tiempo de morir. Mis fuerzas me abandonan;
» ya no puedo hablaros mas. En cuanto á la eleccion de un
» Emperador, no trato de prevenirla; la mia podria ser desa-

« certada, y acaso perderia, sino era obedecida al que fuese
 « objeto de ella. Pero como buen ciudadano, deseó que me
 « reemplace un digno sucesor. »

Ninguno de los que rodeaban el lecho del moribundo oyó con ojos enjutos estas palabras. No parecia sino que Juliano era el único que debía quedar en el mundo para disfrutar sus goces. Aunque los facultativos conocieron la proximidad de su fin, y aunque él mismo advertia que le quedaban pocos instantes de vida, se dedicó á disponer sus negocios terrenales con la misma calma y sangre fria con que solia ordenar una operacion de guerra ó una discusion filosófica. Despues de haber hecho un testamento en que disponia de su fortuna privada, impuso silencio al vivo dolor que apenas podian contener sus amigos, y entabló con ellos una cuestion sobre la naturaleza del alma, la última que habian de defender sus espirantes labios. ¡Ay! En estos momentos en que el alma empieza á dominar el arca terrenal que la sujeta, en estos momentos hay una necesidad inmensa de preguntar y de creer. Al soplo de la muerte la miseria carnal se quiebra y desvanece, y el espíritu vaga sobre la frente del hombre, reclamando sus derechos ó indagando sus necesidades. Lo que ha de ser despues, es el misterio del Eterno, el único misterio que da su valor á la virtud, á la preocupacion y al vicio: pero allí donde se desatan para siempre los lazos que nos unen á la tierra, allí comienza para siempre tambien la inmediata relacion del alma con la divinidad.

Cuando Juliano hubo acabado de hablar, su herida se habia abierto bajo el esfuerzo con que habia estado dominando los dolores del cuerpo, y arrojaba sangre como en el momento de recibirla: sus venas se habian hinchado, su respiracion se fue haciendo cada vez mas penosa, y despues de haber bebido una poca de agua fria para calmar el ardor que le consumia, espiró á media noche con la mayor tranquilidad, á los veinte meses de su reinado, y á los treinta y dos de su edad.

Pocos, muy pocos Príncipes ofrecen en la historia motivos como Juliano, para agitar la curiosidad y trabajar el entendimiento. Pocos ofrecen en tan escasa vida ejemplos mas naturales de valor y de cordura, de ilustracion y fanatismo, de sencillez y vanidad. Pocos reasumen en sus ideas y en su conducta mas vivo reflejo de la sociedad pasada y de la sociedad naciente. Su existencia parece un singular meteoro, que despedia con generosidad á la generacion antigua, y abria contra su voluntad acaso, las puertas del porvenir á la generacion moderna. Y no obstante lo escepcional de la situacion y del comportamiento de este Emperador, el filósofo, el critico, el historiador, todo pensador juicioso advertirá que hasta los seres mas extraordinarios y singulares no son mas que una expresion mas ó menos coordinada, mas ó menos monotona de la naturaleza humana. Los hombres que salen del comun circulo de los hombres, los que mas raros y escepcionales nos parecen, esos son precisamente los que mas al vivo nos retratan la índole del corazon humano, los resabios de la sociedad, y la superioridad del alma. En ellos encuentra el profeta el cumplimiento de sus vaticinios, y el historiador la base de sus consideraciones. Los siglos pasados se le humillan y le respetan los venideros. Buscad en la huella de sus pasos el sentimiento natural y le hallareis; buscad el sentimiento modificado y no se os ocultará; preguntadle por sus virtudes y os dará el modelo de las vuestras; pedidle cuenta de sus extravíos y una voz acaso respetable os responderá desde su tumba. ¿Os horrorizan sus crímenes por de pronto? ¡Ay! la falta mas leve de un ser ordinario os parecerá mas pesada en la balanza de la reflexion y el albedrio. Su vida es una enseñanza para los pueblos; el juicio de sus obras es para todos un misterio, menos para la Divinidad.

Yo no creo en los seres providenciales; solo la naturaleza es providencial. La creacion humana seria mezquina, si todos los hombres fueran como nosotros, lo general del mundo, que no reproducimos sino lo que hemos visto, que no eje-

catamos sino lo que hemos aprendido. Y el mundo habrá terminado su laboriosa carrera el día en que no hagan falta esos gigantes líderes de generaciones múltiples, que mas que nosotros representan al espíritu creador del universo.

Juliano floreció para dar el último adiós á los inciertos principios de la edad primera, y dejar en paz á los nacientes esfuerzos de la que hoy nos cobija. Su pauta es la del hombre común, aunque sus acciones se elevaban sobre el promontorio de una situación extraordinaria. No pregunteis por su vida á sus admiradores, ni tampoco á sus enemigos; preguntad á la naturaleza, y ella os satisfará.

Juliano nació perseguido y tenía que luchar con la adversidad. Su interés le armó contra un principio político, su interés y su educación le animaron contra un principio religioso. Mas en esta refriega luchaba un poder moral y eterno contra las débiles fuerzas del hombre. El resultado no podía ser dudoso.

En cuanto á las creencias religiosas de Juliano, nuestra opinión es que no abrigaba sinceramente ninguna, al contemplar que todos sus actos en este punto, se subordinaban al engrandecimiento mal calculado del Imperio, al lustre de su persona y al incentivo de su amor propio. El culto del paganismo por otra parte, le servia de arma poderosa contra unos enemigos á quienes no hubo ocasion en que mirase con benevolencia ni con imparcialidad, como obstáculos que le parecian implacables contra sus planes ambiciosos. Para dar razon á la especie de fanatismo que muchas veces daba á conocer, no hay que acudir á causas ni muy prolifas ni muy puras de liga profana. Es menester tener muy en cuenta que en medio de los estudios escolásticos y de las continuas contiendas religiosas, en que frecuentemente tiene mas parte la vanidad y el orgullo que el convencimiento de la verdad, si es muy difícil arraigar creencias profundas en el alma, es muy fácil adquirir inclinaciones tanto mas favoritas y tenaces, cuanto que con ellas se ha combatido largo tiempo, y á ellas se

deben sabrosas victorias de amor propio. Es decir, que suele hacerse de ellas por ser propias ídolos impecables, como acostumbramos nosotros á hacer de nuestros seres superiores á los que nos rodean. Cuando llegan á este punto los hombres mismos de mayor talento, guiados por el interés ó por el orgullo, ó por ambas razones juntas, jamás retroceden un paso, so pena de perder el fruto de sus afanes, ó de verse precisados á condenar espresamente su conducta primitiva, ó su conducta posterior.

Tempestuosa fue la vida de Juliano, como tenia que serlo la de un filósofo y un guerrero, por tan contrarios vientos combatida. De los hechos que hemos sentido y de las observaciones que hemos emitido, podrá deducir el lector la calificación que á este Príncipe corresponda. Bástanos haber dado una idea distinta á nuestro parecer, aunque lijera, de sus acciones, y sentimientos, y llamar la atención general sobre los últimos instantes de este Emperador, tan dulces y tranquilos. Cada cual según sus principios filosóficos y religiosos hará á su placer sobre este punto las conjeturas que mas se ayengan con ellos. Pero nosotros pensamos que si en este trance, como creemos, está la conciencia alerta, las faltas consideradas no son á sus ojos lo que parecen aisladas al juicio de la humanidad.

MANUEL MORENO LOPEZ.

SOBRE EL ESTADO

LITERARIO Y POLITICO DE LA ITALIA,

DESDE 1800 HASTA NUESTROS DIAS.

II

Despues de haber sido Napoleon coronado Emperador, salió la Italia de aquel estado de perplejidad y anarquia que la habian lastimado largos años, y se vió por fin constituida casi toda en un solo reino, próxima á obtener la apetecida forma de una poderosa nacion. El principe Eugenio fue nombrado Virey de Italia, pero aquella peninsula estaba destinada por Napoleon como patrimonio al segundo hijo que tuviera. El Emperador francés apenas subió al trono, comenzó á mirar á la Italia de muy diferente manera de como la habia considerado siendo general y cónsul. Empleó todo su cuidado en aliviarla de sus pasados males y en hacerla floreciente y grande, de manera que ya aquel pais al principio de este siglo, se prometia un dichoso porvenir.

Conociendo Napoleon que un idioma propio y sin mezcla alguna de estrangerismo imprime sello mas profundo de nacionalidad á los pueblos, su primer cuidado se dirigió á restituir á la Italia la pureza de su lengua, pro-

metiendo premios, estableciendo cátedras y promoviendo academias para conseguir la perfeccion del habla italiana. Inmediatamente un enjambre de eruditos hicieron todos los esfuerzos posibles para devolver su antigua nobleza y gala á la lengua del pais, *ove il bel si suona* (donde suena el bello si) (1) En esta época fué cuando el abate Antonio Cesari, Vicente Monti, Pablo Costa, Julio Perticari se dedicaron con grande empeño á despojar la lengua italiana de sus galicismos. Cayó el Emperador de los franceses, y entonces la Italia se desmembró miserablemente otra vez en varios reinos; pero el impulso dado á sus estudios filológicos no por esto se detuvo.

En los primeros años del siglo presente, publicó Cesari, de quien ya hemos hecho mencion, una erudita disertacion sobre las dotes, el origen y las bellezas de la lengua italiana, á la cual llamó esclusivamente toscana. En este trabajo hizo grande alarde de erudicion, de buen gusto y de profundo conocimiento de los clásicos antiguos. No obstante, entre muchos que prodigaron elogios á esta disertacion, hay otros que la ceasuraron, diciendo que su autor queria desenterrar y volver á luz ciertos arcaismos, refranes y palabras rancias que no podian convenir á la sazón. Si fuéramos á examinar por encima aquella obrita, no podríamos menos de echar en cara á Cesari su poca critica; mas penetrando al fondo de sus intenciones no es posible dejar de darle grandes elogios, porque su único pensamiento fué hacer gustar á los italianos el sabor de los clásicos antiguos, y manifestar cómo muchas palabras desusadas, las cuales va citando, no eran mas que un

(1) Dante y otros acreditados autores llaman á la lengua italiana *lingua del si* y á Italia, *paese ove il bel si suona*, y esto porque se cree que la particula afirmativa *si* en boca de los italianos da una idea del sonido melodioso y armoniosísimo, que tiene en sí mismo su idioma. Nos ha parecido oportuno hacerlo notar para la comuu inteligencia de aquellos que no están muy versados en la literatura italiana. Entretanto añadiremos aquí por via de curiosidad, que en la coleccion de sonetos burlescos de Juan Bautista Casti, llamada *Giulejde* se lee uno muy ingenioso, en el cual el autor llama á muchas lenguas con el nombre de ciertas particulas con que han solido llamarlas los doctos. Por esto llama á la italiana *lingua del si* y á la francesa lengua *Dil ouí*.

perfecto sinónimo de algunos vocablos extranjeros, introducidos bajo el pretexto de que hacian falta al italiano. Además de la referida disertacion, Cesari dió á luz un opúsculo titulado «*Las bellezas de la divina comedia de Dante.*» Analiza en él profundamente todas las prendas que encierra aquel poema; la fuerza y robustez de la versificacion, la pureza del lenguaje, la sencillez de la expresion y sus admirables rasgos de imaginacion. Esta obra de pocas páginas, pero de muchas y buenas ideas, valió no poca gloria á su autor. *La vida de Jesucristo*, del mismo, está sembrada de bellezas filológicas, pero se resiente de cierta afectacion, y cansa algunas veces por sobra de correccion y pulimento en las frases y en el estilo. Hay otra obra suya muy digna de elogios, y es la traduccion de seis comedias de Terencio en vulgar florentino. En esta ocasion quiso Cesari valerse esclusivamente del dialecto que se habla en Florencia, porque tanto por la riqueza de sus frases comunes, como por su tono familiar y por su gracejo, le pareció el mas á propósito para la comedia. Este autor escribió tambien muchos discursos sagrados y profanos, todos de mucho mérito por la pureza y elegancia de su estilo.

Monti, poeta eminente y de imaginacion fogosa, como todos los poetas, ya que no podia negar á Antonio Cesari la cualidad de gran filólogo, le hizo no obstante cruda guerra, atribuyéndole la intencion de renovar las inmundas palabras de la plebe toscana, y no la flor del lenguaje culto. Pero Cesari sin cuidarse de las invectivas de su rival, ni de cuanto habian escrito contra él los redactores de la *Biblioteca italiana*, periódico á que pertenecia Monti mismo, continuó tranquilamente sus trabajos. Por este tiempo nuestro autor, en union con Pablo Costa y otros sábios, se dedicó á formar un nuevo diccionario italiano partiendo del de la *Crusca*, enriqueciéndolo en gran manera con nuevas frases y vocablos. Todavía Monti se estrelló contra esta nueva publicacion, diciendo mil pestes de ella, y manifestando que el nuevo dic-

cionario escaseaba en palabras importantes y abundaba en otras antiguas, en frases desusadas y en refranes chabacanos. Entretanto, esta contienda, aunque lamentable entre dos italianos, produjo sin embargo al país una preciosa obra de muchos volúmenes, que Monti publicó bajo el título de *Adiciones y enmiendas al nuevo diccionario*. En ella incluyó muchas palabras y frases toscanas escapadas á la indagadora diligencia de Cesari, é hizo notar los vocablos á que este habia dado cabida, sin tener presente que el estado de nuestra sociedad no podia admitirlos. La obra de Monti, causó ruido no solo por su mérito intrínseco, sino tambien por la gracia con que estaba escrita; no obstante debemos advertir, que aunque llevaba al frente el nombre solo de Monti, se sabe, que habian contribuido á su compilacion otros eruditos, y entre ellos especialmente el Conde Julio Perticari. Semejante cuestion y los trabajos de Cesari y de Monti terminaron por despertar el génio de los italianos, y hacerles conocer que ya era tiempo de dedicarse sin demora al estudio de su propia lengua y despojarla de su mala hojarasca.

Melchor Cesarotti, de quien mas arriba hemos hablado, hombre sumamente instruido y poeta fecundo, era uno de los que en el siglo anterior habian contribuido poderosamente á corromper el lenguaje, afeándole con mil galicismos y barbarismos. Este escritor con su gran talento, á pesar de sus grandes defectos, habia llegado á causar profunda sensacion con sus escritos, y arrastrado consigo una porcion de imitadores, que sin la capacidad del maestro adoptaron sus faltas y no sus buenas prendas. Entre tantas obras como escribió, hay una digna de recomendacion bajo muchos aspectos, pero perjudicial para quien se ponga á leerla sin prevencion y sana critica. Titúlase *«Filosofia de las lenguas.»* En ella examina el autor el origen y el uso del lenguaje y las dotes del idioma toscano; múestrase tambien en ella muy indulgente hácia la invencion de nuevos vocablos y la introduccion de términos y modismos estrangeros, lo cual no solo aprueba, sino hasta

lo recomienda. No contento con esto se desata contra los gramáticos, que según él dice, dan muchas veces reglas estrañas que solo sirven para viciar el buen gusto. Este libro que llevaba el nombre de Cesarotti se adoptó como testo por algunos italianos, pero fué juzgado como una obra escandalosa por todos los filólogos de juicio, los cuales alabando por una parte el génio del autor, y examinando despues la *filosofia de las lenguas*, no pudieron menos de condenarla y anatematizarla. Los mas acreditados periódicos italianos al hablar de ella la elogiaron en parte, la censuraron en muchas cosas, y finalmente casi todos concluyeron, sirviéndose solo de diferentes palabras, diciendo que el abate Melchor Cesarotti era un verdadero ateo en materia de lenguaje. Ahora bien, las obras de Cesari, de Monti, las de Costa, Peticari y otros hombres de mérito habian ya á principio de este siglo deshecho al prestigio de las teorías cesarotianas, y la elegancia de la lengua italiana comenzaba á recobrar su antigua pureza.

Pero si es verdad que Cesarotti causó gran daño al habla italiana con la introduccion de nuevos y exóticos vocablos, tambien lo es que ilustró en gran manera la Italia con sus obras en prosa y verso. El fué el primero que dió al verso suelto una brillantez, una armonia y una robustez desconocidas hasta entonces. Las lenguas modernas, diferentes en esto como en otras cualidades de la griega y de la latina, no poseen en sí mismas ese acento musical, que da bastante melodia al verso solamente con la artificiosa colocacion de las palabras, y por eso todos los pueblos de Europa adoptaron la rima, como una parte esencial de la armonia poética. Y aunque entre todas las lenguas actuales es la italiana la que mayor número y calidades de dotes poéticas encierra, no obstante tambien se ha adoptado en ella la rima como una parte esencial de la armoniosa construccion del verso. Los italianos fijos en la idea de que su idioma derivado en gran parte del griego y del latino, conservaba como estos el génio poético, escribian desde el siglo XIV en verso suelto, y Giorgio Tris-

sino en el XVI publicó un poema hecho todo él de versos no rimados, y titulado «*la Italia libertada de los Godos*». Mas á pesar de tantos esfuerzos, los poetas italianos que escribieron en esta clase de versos, hasta hace muy poco tiempo, eran tenidos por amanerados, flojos y cansados en sus composiciones, cuando apareció Melchior Cesarotti, causando gran sensacion entre los poetas á principio de este siglo con *la muerte de Hector* y la traduccion de los poemas de Osian. Es la primera una paráfrasis de la Iliada de Homero, en que puso Cesarotti mucho de su invencion y omitió no poco del original; y fué tan ávidamente leida y tan generalmente admirada, que produjo gran entusiasmo por la nueva construccion del verso suelto en que estaba escrita. Los versos de este poema, aunque sin rima alguna, no pueden leerse sin sentir el poder de su armonia, á cuyo influjo nació una nueva era para la poesia italiana. Sin embargo, á pesar de los elogios que llovian sobre Cesarotti, cayó tambien sobre él un diluvio de ataques promovidos por algunos criticos fanáticos que parecen nacidos espresamente para censurar. Hecharon estos en cara á Cesarotti el haber desfigurado y maltratado impudicamente el texto de Homero, y llevando su ojeriza mas adelante, dijeron que habia hecho aquella variacion, porque poco profundo en el idioma griego, no se sentia con fuerza bastante para imitar ó copiar las bellezas del poeta de Smirna. Esta última parte de la acusacion, lastimó altamente el amor propio y el orgullo literario de Cesarotti que era entonces catedrático de griego en Padua, y para rechazarla tradujo en poco tiempo toda la Iliada en prosa toscana, pero con tanta elegancia y estricta sujecion al original, que confundió de una vez á todos sus enemigos; y haciéndoles pasar por caluniatos; se presentó á la Europa como elenista insigne y profundo literato. Mas afortunada fue la traduccion de Osian, la cual valió á su autor escasas críticas é inmensas alabanzas. Esta coleccion de poemas calidonicos contribuyó poderosamente á difundir en Italia cierta aficion á las tétricas

imágenes septentrionales y á la poesía romántica. Cesarotti que era muy laborioso, además de las obras referidas, publicó otras muchas, entre las que merecen especial recomendación varios discursos en prosa; las breves pero lindas biografías de los primeros cien papas; la traducción de algunas sátiras de Juvenal y de varias tragedias de Voltaire, y finalmente un gran número de poemitas y poesías diversas.

Hablemos ahora de Ugo Foscolo, nacido en Zante, pero contado entre los ilustres pensadores y poetas italianos, porque recibió su educación y floreció en Italia aumentando con sus obras, la gloria y esplendor de este país. Es una gran sentencia de Plutarco que en ninguna parte se ven retratados los hombres con más fidelidad que en sus propios escritos, y en nadie se ha visto confirmada esta verdad como en Ugo Foscolo. Su carácter exagerado y melancólico se revela en las *cartas de Jacobo Ortis*; sus graves ideas y sublime fantasía ponen el sello de la originalidad á su poema de los *Sepulcros* que levantó á Italia un monumento de gloria inmortal; su oración recitada en los comienzos de Leon muestra un escritor franco y libre que no sacrifica nunca sus opiniones al poder humano; su traducción del *Viage sentimental de Sterne*, bajo el título de *Didimo Cherico*, manifiesta la índole cáusticamente satírica de Ugo Foscolo, el cual no derramaba nunca en su sátira sales áticas y brillantes colores, sino profundos pensamientos.

En los comentarios de la divina comedia de Dante se advierte, mas que en ninguna de sus obras, una penetración é ingenio que dan una idea completa del gran talento de Foscolo: algunas veces se extravía divagando en gran copia de conjeturas eruditas en lugar de ceñirse á comentar acertadamente el texto del arrogante poeta gibelino, pero en estos mismos extravíos aparece Foscolo original y grande. En todas sus obras generalmente campea una tinta de profundidad tedesca.

Entre Foscolo y Monti reinaba bastante enemistad nacida

mas bien que de rivalidad literaria, de causas puramente políticas. Fòscolo, de carácter franco é independiente no podia tolerar que otros se inclinassen como débil caña á lamer los pies de un déspota. Montí cuando Napoleón llegó al apogeo de su poder, acaudilló la turba de poetas que le alabaron, y despnes se tornó vilmente enemigo del Emperador de los franceses, cuando lo vió débil y desterrado en la isla de Santa Elena. Tanta vileza de carácter era bastante para hacer á Montí despreciable á los ojos de cualquiera hombre, pero lo hizo mucho mas despreciable para Fòscolo, el cual amaba apasionadamente la virtud, y no mas que la virtud; y adoraba la libertad, no por moda, sino porque conocia todo el precio de ella. Pero dejemos aparte las opiniones políticas, y juzguemos á Montí únicamente bajo el punto de vista literario. Fué éste un poeta de inmensa instruccion y de fecunda vena, y á él se debe la gran altura á que llegó la poesia dantesca. Su *Basyliana* es una obra maestra por la robustez y armonia de la versificacion, por sus bellos giros poéticos y por la elevacion de sus pensamientos. *El Bardo de la Selva Negra* es otra clase de composicion que escribió en loor de Napoleon. Múestrase el autor en este poema como un hombre inspirado que dando libre curso á su imaginacion, no se cuida de observar un metro regular y constante en sus versos. Entre las muchas producciones poéticas de Montí, la que le ha dado mas renombre es la traduccion en verso italiano de la *Iliada* de Homero. No conocia nuestro poeta la lengua griega, pero suplió esta falta con su gran talento, consultando con el mayor esmero las mejores traducciones latinas de aquel poema, y teniendo siempre á la vista cuando trabajaba en esta empresa, una traduccion en prosa enteramente á la letra, que le habia hecho el célebre Mustoxidi, natural de Corfú. Con este auxilio consiguió Montí hacer una obra tan perfecta, que su traduccion de la *Iliada* es sin duda la mas apreciable que tiene la Italia, y digna de competir con la magnífica inglesa que hizo Pope.

Tenemos tambien de Monti algunas tragedias, entre las cuales merecen grandes alabanzas *Aristodemo* y los *Graccos*.

A los referidos poetas conviene agregar uno que fue ciertamente el mas famoso improvisador que honrara á la Italia, y que murió el año de 1816 en Paris, con sentimiento de los que sabian apreciar su mérito. Llamábase este poeta Francisco Gianni, conocido generalmente en Italia con el nombre de *El Bardo de Napoleon*, á causa de haber cantado todas las victorias de este guerrero; las poesias improvisadas de Gianni están casi todas en una coleccion, divididas en varios tomitos. Siendo cosa larga y enojosa el recorrerlas una por una, haremos únicamente mencion de sus tercetos con motivo de las batallas de Marengo y de Jena, y de su admirable poemita en versos sueltos, intitulado la *Madre Ebraea ó la destruccion de Jerusalem*. Gianni enemigo de Monti escribió como este la *Basviliána*, única obra acaso que no improvisó. Pero como Monti hablando de la muerte de Ugo Basvil, Embajador de la república francesa en Roma, lo habia presentado faccioso y anti-católico, Gianni por el contrario le dió un gran carácter de honradez y de virtud, y atacó fuertemente al Papa y al Clero romano. La *Basviliána* de Monti es mas correcta; en la de Gianni hay mas imaginacion: la primera trasciende de servilismo, y la segunda rebose de libertad; Monti revela el poeta de las circunstancias, y Gianni el poeta de sentimiento.

Mas dejando ahora los poetas sublimes y profundos escritores, diremos algo de Juan Bautista Casti, poeta joco-serio que murió en Paris por los años de 1808. Fue este un escritor burlesco y chistoso, satírico en extremo, y filósofo aunque no muy mirado en la dignidad de la espresion. *Sus animales parleros*, bajo el velo del apólogo y del gracejo, encierran las mas altas verdades políticas; su viaje á Constantinopla, reducido á una relacion de ciertas páginas, está escrito con una reflexion y criterio propios de un gran talento; su *paema tártaro* en octavas es una amarga sátira contra Cata-

lina II Emperatriz de Rusia, dispuesto y espresado con mucho ingenio, y para apreciar el cual es preciso leer las anotaciones que esplican las alusiones á las intrigas amorosas, á la política y defectos de la Emperatriz. Es digna de particular mención la *Giuleide* que hemos ya citado. Esta es una colección de sonetos burlescos y graciosísimos, dirigidos todos contra un importuno acreedor, que sin consideracion alguna le perseguía tenazmente, reclamándole la deuda. En algunas ediciones de las obras de Casti, se encuentran sus libretos de ópera de música y comedias de poca nota, bien al contrario de sus novelas, que si bien adolecen del defecto de poca modestia y pudor, son sin embargo, tan graciosas y picantes, y con tanta ligereza y fino escritas, que no pueden leerse sin admirarlas.

En la época del Imperio francés no solo comenzó á mejorarse la lengua italiana y brillar la poesia, sino tambien recibieron utilísimas reformas las leyes civiles, y cobraron un nuevo aspecto mas conveniente y preciso las ciencias económicas y administrativas.

Pero cuando la Italia comenzaba á vivir un dia con mas anchura y concebía esperanzas de mejor porvenir, cayó el Imperio francés á impulso de una série de acontecimientos de todos conocidos, y volvieron á levantarse por toda la Europa los antiguos tiranos, los cuales exasperados por las pasadas vicisitudes políticas, solo pensaron en los medios de encadenar para siempre á sus súbditos, sofocando toda idea de libertad. Verificóse entonces por los años de 1815, el famoso Congreso de Viena, en donde se pusieron á los pueblos en venta como despreciables mercancías. Como era consiguiente sucumbió de nuevo la Italia bajo el yugo de una vergonzosa esclavitud, y el Emperador de Austria, Señor de toda la Lombardía y del Estado Veneciano, principió á ejercer el mas perjudicial influjo en todos los pueblos de aquella desgraciada península.

Tan súbito cambio de Gobierno, acompañado de la mas du-

ra tiranía, irritó sobremanera á los pueblos italianos que á la caída del Imperio frances no se creían en el caso de sufrir el absolutismo, esperando obtener las ventajas de una Constitución propia, con una representación nacional, según las seguridades que les había dado el mismo Emperador de Austria Francisco I, el cual no solo faltó á sus promesas, sino que tuvo la osadía de responder estas palabras á unos ilustres italianos que reclamaban para su patria el cumplimiento de la promesa imperial. « Los pueblos han nacido para obedecer, y la Constitución se opone á la confianza que debe existir entre los súbditos y el Monarca: por lo que no quiero, Señores, que se vuelva á hablar de semejante asunto, y sabré imponer silencio con el cañón al que no quiera callar á buenas.»

Pero en este tiempo predominaba ya en Italia una sociedad secreta, llamada de los *Carbonarios*, que se prometía organizar un Gobierno Constitucional en toda aquella península, sacudir el yugo austríaco, consolidar los derechos del pueblo, y abatir la aristocracia.

Los carbonarios habían empezado á ser poderosos en el reino de Nápoles, y á estenderse por toda Italia en tiempo de Murat, y aun se asegura que este rey se había entendido con ellos para afirmarse mejor en el trono; por lo tanto después del Congreso de Viena en 1815, redoblaron sus esfuerzos y consiguieron por un instante reanimar la esperanza en los pechos italianos; pero esta se desvaneció bien pronto para convertirse en mayor aflicción, como ya tendremos lugar de manifestar.

SALVADOR COSTANZO.

NOTA.

Estas ideas están mas ampliamente desarrolladas en una obra del autor de este artículo, titulada: *Ensayo literario y político sobre Italia*, que se publicará á fines de este mes. Los Señores que gusten suscribirse á ella, pueden hacerlo en la imprenta de Mellado, calle del Sordo, n. 11. Consta de un volumen; su precio 12 rs.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

Aprobado ya suficiente número de actas, con una rapidez tal, y pasando desapercibidos los escandalosos abusos que en muchas de ellas aparecían, que bien puede decirse que el sistema electoral es entre nosotros una completa farsa, procedió el Congreso de Diputados á constituirse, y á la consiguiente eleccion de la mesa. Al parecer debia ser muy disputado el triunfo, pero no fué así, por una de aquellas cosas, que solo se ven en los tiempos que atravesamos de general desmoralizacion. Segun se ha dicho, hubo un convenio previo entre los ministeriales y la fraccion que dirige el Señor Olózaga para elegir presidente al Sr. Cortina, con tal que los cargos de vice-presidentes y secretarios se distribuyesen entre las dos diferentes fracciones. En efecto, fué elegido presidente el Sr. Cortina por casi todos los votos; pero al procederse á las siguientes elecciones, se advirtió ya una falta de cumplimiento á lo convenido, resultando que la oposicion ganó todas las votaciones, no sin escándalo de los que creen como nosotros que los compromisos contraidos ligan siempre á los que los estipulan; pero en los tiempos que atravesamos, nada admira ya.

Entretanto el Senado, despues de aprobar las actas de Badajoz, anuladas en el Congreso, y otras en que habia mucho que decir, procedió á la discusion del proyecto de contestacion al discurso de apertura, en el cual separándose la comision de las prácticas seguidas, y olvidando el carácter conservador que deberia tener el cuerpo de quien se consti-

tuye órgano, indica medidas, usa de recriminaciones y emplea un lenguaje poco digno y correspondiente, llegando hasta á calificar de verdadera conspiracion contra el Estado, á la libertad de imprenta, cual si el Senado quisiese aprobar con esto las descompuestas palabras que usó el general Seoane pocos dias antes, contra los escritores públicos, sin acordarse siquiera de que para serlo, es necesario mas decision y sobre todo mas talento que el que hasta ahora ha manifestado el mencionado general; tal vez con mejores disposiciones, hubiera él llegado tambien á serlo como lo son muchos de sus compañeros, y tal vez se hubiera visto reducido á las escaseces de que hizo un cargo á algunos escritores, si su conciencia le hubiese llevado á no servir á un gobierno á quien combatia, y á no doblegarse á todas las circunstancias por extraordinarias y repugnantes que fuesen.

Usando la comision del manoseado alarde de independencia nacional, hace alusiones á la politica de un gobierno amigo, desentendiéndose de la de otro que aparenta serlo mas, y refiriéndose al discurso pronunciado por Mr. Guizot en las Cámaras francesas, relativamente al enlace de nuestra Reina. La discusion del párrafo en que de esto se trata, ha dado lugar á varios discursos, siendo lo mas notable y sorprendente, el oír de boca del Sr. Heros, intendente de Palacio, servidor de una ilustre descendiente de la estirpe Borbónica, atribuir todos los males de España á sus augustos progenitores, y producirse en unos términos que, si sentarian muy mal en cualquiera, no tienen disculpa en una persona tan inmediata al ramo principal de aquel trono en España. No sin razon se ha dicho que las augustas huérfanas, estaban confiadas á personas enemigas declaradas de sus padres y de toda su familia.

Tambien ha sido notable la salida del Sr. Ministro de Estado, que interpelado porque no habia dado el gobierno una contestacion á las palabras pronunciadas por Mr. Guizot, dijo que dejó de hacerlo porque esperaba que lo verificasen las Córtes,

como si dado caso que hubiese motivo para ello, correspondiera nunca á los cuerpos legisladores, entrar en polémicas con los gobiernos extranjeros. Está visto que los hombres del día, ni la mas leve nocion tienen de lo que son los gobiernos representativos. ¿Pero á qué toda esa alarma y recriminaciones? ¿Es acaso otra cosa que haber mirado el asunto como un negocio doméstico, olvidándose de la politica? Ignora el gobierno y el Senado, que el casamiento de nuestra adorada Reina es un negocio en que indirectamente procurarán influir todos los gobiernos de Europa? ¿Y la Francia nuestra vecina, no podrá procurar impedir que se realice de modo que no perjudique á sus intereses, á su seguridad, á su politica? ¿No hará lo mismo la Inglaterra, la generosa aliada de los hombres del día; no lo esta haciendo tal vez, sin que infunda esas alarmas ni escite tan desentonadas reconvencciones? ¿No lo haria el Sr. Heros tambien, si esa desgraciada monarquia fuese la poderosa de Felipe II, y si el Sr. Heros pudiese llegar á ser ministro, de semejante monarquia? Pero nos falta espacio para indicar siquiera las muchas observaciones que nos seria facil hacer.

La discusion continúa en el Senado, y es de creer sea aprobada la contestacion, atendido el espíritu que en aquel cuerpo domina, y en el que figuran un desmedido número de generales.

El Ministerio ha dicho en el Senado, no sabemos por qué, que habia presentado su dimision, y que el Sr. Cortina, Presidente del Congreso, era el encargado de la formacion de un nuevo ministerio. Asi concluye el mes anterior; el Congreso suspendidos sus trabajos, el Senado aprobando el discurso de contestacion, y el pais sin gobierno, moribundo el existente y en una elaboracion que ha de ser muy dificil y trabajosa al ministerio que le ha de suceder. Volvemos á estar en una nueva crisis, despues de tantas crisis como hemos pasado, y no será esta la última, ni la que tenga menos cómico desenlace.

LECCIONES DE

FILOSOFIA ECLÉCTICA

PRONUNCIADAS EN EL ATENEO

por D. Tomas García Luna (*)

Para juzgar el mérito de esta obra y apreciar debidamente su importancia, es necesario recordar el estado en que se encuentra hoy la filosofía. A la dificultad propia de las investigaciones psicológicas se une en la actualidad la del método con que se verifican: ningún principio exclusivo domina en el campo de la ciencia, y el carácter del eclecticismo hace necesaria una erudición vastísima. Los escritores de la moderna filosofía han unido la crítica á la dogmática, y las obras en que consignan sus investigaciones, son monumentos admirables de erudición y de saber.

La tarea del ecléctico es pues en extremo difícil, si ha de ser fiel al espíritu de su sistema. No le basta tener el génio de Descartes, para descender al *ego*, primera manifestacion de la conciencia, y penetrar en ese misterioso recinto con paso firme y seguro. Es necesario además, que recorra las filosofías de todas las épocas; que lo mismo sean objeto de su

(*) El primer tomo se vende en la librería de Boix.

meditacion los diálogos del discípulo de Sócrates, que el *Monologium* de San Anselmo y los principios de Descartes.

El Sr. García Luna al escribir sus lecciones de filosofía, ha acometido una tarea espinosísima, y su carácter entre nosotros es el de representante de la filosofía del siglo XIX. Por ser esta una expresión exacta del estado social, por ser el espíritu mismo del espíritu del tiempo, la ciencia en España huye como en Francia de los principios exclusivos; es sin darse cuenta de ello conciliadora y ecléctica. Pudieran citarse muchos opúsculos, muchas obras importantes, en las cuales los principios que se establecen, las teorías morales y políticas que se adoptan, distan mucho de ser exclusivas; distan mucho de ser consecuencias de un materialismo exagerado, de un espiritualismo sutil, ó de un misticismo intolerante. Pero al propio tiempo, en la enseñanza y en la práctica reina el sensualismo. La base de las ciencias, el estudio que debe dar exactitud y solidez à todas ellas, se encuentra abandonado entre nosotros. La España por circunstancias particulares de su constitucion política y social, ha permanecido hace algunos siglos fuera del movimiento filosófico, y no puede citarse nombre alguno al lado de esa multitud de hombres eminentes que han cultivado la filosofía en todo el resto de Europa.

En este siglo, ninguno de los ilustres pensadores de la escuela escocesa, ninguno de los críticos alemanes ó de los eclécticos franceses, ha tenido entre nosotros intérpretes ó traductores. Sin embargo, hace mas de cincuenta años que abrió Reid su cátedra en Edimburgo; y las lecciones de Mr. Cousin son de los primeros años de la restauracion.

Séanos permitido deplorar un hecho de tanta trascendencia, y tributar elogios al escritor apreciable que lleno de ese amor desinteresado de la verdad, primer elemento del génio moral; de esa fé viva en la razon y sus concepciones sublimes que es la condicion de las obras de la mente, ha cultivado la filosofía por espacio de muchos años, y consagrado sus vigilias al estudio de los autores antiguos y modernos.

El Sr. Garcia Luna se propone publicar un curso completo de filosofia ecléctica. El primer tomo de la psicologia intelectual acaba de ver la luz pública, y de él vamos á ocuparnos en este artículo. Para llevar á cabo tarea tan delicada, es necesario ante todas cosas determinar de una manera general el carácter de la psicologia ecléctica.

El objeto de esta ciencia es el estudio de nuestras facultades: la psicologia satisface el deseo que sentimos de averiguar el origen de nuestros conocimientos, la generacion de nuestras ideas. Dos son los caminos que pueden aceptarse para resolver estas cuestiones: ó bien buscar ante todas cosas las fuentes de nuestras ideas, y explicar despues con ellas las concepciones que se encuentran en nuestra mente, ó bien determinar primero la existencia y los caracteres de estas concepciones, y subir despues al origen de que proceden. El primer sistema condujo á Locke á los resultados mas absurdos: era natural por extremo, que persuadido de haber hallado los verdaderos orígenes del conocimiento, desechase despues toda idea, toda concepcion que no podia ser explicada con ellos. Es pues del carácter de la filosofia ecléctica, seguir el segundo de estos métodos, que es el que menos probabilidades presenta de conducir á errores.

Por otra parte, examinándonos á nosotros mismos, es imposible no advertir, que en todos nuestros actos, bien pertenezcan al espíritu, bien pertenezcan á la materia, se observa el sello de la dualidad de nuestra naturaleza. El hombre que es capaz de los conceptos mas elevados, se encuentra muy amenudo sometido al imperio de las pasiones, al mismo tiempo que conserva su libertad y la noción de la ley moral, aun en medio de esos frecuentes extravíos. Esta union de los dos principios debe verse reproducida en la filosofia. Pretender explicarlo todo con la sensacion, haciendo del hombre una mera máquina, es mutilar visiblemente la naturaleza humana. Suponer como Fichte que el mundo es una libre creacion del *yo*, es tambien otra mutilación deplorable de nuestro ser.

La limitacion de las facultades humanas, y la imperfeccion de nuestros medios de conocer, son causa de que al observar los fenómenos de la mente, corramos el riesgo de preocuparnos por uno ú otro de los elementos que nos constituyen. Esta persuasion de la dualidad del hombre, este convencimiento de la estrecha union que existe entre el espíritu y la materia, es otra de las bases del eclecticismo. En la bandera de sus sectarios pudiera escribirse el epigrafe que puso Bacon á su tratado del espíritu; *de fœdere*; de la union, de la alianza, del estrecho vinculo; porque esta alianza y este vinculo son la esplicacion mas plausible de todas nuestras concepciones.

Pero ¿cuál es la parte que corresponde á cada principio en la formacion de nuestras ideas? ¿que es lo que hay en ellas del alma? ¿qué es lo que hay en ellas del cuerpo?

Las ideas pertenecen á la inteligencia, y este principio espiritual es absolutamente independiente de la materia: un abismo inmenso separa la naturaleza de ambos elementos. Nosotros sin embargo no podemos observar el espíritu de otra manera que en su estado actual, es decir, íntimamente unido á la naturaleza fisica. Cualquiera otro exámen es enteramente superior á nuestros medios limitados é imperfectos. Observada el alma en este estado de íntima alianza con la materia, es innegable que si bien las ideas le pertenecen, si bien es un principio independiente, sus concepciones sin embargo tienen por condicion los ausilios de la sensibilidad: no puede comprenderse qué clase de conceptos formaria nuestra mente si llegase á carecer del testimonio de los sentidos. Las ideas por consiguiente pertenecen á la razon, son los modos de ser del principio espiritual, pero tienen por condiciones de su formacion los datos que proporciona la sensibilidad, la intervencion de la materia. *Quantum est ad noticiam veritatum necessariarum intellectus, non habet sensus pro causa sed tantum pro occasione*: esta frase de un filósofo de la edad media, es la espresion mas exacta de la parte que correspon-

de á cada principio en la formacion de nuestras ideas.

Preocupados por uno ú otro de estos elementos, los sensualistas y los espiritualistas han negado lo que es una verdad de observacion conforme al sentido comun. Por insignificantes que parezcan las cuestiones de la psicologia, es indudable sin embargo que del examen que se haga de nuestras facultades, han de deducirse despues los preceptos de la moral y las ideas de la ontologia. Por esta razon, los principios de la escuela sensualista que esplicaban al parecer de una manera exácta los fenómenos todos de la mente, fueron pronto abandonados, cuando los absurdos en que vinieron á concluir sus adeptos, pusieron de manifiesto la inesactitud y la falsedad de todo el sistema. Tuvieron estos delirios por resultado un gran movimiento reaccionario que produjo al cabo el método ecléctico, cuyo caracter es el caracter de la sociedad del siglo XIX. Deseoso de evitar las exageraciones y los extremos, el espíritu humano ha buscado un auxilio contra las imperfecciones del método de observacion, y ha recurrido á la historia como único medio de ayudar á la razon en el descubrimiento de la verdad. El testimonio de las generaciones pasadas es en efecto la antorcha mas luminosa de que puede usar el hombre para caminar entre las tinieblas de la ciencia.

Los eclécticos persuadidos de que la verdad entera no se halla en ninguna escuela determinada, y de que los errores mas considerables no pueden ser adoptados por pensador alguno, sino por lo que hay en ellos de verdadero, examinan todas las filosofias buscando la verdad y separándola de los errores. Leibnitz decia; « he observado que casi todas las sectas tienen razon en una gran parte de lo que afirman, pero no tanto en lo que niegan. »

Tales son en resumen las bases del eclecticismo, y estos los principios seguidos constantemente por el Sr. Garcia Luna.

Antes de ocuparse de las grandes cuestiones psicologicas, ha juzgado oportuno dar una idea general de la filoso-

fia, probar la importancia de su estudio, y determinar por último la naturaleza del método en general y las ventajas que presenta el ecléctico sobre todos los seguidos anteriormente. Distingue la filosofía en general, como método de todas las ciencias, de la filosofía en particular, como ciencia de las facultades del hombre. En el orden de adquisición de nuestros conocimientos asigna el último lugar á la filosofía, y afirma que á las ideas de lo útil, de lo justo, de lo bello y de lo santo, sucede la idea de lo verdadero. Este lugar señalado á la filosofía despues de la religion, es propio del carácter del eclecticismo, y ha sido objeto de los ataques de sus adversarios. Uno de ellos, Mr. Leronx, piensa que la filosofía ecléctica detiene el progreso de la humanidad por unirse al cristianismo, en vez de producir una religion nueva.

Confunde este escritor de una manera deplorable, lo que es asunto de la reflexion, con lo que es fruto del sentimiento. La espontaneidad es anterior al ejercicio reflexivo de la razon; la religion precede siempre á la filosofía y le imprime constantemente su carácter. «El cristianismo, dice Ritter, ha » ejercido y ejerce aun sobre el desenvolvimiento de la filosofía » una influencia tan considerable, que sin el primero no podría » comprenderse ni la formacion, ni la historia de la segunda.»

Por lo que hace á la importancia de la filosofía, no tememos equivocarnos al decir que el autor no deja nada que desear en las pruebas que presenta para sustentar su opinion: á las razones concluyentes de que se vale, ha añadido un párrafo brillante de Carlos Remusat, el mas á propósito para desvanecer toda prevencion en el espíritu de los lectores. No sabemos qué pueda decirse en contra del libre uso de la razon, y del estudio del único instrumento que posee el hombre para conocer la verdad. Desechar el testimonio de la inteligencia para recurrir á cualquiera otro principio, es segun la idea felicísima de Locke, un acto semejante al de un hombre, que para ver mejor una estrella lejana con ayuda del telescopio, empezase por arrancarse los ojos.

Al tratar del método en general, el autor ha desvanecido un error muy extendido, que tiene sin embargo la mayor trascendencia. Nada mas comun que despreciar á los antiguos como meros soñadores de hipótesis aventuradas, y pretender que solo los modernos, guiados por la observacion y la experiencia, han alcanzado el conocimiento de lo verdadero. Piensa el Sr. García Luna que si bien es cierto que las ciencias físicas han hecho rápidos progresos desde la época del renacimiento de las letras hasta el tiempo en que vivimos, no sucede lo propio con las ciencias morales. Cita los libros de la India y de la China, los filósofos de Occidente, y por último las teorías modernas de los alemanes y escoceses, y advierte que estos han acabado siempre por venir á parar á los principios de los antiguos moralistas. Prueba despues con argumentos victoriosos la unidad del método seguido por los filósofos, y señala como causa muy principal de la diversidad de sistemas que presenta el campo de la ciencia, la variedad de circunstancias en que ha vivido cada uno de los pensadores.

Dilucidadas estas cuestiones acerca del método en general, el Sr. García Luna pasa á ocuparse del eclecticismo y le presenta como la filosofía de nuestra época, como el método que mejor se aviene con la imperfeccion de nuestros medios limitados de conocer; se hace cargo de las diversas objeciones de que ha sido objeto y las rebate con una fuerza de lógica, á la cual no puede resistir el convencimiento. Todas ellas sin embargo son atendibles, principalmente la que ataca la base misma del eclecticismo. El Sr. García Luna califica estos cargos de importantes, « pero mas se dirigen, dice, á la inteligencia humana que á la filosofía ecléctica. Cuando preferimos este vocablo *verdad*, ¿cuál es el motivo que podemos alegar para que se dé crédito á lo que afirmamos? Obsérvese que sea el que fuere el principio que tomemos, por ejemplo, *no hay cualidad sin sustancia, el todo es igual á la suma de sus partes*, nuestra respuesta á la anterior pre-

« gunta solo podrá ser esta, *creemos lo que decimos porque así nos lo obliga á creer la razon.* Si alguno se empeña en poner en litigio los derechos que tiene esta para ser creída, no hay medio de satisfacerle. »

« La fé en nuestros medios de conocer, es la primera é inescusable condicion del conocimiento. »

Raciocinando de esta manera combate el autor la base misma del escepticismo, hace ver en seguida que una teoria filosófica es verdadera, siempre que con ella puedan esplicarse los fenómenos de la mente, y concluye advirtiendo que el eclecticismo tiene sin duda como los demas sistemas la imperfeccion que es hija de nuestra limitada naturaleza; pero el metodo ecléctico siendo superior al método de la sola observacion, la filosofia á que conduzca tiene muchas mas probabilidades que cualquiera otra de ser perfecta. « Lo que pone Mr. Cousin dice Mr. Nicolas, no es una *perennis quedam philosophia*, pero si un *perennis quedam methodus*, no un sistema eterno, una filosofia inmóvil, pero si un método eterno é invariable, porque admite y pone en juego los instrumentos todos del conocimiento. » El Sr. García Luna, como Cousin y como todos los eclécticos, no presenta su filosofia como el mas perfecto, como el último de los sistemas posibles; pero si presenta el método ecléctico como el mas excelente, como el mas apropósito para guiar al hombre en el descubrimiento de la verdad.

Resueltas estas importantes cuestiones preliminares, pasa el autor á establecer las bases de su psicología. Reasumiendo las teorías anteriores, empieza por hacer algunas reflexiones sobre la diversidad de sistemas y el defecto propio de todos ellos: « esta observacion imperfecta, dice, esa propension fatal á incurrir en la hipótesis cuando con mas veras pugna por desviarse de ella, muestran bien á las claras la parte mezquina de nuestra especie, la cadena que á despecho nuestro nos sujeta á la tierra: por otra, las miras elevadas de los filósofos, las concepciones, que si bien oca-

» sionadas por los hechos exteriores aspiran á lo infinito,
 » muestran á su vez que el hombre participa en algun modo
 » de la naturaleza divina de su Criador. » Discurriendo de este
 modo inculca el autor la idea de la dualidad de nuestra na-
 turaleza, y este solo párrafo bastaria para presentir los re-
 sultados de su psicología.

« Al fijar la atencion en nosotros mismos, dice mas ade-
 » lante, luego advertimos que los sentidos son otros tantos
 » medios de comunicacion que nos ponen en contacto con el
 » mundo en que hemos nacido: cada una de las propiedades
 » de los cuerpos tiene su órgano especial por donde ser co-
 » nocida: de manera que si por vicio de organizacion ó por
 » algun accidente, llegamos á carecer de cualquiera de ellos,
 » las cualidades de que es vehículo, desaparecen para no-
 » sotros... »

« Las sensaciones que recibimos son de una variedad in-
 » finita: cada una de ellas nos afecta de una manera espe-
 » cial, y nuestra existencia aparece sin cesar modificada, á
 » considerarla bajo este aspecto: pero á poco que fijemos en
 » nosotros mismos nuestras miradas, se nos presentará un
 » nuevo fenómeno al traves, por decirlo asi, de esa accion
 » continua de los objetos exteriores. Este fenómeno es la uni-
 » dad del yo, que al mismo tiempo que recibe la impresion,
 » y por el hecho mismo de recibirla, se distingue de ella y
 » se atribuye una existencia peculiar, diversa de la que re-
 » conoce en los objetos que la sensacion le muestra..... »

« Además, es tambien constante, no solo que distingui-
 » mos nuestra existencia de la del mundo exterior, sino que
 » tenemos de esta distincion un convencimiento tan profun-
 » do, que solo los sistemas, ó mas bien el extravio de algu-
 » nos pensadores mas sumisos á la lógica que á la razon, ha
 » podido suscitar dudas acerca de su realidad. »

Establecidos asi el elemento *reflexivo* y el *objetivo*, con-
 tinúa el autor determinando los hechos que á primera vista
 revela la conciencia, y une á sus sólidos raciocinios el testi-

monio de la humanidad y el lenguaje de todos los pueblos. Estas primeras lecciones serian por si solas suficientes para destruir el sensualismo; pero el Sr. Garcia Luna se decide à emprender la lucha, y el ensayo sobre el entendimiento humano y la teoria de las sensaciones quedan refutadas de una manera clara y concluyente. Termina esta brillante polémica que quisiéramos reproducir aqui entera, siguiendo en sus últimas y rigurosas consecuencias las teorías de la escuela sensualista, y pone asi de manifiesto el absurdo grosero de esta perniciosa filosofia. Las consecuencias que combate el Señor Garcia Luna no son hijas de la lógica de los ecléticos; la historia dá de ellas un claro testimonio, y las palabras de sus sectarios no pueden dejar al espíritu duda alguna. « La ideología es una parte de la zoología, ha dicho Mr. de Tracy. Las ciencias morales ha pensado Cabanis, debian entrar en el dominio de la física para no ser mas que un ramo de la historia natural del hombre. »

Dijimos al principio que la filosofia profesada por los ecléticos era el resultado de una reaccion producida por las exageraciones del sensualismo. El elemento espiritual, el elemento *à priori* olvidado ó desconocido por los filósofos empiricos, es el que se esfuerza en restablecer la filosofia eclética. Condillac hacia del hombre un autómeta despreciable, y no supo distinguir el estado activo del estado pasivo de nuestro ser. Los filósofos franceses, despues de mas de medio siglo de las primeras victorias del principio espiritual, no dejan todavia de renovar en todos sus escritos el ataque contra la filosofia sensualista. Esta filosofia sin embargo no tiene apenas mas sectarios que algunos de los que cultivan las ciencias naturales. Entre nosotros, si bien carece de defensores, tampoco habia sido combatida en una discusion formal, como lo ha quedado definitivamente despues de publicado el libro que examinamos. Esta refutacion de la doctrina de Condillac, nos parece uno de los mayores títulos de aprecio que presenta la obra del Sr. Garcia Luna.

Sucede en ella á esta victoriosa controversia, y como su continuacion natural, la distincion de los dos estados de nuestro ser. « Es fuerza, dice el autor, distinguir cuidadosamente en el alma, el estado pasivo del activo: la capacidad de sentir, de la facultad de percibir.....»

«Mientras el yo no hace mas que recibir las impresiones de los objetos exteriores no se distingue en realidad de ellos.....»

«Cuando en vez de recibir pasivamente la accion de lo exterior, empieza á mover los miembros de su cuerpo, su condicion varia de todo punto: la accion entonces la egerce el mismo: en cada una de sus modificaciones siente la modificacion misma, y el acto que la determina.»

Examina despues todos los sentidos, y hace ver que las ideas que á ellos son debidas, serian inconcebibles sin la actividad. «No solo es cierto, añade, que la accion del mundo exterior no basta para dar razon de los fenómenos intelectuales, sino que es fuerza que el alma dirija los órganos de los sentidos para que de vehiculos de sensaciones se conviertan en vehiculos de ideas: ese hecho de la actividad se manifiesta en la conciencia: el convencimiento que tenemos de su realidad, es intimo y profundo; porque mientras dura la vida, ni un solo instante dejamos de sentir sus efectos.»

A propósito de estas cuestiones, el autor se ocupa tambien de las teorías de los fisiólogos, y hace ver como no prestan luz alguna para descubrir la indole de nuestros pensamientos. «Estas consideraciones, dice al concluir, pueden ya haceros vislumbrar la vanidad de cuantas tentativas se han probado para esplicar por medio de acciones y reacciones del cerebro los pensamientos de la mente: un ser que siente su destino, que aspira sin cesar á un mundo mejor que el actual; y que al través de sus miserias mismas descubre en ocasiones la excelencia de su origen, es algo mas de lo que intentan persuadirnos los que solo ven en él el mecanismo maravilloso de su organizacion.»

Continuando el autor este importante exámen espone con gran claridad las teorías de Maine Biran. Enumera despues las ideas que concibe nuestra mente como condiciones del conocimiento sensible, y hace ver de qué manera las de *actividad*, de *causa* y de *unidad*, que no se avienen de modo alguno con las propiedades de la materia, se forman en nosotros por el contacto incomprensible de esta con el espíritu, y adquieren la universalidad y la necesidad de los principios racionales.

La inteligencia es el tercer principio de la psicología ecléctica, y de él pasa á ocuparse el Sr. Garcia Luna reproduciendo las brillantes teorías de Victor Cousin y Teodoro Jouffroy. Refuta de una manera concluyente la filosofía de Laromiguière que confundió la atención con la inteligencia, y piensa « que la voluntad influye en el entendimiento; pero no es el entendimiento mismo. » La división que han hecho de nuestras facultades las diversas escuelas filosóficas, la refutación de algunas de ellas y el exámen de la formación y naturaleza de las ideas de causa, de tiempo, de espacio, de lo infinito, de sustancia y de identidad del yo, son el asunto de las siguientes lecciones.

« A medida que adelantamos dice, en el estudio de la psicología, comprendemos la necesidad de no separar lo que la naturaleza quiso unir con vinculos indisolubles: un instrumento discorde perturba la armonía de una orquesta; un hecho de conciencia mal explicado convierte en meras hipótesis las investigaciones sobre las facultades intelectuales. Al primer aspecto todo nos inclina á creer que los sentidos son los únicos vehiculos de las ideas que tenemos de lo exterior... »

« Advertimos despues que esos órganos para cumplir su destino han menester que la voluntad los dirija, y que el entendimiento interprete las sensaciones que ellos le transmiten: que las ideas que nos parecían fruto del ejercicio de un solo sentido, lo son en realidad de las combinaciones que

el *yo* hace; y que sin el principio racional de la *causalidad* ni la mas leve nocion tendríamos de que las sensaciones que experimentamos proceden de las cualidades de los cuerpos. « Explica el origen de esta idea de causa, por el sentimiento de nuestra propia causalidad, y advierte que el fenómeno sensitivo hace que nos elevemos á la idea racional. Distingue el orden lógico del orden cronológico en la adquisicion de estas ideas, y hace ver como aunque tienen por condiciones de su formacion ciertos hechos sensibles, pertenecen sin embargo á la razon, que concibe lo abstracto y lo general con ocasion de lo particular y de lo concreto. « Si es lícito, dice al terminar, comparar con las grandes las cosas pequeñas como decia Horacio, la razon es la potestad que introduce el orden y la armonia en el caos de las sensaciones como el Omnipotente en el que precedió á la creacion. »

En todas estas investigaciones, no pierde el autor de vista ni un solo momento la alianza de que hablamos al comenzar; por eso se encuentran mezcladas en su obra, las fuentes todas del conocimiento, y este método lejos de producir confusion, contribuye por el contrario á poner de manifiesto de una manera clara y exactisima la parte que cabe á cada principio en la adquisicion de nuestras ideas. Séanos permitido copiar aqui integro un bello trozo de la leccion del *espacio*, en el cual explica el mismo autor este aparente desorden.

« Pudiera decirseme; ¿ no es grave desacierto el volar así de lo mas profundo á lo mas elevado, de lo mas grosero á lo mas esquisito? fuéralo sin duda, á no ser verdad que esos estremos se tocan; mas todavía; se confunden como la forma con la materia, y la vida con el viviente: separar los órganos sensuales de la razon para analizarlos, es dividir los miembros del cuerpo humano para comprender los fenómenos que resultaban de su union y estrecha armonia. El cadáver no es el hombre. Debemos á los ojos el percibir los colores y las figuras de los objetos: á los oidos el que el canto de las aves infunda en nuestra alma un dulce sentimiento de melancolia;

y al olfato el disfrutar de las emanaciones de los cuerpos odoríficos; pero si es menester que el yo dirija esos órganos materiales para que su artificio maravilloso cumpla el fin que le asignó la Providencia; si es forzoso que la razón nos auxilie con el principio de la causalidad, para que sepamos á quien hemos de atribuir el origen de estas sensaciones que embellecen nuestra vida; si al ir á examinar la propiedad esencial de la materia, la estension, hallamos que si los puntos resistentes han de convertirse en partes de un cuerpo, es indispensable la idea del espacio; ¿cómo prescindir de la actividad y de la razón para explicar los hechos sensibles? ¿no incurriríamos en un error grosero si ateniéndonos á observaciones superficiales quisiéramos sostener que á los sentidos solos somos deudores del conocimiento que tenemos de las propiedades de la materia? Procederíamos tan cuerdamente como el fisiólogo que preocupado en demasia de la parte que tiene la retina en el acto de ver, todo lo redujese á la imagen que en ella se forma, y prescindiera del nervio óptico para explicar el fenómeno de la vision.»

«Aprendiendo la psicología queremos saber *cómo conocemos, cómo adquirimos la ciencia*: si nuestros medios de conocer estan unidos, si la sensibilidad y la racionalidad concurren á la formacion del pensamiento; ¿por qué separarlos? ¿por qué cortar con mano atrevida los lazos invisibles de esa union misteriosa? ¿por qué desfigurar al describirla la obra del Omnipotente?»

El enlace mismo de las ideas conduce al autor á hablar de la memoria: señala la parte importante que corresponde á este elemento en la formacion de nuestras ideas y su intervencion necesaria en casi todas las operaciones de la inteligencia; propone diversas cuestiones acerca de esta facultad, tomando ocasion de ellas para combatir las hipótesis de los materialistas, y concluye este exámen con el estudio del fenómeno de la *asociacion* de las ideas. Habla primero de las racionales, que dice deben multiplicarse lo mas posible y

condena las fortuitas como frívolas y de ninguna utilidad.

El autor se ocupa en seguida de la imaginación, cuya facultad tiene en los recuerdos, si no su origen, por lo menos sus auxiliares y sus instrumentos. Estas lecciones son quizá las más perfectas que han salido de la pluma del Sr. García Luna. Inspirado por la lectura de Platon, de Plotino y de Hegel, ha tratado la materia de una manera admirable. Tal vez se haya estendido demasiado; pero las cuestiones que suscita son tan importantes, no solo para el filósofo, sino también para todo el que esté dotado de sentimientos estéticos, que es imposible encontrar largo un tratado de lo bello tan lleno de novedad e interés.

En su mitad concluye el tomo que acaba de publicarse, y cuyo análisis hemos hecho rápidamente, contentándonos con apuntar las principales cuestiones que se encuentran en él y las resoluciones que reciben del autor. Esto que será suficiente para dar una idea general del libro y del método que en él se sigue, no podrá bastar de modo alguno para hacer comprender todo su mérito. Las teorías de la moderna psicología están espuestas con la mayor claridad posible. Cada una de nuestras facultades es examinada en la esfera completa de su acción, único medio de estudiar lo que de suyo es inesplícable e indefinible. Admirador de Platon y de Kant cuyos escritos le son muy familiares y á quienes sigue en muchas cuestiones, el autor es sobre todo discípulo de Reid y de Cousin. Su filosofía abunda como la escocesa en apelaciones continuas al buen sentido, y está escrita en el lenguaje claro y elegante de la francesa, tan ageno del excesivo rigor lógico de algunos escoceses como de la oscura fraseología de todos los alemanes. Una multitud de ejemplos y comparaciones hacen comprensibles las teorías más abstrusas, que aparecen sumamente claras por medio de los símiles más felices. La lectura de este libro hace recordar tanto la gracia y la delicadeza de Stewart como la brillantez y claridad de Cousin y de Jouffroy.

A pesar de todo esto, la obra del Sr. García Luna ofrece

siempre aquella dificultad propia de los libros de su clase. Nosotros creemos que estos son los estudios necesarios para los jóvenes, y que es en extremo perjudicial poner en sus manos esos compendios indigestos que solo hacen trabajar la memoria. La juventud española falta hoy de una clase de estudios sin los cuales todos los demas carecen de solidez y de fundamento, acogerá favorablemente estas lecciones, espresion de una filosofía que es la profesada en casi toda Europa. En ellas hallará un alimento para su curiosidad científica, y un ejercicio escelente para su razon. Tambien se familiarizarán los que las estudien con los nombres y las teorías de los filósofos mas eminentes, tanto de la antigüedad clásica como de los tiempos modernos, pues el autor ha procurado siempre hacerse cargo de las opiniones de todos ellos, bien para refutar las que le parecen equivocadas, bien para apoyarse en tan respetables autoridades cuando las cree exáctas.

Finalmente, estudiando la filosofía ecléctica, la juventud aprenderá á huir de las exageraciones y de los extremos, y á profesar la imparcialidad y la tolerancia. Este es el carácter del Sr. Garcia Luna y de todos los eclécticos, á quienes parece quiso definir Fontenelle, cuando en el elogio de Leibnitz se espresa de esta manera. «La historia de los pensamientos de los hombres, curiosa ciertamente por el espectáculo de una variedad infinita, es tambien á veces instructiva. Puede inspirar ciertas ideas extraordinarias que el talento mas superior no hubiera producido por sí mismo, y suministrar abundantes materiales para el pensamiento. Ademas, hace conocer los principales escollos de la razon humana, señala los caminos que son seguros, y, lo que es mas considerable, enseña á los grandes génios que han tenido iguales, y que sus iguales se han engañado. Un solitario puede tener mayor estimacion de sí propio que uno que vive en medio de los demas. Mr. Leibnitz habia sacado este fruto de su inmensa lectura: su espíritu acostumbrado á recibir toda clase de ideas, se habia hecho mas susceptible de todas las formas, mas accesible á lo

que le era nuevo y hasta opuesto, mas indulgente para la debilidad humana, mas dispuesto para las interpretaciones favorables, y mas ingenioso para encontrarlas.»

El Sr. García Luna contribuirá pues á restaurar en España los estudios filosóficos, hoy tan abandonados. El adelanto en este ramo importante de la ciencia producirá el de la filosofía del derecho y de la historia, y la lectura de este libro hará mas fácil y provechosa la de los filósofos franceses, escoceses y alemanes, desconocidos la mayor parte en España. Es probable que el autor continuando sus interesantes trabajos, haga con Tennemann y con Hegel lo que acaba de hacer con Reid y con Cousin; y que como este último es en Francia el intérprete de las filosofías alemana y escocesa, el Señor García Luna lo sea en España del eclecticismo de la francesa. Por todas estas razones, el curso de filosofía ecléctica, conforme á las doctrinas de los célebres filósofos modernos, y escrito en un lenguaje tan elegante y correcto, es sin duda una adquisicion importante para nuestra literatura.

AUGUSTO CONTE.